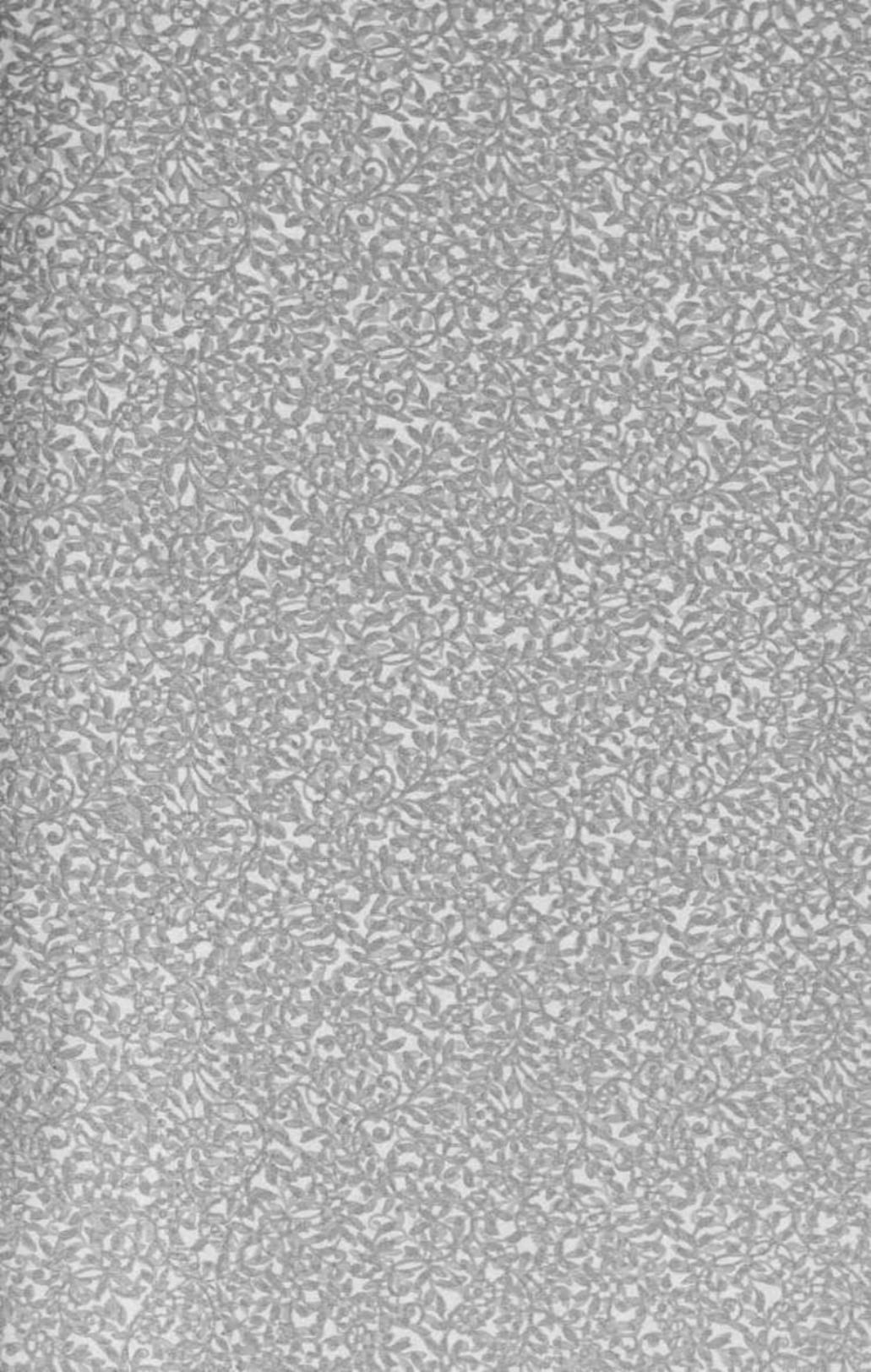


THE
UNIVERSITY
OF TORONTO

8.





EL SUPERNATURALISMO
DE SANTA TERESA
Y LA FILOSOFIA MÉDICA.



B. Maza, 407 y 97.^o

Madrid año de 1821

SANTA TERESA.

RETRATO ATRIBUIDO A JUAN DE LA MISERIA, QUE SE CONSERVA EN EL CONVENTO DE
CARMELITAS DE SEVILLA.

EL SUPERNATURALISMO

DE

SANTA TERESA
Y LA FILOSOFÍA MÉDICA,

A SEA

LOS ÉXTASIS, RAPTOS Y ENFERMEDADES DE LA SANTA
ANTE LAS CIENCIAS MÉDICAS,

Memoria

presentada por la Sección Literaria de Salamanca,

a propuesta del Jurado,

*en el concurso público del Tercer Centenario de la muerte
de Santa Teresa de Jesús.*

(TEMA 3.º)

POR EL

Dr. Arturo Perales y Gutiérrez,

CATEDRÁTICO NUMERARIO POR OPOSICIÓN DE LA FACULTAD
DE MEDICINA DE GRANADA.

CON UN PRÓLOGO

DEL DR. FERNANDO SEGUNDO BRIEVA SALVATIERRA,

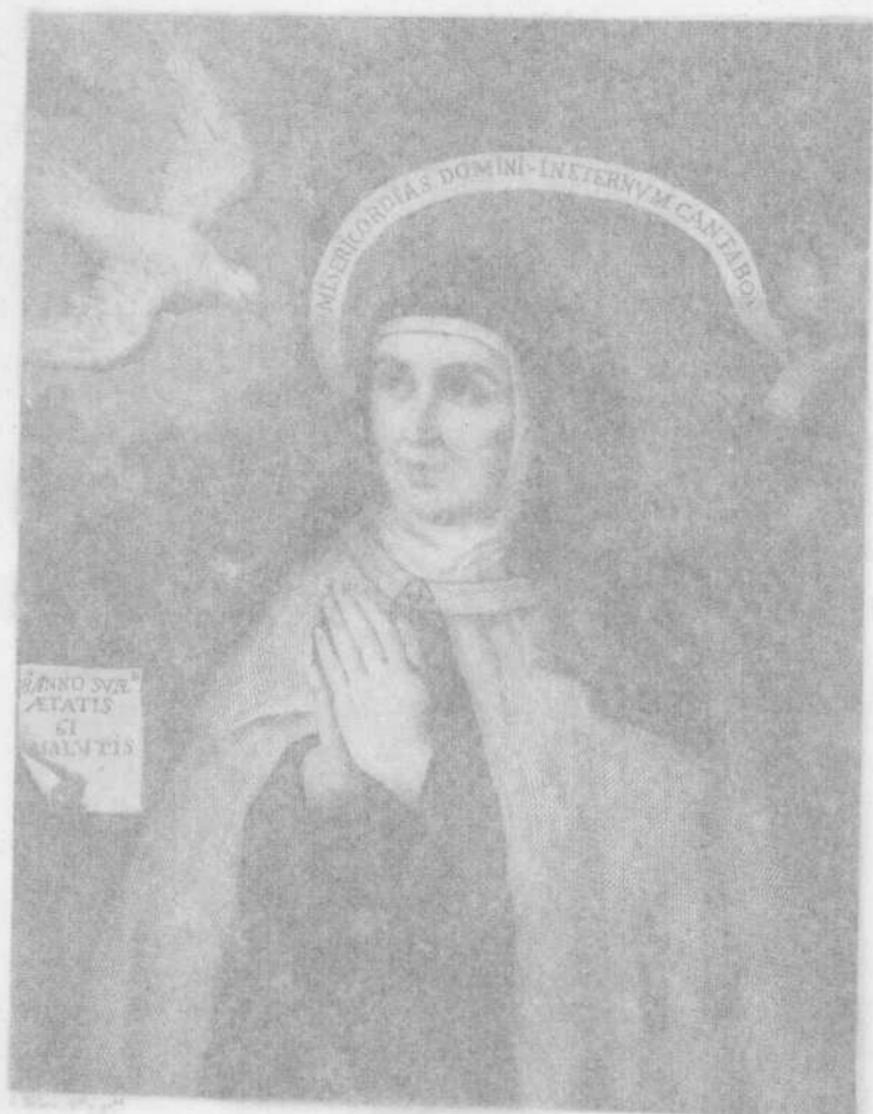
CATEDRÁTICO NUMERARIO POR OPOSICIÓN DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS EN LA NUEVA UNIVERSIDAD.

CON LICENCIA ECLESIASTICA.

MADRID.

LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO,

Calle de la Paz, núm. 6.



Madrid año de 1881

SANTA TERESA.

DESCRIPCIÓN DE SU VIDA Y SU OBRA, POR DON JUAN DE LA MISERIA, QUE SE CONSERVA EN EL CONVENTO DE CARMELITAS DE SEVILLA.

EL SUPERNATURALISMO
DE
SANTA TERESA
Y LA FILOSOFIA MÉDICA,

Ó SEA

LOS ÉXTASIS, RAPTOS Y ENFERMEDADES DE LA SANTA
ANTE LAS CIENCIAS MÉDICAS,

Memoria

*premiada por la Sección Literaria de Salamanca,
á propuesta del Jurado,
en el concurso público del Tercer Centenario de la muerte
de Santa Teresa de Jesús.*

(TEMA 5.º)

POR EL

Dr. Arturo Perales y Gutiérrez,

CATEDRÁTICO NUMERARIO POR OPOSICIÓN DE LA FACULTAD
DE MEDICINA DE GRANADA.

CON UN PRÓLOGO

DEL DR. FERNANDO SEGUNDO BRIEVA SALVATIERRA,
CATEDRÁTICO NUMERARIO POR OPOSICIÓN DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS EN LA MISMA UNIVERSIDAD.

~~~~~  
CON LICENCIA ECLESIASTICA.  
~~~~~

MADRID.

LIBRERÍA CATÓLICA DE GREGORIO DEL AMO,
Calle de la Paz, núm. 6.

—
1894.

LEMA.

Con todo el mundo disputára que
era Dios.

(Santa Teresa. Vida. Cap. XXV).

NOS EL DOCTOR D. JOSÉ MARIA DE COS,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA ARZOBISPO-OBISPO DE MADRID-ALCALÁ, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN DE ISABEL LA CATÓLICA, SENADOR DEL REINO, ETC., ETC.

Hacemos saber: que por el presente y por lo que á Nos corresponde damos licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada: *El sobrenaturalismo de Santa Teresa y la Filosofía médica, ó sea los éxtasis, raptos y enfermedades de Santa Teresa ante las ciencias médicas*, que ha escrito el Dr. D. Arturo Perales y Gutiérrez, Catedrático de Medicina de Granada; mediante que de nuestra orden ha sido leída y examinada, y según la censura nada contiene que sea contrario al dogma católico y sana moral, sino que ha de contribuir poderosamente á la gloria de Dios y á la instrucción, edificación y consuelo de los fieles.

En testimonio de lo cual, expedimos el presente, rubricado de nuestra mano, sellado con el mayor de nuestras armas y refrendado por nuestro Secretario de Cámara y Gobierno en Madrid á 2 de Marzo de 1894. — JOSÉ MARÍA, *Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá*. — Por mandado de S. E. I. el Arzobispo-Obispo mi Señor, DR. JULIÁN DE DIEGO ALCOLEA, *Arcediano Secretario*.— Hay un sello.

PRÓLOGO.

Nunca hombre puso la pluma en el papel con más contento y gusto que yo ahora. Concurren para que ello sea así circunstancias táles, que mejores ni buscadas las podría hallar. Por mi buena suerte he de hacer con estos renglones la presentación de un mi amigo de verdad; de los que dar con uno es rara ventura; el cual se ha honrado empeñando y venciendo batalla valentísima por la causa más hermosa y española que puede imaginarse. Porque defender á la luz del sol la vida sobrenatural de aquella limpia alma de Santa Teresa de Jesús, con quien tanto se regaló Dios, y probarlo con los dictámenes de la razón y las conclusiones de la ciencia y la fuerza incontrastable de los hechos, ¿cómo no sonará bien á oídos cristianos y españoles? Acometer empresa tan hidalga es honor envidiable y de mí ciertamente envidiado. Por lo que de él me alcanza, aunque en grado bien humilde, no he acertado á negarme á la cariñosa invitación, ni he sabido vencerme en el vivo combate de mi espíritu donde peleaban de la una parte el amor á la gran Santa fervoroso y

la amistad de muchos años, y de la otra el remordimiento de poner lunar en libro que no lo tiene.

He hablado de presentar á su autor, y he dicho mal. Quien sobre otros trabajos de mérito dió á la estampa los muy excelentes, que intituló con modestia *Algunas páginas de fisiología cerebral y Estudios psico-fisiológicos*, está presentado por derecho propio en la república del saber, donde no valen cartas de credencia ni letras comendaticias sino que cada cual es hijo de sus obras. Con las que acabo de citar, se puso de un salto el Sr. D. Arturo Perales entre los muy contados de los de su profesión, á quienes asiste autoridad en firme para fallar en cuestiones *psico-fisiológicas*. Porque ello es verdad, y no hay que escandalizarse ni tomarlo á menosprecio, que los muy metidos en las ciencias físicas y naturales, á fuerza de ahondar mucho en la materia, y estar siempre con ella, adolecen de cierto espejismo con que no tanto ven las cosas como son cuanto según su costumbre de ver, con que bien se pudiera decir de ellos lo que donosamente decía nuestro Granada de los que usan anteojos verdes que todas las cosas las ven verdes. Puede el hábito de manera que, sin ser apenas parte la voluntad, por él se mandan los hombres muy comunmente. Persuádanle al soldado que á las veces se han de tomar caminos de templanza, y más que cordura loable le parecerá el consejo cobardía aborrecible. Diganle al que por oficio de profesión nobilísima anda siempre sondando las miserias ajenas y siguiendo el hilo de los mil torcidos senderos por donde la ini-

quidad triunfa de la justicia, díganle digo, que no peque de suspicaz y desconfiado, ni se dé á buscar el estaño debajo del oro, y por ventura os dirá soñador, que no vivís en el mundo ni veis más que visiones. Y es que lo que se cursa y trata se imprime de manera en el sujeto, que hasta en su porte y rostro parece como que deja señal; por donde á poco que se observe, sólo con mirar bien se pudiera sacar en lo que profesa cada uno. Todo lo cual no quiere decir que los dedicados á las ciencias físicas y médicas de suyo no vean más del cuerpo, que sostener tal seria ofensa grave y error vulgarísimo; pero como menos conocedores y escrutadores los más de ellos de la otra parte de nuestro sér que es la espiritual, y de sus modos y operaciones, no podrán ver bien en su conjunto cómo van las dos á una, y se enlazan y conciertan, y cómo entrambas se influyen y se mandan, ni toda la función cabal de esta máquina prodigiosa del hombre, compuesto de alma y cuerpo en unidad esencial, donde el alma sin el cuerpo no se podría valer para sus operaciones, ni el cuerpo sería cosa sin el alma que substancialmente le informa.

Tamaño asunto es el de la ciencia antropológica; antigua en sus orígenes y en sus principios más fundamentales; moderna en muchas de sus consecuencias y aplicaciones. Si ha de guardarse fidelidad á la palabra y se ha de usar en sentido recto y etimológico, no será la antropología sino estudio del hombre en su sér espiritual y en el corporal, y en aquella unidad esencial de uno y otro, y en sus modos de obrar íntimamente concertados,

que es en lo que consiste el sér y condición de hombre. Pero trúnquese este verdadero compuesto humano, y niéguese la jurisdicción de cada una de sus partes ó invádase osadamente su campo, y desaparece el concepto antropológico y por tal la antropología. No hay error de la escuela, de tantos como infestaron las ciencias médicas y las morales, sociales y políticas, que no estribe en semejante absurda mutilación. Achacar á maleficio toda dolencia, ó hacer de cada criminal un caso clínico, ciego será quien no vea que son dos errores contrarios que por diversos caminos van en pugna de la verdad. Y aquí viene lo que decíamos, que como quiera que de condición el hombre y por ley del hábito aquello que trata y conoce más tiende á extenderlo y á levantarlo sobre lo que menos trata y conoce, porque el mayor conocimiento de lo uno le hace verlo más, y el menor conocimiento de lo otro le fuerza á verlo menos, por esto en las profundidades de nuestra naturaleza humana, y en el sér de las dos partes esenciales de ella, y en cómo se juntan y se ayudan y á las veces pelean y contienden, y en fin, en todas las cuestiones psico-físicas que al hombre investigador le asaltan, aquel penetrará más y caminará más derecho y seguro, que á la vez se estribe en la psicología y en la fisiología, con que viendo por entero y por igual, entrará en los dominios de la ciencia antropológica. Por tan rectos carriles irá la antropología á grande progreso; y cierto que no perderá en ello sino que ganará mucho el conocimiento del hombre en lo moral y

en lo físico y las ciencias jurídicas, singularmente en el derecho penal, y la ciencia y el arte del gobierno, que á más conocer el hombre en su sér individual más conocer la sociedad, y á más conocerla, mejor y más diestramente dirigirla. No hay, pues, que condenar mas que rectificar, y llevarlo todo á la verdad, que en expresión de la Sagrada Escritura, nos hará libres; y de el error que es bien pesada y negra servidumbre.

Quien como el Sr. Perales ve claro en estas cosas, y tuvo siempre afición á meditarlas, y es fisiólogo y psicólogo, mucha violencia habria de haberse hecho para no enamorarse del quinto tema del Concurso científico-literario con que la inclita Salamanca quiso celebrar el año trescientos del glorioso tránsito de la santa doctora abulense, y que á la letra dice así: «Los éxtasis y arrobamientos de Santa Teresa de Jesús, según ella los describe, tampoco son efecto de enfermedad ó accidente natural alguno, sino únicamente de la gracia de Dios—*Estudio de controversia contra los naturalistas que pretenden explicarlo todo por las fuerzas ocultas de la naturaleza.*» Vuelvo á decir, que hubiera sido violencia casi más que humana no sentir amor por el asunto y no empeñarse en él de todo corazón y con todas las fuerzas; pero si el médico sobre serlo, y fisiólogo, y filósofo católico, además era español como lo es, ¿podía retirarse á las tiendas y no acudir al combate? Aplauso á quien tuvo el felicísimo pensamiento de lanzar reto valiente y generoso en nombre de la verdad. Aplauso á los gallardos mantenedores

que salieron á la defensa. Honor y aplauso á quien mereció el premio del vencedor en contienda por igual católica y española.

Con calificar de muy feliz el pensamiento que puso en polémica la vida sobrenatural de Santa Teresa de Jesús, dejo sentado lo que juzgo de su oportunidad. La gloriosa tradición científica de Salamanca se confirmó ahora en su propósito de llevar de frente todas las ciencias, y tratar las más vivas cuestiones. No sé que el tercer centenario de la bendita doctora se pudiera emplear en cosa mejor que en su vindicación. No se resuelven las cuestiones con huirlas, ni por callar se consigue otro que dejar sola y á sus anchas la gritería de los vocingleros. Con tal aparato de ciencia se batien hoy las murallas del alcázar de la fe, que muchos parece como que vacilan y áun retroceden; y no por ser aparato de baja ley hace menos estrago, que con la ignorancia de los más y con la pereza de pensar, que antes convida al descanso de dejarse ir, que al trabajo de quien quiere por sí entender, con estos auxiliares se cuenta como los mejores para la batalla. Y no hay sino esperarla á pie firme y áun provocarla con el presupuesto de que verdad alguna nueva, como ella lo sea, probada y confirmada, no puede oponerse á ninguna otra verdad, siendo todas como son, en cuanto verdades, participación de una sola, reflejo de la verdad infinita que es Dios; sólo los errores unos con otros entre sí se pelean, y unos á otros se destruyen. Pues con los progresos verdaderos de las ciencias médicas, sacados de quicio y

vueltos así en errores, se quiere aportillar la verdad, con ellos en su punto á defenderla.

Claro se ve que libro donde esto se trate es, como hoy se dice, todo un libro de actualidad. Toca por sus primeros fundamentos en la región serena é inmutable de la más sólida filosofía, y llega en sus conclusiones hasta la última palabra de la fisiología y la patología. Es la ciencia moderna rindiendo homenaje á la ciencia siempre nueva de la verdad divina.

Buenos laureles se ganó el libro con el fallo de Salamanca; pero buenas aventuras corrió después, que retrasaron su publicación hasta ahora. Por dos veces se perdió el manuscrito, y dos veces hubo de rehacerle su autor con los borradores, notas y apuntaciones que le sirvieron para escribirlo. No parece sino que había de pasar por las angosturas y quebrantos de toda buena obra. Con esto se le acabó de poner el sello cristiano. Por fin ya sale á luz para aprovechamiento y regocijo de muchos. El plan está bien dispuesto y comprende en ordenado conjunto lo que pide la cabal exposición del tema. Arriba lo sobrenatural; abajo lo natural, y dentro de ello lo fisiológico y lo patológico. Conforme á esta traza, firmemente trabada, se alza la arrogante construcción científica. Maciza en los cimientos, muéstrase luego gallarda y airosa en su coronación y remate. Como estatua bien pensada, que de todos lados que se mire contenta la vista, así este libro no tiene aspecto que no ofrezca la harmónica unidad del todo. Es torreada fortaleza sin blanco fácil al ataque.

En rigor de método, por resuelta que esté ya de tantas veces y tan de antiguo la cuestión de lo sobrenatural, que es harto sobajada cuestión, no podía excusarse aquí. Fuera cosa de risa, á no ser de lástima, ver cómo los tratantes en ciencia se visten de vejezes para venderlas por novedades, y cómo después de muchos siglos de disputas hay todavía quien se atasca en el primer renglón del catecismo. Pero como se haga muy terca la voluntad, luego que deja que los vahos de la pasión la cieguen, por fuerza habrá que emplearse en derribar los castillos de naipes de los viejos errores, cuantas veces la pertinacia del interés porfiado vuelva á levantarlos. Así lo entiende el Sr. Perales, y por tal trata este punto lo que basta á su intento.

Cierto que peor que negar á Dios á las claras, que al fin es ponerse con espantable temeridad á que le vocee la razón, y el sentir común de los hombres y las criaturas todas con mil suertes de voces y argumentos, es todavía más ruín manera de negarle ponerle pleito sobre sus excelencias y atributos, y cercenarle la omnipotencia, y regatearle la bondad y traer en lenguas su sabiduría; y no otro hacen los que le imaginan ensimismado en su infinitud, sin tener cuenta con sus hechuras, y los que quieren como amordazarle porque no las hable y comunique, y echarle grillos en los pies y esposas en las manos porque no venga á ellas y con amor de padre blandamente las acaricie. Porque si todas las cosas creadas por criaturas que son y contingentes y que nada deben á sí ni son

por sí, perecerían si por un instante les faltara el poder de Dios sustentándolas, y su bondad y amor infinitos, abrigándolas y como defendiéndolas, si-guese que el universo creado es y se mantiene en su sér por la asistencia continua de Dios, que como esencia infinita le da el sér, y como poder infinito sustenta este sér, y con su presencia infinita alienta y vivifica este mismo sér. De donde se saca que negar esta continua comunicación es una manera de negar á Dios. Y si además poner términos á esta comunicación en las fuerzas y medios de Dios es negar su omnipotencia, y ponerlas en su voluntad es negar su infinito amor, para no venir á esta negación habrá de confesarse que sobre los modos ordinarios de comunicar y tratar con las criaturas hay todos los de su infinito poder cuando y cada á su voluntad pluguiera emplearlos; y que como autor de toda naturaleza que no puede tener en ella limitación de sus atributos sino admirable ostentación de ellos, podrá ennoblecer á sus escogidos, y darles nuevos alientos, y acercarlos más á él, y hacerles ver con lumbres sobrenaturales y divinas lo que con sólo las luces naturales y las fuerzas humanas no podrían alcanzar. A lo que hay que añadir que, fuera de estas operaciones de Dios, que son lo sobrenatural, todavía hay otras fuerzas y operaciones, que bien que no sobrenaturales porque no vienen de Dios sinó de criaturas suyas, pero salen de lo humano, con que también contradicen por su parte la afirmación naturalista que niega toda realidad que no quepa dentro de lo natural en su sentido más restricto. Esto sin

contar que por semejantes despeñaderos como se dé en no admitir más que lo verdaderamente comprensible, y materialmente perceptible, en buena lógica, luego se ha de caer en la negación absoluta.

Cosas son éstas que parece mentira que haya que volver sobre ellas, mas no lo es, y así no son perdidos los capítulos que nuestro autor dedica á tratarlas.

Por más vueltas que se le dé al principio de donde pueden derivarse las varias operaciones que significan modos de ser de la actividad del hombre, no hay salir posible de uno de estos tres conceptos. O proceden de su naturaleza obrando según su estado normal ó fisiológico, ó de esta misma naturaleza, pero en estado anormal ó patológico, ó de la fuerza é impulso de causas naturales en sí mismas en cuanto no pasan de lo criado, pero respecto al hombre sobrehumanas, ó bien provienen de Dios con lo que entran en el orden sobrenatural. De aquí no hay escape por mucho que se sutilice el argumento. No pudo haber pues, operación alguna en Santa Teresa de Jesús que no fuese efecto de una de estas tres causas. Sentada esta primera razón incommovible, el camino que seguir es llano, porque definiendo bien la acción de nuestra naturaleza en su estado fisiológico y en el patológico, y sus límites y fronteras, aquellas operaciones no serán naturales ó humanas que no se acomoden á esta acción, y si por las notas de las causas ó agentes sobrehumanos tampoco á ellos pudieran achacarse, luego se verá que tales operaciones proceden naturalmente de Dios.

Bien abroquelado en esta argumentación, emprende el autor su tarea de estudiar el hombre en su sér fisiológico ó normal. Y es de aplaudir con qué primor y ahinco como quien no quiere olvidar cosa que de notar sea, por donde la aplicación de ello en defensa de su buena causa resultase luego flaca y desmayada, va discurriendo por todas nuestras facultades, una á una, y analizándolas y desmenuzándolas; y puntualiza sus operaciones, y da á lo espiritual y á lo material á cada cual lo suyo, sin conflictos de jurisdicción ni allanamiento de fronteras, sinó antes como juez fiel y legal poniendo á cada uno en su punto y término. No es esta parte del libro la que ofrece novedad, ni podía ofrecerla, porque lo que en ella se trata sentado estaba ya y confirmado en buena porción por la ciencia psicológica; mas no por esto satisface menos, y aún hay lugares donde el fisiólogo parece que fija y remata las cuestiones más que de ordinario se suelen fijar y acabar, y como se dice vulgarmente, que pone los puntos sobre las íes. Valga por ejemplo el capítulo acerca del *sueño fisiológico*, que es de los mejores. Y eso, que en esta parte de la obra no se va más allá de lo que pide la aplicación á lo que viene luego; mas sube de precio la observación atinadísima con el derrotero antropológico de que no se descarría el autor, como quien en ambas ciencias la psicología y la fisiología firmemente se estriba.

De esta suerte deslindado el campo de lo natural y bien comedido, va por sus pasos entrando ya en lo sobrenatural en sus grados hasta lo más

alto que criatura humana con el ayuda de Dios puede alcanzar; y como aquí comienzan ya las aplicaciones al tema, juzgo del caso celebrar ahora la redacción como antes celebré la oportunidad. Pidese por él que en el estudio de los éxtasis, arrobamientos y mercedes sobrenaturales de Santa Teresa de Jesús se esté á su palabra, y así se vean y consideren *según ella los describe*. A la verdad que este inciso, con tanto pulso y tino puesto, hace honor á los que notaron la proposición. Es la mitad de un pleito saber plantearlo. No podía ofrecerse en este alegato de bien probado, testimonio de más fe que lo que la Santa por obediencia, y no de voluntad, escribió de sí. Cualquiera otro, por de peso que él fuera, no podría pesar tanto, y más que él imposible. En contra sólo hubiera podido valer la prueba de que en lo que escribía se engañó; y quien con ver lo escrito y comedirlo y rumiarlo, todavía pudiera llegar á imaginarse dislate semejante, habría de quedar por ciego á toda luz y cerrado á toda razón. Porque ciego será y cerrado será quien en la precisión de decir y en la claridad de expresarse de la insigne Doctora castellana no vea la serenidad y clarividencia y despejo soberano del más sentado entendimiento de varón, y aquel color de verdadero, que sólo de la misma realidad se puede tomar, y que luce en los escritos de Santa Teresa como en la pluma de Cervantes y en el pincel del gran Velázquez. Pero ya que no se engañó, ¿pudo engañar? Antes quebrara la pluma que escribirlo, si en cierto librejuelo no hubiese

visto en letras de molde que Santa Teresa *mintió*: procacidad que asquea. Ni yo lo mentara aquí siquiera, de no estar escrito en castellano. Válgale esto para robarme así un honor que no se merece. Mas no mancharé el papel escribiendo nombre que no quiero que me manche la memoria. Parece que nació en España, y cierto que los apellidos son españoles. El cuerpo social como el físico tiene sus monstruosidades.

Quede, pues, sentado que al texto de la Santa hay que atenerse porque lo pide el tema y lo manda la crítica y hasta el buen sentido; y así lo hace el Sr. Perales yendo punto por punto sobre las razones de la mística Doctora, notando lo que por ella pasó y poniéndolo al toque de la razón y de las novísimas conclusiones de la ciencia.

La cual á poco que ahonde en aquellas maneras de decir de la insigne castellana, de tanta transparencia, y que bajan á nuestra bajeza las cosas más altas sin rebajarlas, ve claro como por sus pasos contados va entrándose Dios por el alma; muy quedamente porque no sufre otro la humana flaqueza, hasta que la gana toda, y queda allí campeando como solo señor y haciendo de sus maravillas; aunque no sin correspondencia, porque es como acompañado en su obra de la voluntad que lo quiere así. Y de la suerte que en los modos de regar el huerto que la Santa nos pinta para hacernos entender los grados de oración, en el primero y aún en el segundo modo tiene mucho que poner el hombre de su esfuerzo y trabajo, que entonces se ve más, y luego queda más á la

obra de naturaleza cuyo es el caudal del río que riega los campos y el agua desgajada de las nubes que por igual los empapa y fecunda, puesto que todo venga de aquella primera disposición y diligencia con que se arrancó la mala hierba y se hizo lugar á la buena semilla donde luego el riego aprovechase; así en este proceso del hombre hacia Dios donde primero el hombre con muchos afanes esfuerza por subir, y luego Dios en correspondencia misericordiosa le sale al camino y se inclina hacia él, lo cual son los grados y escalas de la oración, se ve como en el primero vive el alma en vida puramente natural, y pone sus potencias con trabajo y fatiga á un blanco de atención, mas luego con pasos tácitos y atentados á esta alma prevenida de la gracia y asistida de ella, y engalanada de los carismas del Espiritu Santo, se va llegando la vida sobrenatural de las mercedes y regalos de Dios, y primero como que parte términos con la vida natural, y luego como que la somete y subyuga toda ella; pero sin acabarla.

Esta marcha de lo que llamaria yo amorosa invasión de Dios en el alma, luego que le rinde la torre del homenaje de la voluntad, descrita á maravilla por nuestra Santa, y que no es sinó la presencia de la acción sobrenatural, compruébala el autor con las afirmaciones de la ciencia psicológica. Un examen minucioso y sólidamente experimental del estado de las facultades en la atención, y de aquel mayor efecto de ella que llamamos éxtasis, le lleva á fijar los caracteres del éxtasis natural fisiológico, que cierto no confunde con

aquel efecto de flaqueza de complexión que los teólogos denominan *desvanecimiento extático*, como tan avizores en estos adentros de la condición humana, y tan lejos del *cito credere* que ya reprendía el inmortal Melchor Cano en sus siempre nuevos *Lugares teológicos*. Y viene aquí como anillo al dedo, poner en su punto la discreción con que los teólogos, y mas los místicos, anduvieron siempre en tan quebradizas materias. Harto sabe distinguir la insigne Doctora entre los favores de Dios y las miserias de nuestro natural, que no lo confunde jamás, y ya habla Fr. Luis de Granada, como hombre muy avisado en las cosas de la vida, de ciertos escrúpulos que suelen saltar á los que se entregan á la oración, «que más necesitan de los remedios de Hipócrates que de otros sobrenaturales;» y lo que aguzó aquí San Juan Climaco, primer maestro de la mística, para el observador de nuestros días que hiciera más en ello. Nadie más alerta que la Iglesia contra todo linaje de imaginaciones, ni que hile más delgado; y bueno fuera que naturalistas y materialistas siguieran tan sano ejemplo y no se empeñaran en que ha de pasar por el ojo de aguja de una razón bien templada y ejercitada, el cable grosero de sus proposiciones insubsistentes é insubstanciales. No otro quieren Maury y Gratiolet cuando, por no conceder que los fenómenos sobrenaturales del éxtasis místico vienen de Dios, afirman bonitamente que se basta para ello la voluntad. Váyanle á un hambriento de seis días, que con un esfuerzo de voluntad los guijarros vuelva en panes. Fustígalos el

Sr. Perales con el látigo de Lefebvre , y con el suyo propio, que no es corto ni blando ; y todo es poco contra quienes , con aire de volver por los fueros de la razón, la desafueran.

Pinta la Santa por modo incomparable la invasión amorosa de Dios que primero gana la voluntad, la cual así ganada y bien asida de él, cuando á las veces se le desmanden entendimiento y memoria á cosas de fuera , luego vuelven como atraídas de aquel contento de la voluntad que todo lo embarga; y nota bien el discreto comentador que esto ocurre luego y sin esfuerzo en el orden natural, cuando quiera que algo , llenando el alma y dominándola , todas las otras cosas en que entiende, como que las refiere á lo que le llena y domina ; y pone el ejemplo del ciego que por primera vez ve que todas las cosas que mira y los contentos que verlas le causa, lo reduce y sujeta al gran contento de ver , del cual ningún otro le puede apartar.

Con igual destreza prosigue la bendita escritora la historia de aquella creciente invasión , y cómo después de conquistada la voluntad , queda entregado también el entendimiento que se rinde á la mayor cercanía y más viva luz de Dios. Es natural que se oscurezca toda otra lumbre ante esta vivísima luz, de la suerte que se oscurecen las estrellas cuando sale el sol; y que así toda otra especie como que se ofusque al entendimiento, deslumbrado con aquella luz sobrenatural ; y si cuanto más intenso es el conocimiento de una verdad, menos se puede extender el entendimiento á

conocer otras á la vez, se ve patente que aquel más subido conocimiento de Dios, llenando el entendimiento, no le dejará moverse á entender en otras cosas que en solo Él. Y como, embarazado en esta tarea, tiene que aflojar las riendas con que lleva y rige á las otras facultades inferiores, que sin este freno fácilmente se desmandan en viéndose sueltas, por esto, que confirma la psicología con observación constante, y que nota nuestro autor, añade la clarísima psicóloga que en tales estados la memoria y la imaginación andan mariposeando de acá para allá aprovechándose de la huelga, puesto que más importunas que dañosas.

Dije arriba, que del modo que en el riego de lluvia, que todo por igual llena el campo y lo empapa por sí, en el labrador no hay sino recibir y agradecer este bien, así nos dice la santa Doctora, que en aquel grado más excelente y alto de unirse amorosamente con Dios, no hay ya más trabajo que hacer que admirar y agradecer esta lluvia de luz y felicidad con que Dios inunda el alma y todas sus potencias, y los mismos sentidos exteriores, que son también llamados á semejante festejo y deleite. De suerte que la entrada de Dios en el alma, y como la invasión de ésta, es tan cabal y entera, que todo lo llena y de todo se apodera y lo separa de lo de acá abajo para ponerlo en más alta jurisdicción. Hácese esto á las veces por tránsitos suaves, blandamente, y otras de golpe, con un arrebatado ímpetu, en ostentación solemnisima de lo que puede aquella Soberana Voluntad. Y aquí es el llegar á alturas de conocimiento

y amor, que lengua de hombre no sabrá encarecer. Entra á tratar de ellas la mística Doctora como silabeando y temerosa. Sólo quien escribía después de comulgar, y teniendo á Dios al oído, que le dictaba, pudo hacer de nuestra habla castellana lengua de ángeles. y poner de bulto, cuanto cabe acá en la tierra, cosas tan inefables; de suerte que, si en sentir del gran emperador Carlos, fué nacido nuestro castellano para hablar con Dios, nunca con mayores veras se mostró tál, ni se ofreció más gallardo, suelto y castizo que en la ingenua y briosa locución de la insigne hija de Ávila.

Con cuyos textos á la vista, y comentándolos, empeñase el autor en el estudio atento del éxtasis místico y del raptó. Por la importancia del asunto, caballo de batalla de cuantos niegan lo sobrenatural, están medidos los pertrechos y armas con que acude á la defensa. Contra lo que suelen los que hablan de cosas de fe, para negarlas, que empiezan por dejar ver claro que no las conocen, aquí se expone con la doctrina psicofisiológica acerca del éxtasis natural, lo que dice la teología del éxtasis místico, y, ya definidos los términos, viene el análisis de los estados extáticos de Santa Teresa de Jesús. Cierto que no se comprende que en sanidad de juicio pueda nadie achacar á obra de naturaleza aquel ver clarísimo y con tanta certidumbre, y á la vez por manera tan extraordinaria, que con alcanzar fuera de toda duda que se entiende, no se alcanza cómo se pueda entender por caminos del entendimiento humano no hollados. Y cuenta que no hay éxtasis natural tan

elevado, en que el alma esté tan fuera de sí, que no alcance por dónde llegó á aquel conocimiento que la embarga y cómo usó de sus facultades en él; y que así es verdad de ciencia firme y comprobada, que en esta enajenación del entendimiento y como suspensión de los sentidos del extático, el sentido íntimo no se oscurece, ni esta voz interior de la conciencia se acalla, sinó que ve claro y dice claro cuyas fueron las operaciones del alma en aquel su estado anterior; con que fuerza será en ley de crítica, que no se niegue que en el éxtasis místico el alma, manteniendo despierta aquella razón de sí que llamamos sentido íntimo, tiene conciencia de sus actos y del ejercicio de sus potencias; de lo cual se concluye invenciblemente que en lo que hace á estos estados sobrenaturales de Santa Teresa de Jesús, se habrá de estar á lo que la mística Doctora afirma de sí, sin lejos ni asomos de duda.

Y viendo en aquellas relaciones suyas tan claras y precisas y de tal color de verdad que no hay sinó ceder á ellas, los maravillosos efectos, ¿quién no sacará por ellos lo sobrenatural de la causa? Porque aquella iluminación del entendimiento y aquel encenderse la voluntad y hacerse brasas, y aquel dulce gozar del cuerpo, y aquel ganar en fortaleza espiritual y corporal, y aquel como renovarse el sér, no se dan la mano con el desmayo natural del entendimiento, y la sequedad y desencanto de la voluntad, y la fatiga y merma del cuerpo, después de labor intelectual penosísima, cuando ya el afán codicioso del deseo, haciendo

plaza con la posesión al hastío, luego ve que todo lo ganado es una nadería menos que desear y lo aprendido una partícula menos de verdad que aprender. Pero en aquella sobrenatural contemplación y aprehensión de Dios, hermosura sobre toda hermosura y claridad sobre toda claridad, cuando de este modo quiere mostrarse su infinita Bondad bien de cerca y casi sin velos dando vislumbres de aquella otra visión é intuición que se dice teología de los bienaventurados, como quiera que á mayor conocimiento del bien mayor codicia de la voluntad por asirse de él, y más amor, con él se abraza más estrechamente esta potencia expansiva, que de suyo en frase de San Agustín tiende á ir á lo que ama y hacerse uno con ello, y en él se transforma y vuelve con transformación de amor, como el amador se hace uno con el objeto amado; mas permaneciendo distinto de él y reconociéndose con distinción esencial distinto de él. Después de lo cual tampoco será para asombrarse que en este modo de endiosamiento afectivo el contento y goce del alma, que por fin dió con su descanso, y la serenidad y claridad en que está empapada, se rezume y trascienda al cuerpo, y lo haga gozar á su manera y le dé nuevos bríos y más agilidad y fuerza y áun los dolores y miserias se los endulce y alivie; que al fin andando tan cerca el médico no será mucho si los cura.

Nota es esta última del orden fisiológico tan característica que imprime el último sello de lo sobrenatural á los éxtasis de la bendita española.

Porque no hay verdad más vulgar en fisiología ni en que más se acuerden las ciencias médicas, que la enervación de las fuerzas físicas después de un gran trabajo y fatiga intelectual ó moral, como ello sea de rigor que las unas facultades no puedan aplicarse muy intensamente sin daño y mengua de las otras, y que en ganancias y pérdidas anden siempre en razón inversa; y así á los grandes esfuerzos de atención y más si llegan al éxtasis natural, luego se sigue un como estado caquético transitorio. Pues ahora imagínese qué suerte de explicación de cosa natural cabe en esta buena granjería del cuerpo que tras de aquella gran faena del alma, se halla más descansado y brioso y en salud que antes de comenzar. Y no se arguya con lo mucho que puede la suspensión del ánimo, que enajenado á las veces y fuera de sí no tiene más cuenta con el cuerpo que si no lo hubiera, porque esto será bueno en tanto que esta enajenación y arrebató del espíritu dura; pero no después que salió de ello y entró en calma; de manera que el soldado mientras anda en batalla por ventura no siente las heridas y sigue peleando, mas luego que acabó el batallar bien ve que fué herido y que le apuran los dolores, y acaso que le acaban la vida; y quien á la cabecera de un enfermo que mucho ama, no hay para él comer, ni dormir, ni sosegar, y ni el sueño le vence, ni el hambre le acongoja, ni la fatiga le puede, porque el amor le mantiene y aquella ansia por la salud del que ama no da lugar á otras ansias; pero así que pasa la ocasión, luego es el

desfallecer del cuerpo, y el sentir las hambres pasadas y las vigiliass sufridas, y el dar en tierra con la antigua fortaleza. Muy de otro modo sucede en los éxtasis místicos porque en ellos luego que cesan, siéntese en el alma y en el cuerpo un descanso y una plenitud de bienestar que dicen harto que lo que pasó no fué trabajo y fatiga sinó mucha gloria.

Aún habrá quien presuma que sale del paso con achacar tales efectos á empuje de la voluntad; mas cómo pueda oirse esto, yo no lo sabré decir, porque con ser tanto el poderío de esta gran potencia nuestra, que tenga el de hacer milagros, jamás se ha oido. Bien está que le dilaten tanto la jurisdicción los mismos que á vuelta de hoja la dejan sin ella, y acaso hasta niegan el libre albedrío, y acaban así de una plumada con nuestro sér de hombres! Pero ahora caigo en la cuenta de que estoy fiando en el buen entender de los contrarios y hasta en su buena fe lo que no debiera, porque sólo ignorando mucho y pensando de los demás que todavía ignoran más aún, se pueden mantener las estupendas afirmaciones con que Charpentier y los de su laya osan explicarse la elevación y suspensión preternaturales del cuerpo del arrobado. Citalo el Sr. Perales por muestra de ineptia científica y desenfado naturalista, y sólo á título de muestra se podía traer. Aprendieran á usar de la razón, si es que alguna les queda según la malgastan, y no vendrían, por negar lo que no comprenden, á afirmar lo que ni se comprende ni se entiende, y de entenderse, por absurdo

no se puede admitir. Es de ver con qué autoridad exigen para sus imaginaciones obsequio nada racional los que regatean á las verdades de la fe el *rationabile obsequium* del Apóstol. Más les valiera mirarse en el espejo de la clarísima castellana, y allí cursarían lógica y psicología y fisiología y hasta propiedad de hablar, que falta les hace. Entonces sabrían lo que va de entender á comprender, y que el hombre entiende muchas cosas, y aún muchas hay que aprende; pero que comprender, muy pocas.

Capítulo muy principal de la primera parte de este libro, es el que trata de las locuciones y visiones místicas de Santa Teresa de Jesús. Desde las escuetas negaciones de los naturalistas, hasta las atildadas y retóricas argucias de Luis Antonio Muratori, que estaba tocado del mal de su tiempo, á todo hace frente el autor con hondo estudio y cabal conocimiento del asunto. Un análisis psicológico muy menudamente hecho le lleva á fijar caracteres tales en las locuciones que tuvo la mística Doctora y en sus visiones ya imaginarias, ya intelectuales, que no hay modo de resistirse á la fuerza de la argumentación. Como siempre en bien entendida razón de método se parte de la exposición y examen de todas las operaciones semejantes que en el orden natural fisiológico se ofrecen á las veces. No hay otro camino de distinguir cosas aparentemente semejantes, que hacen iguales y unas la liviandad de juicio, y el saber somero, cuando no el intento dañado y la pasión que entenebrece. Tengo para mí que este capítulo por la

materia de él y por el acierto con que está tratada es de los mejores de la obra. En lo intelectual y moral como en lo físico no valen las generalizaciones de suyo muy aventuradas. No hay sino mucho analizar y aún desmenuzar, y no perder de vista que la psicología no se gobierna fantaseando teorías á bulto, sino con mucha y muy larga y madura observación y con la experiencia de nosotros mismos que es la reflexión y vuelta sobre nuestros actos: que sólo así se alcanza con certidumbre todo lo que naturalmente podemos y el modo como lo podemos, y sin alcanzarlo no apreciaríamos bien lo que no es nuestro mas de Dios. Bien aprovecha el Sr. Perales la buena guía que le ofrece la Santa la cual, como siempre que toca cosas sutilísimas y de muy delicado entender, diríase que se crece, y echa el resto en claridad y luz, que más no se podría pedir, y con símiles y ejemplos vivísimos da cuerpo y realce á los conceptos y como que los entra por los ojos. No hay palabra ni entendimiento de varón, cuanto menos de mujer, que se pudiera expresar mejor ni igual, y quien en ello no reverencie la lección divina, que vea cómo mujer, y no letrada, pudo pensar así y explicarse así, y salga, si acierta, de este mayor milagro.

Aún supera en interés á esta primera parte del libro la segunda que trata de lo natural patológico. Aquí puede el médico muy leido de libros impresos y más del libro incomparable de la experimentación y observación clínicas, batir el error en su segunda paralela donde hoy porfiadamente in-

tenta defenderse. No habré yo de seguirle por caminos que no anduve jamás, con que caería en la culpa enorme de los más que hablan de estas cosas sin entenderlas. Confieso que por esa pícará inclinación que á todos nos lleva á ocuparnos más en los negocios ajenos que en los propios, caí tal vez en codicia, que mejor llamaría tentación pecaminosa, de leer de medicina, pero no hice estudios jamás, y no son materias éstas que se cursan sólo leyendo sinó estudiando y practicando. Ninguna en verdad, si es que se ha de saber, pero éstas menos que otras; y así lo digo tan sólo por razonar el mucho encanto que tienen para mí estos buenos capítulos que les dedica el autor.

El cual con aquel espíritu valiente que tanto recomienda nuestro gran Quevedo, afronta luego lo que para algunos se ofreció como dificultad gravísima y temerosa. No basta para entrar en batalla la convicción del entendimiento si no acompaña el esfuerzo del ánimo. Quien no sale de las trincheras al raso fía más de las defensas del terreno que de su corazón. A quien, puesto en la verdad, se siente en lo firme, no le duelen prendas. El lado evidente de un hecho, no hay fuerzas humanas de razón que le obscurezcan, mas que de otro lado se vean apariencias de obscuridad ó contradicción. Más aliento y más hondo estudio, y lo que se juzgaba obscuro se hará claro, y lo que parecía contradictorio luego se concordará. Escritores meticulosos y espantadizos, que sintiendo cómo las olas llevaban y traían la barca, temíanse ya que zozobraba, pusieron la proa al puerto sin navegar

más. No parece sinó que no veían que iba Cristo en ella. Dijelo ántes y lo repito ahora: la verdad se defiende con la verdad. Que Santa Teresa de Jesús fué histérica, ella lo dice con la relación fidelísima de sus enfermedades. Negarlo valdria tanto como desmentir á la santa escritora que ni un punto en lo que nos dejó escrito por obediencia y según ordenación de Dios, jamás se engañó. Si, quiso Dios, á quien en un instante indivisible son presentes todas las cosas, que en un sujeto se juntasen las excelencias y maravillas de lo sobrenatural, y todo el aparato sindrómico del histerismo de que habian de hacer batería los naturalistas; porque fuese como fiel contraste donde mejor se apreciasesen los quilates de la verdad. El similor, que engaña los ojos, puesto junto al oro, luego descubre la falsedad y bajeza. Cuando el libro del Sr. Perales no tuviese otro mérito que haber presentado la batalla en el terreno, sobraría para merecer bien de la religión y de la ciencia. No es de católicos pelear á la defensiva: la ofensiva es de los que no dudan de la victoria.

Esto del histerismo y en general de las neurosis es de lo que más llena hoy y embarga en el campo de las ciencias médicas, y apenas hay fenómeno patológico y aún psicológico obscuro é intrincado, que no se trate de explicar por ahí. Cierito que no se ha adelantado poco en estas materias, de todas las de la obscurísima ciencia médica acaso las más oscuras y difíciles. Negar los avances de Charcot y de otros de su fuste sería negar lo innegable. Y es el caso que tiempos más histéricos

y neuróticos que los que alcanzamos, como no se busquen en los últimos días de Roma, por ventura no se encontrarán. Todas las concausas actuales del histerismo en el individuo parece como que concurren para engendrar lo que llamaría yo histerismo social. Revelan sanidad y robustez de complexión aquellas generaciones briosas de los siglos medios que en las hazañas como en los descarríos tocan en los últimos límites de lo humano; pero es esto en que vivimos una caquexia intelectual, moral y física que nos consume: gajes de los refinamientos de cultura. No es, pues, para maravillarse que las neurosis de toda especie, y las dolencias del corazón con las demás del aparato circulatorio, estén hoy en proporción que quizá no tuvieron jamás. A cada paso se tropieza con un histérico. De hombre sé yo, de los que más han despotricado contra Santa Teresa de Jesús y aún de Jesucristo abajo contra toda santidad, y no de su propio caudal, que no ha hecho sino servir de arcaduz á los desatinos de otros, el cual es de los ejemplares más acabados que ofrecerse pueden. Razón es que se estudien las neurosis y se procure ahondar en ellas, puesto que de poco servirá como no se ataquen las causas.

Acabado es el cuadro que nos presenta el Sr. Perales de la que padeció Santa Teresa de Jesús toda su vida. Para ello tenía buenas pruebas á qué acudir. La historia clínica mejor escrita no superaría á la descripción que la Santa nos hace de sus enfermedades y achaques, de suerte que no habría médico que sobre esta historia no se determinase

á diagnosticar. Sustitúyanse los antiguos y ya vulgares vocablos con las voces técnicas al uso y para el doctor más mirado de su crédito profesional que no lo suscribiese. Porque nada falte al aparato sindrómico viene en los primeros capítulos de la *Vida* de la Santa aquella admirable descripción del gravísimo parasismo que la puso á dos dedos de morir, donde los más la dieron por muerta, y que no fué otro que un ataque letárgico con muerte aparente del *gran histerismo de Charcot*. Llega el autor á estas conclusiones por un examen comparativo, hecho á conciencia, de todas las noticias esparcidas en las obras de la Santa Doctora, con las afirmaciones últimas de las ciencias médicas acerca del histerismo y sus varias formas. Nada falta allí, ni la distinción entre la epilepsia y aquellos estados morbosos que por semejarse á ella, dicen los médicos epileptiformes; pero que en modo alguno se pueden confundir. Deja el Sr. Perales que hablen los textos. Ha hecho bien: dan prueba plena.

¿Quién leyendo los primeros capítulos de la *Vida* de la Santa, y viendo por ellos la delicadeza de complexión de aquella doncellita nerviosa, casi á dos pasos de la muerte; y su exaltada imaginación devaneando y enfrascándose en las aventuras y embelecó de los libros de caballerías, no sacaría de aquí que comenzaba la historia de una mujer toda histérica, voluble y antojadiza, sin mandar á su razón apenas para nada; pronta á la risa y más pronta á las lágrimas; ahora tratable y comunicativa, ahora huraña y cejijunta, queriéndolo todo y

en negocio ninguno aprovechando cosa, enojo de sí y tedio y enfado de los otros? Mas si prosiguiendo en la lectura luego viese que aquella cuitada, con no irse á la mano los achaques y dolencias en afligirla toda la vida, fué valentísima mujer de sereno y reposado juicio, y de vivísimo entendimiento; avisada en el consejo, cuerda en la resolución, ágil en los negocios, pronta á toda obra, que ni la abatían dificultades, ni buenas venturas la alborotaban; con una igualdad de ánimo que nada descomponía, y una alma siempre esparciéndose en las holguras de una sana y santa libertad de espíritu, y siempre, con alegría no descompuesta sino apacible, dulce y verdadera; y si sobre esto oyera á aquella mujer discurrir con luz clarísima por las recondideces de la vida espiritual y tratar por modo maravilloso y con un arte sin arte y no imitado, las altezas inefables de Dios, y llegar á heroicidades de virtud y á grados subidísimos de encendida caridad, ¿cómo no concluir que contradicción tan portentosa no pudo caber en las fuerzas de naturaleza, porque fué milagro perenne por toda una vida donde la gracia divina quiso hacer gala y ostentación de su poder? Y cierto que no hay como se compongan en lo natural aquella euritmia y proporción de las facultades de Santa Teresa de Jesús, y su condición y diátesis de histerica, muy acabada de estos achaques. Y no se hable de su altísimo entendimiento con que alcanzaba y alumbraba por igual la teología, la filosofía, cuanto ponía delante de sí, con no haber estudiado nada. Que no tuvo maestros nadie osó ne-

garlo; adonde llegó, á grandes voces lo dice el consenso universal que la proclama entendimiento el más grande que vivió en alma de mujer.

Con esta su clarividencia hace anatomía de su espíritu y pinta á maravilla los favores espirituales que recibe, y sus enfermedades y achaques. No haya cuidado que los confunda. El más hábil patólogo de nuestros días no acertaría á trazar cuadro más acabado de lo que llaman melancolía histerica; que en bien sentir del Sr. Perales se había de llamar *carácter histerico*; y del modo de tratarlo, y cómo han de habérselas con las infelices que lo padecen. Nada recomienda la ciencia de hoy que no esté allí recomendado por una monja de hace tres siglos. Fueran tan finos en la observación y tan discretos en los juicios Lombroso y los de su escuela, y á bien que entonces pusieran la balanza en el fiel de la sana razón con más verdad que ahora.

Parece que la Santa escribía viendo cuán grande blanco de contradicción había de ser, porque de modo cuida de distinguir entre las miserias de su condición enfermiza, y los regalos de Dios por sus señales, que en ley de buena fe no hay cómo se barajen y confundan; y así poco esfuerzo ha menester el claro ingenio del Sr. Perales, y su mucho saber de estas materias, para cerrar con Maury y con Richer, y demás *ejusdem farinae*, y convencerles de livianos en el observar y atropellados en el decir, cuando no de falaces. Las cosas que en algo se asemejan, ofrecen grave peligro á la ignorancia vergonzante que se cubre á

medias las carnes con tales cuales andrajos de ciencia ; y muy grande comodidad á la intención torcida que con cuño de oro quiere pasar el cobre. Pero ¿quién que se pare un poco siquiera, confundirá los éxtasis místicos de Santa Teresa de Jesús, con la forma extática que á las veces presenta el tercer período del gran ataque histérico de Charcot? Pues no va cosa de aquellas actitudes apasionadas, donde en mímica pronta y expresiva, pasan á los ojos de quien lo contempla las mil imaginaciones del histérico, ora alegres, ora tristes; cuando dulces y suaves, cuando terribles y dolorosas, cuando devotas, cuando lúbricas, no de otra suerte que los muñecos del retablo de Maese Pedro; ni de aquel quebranto de cuerpo y de alma que luego sobreviene; á la serenidad altísima y radiante del rostro encendido en amor de Dios, y á aquel recogimiento y devoción de todo el cuerpo, y á aquella elevación y suspensión como en busca de lo que invenciblemente le atrae, y en fin, á aquella limpia y bienaventurada actividad de la inteligencia en tanta y tan clara luz de verdad embebecida! Que ciertos efectos fisiológicos de los estados morbosos histéricos y de los sobrenaturales puedan semejarse, nada concluye contra lo que se muestra diferente con diferencia esencial. No destruye la gracia la obra de naturaleza, sinó la supone, y conforme á esta naturaleza obra, y mientras otra no sea la voluntad de Dios, por fuerza que los extáticos habrán de sentir en sí los efectos de toda muy concentrada atención, y tan subidos de punto cuanto va de la contemplación de las cosas de la

tierra, á aquella otra que arrebató éntendimiento y voluntad en sobrenatural impetu á las cosas del Cielo. Decir como Richer hablando de la *Histeria en el arte*, que quitando y poniendo á voluntad de lo que veían en los histéricos, llegaron los grandes maestros del arte á representar los éxtasis y arrobamientos de los bienaventurados, es saber tanto de arte como de éxtasis. No hay histérico, así se le quite ó se le ponga cuanto hay que quitar y poner, que dé modelo para las hermosas creaciones del arte cristiano: con cantidades heterogéneas nadie suma, así llene de sumandos la gran pirámide de Qeos. Murillo pintando sus Concepciones; Alonso Cano fijando con el buril los arrobamientos de San Francisco de Asis; Doménico Theotocopuli representándolo en admirable lienzo; Morales y Juanes adivinando algo de la sacrosanta humanidad de Cristo, son pintores realistas de una realidad que ellos ven, y que existe, por mas que la nieguen los que no quieren verla. A buen seguro que modelos no faltarán hoy, porque histéricos abundan más que nunca, y con todo, de bien poco les han servido á los más de los decoradores de la horchateria eclesiástica que llaman San Francisco el Grande. Si á Richer y los suyos, viendo un cuadro de Murillo, tan sólo se les ocurre acordarse de las clínicas de la *Salpetrière*, no hay sinó dejarlos y pedir á Dios que les bata las cataratas del alma.

Trata el autor en la primera parte de su libro la materia interesantísima de las alucinaciones, campo de tantas polémicas en todos tiempos, donde

han batallado las escuelas sin acabar de entenderse , y donde batallan y batallarán. El muy excelente estudio comenzado en el orden fisiológico normal, lo acaba y redondea ahora el Sr. Perales entrando ya de lleno en lo patológico. De las teorías varias con que se intenta explicar este fenómeno morboso, ninguna conozco que me contente, como la muy nueva que expone el Sr. Perales por ser, en mi sentir, la que menos lugar ofrece á una victoriosa contestación. Ninguna distingue tan bien las puras formas imaginativas de estas representaciones que obran sobre los sentidos , sin que les falte más para ser normales y fisiológicas que la realidad objetiva de lo que es causa de la impresión. Y con notar esto, y pararse después en la deformidad de semejantes representaciones; remedos y como bosquejos en burlas de retazos de cosas reales y verdaderas, que allá en la imaginación dejaron su huella; luego se echa de ver qué va de esta penosa labor , donde con mal perjeñadas baratijas se aderezan y componen novedades, á aquella otra dulce y deleitable operación, donde con la imaginación se ve ó se contempla y se oye con el entendimiento, por modos no usados , bellezas, junto á las cuales toda otra belleza es fealdad , y verdades con lumbres como verdad de la tierra jamás dió de sí. Demás que crear, esto es, hacer *ex nihilo* , sólo es de Dios ; pero cuanto alcanza el hombre es dar nueva forma y como nuevo sér á lo que ya es, que si fuere en sueños como soñado lo más será desbarrar, y si dolencia, por enfermo desmazelado y contrahecho será , y si en la vigi-

lia con valiente imaginación engendrado, Don Quijote ó Segismundo, ó Pedro Crespo ó Yorik se llamará; pero ver y oír sin los ojos y los oídos del cuerpo, y aún sin los del alma, y sobre esto ver, oír y entender sin asomo de cosa del mundo que antes se vió ó entendió, ó se puede ver y entender, es operación divina de aquella diestra por quien cuanto existe todo es.

Es esta difícil materia muy á propósito para sorprender incautos, y el vindicador de la insigne Doctora que lo entiende así, echa el resto á la observación perspicaz y se vale de todos los pertrechos del bien provisto arsenal de su ciencia médica para sacar vencedora su tesis. Y no sale defraudado en sus esperanzas, porque mejor exposición y análisis más á toda ley de cuanto se sabe de alucinaciones difícilmente se hallará; de suerte que al llegar á las siete conclusiones con que cierra tan notable capítulo, la razón por modo invencible queda sometida.

No es menor la atención con que se estudia luego la catalepsia en todo el cuadro de sus fenómenos morbosos, para dejar probado, que cuando se concediera, por conceder y gratis, que Santa Teresa hubiese sido cataléptica alguna vez, nunca jamás podía confundirse con esta dolencia sus favores sobrenaturales. Huelga el supuesto, porque nada hay en los relatos de la Santa por donde en buena doctrina médica se pueda defender; mas ha querido el autor salir al encuentro á quien quiera que acaso intentara sustentarlo, y ha hecho bien en ello, que sobre apurar el asunto, regocijemos sa-

cando á plaza la insipiente impudente de quienes de un estado de negación y casi total suspensión y acabamiento de toda vida, quieren que salgan las más poderosas actividades; lo cual, si no es jugar con el sentido común, no sabré decir qué pueda ser.

No estaría cumplido el propósito de este libro donde con buena advertencia se confrontan los fenómenos sobrenaturales de la vida de Santa Teresa de Jesús con las formas páticas de todas las neurosis conocidas, de no hablar del sonambulismo natural y provocado, puesto que no hay letra en los escritos de la Santa que con cien leguas signifique nada de esto, ni ha salido escritor ninguno tratándola de sonámbula ni de hipnótica; pero las miras de quien no se contentaba con refutar los errores dichos, más quería también prevenir los que por ventura se llegaran á propalar, y el conjunto técnico de la materia así lo pedían. Sube de punto la razón de tratarlo en este lugar el mucho vuelo que el hipnotismo y el magnetismo en sus aplicaciones, cuando honestas, y cuando nó, en estos últimos tiempos han tomado; y porque estando estos fenómenos, muchos de ellos, como fronterizos en el campo de lo natural, es necesario determinarlos bien porque no se barajen con otros de la linde allá donde reina lo sobrehumano. A una los adelantos de las ciencias médicas y nuestra fe católica reclaman que no se miren con liviandad y en zumba, mas que se reconozcan y estudien de un lado los misterios y fuerzas de nuestra naturaleza, y de otro la virtud demoniaca, que en la historia de suerte tan varia se muestra, y que de las Sagra-

das Escrituras abajo con tantos y tan repetidos testimonios se comprueba; y así iremos ganando también tener á raya los charlatanes, que los hay y no pocos y de muchas raleas.

Parte es ésta del libro del Sr. Perales que tiene bien que alabar, más que nada por la fina observación con que se va marcando el alcance de las fuerzas naturales fisiológicas y patológicas, á un punto que el vulgo de las gentes no acierta á creer, ántes las gradúa de puramente maravillosas. Sirve en gran manera á su intento la discreta comparación de muchos fenómenos del sueño fisiológico y de la anestesia clorofórmica como procedimiento auxiliar de la terapéutica, con el sueño hipnótico (y perdónesenos la repetición del vocablo). Aquí lucen como en su mejor aplicación las aficiones del autor á ahondar cuanto se puede en las cuestiones psico-fisiológicas, y á sorprender lo que es dado los misterios de esta unión del alma y el cuerpo que más se siente que se ve y más se entiende que se comprende; y el grado y forma con que en cada estado y disposición de nuestro sér mutuamente se influyen y modifican. Va por este peligroso y obscurísimo camino siempre alumbrado con las luces recogidas en una larga clínica, que es el lugar de aprender, cuando se va sano el ánimo y el entendimiento sin nieblas en busca de la verdad; y tanto adelanta que no dudo afirmar que de todos los capítulos de este libro en ninguno hay mayor caudal de ideas nuevas y originales. El lector lo verá por sus ojos.

Parecerá que tratados estos fenómenos sonam-

búlicos, ya en lo patológico no hay más que decir. Pues todavía se quiere echar la llave, proponiendo la cuestión de si la vida sobrenatural de Santa Teresa de Jesús se pudiera explicar por alguna neurosis de forma desconocida. Esto se llama ganar la última trinchera donde la obstinación se revuelve; y la empresa, en verdad, no es difícil. Con un sencillo razonamiento de exclusión está concluido.

Mas con haber demostrado que las uniones místicas de Santa Teresa de Jesús de ninguna manera caen dentro de lo natural ni fisiológico ni patológico, todavía al plan bien acabado del autor, quedábale una última cuestión que tratar, como quiera que hay fenómenos de los cuales pudiéramos decir con una expresión escolástica que siendo naturales *quoad se*, no lo son *quoad nos*, porque como de criaturas y hechuras de Dios entran en la naturaleza en su concepto más cabal; pero como de criaturas que están fuera del orden del mundo y de nuestra condición humana, salen del sentido más restricto de lo natural, como son las obras de las otras más perfectas substancias espirituales, los ángeles, y las dominaciones y las potestades, y las de aquel tenebroso que no ama á Dios ni le teme, aunque le tiembla, el cual si con perder la gracia perdió la herencia y los muchos gajes y galas que ántes tenía, pero no su naturaleza ni los primores y excelencias de ella que las conserva, bien que para aborrecer y dañar; de donde se sigue que á más de las causas naturales que son las fuerzas del hombre, y todas las del universo, y la sobre-

natural que es Dios, habrá otra sobrehumana, y para nosotros preternatural, que puede actuar en nuestro sér en lo espiritual y en lo corporal; y así pedía ahora la integridad del propósito que se examinase si esta tercera causa tuvo parte en los fenómenos místicos de la Santa Doctora.

Ya habrá conocido el lector que esto será asomarse á los campos áridos y tenebrosos de la acción demoniaca donde vagan y se revuelven las mil supersticiones antiguas, las taumaturgias de todas las teogonias, y las magias y hechicerías, y con traje más de moda no pocos hechos del magnetismo animal y sobre todo el flamante espiritismo. Y aquí veo la sonrisa burlona de tal cual desconfiado; pero no vale hurtar el cuerpo á lo que no se comprende y salir del paso con negarlo, que á bien que yo por católico y por español en quienes asienta firmemente el sentido de lo real, no me pago de embustes y embelecocos; pero ello es que ó se admite el absurdo de que causa alguna pueda actuar fuera de su naturaleza y aún contra ella, ó se ha de reconocer que ciertos fenómenos magnéticos y espiritistas en manera ninguna caben en lo natural; y con dar de baja en esta cuenta las partidas que anota el interés vil y la superchería miserable, y las que apuntó la liviandad de juicio y el poco saber psicológico ó patológico, aún queda otra y muy subida que se ha de cargar á lo preternatural. Demás que la doctrina católica nos advierte de la realidad de la acción diabólica; y entre los endemoniados de todos tiempos, de los cuales no pocos citan las Sagradas Escrituras, que no se

podrán negar, y muchos agentes y mediums del espiritismo, hay tan estrechas semejanzas que claro se ve que son uno. No andaba la Inquisición á caza de antojos, como se ha dicho, porque ciertos delitos perseguia; pero cuando podian ser achaques de ánimos enfermizos y de cuerpos entecos é histéricos, bien se sabía distinguir; que no hay teólogo, ni místico, ni filósofo de nuestro gran siglo que no lo distinga. Tan sólo con leer á la insigne española bastaría para convencerse de esta verdad, porque mejor que ella nadie pintó las miserias del cuerpo enfermo, las asechanzas del poder de las tinieblas y los favores y regalos de Dios, y separó lo uno de lo otro.

Lleva el Sr. Perales esta tercera parte de su libro con el acierto que las dos primeras. No escasa lectura y bien aprovechada; observación propia y personal, y solidez de base en todos los conocimientos sin los cuales nadie se debe aventurar por estos caminos, le dan los medios eficaces con que llegar á conclusiones donde la fe y la ciencia hermosamente se estrechan y armonizan. Con lo cual como que corona el gallardo edificio erigido en honor de la egregia escritora, honra de las letras, blasón de España, gloria de la Iglesia, y lumbré vivísima de aquel gran siglo XVI, que es el siglo español de la historia.

El cual es un siglo teológico donde el pensamiento de Dios lo llena todo. Sólo penetrándose de ello se ahondará en las entrañas de aquella sociedad. De ningún otro pueblo se podría decir igual que del nuestro que la fe católica es

como su forma substancial que en unidad en cierto modo esencial con él se junta y auna. Peleando por la fe se amasa en una batalla de ocho siglos, y donde ve la cruz allí su bandera, y no comprendería bandera sin cruz. Así las cosas más excelsas le son llanas y como connaturales, y el saber vulgar llega á nivel que toca en las cimas. Sus grandes poetas, sus dramáticos del siglo XVII, que viven de la savia del siglo anterior, teologuizan para el pueblo que lo aplaude porque lo entiende y saborea: todos sus versos destilan saber teológico. Era aquel un asirse de la fe tan firme y de verdad, que nada había poderoso á apartarlo. Santa Teresa de Jesús escribiendo del alma unida con Dios, por distinguir bien cuyos son regalos divinos y cuyos no lo son, «que el alma que tiene ya hecho asiento en estas verdades» (de la fe) «que no la moverían cuantas revelaciones puede imaginar, aunque viese abiertos los cielos, *un punto de lo que tiene la Ilesia,*» dice lo que en su tanto y grado se pudiera decir del alma de España. Yerra quien piense que la Inquisición engendró sociedad tal cual ésta fué: mucho efecto para muy poca causa. No fué la Inquisición engendradora sinó engendada. Nació sin cultivo como planta que daba de sí el suelo, y con las aguas turbias de la herejía protestante, que en otras tierras de Europa tantas malas hierbas hiciera brotar de males y pestilencias, en esta nuestra tierra española, aquella planta de salud se hizo árbol prócer y corpulento. Amábala el pueblo por natural instinto de vida, y todos los

grandes luminares de aquel tiempo, desde el sin igual Cervantes á contarlos todos, sin excluir los que pasan por perseguidos, todos la aclaman y bendicen. «¿Qué otra cosa es el Santo Oficio, dice Fray Luis de Granada en su hermosísimo *Sermón de las caídas*, sino muro de la Iglesia, columna de la verdad, guarda de la fe, tesoro de la religión cristiana, arma contra los herejes, lumbre contra los engaños del enemigo, y toque con que se prueba la fuerza de la doctrina si es falsa ó verdadera?» Y fué de ver como con esta escarda que limpió el suelo de la mala hierba que hurta el jugo á la buena, todo fué verdor y lozania, y ciencias y letras dieron fruto copioso y sazonado con que el saber español llegó á la cumbre, tal que sólo el de Italia y con lejos podía comparársele. No así los demás pueblos de Europa que entonces iban á la zaga; y en algunos como en Francia andaba la lengua todavía en mantillas y silabeando, aunque diga otro Rousselot y los de su estofa. Todos los cuales saberes eran armas contra el enemigo común, porque de la guerra con los infieles se vino á la guerra con los herejes, y España era como dilatado campo de batalla donde quien rezando, quien con la espada acometiendo, acá con la palabra, allá con la pluma, acullá con los pinceles, todos peleaban por la verdad.

No será para maravillar, que una sociedad donde, como dije antes, todo lo llenaba el pensamiento de Dios, y que vivía como endiosada, sintiese muy encendido el amor de Dios, y se enamorase más de aquella combatida fe por quien

se lanzaba á pelear; ni que el amor, vulgarmente llamado místico, y aquel más subido conocimiento de las cosas divinas, que se llama teología *mística*, y que nace de un muy encendido amor de Dios, fuese en cierta participación como connatural con nuestro pueblo. Y así se explica que cuando en otras literaturas se conozcan tales cuales obras de mística; pero este género literario, formando cuerpo y conjunto solamente se conoce en España, la cual en algún modo puede decir de esta literatura lo que los romanos de la sátira: *mystica tota nostra est*. Y aquí viene alzar el rebenque de la crítica contra el vulgarismo Rousselot que en su libro *Les mystiques espagnoles*, hablando de nuestras cosas sin entenderlas, en ley de buen francés, después de fantasear una España entenebrecida y cautiva de los jayanes inquisitoriales, pinta á nuestros grandes místicos como espíritus oprimidos que se acogen á las recondideces de la contemplación por único asilo abierto á las disquisiciones filosóficas. Ni esto es saber de España ni de mística *sed scribere nugas in usum insipientium*; y gracias que con tanto aguzar el ingenio no da con la veta de ningún protestante, por más que ahinque en lo que llama personalismo de los místicos y en ello quiera percibir de lejos como cierto olorcillo de cosa menos católica. Pero no perdamos el tiempo en semejantes naderias. No el temor á nada humano mas el mucho amor á lo divino, llevaba á aquellas almas, ya por españolas naturalmente místicas, á auparse y empinarse en busca de Dios y de aquella teología

que dice el excelente expositor Billuart, «que llamamos mística ó afectiva, la cual menos por labor del raciocinio que por simple intuición de la mente y por modo principalísimo en la oración, aprende las cosas divinas y las contempla.» No son los místicos forzados del pensamiento, que huyen de galeras; son almas santamente enamoradas.—Pero de esta materia no diré más, que ya me he hecho muy prolijo. A quien busque más noticias le remito á mi estudio acerca de Fray Luis de Granada, donde este asunto de la mística, y especial de los místicos españoles más largamente se contiene.

Ejemplar el más acabado y hermoso de todos ellos es la mujer extraordinaria que ocupa la más alta cima entre las mujeres españolas. Como Isabel la Católica es singularísima en el orden de naturaleza, Santa Teresa de Jesús lo es en el de la gracia. Nadie sintió más fina y abrasadamente el amor de Dios, ni alcanzó más excelsas alturas en su conocimiento que aquella mujer que llegó donde razón de hombre no superó jamás. Fuera de los romances de caballería que divirtieron su mocedad, y que arrumbó luego, no frecuentó cátedras ni trató en libros, ni tuvo otra lectura que su corazón encendidísimo, ni más doctor ni maestro que la enseñase sino solo á Dios, y con esto llegó á la más encumbrada filosofía, junto á la cual toda otra filosofía se queda en el llano: que al fin aquella filosofía en elegante expresión de San Buenaventura «con lumbres de Dios y destellos del cielo escribese en el corazón, y ésta

en pergaminos con negra tinta y plumas de ánsares.» Y así aleando su alma se llega á Dios, y como enamorada fina y muy abrasada busca hacerse uno con El; y siendo de los que bien se aman entenderse luego, y leerse el pensamiento y el corazón muy de corrido y de verdad, donde los demás no acertarian á leer, allí lee en Dios, que amorosamente se deja leer, y entiende cosas que de otra suerte no sabria leer ni entender; de manera que se verifican en ella á maravilla estas palabras de Hugo de San Victor: «más caminamos y aprovechamos orando que no investigando; más alta lumbre recibimos de la compunción devota que no de la escrutación profunda.» Y todavía asombra más, y encanta más aún, luego que descende de estas alturas, y mandada comunica lo que vió y sintió; porque con sentir de mujer y lisura de castellana, muy á lo llano las inefables excelencias divinas pónelas á la vista cuanto se pueden poner, y tanto nos las acerca, que con estar tan altas, diríase que las alcanzamos con la mano. No es Fray Luis de León, escriturario como pocos, hebraizante con quien sólo emparejó Arias Montano, señoreador de la lengua castellana á sabiendas, que la hace lucir cuanto caudal oriental corre en sus veneros; ni Fray Luis de Granada amplificador y grandilocuente; tomista que se envuelve en el rico y ampuloso manto del Renacimiento, sino la mujer sin letras que habla como oye en Castilla, deliciosamente incorrecta y limpiamente castiza; con el derroche de giros, de modismos, de recursos, de color con que habla

el pueblo. No parece sino que en la humildad de este lenguaje quiso Dios mostrarse como en Belén á lo humilde y llano; y con todo ello allí se le ve y se le adora como le vieron los pastores, y los principes le adoraron. De justicia aclama el común consenso á la Santa Doctora, maestra y dechado de esta habla castellana, que alabando á Dios, nació y creció y se hermosteó y se hizo señora de las lenguas; y que tanto no se forjó para decir herejías, que los modernos herejes y racionalistas, queriendo decirlas y resistiéndose ella, para maldecir de Dios, tuvieron que comenzar por hacer herejías con el castellano.

Hay además, en Santa Teresa de Jesús, que entre tantos racimos de bienaventurados que dió de sí aquella España del siglo XVI, en toda grandeza ubérrima, no se saca uno de más neta y entera complexión española. Nada de zahareño y huraño en su santidad siempre alegre y regocijada. Rebosa la alegría en aquella alma, toda llena de Dios, Suma de todo bien, y se derrama por todas partes; y en viniendo á cuento no falta en su boca el chiste garboso y el arranque de sin igual donosura. Si se da licencia á la frase, diría yo que trata de lo divino como jugando, con la dulce familiaridad española, que por la mucha costumbre de llegarse á ello, parece que anda en ello como por su casa, con menos temor que cariño. Trasciende además en la Santa la serenidad alegre de la España de su tiempo á quien no entenebrecían dudas, ni le ocultaba el cielo la cerrazón que á otros pueblos de Europa, bien desdi-

chados, cubria, sino que al claro sol de una sola, y santa fe, dichosamente se holgaba.—Y también como mayor en espíritu cristiano no se verá, aquella santa libertad y holgura donde el alma á sus anchas se espaciaba, sin encogimiento ni mohines: libertad por cierto muy española siempre, y por aquel entonces sólo en España gozada, que con su bendita unidad en lo esencial, de jaba correr sueltas, ideas, que en otros pueblos de Europa, presa de herejes, se estimaban por malasanas ó á lo menos por peligrosas. Y luego aquel estar la Santa pronta á toda obra, y no ensimismada ni menos descorazonada; según lo reconoce Rousselot, que en esto es justo; y aquella diligencia y agilidad y tino en los negocios, que hubiera podido llevar los de un reino, y en fin aquel temple de soldado que era el de los españoles de su tiempo; siempre puesta en la vanguardia de la España batalladora del siglo XVI.

Y aquí hago punto, que ya era hora. Válgame de disculpa mi amor á la gloriosísima española, que en poniéndome á hablar de ella me hace que me embebezca. Años há, allá de joven, tuve la dicha de ver por mis ojos los lugares que fueron aurora y ocaso de su santa vida. Allí veneré aquel corazón que todavía de muerto se lacera con las heridas que pasan el corazón del Amado. Merced para mí que no merecimiento ha sido poner una pedruzuela en este monumento de vindicación que aquel ánimo generoso que se llamó el Obispo Martínez Izquierdo, quiso elevar á la gran Santa carmelitana. Abusé de la licencia y me he alar-

gado más que mucho. No es de admirar: de lo que poco pesa entra mucho en libra. —Con esto como los golosos, que van dejando para luego el mejor manjar, porque dure más el paladearlo, así el lector de bien afinado gusto, de esta inoportuna é importuna detención de mi prólogo, sacará más sabroso regalo en lo que viene después. Éntre en ello, y aprenda en el libro que comienza, y que ha de quedar sin duda alguna para honra perenne del clarísimo prelado que le inspiró, y del ilustre profesor que supo llevarlo á felicísimo término.

Fernando Segundo Brieva Salvatierra.

INTRODUCCION.

«Con todo el mundo disputara
que era Dios.»

STA. TERESA, *Vida*. Cap. XXV.



QUISIERA yo, que como me ha dado el Señor buena intención y ánimo bastante para que me determine á tomar parte en el Certamen anunciado en honra de la insigne Santa y Doctora Teresa de Jesús, me diera las luces que me faltan para poner eu claro, y defender victoriosamente las maravillas sobrenaturales obradas por la omnipotencia divina en su predilecta y enamorada hija.

Diérame gran consuelo, mas no ha querido; antes atádome mucho con darme ruín y escaso entendimiento, para hablar de cosas tan altas muy menguado: y por esto pido por amor del Señor, tenga delante de los ojos quien este trabajo leyere, que el

carácter sobrenatural de los éxtasis y arrobamientos de la ilustre reformadora del Carmelo no depende en modo alguno de este mi pobre escrito, hijo de la devoción que á la Santa tiene, y de la admiración que á la gran mujer del siglo XVI profesa, un médico falto de los estudios propios para tratar de cosas sobrenaturales. Pero al modo que en los palacios de los reyes no hay solamente magnates que ocupan los entapizados salones, sinó también pobres soldados que defienden las puertas exteriores, así yo me complazco en colocarme á la entrada del palacio que se va á erigir á la gloria de Teresa de Jesús, para repeler al ignaro naturalista que pretende embadurnar la hermosísima figura de la Santa con el despreciable lodo de sus torpes y gratuitas negaciones.

Luchar con adversarios del catolicismo, parecióme siempre deber fácil de llenar; pues la verdad sale victoriosa del error por sola su virtud, y sin necesidad de grande esfuerzo. Y porque pienso que, entre tales combates, uno de los menos difíciles ha de ser el que se mantenga con los impugnadores de los prodigios que brillan en nuestra Santa, pues su luz disipa toda sombra; y porque amo y venero su gloria como una de las más preclaras de la Iglesia católica, apostólica, romana, de quien soy humilde hijo, héme resuelto á tratar del tema 5.º que dice:

«Los éxtasis y arrobamientos de Santa Teresa de Jesús, según ella los describe, tampoco son efecto de enfermedad ó accidente natural alguno, sinó únicamente de la gracia de Dios. — *Estudio de controversia*

contra los naturalistas que pretenden explicarlo todo por las fuerzas ocultas de la naturaleza.»

Divido mi trabajo en cuatro partes, á saber:

Parte preliminar. En ella trataré de exponer qué sea lo sobrenatural; y al probar su existencia, examinaré si la negación naturalista se apoya en algo.

Parte primera. En ella señalaré las notas características de lo sobrenatural, y por éstas, procuraré distinguirlo de lo natural en el orden fisiológico, para demostrar á cuál de ambos órdenes corresponden los éxtasis y arrobamientos de Santa Teresa, *según ella los describe.*

Parte segunda. En esta compararé las notas características de lo sobrenatural y de lo patológico, demostrando á la vez, á qué orden corresponden los éxtasis y arrobamientos de Santa Teresa, *según ella los describe.*

Parte tercera. En esta postrera parte estudiaré de igual manera qué en las anteriores, los favores místicos que gozó Santa Teresa, y algunos fenómenos sobrehumanos.

Quien lea con atención el tema que pretendo desenvolver, y luego se fije en las palabras escritas con letra cursiva en el programa, verá claramente, no ya la conveniencia de dilucidar las cuestiones que propongo, sino la necesidad que tengo de discutir las con los adversarios de la tesis.

Contra las afirmaciones en pró de lo sobrenatural, levántase el naturalismo, como tósigo el más usado por los impíos para envenenar entendimientos y corazones. Y á la manera que el traidor esconde el arma ó disfraza la pócima para que no despierte recelos en su víctima, así los propaladores de este engaño procuran enmascarar sus errores para sorprender la inteligencia del que los escucha. Equivócase alguna vez el falso maestro por ignorancia, más que por malicia; pero al cabo resulta que de ambos modos presenta falazmente la controversia: controversia importantísima, porque lleva en su seno la clave de todas las cuestiones planteadas por los enemigos del catolicismo.

Razones son estas que me obligan á fijar bien los términos de la cuestión, ante todo, con el fin de separar cuidadosamente la verdadera noción del orden sobrenatural de los fantasmas y velos con que la obscurecen; que así lograré sorprender tales arterías, y que no desconcierten ni seduzcan, cual he presenciado alguna vez, á espíritus que vacilan y dudan.

Poco valgo para tanto; mas confío en que la favorecida de Dios, que ve mi buen deseo, me alcance de su Majestad la honra de que pueda afirmar en esta ocasión su bondad y amor infinitos.



PARTE PRELIMINAR.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN QUE SE DICE QUÉ SEA LO SOBRENATURAL.



Lo sobrenatural es Dios, y la acción de Dios. Fuera de la naturaleza creada, no existe más que el Sér creador: encima de lo natural y finito, sólo está lo infinito y eterno. Las acciones divinas, *naturales* para Dios, son acciones evidentemente *sobrenaturales* para el hombre y para todos los seres que no son Dios.

Ateos serán cuantos nieguen lo sobrenatural, por más que les pese el que así los llamen; pues afirman que no hay nada fuera y encima de este inmenso conjunto de seres que se significan con el nombre de naturaleza ó mundo, y pretenden explicar el orden admirable del universo por las mismas cosas criadas,

sustituyendo á Dios con lo que llaman sér absoluto, substancia única, fuerzas ocultas ó cualquier otro nombre que les ocurra. Por eso la mejor refutación del naturalismo serán siempre las pruebas de la existencia de Dios y de sus atributos infinitos.

Y sin embargo, no me detendré en presentar razones como la metafísica, ó del sér necesario y no producido, la física ó del poder infinito que exigen la creación *ex nihilo* del universo y su armonía, ni la moral ó criterio del sentido común, para demostrar una realidad que proclama la conciencia, afirma la sola razón y se sostiene por sí misma. Que tan grosera demencia es negar á Dios descaradamente, que sus adversarios más atrevidos evitan, hace ya tiempo, que se les pueda culpar de ateos, y eligen otra forma de naturalismo que admitiendo la causa, suprime la mayor parte de sus efectos.

Por más que lo sobrenatural sea lo infinito, cosa incomprendible para el humano entendimiento, la Iglesia católica da de él ideas sencillísimas y al nivel de todas las inteligencias. Oigamos cómo las expone uno de sus ilustrados hijos.

«Entre Dios, criador del hombre, y el hombre, criatura de Dios, hay relaciones necesarias fundadas en la naturaleza del uno y del otro que resultan del acto mismo creador. El conjunto de estas relaciones constituye la primera y esencial comunicación entre Dios y la criatura, que se llama religión natural. Mas ¿por qué, si quiere Dios, que es infinitamente bueno é infinitamente libre, no ha de poder añadir á estas relaciones fundamentales otras superiores? ¿Dios creador, no pudo colocarse respecto á su criatura en la posición

de un padre para con su hijo, y elevarle hasta su gloria por privilegio de adopción?

»En este supuesto, Dios padre asigna al hombre convertido en su hijo, un fin superior al que le asignaba como criador, le garantiza una herencia propia de la paternidad que ejercita, le señala como último fin la visión y posesión de Él mismo al término de su vida pasajera, y le da para llegar á este fin y conquistar esta herencia, socorros perfectamente proporcionados con el destino que le ha concedido» (1).

Elijo estos párrafos, porque expresan mis ideas acerca de lo que debo tratar en estos preliminares. Llamo, pues, orden sobrenatural, el conjunto de relaciones y comunicaciones nuevas que Dios ha querido establecer con la criatura dotada por Él de razón. Entiendo por destino sobrenatural, la elevación de las potencias del alma que Dios concede graciosamente, sublimándolas con luz y energía superiores á nuestro sér, para que percibamos y nos granjeemos la eternidad y el perpetuo goce de Dios. Y llamo medios sobrenaturales, á los adecuados para lograr ese fin; contando entre ellos las ilustraciones, leyes, fuerzas é impulsos que el alma recibe del poder divino.

En una palabra; lo sobrenatural que formulo aqui, es la comunicación de Dios con el hombre, que está por encima de las exigencias de la naturaleza humana, y que es efecto del amor gratuito y libre adopción del Hacedor respecto á su criatura.

(1) Conferencias del Rvdo. P. Félix en Nuestra Señora de París. Año 1865.

CAPÍTULO II.

EN QUE SE PRUEBA LA EXISTENCIA DEL ORDEN SOBRENATURAL CONTRA LAS NEGACIONES NATURALISTAS.



EL naturalismo que voy á discutir es el que considera á Dios meramente creador del hombre, y no acepta otros lazos de relación entre ámbos sinó los que se derivan de sus naturalezas respectivas ; teniendo el Criador derechos sobre la criatura, y ésta deberes respecto á su Criador. Enseñan estos naturalistas que todo lo demás es imaginario, que no existe, y que lo rechaza la razón por absurdo. Y como uno de sus más ponderados derechos es la discusión, pláceme el aceptarla, preguntando con claridad: ¿existe el orden sobrenatural que he definido, ó es necio, contradictorio, absurdo é imposible, como pretende el naturalismo?

Si tales calificativos y otros análogos que se prodigan á la sana filosofía, no tuvieran más alcance que el de las ofensas hechas á los que profesan la

doctrina católica, los católicos, mientras perdonaban como su divino Maestro les enseñó, rogarían á Dios iluminase á los blasfemos, haciéndoles ver lo vano de sus ataques insensatos. Mas como suelen cubrir su ateísmo con el antifaz hipócrita de algunas palabras técnicas para engañar mejor á los incautos, conviene poner en evidencia sus errores, á fin de evitar la seducción de aquellas apariencias científicas.

Este naturalismo admite la existencia de Dios infinitamente poderoso, infinitamente sabio é infinitamente bueno. Tal es el principio que encabeza su programa.

Cuando se acepta un principio, hay que aceptar toda consecuencia que se deduzca lógicamente de él. La doctrina católica, que confiesa la Omnipotencia y la Sabiduría infinita de Dios, proclama cuantas acciones nacen de estos divinos atributos, y rechaza cuanto pudiera mermarlos en la parte más pequeña. Por eso afirma que el Omnipotente *puede* comunicar al hombre alguna de aquellas verdades y misterios que la inteligencia humana entregada á las fuerzas naturales de que la dotó Dios al crearla, no comprende ni comprenderá jamás. Por eso también cree que siendo Dios lo sobrenatural mismo, tiene el poder de revelarse por manifestaciones sobrenaturales.

En cambio el naturalista niega estos poderes á su Dios *todopoderoso y sabio*, le declara impotente diciendo que es imposible su comunicación sobrenatural, y llama necio, contradictorio y absurdo al catolicismo que sostiene la integridad absoluta de la Omnipotencia y Sabiduría increadas.

No se necesita ser católico para juzgar de qué parte está la razón lógica en este primer punto; si

de la doctrina que contemplando la causa ve también sus consecuencias racionales, ó de la de quien admitiendo aquélla declara imposibles sus efectos propios, y asegura que no puede manifestarse sinó por actos de naturaleza, índole y modo inferiores al origen de que proceden.

Que decida el lector dónde halla la imposibilidad, la contradicción y el absurdo.

El naturalismo añade que Dios es infinitamente bueno. Así lo creen los católicos, y de aquí deducen que así como Dios creador se da á conocer por obras de Hacedor Supremo, así Dios infinito en bondad pudo mostrarla á su amada criatura: no habiendo obstáculo alguno para admitir que al terminar el Criador el milagro de sacar el hombre de la nada, le hizo dádiva de la *gracia*, don que elevó á la criatura racional á más íntimo y amoroso trato con su divino Padre.

A su vez los naturalistas, diciendo que es imposible á la bondad infinita de *su Dios* dar una muestra infinita de sí misma, sostienen la absurda contradicción de que lo infinito no puede manifestarse por acciones de igual naturaleza.

Vea de nuevo el lector, dónde encuentra razonamientos más lógicos.

Por último, dice la doctrina católica, que si Dios infinito en poder y sabiduría, pudo mostrarse sobrenaturalmente al hombre por medio de hechos y verdades de un orden superior á los alcances de su razón limitada, también le pudo imponer, como consecuencia de estas mercedes divinas, algunos deberes más elevados que no había exigido antes la naturaleza de la mera creación. Y que dada la existencia de

estas nuevas obligaciones, y la infinita bondad del Autor de la gracia, nada más lógico que la creencia de que Dios ayuda la voluntad humana para que llene tales deberes con medios adecuados al fin.

El naturalismo, por el contrario, niega todas estas consecuencias, y declara necio é imposible el deducirlas, á pesar de la bondad y poder infinitos que atribuye á Dios.

Medite y juzgue el discreto lector.

Viéndose el naturalismo impotente contra la omnipotencia divina, varía la negación, y dice: que no basta probar que Dios haya podido elevar al hombre á un fin superior y darle medios para conseguirlo; pues aunque este orden sobrenatural sea un hecho que el poder de Dios realizaría cuando así lo quisiera, es menester demostrar que ya lo quiso; lo cual niega, porque *su ciencia* no le permite admitir los sucesos sobrenaturales que le señalan los católicos.

Si los naturalistas examinaran las pruebas que la Iglesia de Cristo da del orden sobrenatural, no formularían semejante negación; mas como no aceptan este examen—que tal es el sistema impío, negar y siempre negar, para que la discusión sea interminable; pero sin fijarse en las razones contrarias, y eso sí, dándose aires de omniscientes,—añadiré que ante sus miradas se presenta un hecho que lo afirma, el cristianismo. Escuchemos de nuevo al orador antes citado:

«Sí, el cristianismo, con sus profecías, su Fundador divino, sus evangelios, sus dogmas, sus milagros, su rápida propagación apostólica, su Iglesia, sus conquistas, sus persecuciones, sus mártires y sus triunfos; en una palabra, con los cimientos (rationales) de su

fe de tal manera encarnados en la historia y en la crítica, que, de no ser ciertos, no habría certidumbre histórica ni quedaría criterio alguno posible. El cristianismo, que existió ayer, que existe hoy, que existirá en todos los siglos; el cristianismo, que se afirma, y que presentándose todo y por sí solo ante sus más osados agresores, les dice: *Miradme bien: yo soy lo sobrenatural.*

»Y dícelo así, porque lo sobrenatural constituye la esencia del cristianismo, que tiene por base el misterio de la Encarnación del Verbo, y por centro la persona de Jesucristo, que al redimirnos instituyó nuestra filiación divina.

»Por Jesucristo y en Jesucristo vive en la humanidad lo divino, esto es, lo sobrenatural; y si bien la divinidad escapa á la intuición del hombre, porque llega al seno de Dios, el hecho del cristianismo, nacido en lo sobrenatural, viviendo de lo sobrenatural y afirmando lo sobrenatural ante todas las ciencias, literaturas, civilizaciones y pueblos, con sus palabras, sus actos y su sangre, es un hecho gigante y majestuoso que forma por sí solo una poderosísima y decisiva prueba que debe meditar el naturalista antes de negar que Dios quiso manifestarse sobrenaturalmente en la humanidad.»

La negación naturalista, destruída por la realidad sobrenatural absoluta de Dios, y por la manifestación de lo divino en la humanidad, el cristianismo, no abandona su astuta reserva, y sin levantar el velo que tan mal oculta su ateísmo, finge ceder un tanto para continuar la lucha. Con este fin aparenta dirigir sus tiros más directamente á otro blanco, diciendo que no halla

obstáculo en aceptar que lo sobrenatural se encuentra en Dios y su Iglesia; pero que no puede admitir como sucesos sobrenaturales la multitud de casos que la doctrina católica incluye en tal categoría, porque la intervención divina en actos naturales exigiría el milagro; hecho absurdo é imposible, dada la inflexibilidad del régimen general de la naturaleza, que no consiente anulación ni trastorno alguno de su orden inmutable, y cuyas leyes encierran á Dios dentro de ellas mismas.

Pasaré aquí por alto la construcción lógica de ese montón de frases con que sus autores pretenden parodiar un silogismo; tampoco quiero apreciar el repentino olvido en que dejan á sus falsas protestas de respeto á Dios y á la Iglesia de Cristo; y procurando figurarme que no son ateos los que tal dicen, sostengo que solamente la ignorancia ó la malicia pueden exponer tamaño cúmulo de errores.

En efecto; sólo al naturalismo se le podría ocurrir el afirmar que la naturaleza física tiene algo de necesaria ni de absoluta. La naturaleza es constante en sus fenómenos, y nada más. La naturaleza entera, milagro de la Omnipotencia, proclama con su constancia servil que no tiene más que una cualidad necesaria, la de su dependencia. Esta servidumbre se refleja hasta en el imperio que el hombre ejerce sobre ella por delegación divina; pues las maravillas de la industria humana que modifican hondamente la naturaleza, al parecer, dan testimonio de que el orden físico está sometido al intelectual.

Y si esta sumisión relativa no puede negarse, ¿podrá repugnar otra más completa, ineludible y absoluta

respecto al orden sobrenatural, origen y causa de todos los demás órdenes?

El que niega que Dios pueda modificar, trastornar y anular las leyes físicas, *no absolutas ni necesarias*, hechas por su libérrima voluntad, y cuyo cambio no implica esencialmente desorden alguno; el que esto niega, quiere hacer al efecto más grande que la causa de donde procede; esto es, al Criador más pequeño que su criatura, al hombre y á la naturaleza más poderosos que Dios (1).

Antes de afirmar que lo sobrenatural y milagroso son perturbadores del orden inmutable natural, recuerde el naturalismo el concepto que de ellos da la doctrina católica, y lea los renglones que siguen, escritos por Augusto Nicolas en el *Arte de creer* (2).

«Lo que se considera como un trastorno es una de las más hermosas armonías que pudieran concebirse: el orden de la naturaleza encuentra su remate en el orden sobrenatural, que á su vez halla su esfera de acción en el orden de la naturaleza, anulado solamente por el milagro, para hacerle alcanzar mejor su glorioso destino. Estos dos órdenes de naturaleza y gracia confúndense y mutuamente se combinan en presencia de un orden superior de gloria que á entrámbos abarca: al establecer Dios el orden natural se propuso, además del lenguaje uniforme de la creación, al cual

(1) Las mismas leyes morales *absolutas* pueden ser, y son, infringidas y trastornadas por las criaturas; si bien este trastorno es transitorio no más; pues el castigo eterno las hace reaparecer con su carácter absoluto peculiar.

(2) L. 2.^o Cap. VI. Madrid, 1867.

había de hacernos sordos su misma uniformidad, producir con él por medio del milagro acentos más personales, testimonios de gracia más autorizados; combinó el empleo de éstos con el de nuestra libertad, cuyo abuso, después de causar nuestra caída, excitó su misericordia; y al resplandecer ésta en el mundo en Jesucristo, los milagros que hicieron resaltar el poder de su gracia, hallábanse *preordenados* en un mismo plan con el régimen general de la naturaleza, para revelar á su común Autor.»

Batiéndose en retirada el naturalismo, dice por boca de algunos secuaces más indiscretos, que lo sobrenatural no existe, como no existe lo que no se ve, ni se toca, lo que es imposible, porque no lo comprende la razón.

Por donde se ve, que al decir estas palabras prescinde el naturalismo de sus fingidos alardes espiritualistas, y cae de lleno en manos del materialismo que parecía combatir.

Mas como no he planteado la discusión con los materialistas, me limitaré á contestar, que tampoco se ven ni se tocan las substancias, las causas ó las fuerzas, y sin embargo, los fenómenos garantizan las substancias, los efectos las causas y los movimientos las fuerzas. Siendo esto, porque no es esencial en toda realidad el que pueda ser percibida por los sentidos corporales; pues siempre que la razón y la ciencia puedan establecer los testimonios de cualquier realidad, por intangible ó misteriosa que sea, puede y debe admitirla. Las mismas ciencias físicas aceptan mil y mil cosas acerca de las que no se tiene intuición inmediata, ni prueba directa, y que se imponen á toda razón.

No creer en lo sobrenatural porque la inteligencia humana no lo comprende, llevaría al absurdo de pretender que la razón comprendiera lo que excede sus facultades intelectivas. Lo sobrenatural es infinito, el entendimiento racional limitado; admitir que aquél pudiera ser comprendido en éste, sería aceptar que el contenido puede ser mayor que el continente, y lo finito más grande que lo infinito.

Mas adviértase también, que al hablar así, se dan muestras de ignorar hasta el valor de las palabras. Para creer no es necesario comprender: justamente se cree lo que no se comprende; porque comprender es saber *cómo* es una cosa, y creer equivale á persuadirse de ella ó aceptarla por la palabra ó el razonamiento lógico de otro.

Además, haré notar á los naturalistas, que si solamente admiten lo que comprenden, necesitan negarlo todo; *todo*, hasta su propio existir, cuya esencia y detalles no saben comprender.

Por eso añadía el orador citado, tratando este punto, que la humanidad, más sabia y discreta que el naturalismo, recuerda á éste, por medio de su historia crítica, que los hombres de todas partes y de todos los tiempos, aunque no llegaron jamás á definir ni explicar lo sobrenatural con la exactitud y claro concepto que lo define y explica el catolicismo, creyeron siempre en algo más elevado que su naturaleza, más alto que su razón, y, por consiguiente, fuera de todo el alcance de sus sentidos corporales. Así lo acreditan sus diversos cultos y religiones con sus doctrinas, símbolos, prácticas, y hasta con sus creencias supersticiosas; pues todo ello revela ideales que distan muchí-

simo de los que nacieron de su industria, de sus artes, de su ciencia puramente humana, y de sus afectos meramente sensitivos. Y es que la humanidad ha conservado en el espíritu cierto vago sentimiento de su filiación divina, que manifiesta unas veces confusamente, pero que en otras ocasiones sorprende y admira por los prodigios que revela, ya de conocimiento, ya de virtud, ya de sacrificios heroicos inexplicables por las fuerzas humanas solas, ó ya, en fin, de goces inefables que en nada se parecen á las alegrías y placeres de la tierra.

Por esto se presentan dichas manifestaciones en multitud de individuos dotados de temperamentos y aptitudes orgánicas muy diferentes, en circunstancias las más opuestas y variadas, en todos los grados de la escala social, y de tal suerte, que son un arcano para la razón sin fe; pues no pueden explicarlos la fisiología, la patología, ni las ciencias fisico-químicas, como probaré en el decurso de mi trabajo.

Dice el naturalismo que tales hechos no son más que ilusiones, fascinación, trastorno nervioso y demencia, padecidos por mil alucinados, fanáticos ó locos, á pesar del genio, virtud, heroísmo y santidad que revelan: mas como la verdadera ciencia demuestra lo contrario, y así lo verá luego el lector, responderé por ahora con el mismo ilustrado sacerdote. Si en vista de los fenómenos vegetativos y sensitivos admito la existencia vegetal y animal, si las facultades del entendimiento humano me dan á conocer la inteligencia racional, y si los actos libres del sér demuestran su vida moral, manifestaciones más elevadas que me revelan otro orden superior, obliganme á decir que la vida

está llena del elemento divino , y á proclamar que la humanidad lleva por todas partes en su alma y en su rostro el sello viviente de lo sobrenatural.

No quiero dejar de transcribir aquí la síntesis de la ciencia naturalista , expuesta por sus más conspicuos maestros. Que es fortuna, no muy común , el sorprenderlos hablando claro, aunque como siempre, en nombre de la filosofía y á guisa de oráculos. Dice así el Alcorán naturalista:

«La clara mirada del espíritu humano ha hecho desvanecerse el antiguo fantasma de lo sobrenatural, y el pensamiento moderno se ha curado definitivamente de esa ficción ridícula. El principio de nuestra escuela consiste en mantenernos siempre apartados de lo sobrenatural; porque este es el principio dominante de toda verdadera ciencia. Lo que no existe en la naturaleza , no es nada , ni puede ser tenido en nada; porque siendo la naturaleza todo lo que existe , es incomprendible que haya algo fuera ó por encima de sus leyes. Si no entramos en la discusión de lo sobrenatural , es porque no podríamos hacerlo sin aceptar una proposición inaceptable , á saber, que lo sobrenatural *sea tan sólo posible*. Además , discutir semejante cuestión, sería suponerla todavía no resuelta ; y nosotros, que profesamos la ciencia libre , sabemos que ésta la tiene decidida con el axioma inapelable de que lo sobrenatural no puede ser.»

Tales son los famosos argumentos de los maestros naturalistas. Los que recogen tan notable doctrina, pueden agruparse en dos categorías; una , la de los que, conocedores del secreto, fingen un convencimiento y una autoridad científica soberana , reclutando así

prosélitos vulgares ; y otra, la de los pobres crédulos que repiten, sin entenderlo, cuanto les dicen sus indiscutibles doctores.

Pues bien; siquiera por caridad, debe decirse á los segundos el triste papel que desempeñan repitiendo ante las personas sensatas esa fútil palabrería de que hacen gala. Para ello, bastará que reflexionen que el error naturalista rechaza el examen de las afirmaciones que enuncia, que luego supone probado lo que debe demostrar, y por último, que al pedirle los alegatos de sus asertos, queda mudo, porque nada puede responder.

En efecto; la negación naturalista pretende ser, no una consecuencia de lo que antes demuestra, sinó un principio que demuestra lo que ha de seguir. Empero tal actitud es impropia, contraria á los principios de que tanto alardea, y es además una confesión de impotencia.

Es impropia, porque el naturalista que niega *porque sí*, se halla delante del cristianismo, que tiene á bien presentarle pruebas científicas é históricas de sus afirmaciones. Y este proceder impone la obligación lógica de probar, ó que dichas afirmaciones son falsas, ó que lo opuesto es verdadero. Rehusar el examen, huir de la discusión, desatender las pruebas, gritando solamente *imposible*, sobre no ser científico, da derecho á los católicos para sostener que el naturalismo *no puede* discutir, y que obra de mala fe al prejuzgar la cuestión en su provecho.

A renglón seguido, sostiene el naturalismo que su negación es un axioma conquistado por la ciencia, del cual deduce nuevas verdades; por consiguiente, añá-

de, que no está obligado á discutir ni demostrar.

Mas no advierte, sin duda, que obrando así, procede en contradicción de los principios que proclama á cada paso: pues en verdad, los paladines de los fuegos de la razón, los que á todos exigen siempre la exactitud científica y no perdonan la más leve falta de rigor filosófico, los que hacen consistir el progreso moderno en la discusión, los que pretenden monopolizar las luces del siglo XIX, no debían torcer su cetro soberano, sinó someterse á las mismas leyes que dictan. Mas no se cuidan de hacerlo, y hé aquí que los católicos, imitando su atildado estilo, podríamos llamarlos retrógrados, enemigos del progreso, obscurantistas... ¿qué sé yo?... podríamos devolverles uno á uno los dictados que ellos nos prodigan diariamente con injusticia notoria.

Mas los católicos sólo piden á Dios que ilumine sus entendimientos, haciendo caer la venda que los ciega.

En previsión de tamaño conflicto, no le ocurrió al naturalismo más profilaxis que la de presentar la famosa argumentación citada. Y en verdad, más le valiera no haberla publicado, porque lo deforme conviene rodearlo de mucha sombra. Sus argumentos son como los de aquel que, mostrando una moneda de buena ley, dijera: «Esta moneda es falsa; porque si no lo fuera, seguiríase el decir que era buena, lo cual es imposible. No debo tomarme el trabajo de probar esta afirmación: intentararlo siquiera, equivaldría á tener dudas acerca de su falsedad; duda que no es admisible en asunto que autoriza mi doctoral palabra.»

¿Qué contestar á esto? Yo admiraría tanto descaro, y haría punto aquí, si no quisiera defender á la ciencia

del falso testimonio que contra ella levantan al decir que niega lo sobrenatural.

Empiezo por no saber á qué ramo científico aluden hablando de este modo; porque, ciertamente, no se referirán los naturalistas á las ciencias físico-químicas, que han dado en observar solamente el mundo de la materia sin tener para nada en cuenta lo sobrenatural, con cuyo proceder desatinado no lo examinan siquiera, y, por tanto, ni lo afirman ni lo niegan. Rechazar por dicha falta de estudio, pues, la existencia de la cosa no estudiada, sería tan lógico, por ejemplo, como no admitir las enfermedades porque las matemáticas no se ocupan en ellas.

Tampoco pueden ser las ciencias aludidas la Teología ni la Filosofía, porque éstas, en vez de negar lo sobrenatural, lo afirman, lo prueban y lo enseñan.

La Medicina, por su parte, también confirma, como se verá más adelante, que hay un grupo de sucesos extraordinarios que difieren por completo de cuantos hechos conocen la fisiología y la patología.

Y en fin, de larga fecha ya, vienen seduciendo el espíritu de ciertos hombres varias prácticas misteriosas que constituyen las malamente llamadas *ciencias ocultas*, y que en el mismo campo anticatólico se alzan contra la negación naturalista como adversarios de importancia. Comprenden los oráculos, sibilas, pitonisas, sacerdotes é ídolos de los cultos idólatras; los mágicos, hechiceros, poseidos, brujos, etc., de los siglos medios, y el magnetismo y espiritismo de nuestros días, con sus mesas golpeadoras parlantes, sus lápices y plumas escritoras, y sus numerosos *mediums*;

manifestaciones incontestables en pro del orden supra sensible.

¿Cuál es entónces la ciencia aludida? El naturalismo lo dice; la *ciencia libre*; aquella en que no cabe lo sobrenatural, sinó para ser negado *à priori*.

Pues bien; aparte de que se hace mal en no estudiar la verdad, porque ésta debe ser objeto constante de toda ciencia *verdadera*, semejante falta de examen obliga, cuando menos, á guardar silencio; pues tratar de un asunto que no se conoce, no es circunstancia que autoriza á negar lo desconocido.

Resumiendo lo que precede, diré: si el naturalismo asegura que la *libre y moderna ciencia* demuestra que lo sobrenatural es imposible, debe por medio de ella alegar razones y presentar pruebas. Si no las tiene, debe callar excusando palabras que nada significan, y que tienen el gravísimo inconveniente de poner en evidencia el forzoso silencio que le impone Dios, sobrenatural absoluto, el cristianismo, manifestación indudable de lo divino en la humanidad, y la verdadera ciencia llena de pruebas racionales opuestas á sus errores. Debe, por último, guardar cuidadosamente ese silencio, que equivale á la más solemne confesión de su derrota; pues al exponer sus negaciones manifiesta completa incapacidad para destruir la brillante afirmación católica, y sin quererlo, escribe sobre la negra losa de su sepulcro este epitáfio: «Al naturalismo suicida.»



PRIMERA PARTE.



CAPÍTULO PRIMERO.

QUE TRATA DEL COMPUESTO HUMANO.



HA de ser la tarea que emprendo en esta parte de mi trabajo un estudio de controversia que tenga por base lo que Santa Teresa de Jesús cuenta en sus obras de sucesos fisiológicos y sobrenaturales. Que así lograré poner de manifiesto cuán vano es el empeño anticatólico de ciertos pseudosabios que atribuyen á causas del orden natural los favores divinos que gozó la humilde y preclara sierva de Dios.

Porque se ha de notar, que el naturalismo, en la guerra que ha venido manteniendo contra lo sobrenatural desde muy antiguo, pretendió atacar las mercedes místicas de Santa Teresa, porque en ellas ha visto siempre una

de las más brillantes manifestaciones de la acción divina.

Los naturalistas modernos repiten hoy los caducos argumentos de sus antecesores, y no se cansan de sufrir derrotas; lo que sí procuran es ocultar la vergüenza de sus caídas con el ruido de sus voces destempladas. Parece tal conducta á la del enajenado que se propone demostrar que está cuerdo vociferando su monomanía: el mísero no ve que cuanto más grita, más la pone de relieve. Si el símil es ó no exacto, lo dirá el lector examinando las páginas que siguen.

Definido ya el orden sobrenatural en los preliminares que anteceden, y probada su existencia, he de investigar ahora las diferencias que separan sus manifestaciones consideradas en el sér humano, de las que presenta el orden natural del mismo. Mas entiéndase que no habré de fijar mi examen sinó en lo que considere indispensable para el logro de mi empresa; pues lo demás huelga en esta clase de trabajo. Por esta razón empezaré dando una ligera reseña que traiga á la memoria el modo de realizarse los actos del hombre en el estado normal ó fisiológico; porque esta es una de las bases fundamentales sobre las que he de apoyar el estudio comparativo ulterior.

El hombre es un compuesto de espíritu y materia, unidos de tal modo, que aquél, ó sea el alma humana, es forma substancial del cuerpo. En el hombre, frontera común de dos creaciones, existe y se mueve la materia con sujeción á sus leyes físico-químicas, pero además bajo el influjo del alma dotada de razón y voluntad libre.

Son tan necesarios ambos factores á la criatura ra-

cional, que no se la puede concebir sin sus respectivas esencias y propiedades. Suprimido el cuerpo desaparecen las funciones vegetativas, las impresiones, sensaciones y apetitos sensibles; quitada el alma, dejan de existir con el entendimiento y la voluntad, los actos de la sensibilidad y movilidad, los del apetito racional y hasta los fenómenos vegetativos, tal y como se observan en el sér humano vivo. Porque el alma es, como dice el Angel de las Escuelas, el único principio de todas las funciones vitales que se manifiestan en el hombre.

Mas si esto es verdad, también lo es que el uno y el otro factor no intervienen de igual manera, ni toman la misma parte en cada acto vital: de cuya circunstancia ha nacido la clasificación de las potencias humanas en los cinco géneros dichos vegetativo, sensitivo, locomotivo, apetitivo é intelectual.

Asimismo es cierto que el alma racional, substancia simple, posee diversas facultades con operaciones y objetos distintos que radican todas en ella como en su principio común; siendo modos de ser de la substancia del alma, y algo distinto y posterior á ella en orden de naturaleza, como el movimiento es algo distinto de la substancia del cuerpo movido.

Pero entre estas facultades existe una diferencia muy notable; pues los sentidos externos é internos no realizan sus funciones sinó mediante órganos corporales determinados, y el entendimiento y la voluntad son independientes de dichos órganos corpóreos.

Y es que el alma racional, dotada de entendimiento, memoria y voluntad, obra los actos espirituales con estas potencias conforme á su noble naturaleza, á la

manera de los espíritus puros; y el cuerpo, dotado de sentidos y de facultad vegetativa, produce fenómenos sensibles y materiales al modo de los brutos. Y aunque los actos del hombre, los internos sobre todo, procediendo siempre de aquellas dos partes diferentes que le componen, no son nunca del todo semejantes á las operaciones de los ángeles, ni á las de la bestia, conviene estudiarlos separados en dos categorías; una, la que corresponde á las potencias sensitivas, y otra, la que procede de las espirituales. Que así se entiende bien su respectiva calidad y modo de producirse.

A.—Sensación fisiológica.

Diré, pues, que al observar los actos vitales sensibles ó sensaciones, que llaman los filósofos, se puede distinguir: la impresión orgánica y la atención.

Impresión orgánica. Es el estímulo que provocan los agentes exteriores en las extremidades nerviosas periféricas; estímulo que determina un estremecimiento ó vibración que se prolonga con una velocidad de 30 metros por segundo á todo lo largo del cordón nervioso hasta llegar al cerebro, pasando antes, cuando es preciso, por la médula espinal. Y sea lo que quiera de si este sacudimiento tiene naturaleza igual ó diferente en todos los nervios que recorre, por más que deba acabar en una sensación de luz, de sonido, de olor, etc., el hecho es que mientras pasa por ellos en la forma dicha, el agente voluntario no tiene de él conocimiento alguno. Hasta que llega al encéfalo no en-

tra en su dominio; siendo entonces preciso que la voluntad aplique á tales vibraciones la atención.

Atención. Se compone de una parte realmente mecánica y de otra psicológica pura, unidas del modo que diré, valiéndome para ello de un experimento bastante claro descrito por el ilustrado jesuita P. I. Carbonell.

En medio del mayor silencio, y suspendido un reloj de la pared, retrocede el observador hasta una distancia en que el tic-tac se perciba difícilmente. Si aplica entonces el oído para escucharlo, notará al cabo de unos instantes que la intensidad del ruido decrece, y que poco después no lo oye; luego se le hará perceptible de nuevo para perderse otra vez, y así sucesivamente. Otro experimentador que oiga el tic-tac, durante los intervalos de silencio aparente que nota el primero, pone de manifiesto que las alternativas advertidas por ámbos no dependen de variaciones en la intensidad objetiva del sonido, sinó de sordera en los que escuchan. Tampoco nacen de distracciones de uno ú otro, porque los dos prestan atención continua y sostenida.

¿Cómo explicar este hecho? Solamente por la fatiga que resulta de atender con cuidado mucho tiempo. En los órganos de los seres vivos que funcionan, se producen multitud de desorganizaciones parciales que es indispensable reparar, y cantidades no pequeñas de residuos orgánicos que es necesario sean eliminadas; porque unas y otras embarazan el juego libre de sus numerosas piezas. El reposo permite á los actos vegetativos reponer los gastos y eliminar las materias extrañas.

Ahora bien; si la fatiga es un deterioro temporal

del órgano *cansado* por exceso de función; si en el caso propuesto no puede achacarse este exceso al agente exterior, porque el tic-tac apenas conmueve el nervio acústico; si tampoco se puede acusar á las fuerzas fisico-químicas del organismo, que no parecen turbadas lo más mínimo en este experimento, no queda á quien atribuirlo más que á las fuerzas voluntarias que se aplican durante la atención.

Y así es: el tic-tac sacude el nervio acústico muy débilmente, y al punto á cierto número de células cerebrales. Entonces interviene el agente aplicando á las células que vibran, fuerzas voluntarias superiores, probablemente, á las que aplica el sacudimiento; el trabajo que resulta llega á *fatigar* un poco estas células, esto es, aumenta su resistencia á la vibración por las materias extrañas que se producen, y, por tanto, cesan de funcionar, *descansan*, eliminan los obstáculos que interrumpen su juego funcional mecánico, y una vez conseguida su eliminación, reaparece la sensibilidad.

Pero dije que la atención se componía también de otro elemento psicológico puro; elemento distinto de la intervención indispensable de la voluntad cuando aplica las fuerzas voluntarias, y diferente además de la conciencia que el agente tiene de sus actos. Y sin duda se une de un modo íntimo al juicio que se forma, al conocimiento que se adquiere del fenómeno excitador, como lo prueba el examen de las condiciones que permiten prestar atención simultánea á diversos estímulos. Hé aquí un ejemplo.

Sabido es que la atención se debilita cuando se divide entre varios objetos, y que muchas veces es

imposible repartirla. Si se toma un estereoscopio, y por la derecha se mira la fotografía de un monumento, y por la izquierda una página impresa, á pesar del mucho hábito que los ojos tienen adquirido de prestar atención simultánea á los estímulos que ámbos reciben, no podrán ver bien, y á la vez, los dos objetos. Una de las dos impresiones se desvanece, aunque continúan los dos estímulos; y es porque al fijarse en el monumento se desatienden los renglones impresos, y al leer éstos, no se presta atención á aquél.

La única circunstancia que permitiría atender con fruto á varias impresiones simultáneas, sería la de que todas ellas se refiriesen á un mismo objeto de conocimiento. Así, el que acompaña un canto con el piano, puede atender las notas escritas en el pentágrama, los movimientos de sus dedos sobre el teclado, el sonido de las cuerdas que vibran y la voz del que canta; porque todo esto forma un solo objeto de conocimiento, aún dada la variedad de órganos que funcionan; pero si mientras el pianista toca, se ejecuta cerca de él otra pieza de música, no entenderá el primer canto, ó no atenderá al segundo.

Por consiguiente, en el conocimiento, y no en el fenómeno material, es donde la atención halla la unidad, sin la que no puede sostenerse; siendo claro que dicho acto encierra, á más de un elemento material y al par voluntario, otro psicológico puro esencialmente ligado á la facultad de conocer.

En cuanto al conocimiento de los fenómenos externos, resultado de la atención junta con la impresión, se explica muy bien por el que tiene el agente voluntario de sus propios actos.

Porque en la atención no se aplican las fuerzas voluntarias á átomos libres de toda otra influencia, sinó á los átomos que los fenómenos exteriores conmueven y que se prestan á las acciones del sujeto con más ó menos facilidad secundándolas ó resistiéndolas, según el reparto é intensidad de las vibraciones. Síguese de aquí, que el individuo varía sus esfuerzos con relación á dichos concursos ó resistencias, esto es, poniéndolos en armonía con los fenómenos externos ; y , por lo mismo, obtiene el conocimiento de ellos , pues sus esfuerzos le son naturalmente conocidos.

¿Puede dar cuenta esta sencilla explicación, de las muchas y variadas sensaciones que experimenta el individuo? Desde luego enseñan los experimentos, que cada nervio determina siempre el mismo género de sensación , sea cual fuere el modo de estimularlo: el óptico, por ejemplo, da lugar á sensaciones luminosas, ya se le excite por medio de la luz, ya por una corriente eléctrica, un traumatismo ó un simple contacto. Bastaría, pues, para distinguir unas sensaciones de otras, que los nervios correspondientes terminaran en distintas regiones cerebrales; porque el agente voluntario hallaría en esa distribución cuanto necesitaba para no confundirlas entre sí. Pero además , es también probable que las fibras nerviosas no concluyan todas en aparatos encefálicos uniformes, y en este caso , la diferencia de tales aparatos , y las particularidades que impondrían á las fuerzas voluntarias que concurren para atender, explicarían quizás las distintas impresiones comprobadas por la conciencia.

Lo dicho enseña que los sentidos externos no pueden formar sus actos sensibles , si de los objetos exte-

riores no se les trasmite la especie llamada *impresa*, la cual, recibida en la potencia sensitiva, la determina á producir sus actos.

B.—Sentidos internos.

Los sentidos exteriores transmiten y envían las especies de los propios objetos á una potencia corpórea que las percibe sensiblemente, y las distingue. Se llama sensorio común.

Sensorio común ó interno. Que esta facultad no pertenece al orden puramente intelectual se prueba, teniendo en cuenta que la naturaleza de una potencia se reconoce con relación á su objeto; y como los objetos propios del sensorio común son las sensaciones externas, y consiste su función en percibir las como distintas, á pesar de su existencia en el mismo sujeto, no hay lugar á dudas.

La misma razón existe para asignar igual naturaleza á las demás potencias sensitivas internas, sean cognoscitivas ó afectivas.

Acabo de consignar que el sensorio común conoce en virtud de las especies que le envían los sentidos externos, que forma su imagen, y tiene la idea de todos y cada uno de ellos. Mas adviértase la diferencia que hay entre los sentidos exteriores y los internos cognoscitivos; y es que los primeros, al punto que se alejan sus objetos pierden las especies y se hacen incapaces de obrar acerca de ellas, como sucede á los ojos que, apartado el objeto, ya no lo ven; y los sentidos cognos-

citivos internos guardan las especies que van adquiriendo, por lo cual pueden acordarse de los objetos no presentes, produciendo imágenes semejantes á las primeras que formaron, y también combinar las especies de todas estas cosas ausentes, fingiendo representaciones nuevas, y hasta totalmente desconocidas de los sentidos exteriores. Asimismo pueden hacer juicios de las cosas que conocen, relativos á si son convenientes ó dañosas; mas tales juicios suelen ser falaces por estar conformes á las inclinaciones de alguna pasión sensible.

Llámanse respectivamente estas facultades, á más del sensorio común nombrado, memoria sensitiva, imaginación, fantasía y estimativa ó cognoscitiva, según se refiere á los brutos ó al hombre.

Mas conviene que me detenga un tanto para fijar algunos datos relativos á la imaginación, por la luz que suministrarán luego á ciertos hechos patológicos y á otros sobrenaturales.

Imaginación. Al recordar los símiles inventados con el fin de hacer pinturas fieles que retraten el modo de realizarse los actos imaginativos, se deduce que su papel está limitado á reproducir las sensaciones; porque denomínese aquélla espejo que refleja éstas, eco que las repite, agente que las pone á servicio de la inteligencia, ó llámese, como algunos quieren, *sensación prolongada*, siempre se advierte que la imaginación, en virtud de sus leyes, *reproduce* tales ó cuales sensaciones más ó menos exactamente, y valiéndose de las imágenes que los sentidos fueron depositando en la memoria.

Mas si es cierto que la imaginación no crea sensa-

ciones—y buena prueba dan los ciegos y los sordo-mudos de nacimiento, que no tienen la menor idea, aquéllos de los colores y éstos de los sonidos—en cambio posee la facultad de reproducirlas indefinidamente, hasta el punto de que sensaciones apenas percibidas por el sujeto el día que las experimentó, se despiertan de improviso con exactitud, energía y claridad pasmosas.

El intervalo que separa á veces la sensación de sus reproducciones, y el hecho frecuente de que las imágenes suscitadas en ciertos casos no corresponden á tipos reales, son circunstancias que han dado margen á la opinión que atribuye á esta potencia facultades creadoras. Mas reflexionando un poco, se ve que el espíritu poseía siempre de antemano los elementos de tales imágenes; así es que todos, absolutamente todos los detalles que se observan, los toma la imaginación de la memoria, siendo el orden, número y arreglo de las partes lo único que puede presentar nuevo en sus personajes y escenas. Su papel creador está reducido, por consiguiente, al de un operario que trabaja con materiales prestados.

Hay que distinguir bien dos condiciones diferentes en que obra la imaginación: ó la dirige el entendimiento mientras actúa, ó la deja entregada á sí misma. Si lo primero, los actos de esta facultad son instrumentos preciosos de la ciencia, la industria y las bellas artes; si lo segundo, conviértense sus obras en las de innoble caricaturista capaz de las más locas extravagancias, como lo muestran los cuadros que traza durante el sueño y las alucinaciones. Se debe notar, que si en estos casos se la excita, no se ordena, sinó que exage-

ra más el desorden: fenómeno nada extraño; porque suprimido el freno racional, obedece solamente la imaginación al embate de las vibraciones nerviosas que no se producen con regularidad, por depender del estado circulatorio sanguíneo, del individual orgánico, de las mil circunstancias variables de la economía viviente, y de la multitud confusa de impresiones que provoca el mundo exterior.

De aquí se deduce una consecuencia importante, á saber: que las representaciones sensibles completamente regulares, suponen siempre, desde este punto de vista, una causa cuyo origen es preciso buscar antes del acto imaginativo, y que será, ó el orden exterior percibido por los sentidos, ó bien el orden que produce interiormente la razón. En otras palabras; dichas representaciones serán siempre, ó imágenes de criaturas ordenadas por Dios; ó imágenes de ficciones ordenadas por un artífice hábil é inteligente.

Apetito sensitivo. Junto con estas potencias va otro sentido interior llamado apetito sensitivo, que es la facultad que tiene el alma de inclinarse hacia los objetos materiales, sensibles y singulares que la imaginación y la fantasía le presentan como buenos y convenientes, y de apartarse de los que le ofrecen como malos ó dañosos. Y siendo una potencia incapaz por sí misma de conocer lo que le conviene ó daña, sigue ciegamente con sus afectos el camino que la traza el conocimiento sensible. De aquí nacen esas pasiones rebeldes que se levantan muchas veces ante la voluntad racional, que hacen experimentar á los sentidos una ley contraria al dictamen de la mente y que sostienen luchas incesantes contra la parte superior alum-

brada por la clara luz de la razón y la purísima de la fe.

Aunque estas pasiones existan en los animales, suponen conocimientos más perfectos de los objetos á que se refieren tratándose del hombre; ya por el influjo que la inteligencia ejerce en los sentidos internos, ya porque todo cuanto perciben las facultades sensibles puede ser conocido simultánea y más perfectamente por la razón pura. Por eso las pasiones humanas son más numerosas, más complexas y más elevadas que las del bruto, y por eso están además subordinadas á la inteligencia y á la voluntad, que pueden moderarlas y regirlas.

Dejando á un lado las dos potencias con que el apetito sensitivo ejercita sus propios actos, ó sean, la *concupiscible* que tiende al bien ó huye del mal sensitivo, y la *irascible* que tiene por objeto el vencimiento de las dificultades que se oponen al logro de los deseos de la anterior, diré, que los actos de este apetito, las pasiones, se hacen con mutación corporal; pues lo dicho hasta aquí enseña que la materia del elemento anatómico de los tejidos, y especialmente la del centro encéfalo-medular con sus irradiaciones, toma parte en la realización de todo fenómeno propio de la sensibilidad.

C.—Potencias espirituales.

Da sér al hombre y lo distingue de la bestia, el acto espiritual, ya proceda del entendimiento, ya de la memoria, ya de la voluntad racionales. No recibe el

alma humana al ser creada las especies de aquellas cosas cuyas noticias convienen á su sér, sinó la aptitud y medios proporcionados para procurárselas. ¿Cómo las adquiere desde que se une substancialmente al cuerpo?

Entendimiento. Siendo el entendimiento racional puro espíritu, necesita especies espirituales para obrar. Los objetos externos no se las suministran, porque como materiales y corpóreas que son, no pueden producir cosa espiritual ninguna: por su parte, la imaginación tampoco se las presta, por ser material también y engendrar fantasmas de su misma clase, menos noble, y desproporcionada á la elevadísima del espíritu. Queda, por tanto, reducido el entendimiento á producir las por sí mismo; mas como no puede adquirir por sí solo la especie de un objeto que hasta entonces desconoce, ¿habrá que negar con la escuela materialista la existencia de tales actos espirituales?

De ningún modo. Sin recurrir á otros argumentos, puede probarse sencillamente con la experiencia y la observación interna, que el espíritu humano conoce y percibe bajo la forma de universalidad, y por ende, bajo condiciones necesarias, científicas é intelectuales, los mismos objetos que antes percibiera por medio de los sentidos en la forma de singulares, esto es, bajo condiciones sensibles, pasajeras y contingentes; pues primero se representa en la imaginación del individuo con tal color, con tal figura, con tal extensión, y luego, prescindiendo de tal objeto, figura, extensión y color, se forman concepciones, juicios y ratiocinios universales acerca del objeto, color, extensión y figura.

Luego en el espíritu del hombre se ha realizado una

verdadera transformación objetiva; y como todo efecto real supone una causa proporcionada á su naturaleza, es preciso admitir en el alma humana una actividad capaz de realizar dicha transformación. Ahora bien: ¿qué es lo universal?

Universal es, lo que es uno en muchos; una esencia común á varios individuos. Mis ojos ven una piedra, por ejemplo, y luego mi espíritu ve en la idea abstracta de piedra la esencia de todas las piedras. Y como esta esencia no es común, sinó porque los individuos á quienes se refiere existen, lo universal, siendo una concepción de nuestro espíritu, se realiza é individualiza, sin embargo, en un objeto particular existente, ó con posibilidad de existencia fuera del sujeto.

Mas si es cierto que el objeto propio del entendimiento humano es la esencia de la cosa sensible, ¿cuál es el principio de actividad que toma lo inteligible de lo sensible, y cómo lo presenta á la inteligencia y la hace pasar del estado de potencia en que se halla, al estado de acto?

Entendimiento agente se llama ese principio de actividad, el cual no sólo forma lo inteligible por vía de abstracción, sinó que además lo ilumina con la luz interior que posee, esto es, con luz intelectual. A la manera que en el orden sensitivo no basta que la imagen se presente al ojo para que el ojo vea el objeto, sinó que es preciso que la luz ilumine el ojo y haga resplandecer la imagen, así no basta que el universal, formado por abstracción, se presente al entendimiento, sinó que será necesario que cierta luz ilumine al par á la inteligencia y á lo inteligible.

Mas nótese esta diferencia: que mientras la luz

que esclarece el objeto sensible es luz exterior al ojo, la que ilumina lo inteligible existe en el mismo entendimiento.

Entendimiento posible. Así ennoblecido y elevado el fantasma sensible por su consorcio con tan superior potencia, se llega á producir la especie del propio objeto en el *entendimiento posible*, que tiene ya en esta especie inteligible iluminada cuanto le basta para obrar el conocimiento espiritual del objeto que representaba el fantasma sensitivo.

Realmente, el entendimiento posible es á la vez pasivo y activo: pasivo, en cuanto su actividad permanece adormecida y en potencia hasta que la estimula y hace como fecunda la especie ó idea abstraída é impresa en él por el entendimiento agente; activo, en cuanto una vez excitado de esta manera, percibe, juzga, raciocina y tiene ya, no imágenes groseras de las cosas que representaba el fantasma sensitivo, sino imágenes de la materia más puras y más abstractas, que consisten en ciertas noticias ó inteligencias espirituales y simples de sus objetos.

Memoria. Con el fin de que al desvanecerse dichos conocimientos no se pierdan sus especies, hay otra facultad en el alma, la *memoria racional*, que las guarda, y de vez en cuando las deposita, para que el entendimiento vuelva á conocer las mismas cosas que antes fueron conocidas por él.

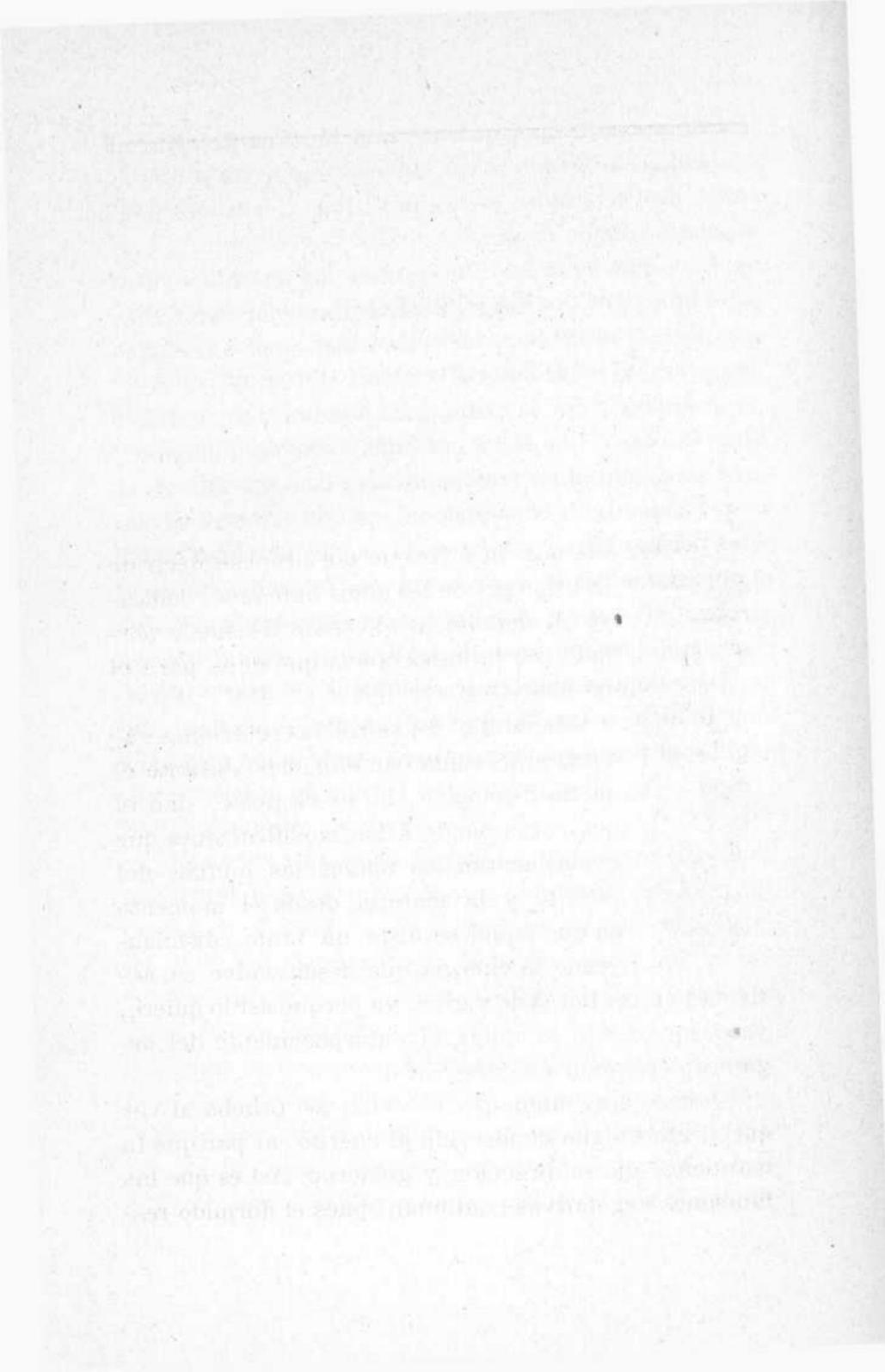
Como se ve, los conocimientos del hombre, aunque sean espirituales, van siempre juntos con algún fantasma, si se forman naturalmente y del modo ordinario, ya sea que el fantasma preceda á la obra de la inteligencia y despierte el conocimiento por cierta co-

nexión natural, ó ya que el conocimiento preceda al fantasma en virtud de las especies inteligibles adquiridas, despertándose el segundo por cierta concomitancia natural.

Encarezco mucho la necesidad de tener todo esto presente, para que luego se entienda mejor la diferencia que hay entre estas especies y otras que corresponden al orden sobrenatural.

Voluntad. Es la potencia apetitiva racional del alma humana, que tiene por objeto el bien inteligible.

Esta facultad no puede moverse con sus afectos si no precede algún conocimiento que le muestre el objeto; pero es libre, y por ende puede moverse hacia el objeto que se la representa con aquellos actos y afectos que quiera, siempre que el conocimiento anterior sea indiferente, es decir, que no sea tal que la arrebatase de una manera irresistible á rehusar ó abrazar el objeto, y con tal que no sea tan repentino que le quite el tiempo necesario para elegir una ú otra vía.



CAPÍTULO II.

SUEÑO FISIOLÓGICO.



PARA dar fin á lo que me propuse decir de la fisiología de los actos humanos, dedicaré algunas líneas al estado de sueño normal, por la importancia que tiene para el estudio ulterior.

El cambio que sufren las relaciones naturales del alma con el cuerpo durante el sueño fisiológico, no es esencial, sinó el que corresponde á las modificaciones que experimentan las influencias mutuas del espíritu y la materia desde el momento en que aquél se aísla un tanto, disminuyendo la energía que desenvuelve su actividad en las horas de vigilia, ya porque así lo quiere, ya porque á ello le obliga el entorpecimiento del organismo que funcionó despierto.

Que no hay mudanza esencial, se prueba al ver que el alma sigue dando vida al cuerpo, al par que lo mantiene bajo su dirección y gobierno. Así es que las funciones vegetativas continúan, pues el dormido res-

pira, sostiene el círculo sanguíneo, digiere, absorbe y elimina: sus sentidos corporales le transmiten estímulos exteriores, y ve, oye, huele, gusta, toca y siente impresiones de temperatura y peso: sus sentidos internos distinguen, estiman, recuerdan sensiblemente y forman imágenes sensibles: sus palancas y medios locomotivos ejecutan movimientos: los apetitos le hacen experimentar sus impulsos, y los actos del entendimiento, memoria y voluntad racionales se llevan á cabo, aunque del modo que diré.

Mas si no tiene lugar cambio esencial ninguno durante el sueño que describo, los signos que se observan en el sujeto que duerme manifiestan mudanzas relativas bastante numerosas, como vamos á ver.

En los actos vegetativos se nota más lentitud en la respiración y circulación, así como las consecuencias naturales de este hecho en toda la economía; porque el paso menos rápido del líquido sanguíneo, sobre todo, por el sistema capilar, produce estancamientos relativos de la sangre en todos los aparatos, órganos y tejidos, dando origen á menor actividad en ciertas funciones nutritivas. Esto provoca estados hiperémicos fisiológicos que, no pasando de tales, favorecen la eliminación y reposición de los elementos que el trabajo de la vigilia transformó en cuerpos extraños para el organismo.

Por su parte, los sentidos externos pueden recibir la impresión de los agentes exteriores, transmitirla al cerebro y despertar sensaciones: mas nótese bien; raro será que sienta el alma todo esto con entera claridad, sin limitarlo á un objeto simple; más extraño que la sensación vaya acompañada del ejercicio de

varias facultades intelectuales; mucho más excepcional todavía que diferencie, compare y que sujete las sensaciones á su libre voluntad en lo relativo á modificarlas, hacerlas desaparecer y reproducirlas á su antojo.

Verdad es que algunas veces las imágenes, en lugar de ser confusas, como un campo sin horizontes ó una ciudad fantástica, son fieles y exactas, como un animal, un árbol, un mueble: cierto que si en unos casos las sensaciones son indeterminadas, como una luz sin foco, un sonido sin instrumento, un sabor sin manjar, en otros son claras y fijas, como un color radiante, un olor nauseabundo, una música conocida: exacto también que los recuerdos sensibles, si unas veces presentan los objetos desordenados, como la propia casa en otra calle ó la biblioteca convertida en aparador de juguetes, en otras ocasiones son trasunto completo de la realidad, como nuestros libros, nuestro despacho ó nuestra alcoba. Mas conviene fijar la atención en que lo característico del sueño es la vaguedad confusa de las imágenes y representaciones sensibles, y lo excepcional es su propiedad y exactitud; sucediendo que aún en estos casos son muy diferentes que en la vigilia, porque las sensaciones claras y determinadas del sueño serán independientes de la voluntad, constituyéndose aisladamente. Son, como dice Balmes, «el uso de una facultad sola sin el auxilio de las demás, sin comparaciones fijas y constantes, como las que recibo cuando estoy despierto.» Tanto es así, que si la indeterminación no flota á su rededor, el espíritu se pregunta dudoso si al experimentarlas soñaba ó nó.

Luego aunque puedan existir durante el sueño, tan

impropias de éste las cree el consentimiento general humano, que necesita apoyarse en nuevos discursos para declararlas, y no siempre con certeza, primero posibles y después reales. Luego las opuestas son las que sirven para caracterizar el sueño fisiológico.

Los movimientos mecánicos y meramente naturales no experimentan más cambio que el indicado al hablar de los actos vegetativos. Los reflejos y los espontáneos pueden ejecutarse; así, la fisonomía expresa muchas veces los afectos que siente el dormido, manifestando el dolor, la ira, la súplica, la bondad, placer, angustia, etc.; los miembros mudan de postura y siguen al tronco ó toman actitudes reflejas ó instintivas en armonía con las impresiones del sujeto, por ejemplo, apartan las ropas que sofocan ó las aproximan buscando abrigo, el niño hace movimientos de succión, y el adulto agita los labios y lengua cual si saborease un manjar, ó para emitir más ó menos distintamente algunas palabras.

Cuanto á las pasiones, se nota la falta de moderador intelectual que temple ó modifique sus impulsos. El hombre más inofensivo cree matar mientras duerme, el más comedido y bondadoso insulta y castiga sin piedad, el más honesto seduce, viola ó comete otros actos lúbricos, el más timorato conculca las leyes divinas, el más honrado falta á sus deberes, el generoso se hace avaro, el caritativo cruel, etc. En una palabra, por lo común las pasiones llegan á fingirse monstruosas en los sueños, y con menos frecuencia muestran disminuidos los afectos relativamente á la intensidad con que los siente el alma durante la vigilia.

La facultad intelectual se halla estorbada, hasta

cierto punto, en el sueño fisiológico. La comunicación del espíritu con el mundo exterior no se hace como de costumbre; porque no llegando á la inteligencia los elementos que los sentidos deben suministrar, ó recibiéndolos la razón imperfectos, ó exactos pero aislados, no funciona ó lo hace de una manera confusa y singular. Mas como el entendimiento no está suprimido, actúa de vez en cuando con lucidez; y siguiendo los afectos de la voluntad racional á los actos intelectuales, claro es que se observarán en ellos iguales fenómenos.

Nótese, que unas veces se aminoran los actos psicológicos primitivamente, y privado así el funcionalismo orgánico del hombre de este concurso necesario, queda más ó menos inhábil para sus operaciones normales, y otras, la parte material es la que se altera primero produciendo análogos resultados en la expresión externa de las facultades anímicas. Mas del propio modo que á pesar de la decidida voluntad que el sujeto tiene de resistir al sueño fisiológico, duerme obligado por el excesivo trabajo y el trastorno consiguiente de los instrumentos corpóreos, así también puede luchar ineficazmente el mandato voluntario contra un estado moral ó intelectual que afecte mucho al espíritu.

En la producción del sueño normal intervienen dos factores; el espíritu y la materia. Mas el estado de aislamiento y disminución de actividades en que ha de colocarse el alma, es siempre necesario, y el trastorno físico-químico de los elementos orgánicos, nó. Si el espíritu no se aísla relativamente del mundo exterior, el individuo no duerme; sin alteración ninguna del cuerpo, puede dormir el sujeto.

Unas veces la voluntad, que puede provocar el sueño, auxiliarlo ó suspenderlo hasta ciertos límites, se halla en armonía con la necesidad corporal que el alma siente, y otras nó; mas de ambos modos, esto es, servidora la voluntad de la inteligencia ó del estado orgánico, ó rebelde por algún tiempo y al fin vencida, se llega siempre al mismo resultado; pues constituido el cuerpo por átomos inertes, obedece á la fuerza impulsiva propia de la actividad anímica, al par que está sometido al influjo de los agentes fisico-químicos; y cuando aquella actividad se modera, la inercia que le es peculiar sobresale, debilitando sus movimientos totales, por la disminución de una de las fuerzas que los producen.

De donde resulta que el elemento supramaterial, ora activo para moderar el ejercicio de sus potencias, ora sufriendo el influjo de los desórdenes fisico-químicos, entra siempre como factor importantísimo en la realización del sueño fisiológico. Lo cual es contrario á los asertos de la escuela materialista que hace depender dicho estado de un trastorno meramente corpóreo, sin que en él tome la más pequeña parte el factor espiritual que anima y gobierna el cuerpo en todas las operaciones vitales.

CAPITULO III.

EN QUE SE TRATA DE LA ORACIÓN COMÚN CONFORME
LA DESCRIBE SANTA TERESA DE JESÚS.



A cual, hablando de ella y de otros grados de oración, comienza pidiendo se la perdone el atrevimiento de poner comparaciones al tratar de cosas espirituales; pues *los que no saben letras, como yo*, dice con gran humildad, *han de buscar algún modo.*

En esas comparaciones expresa, con la sencillez y exactitud que tanto la distinguen, las dádivas providenciales que necesita pedir y obtener el alma humana para elevarse á todo acto contemplativo y espiritual. Dice así (1): *Ha de hacer cuenta el que comienza, que comienza á hacer un huerto en tierra muy infructuosa, que lleva*

(1) *Vida de Santa Teresa de Jesús*, publicada por la Sociedad Foto-tipográfico-católica, bajo la dirección del Dr. D. Vicente de la Fuente, conforme al original autógrafo que se conserva en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial. Madrid, 1873, capítulo XI, pág. 94.

muy malas yerbas , para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas , y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto cuando se determina á tener oración un alma , y lo ha comenzado á usar; y con ayuda de Dios, hemos de procurar como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas, para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores, que den de sí gran olor, para dar recreación á este Señor nuestro.

¿Qué quiere decir todo esto? No otra cosa sinó que Dios, después de crear al hombre , rico en beneficios naturales sin cuento, y haberle dado con la libertad el medio de hacerse acreedor á una herencia inmensa, le asegura el logro de tamaño bien , auxiliando sus fuerzas constante y paternalmente ; pues ilustra su inteligencia y su voluntad con luces interiores que las muestran siempre lo que deben creer, amar y practicar, con el encanto y atractivos de la conciencia satisfecha, y lo que deben rechazar y aborrecer , con la voz y remordimientos del sentido íntimo. Además comunica al espíritu cierta inclinación dulce y enérgica que le impulsa al bien, mas de tal modo , que no se merme un ápice la libertad de encaminarse ó no hacia El, que le concedió al crearlo. Por último; que el alma que acepta voluntariamente estos auxilios, y sigue dócil y agradecida el camino que le indican, es el huerto en que Santa Teresa dice que Dios arrancó *las malas yerbas* de las inclinaciones pecaminosas , y plantó la simiente de las buenas , ó sea de las gracias que la providencia común de Dios reparte con bondad infinita.

Mas la voluntad, hortelano de tan buenas plantas,

ha de cuidarlas para que produzcan flores de exquisito aroma: y hé aquí ya los cuatro modos de *regar el huerto*, ó sean cuatro grados de oración que describe la Santa, á saber, la oración común, en que se riega *con sacar el agua de un pozo*; la de quietud, en que se saca *con noria y arcaduces y con un torno*; y la de unión, que comprende los dos últimos grados, uno en que el agua viene de *un río ú arroyo*, y otro en que lo riega el Señor *con llover mucho*.

El primer grado, *la oración común*, corresponde á uno de esos actos naturales de atención, en que el objeto de conocimiento, aunque es del orden divino, llega á la inteligencia por medio de operaciones psicofisiológicas humanas, que quiero traer á la memoria.

Recordará el lector que en los preliminares fisiológicos expuse que la atención, acto por el cual la inteligencia se aplica al objeto de su conocimiento, se compone de dos elementos: uno mecánico, en cuanto el alma no puede llevarlo á cabo sin el concurso de sus instrumentos corpóreos, y otro psicológico puro, en cuanto el espíritu ejerce operaciones inmateriales. Y como todo trabajo mecánico se realiza con el gasto de fuerzas orgánicas consiguiente, resulta que no se puede atender sin un dispendio de ellas mayor ó menor, según los grados de intensidad desenvueltos por la potencia anímica. Puse allí ejemplos que lo demuestraban, y añadí otros probando que la atención se debilita cuando se aplica á más de un objeto, que casi nunca es posible repartirla, y que la única circunstancia que permite atender eficazmente á varias impresiones simultáneas, es la de que todas ellas se refieran á un mismo objeto de conocimiento.

El sujeto , pues , que abandona su organismo bien constituido á los estímulos ordinarios de los agentes externos é internos que llegan hasta él, pero sin atender particularmente á ninguno , permanecerá más ó menos tiempo impasible y sin darse cuenta exacta de sus impresiones. Mas si quiere prestar atención pequeña ó grande á uno de esos estímulos , lo primero que necesita es obligar á los músculos , órganos y nervios del sentido correspondiente á que tomen y conserven durante cierto período la actitud fisiológica precisa para que su facultad intelectual llegue á conocerlo.

Mientras dichos aparatos orgánicos obedecen el mandato del alma, están en ejercicio activo; mientras funcionan con esta actividad transforman más fuerza material que cuando simplemente vegetan, y mientras continúan actuando de esta manera, reclaman nuevas cantidades de energía. El organismo les presta los elementos necesarios, mas no lo hace sin quitarlos á las demás regiones corporales. Así, la respiración que en circunstancias ordinarias oxigena glóbulos sanguíneos bastantes para el cumplimiento fisiológico de todas las necesidades vitales, no puede proporcionar en estos casos inusitados, ni tanta sangre enriquecida , ni tan rápidamente como sería menester; no sólo porque los pulmones no pueden traspasar los límites de capacidad y funcionalismo que la naturaleza les traza, sinó también porque en tales casos pierden parte de su energía normal; y hé aquí cómo el gasto que hacen los órganos cuya actividad se exagera , es á expensas de una disminución de actividades circulatorias é inervadoras de las otras regiones que no intervienen directamente en el acto de atender.

Pero hay más. No se gasta la misma cantidad de fuerza fisiológica en un trabajo mecánico vital, que en otro psicológico. La razón es obvia: una contracción muscular, un movimiento visceral, por ejemplo, no necesitan más que intervenciones moderadas de parte del sistema nervioso; pero en una operación intelectual, el instrumento que principalmente sirve al alma es el cerebro, órgano que á más de ser uno de los que consumen más líquido sanguíneo durante su trabajo, provoca al mismo tiempo una disminución de actos respiratorios, tanto mayor, cuanto más energía desenvuelve para obrar.

Resulta, pues, que el exceso de actividad funcional de un aparato corpóreo se lleva á cabo á expensas de las actividades de otras regiones del organismo; y que esta disminución general á que da lugar aquel exceso, es proporcionada á la energía desenvuelta por dicha función, y á la suma de fuerzas que necesita transformar el organismo para realizarla.

Conocidas tales premisas, fácil es darse cuenta de los fenómenos que provoca un acto de atención prolongado é intenso.

El cerebro, forzado á obrar activamente por cierto tiempo, producirá con su trabajo debilidad de todas las funciones orgánicas que no sean las del sentido puesto en ejercicio para atender; y si la atención llega al apogeo de su energía, aquella debilidad aumentará proporcionalmente hasta presentar un grado próximo á la semi-parálisis. Por su parte, la inteligencia aplicada á su objeto de conocimiento actual de un modo casi exclusivo, ya que la atención muy intensa no puede repartirse, no dejará que el alma atienda á nin-

guno de los estímulos que la transmiten los demás sentidos corporales, ni á las imágenes que la memoria guarda y la imaginación arregla.

Y hé aquí cómo mientras el sujeto sigue prestando atención poderosa y concentrada, permanecerá silencioso, inmóvil, insensible en más ó ménos grado, y con los signos de las funciones vegetativas adormecidos. Es decir, que el sujeto estará extático, propia ó impropriamente dicho, ya que se ha convenido en llamar éxtasis á un estado que se caracteriza por gran actividad de las potencias superiores del espíritu, acompañada de parálisis incipiente de las facultades vegetativa, locomotiva y sensitiva.

Mas como no todos los extáticos presentan los mismos signos, y al contrario, el observador nota diferencias esenciales en la manera de actuar las potencias intelectivas, se ha visto la necesidad de clasificar los éxtasis.

Y en verdad que no sé el nombre propio que he de dar á unos actos humanos, que sin penetrar en los dominios del orden patológico, ni en los del mundo sobrenatural, rompen el molde ordinario de la fisiología, y sorprenden al observador. Por la semejanza que presentan sus caracteres exteriores con los del éxtasis, me inclino á llamarlo *éxtasis natural fisiológico*; distinguiéndolo así de otros estados parecidos, que en la patología observa el médico, y que denominaré *éxtasis natural morboso* (1).

(1) De este modo me conformo con los teólogos, que distinguen un *éxtasis divino*, otro *diabólico* y otro *natural*, según que la causa de ellos sea buena, mala ó indiferente; esto es, Dios, el demonio, ó la naturaleza

Ahora bien; para que se produzca el éxtasis natural fisiológico completo, se necesita que á la concentración de la inteligencia descrita, se junte una sensibilidad exquisita y afectos apasionados fáciles de conmover. Entonces, los fenómenos se hacen más intensos; mas no pierden sus caracteres.

El entusiasmo religioso y el amor patrio pueden extasiar el alma de esta manera, y hacerla extraña á las impresiones sensitivas. La pasión amorosa y el cariño paternal son capaces, en algunos de sus arrebatados impulsos, de conducir al espíritu fuera de los límites ordinarios.

Si se quieren ejemplos, recordaré el de las meditaciones de Arquímedes, los de Trimegistro, Sócrates y Platón, citados por el P. Suárez (1) de los cuales se dice que, absortos en la contemplación, quedaban suspensos; el del sacerdote Restituto, del que cuenta San Agustín (2) que con arte se ponía en éxtasis y se enajenaba de los sentidos cuantas veces quería, si bien oyendo como de lejos; el de Santo Tomás de Aquino cuándo apostrofó bruscamente á los convidados que le rodeaban, diciendo «tengo el argumento decisivo contra los maniqueos;» los de soldados que no sintieron las heridas en el ardor del combate; los de salvajes serenos y sonrientes en medio de mutilaciones horribles, etc., etc.

También debo incluir en esta categoría el éxtasis aparente que llaman los teólogos *desvanecimiento extático*, que describe así el P. Scarameli (3).

(1) Suárez. l. 2 de orat. c. 15.

(2) De civit. Dei, l. 14. c. 24.

(3) Direct. místico: tit. 1.º trat. 3.º cap. XX. Trad. española.

«Hay personas de indole débil, de corazón pequeño y de cabeza flaca, las cuales se debilitan más por sí mismas con demasiadas fatigas ó con penitencias indiscretas; y tales suelen ser las más veces las mujeres. Ahora, si éstas puestas en oración, son sorprendidas de algún afecto vehemente ó de alguna suavidad muy sensible, aquellos pocos espíritus que están en sus cuerpos débiles, se retiran al corazón y dejan abandonados todos los miembros: de aquí proviene el perder los sentidos exteriores é interiores, y el perder totalmente la misma oración, quedándose en un natural deliquio. Quien las ve en oración tan enajenadas de los sentidos, cree que están en éxtasis, cuando ellas en realidad se hallan en un natural desvanecimiento.»

Al llegar á este punto, diré, que la *oración común* descrita por Santa Teresa, puede distinguirse, á mi parecer, del estado que llamo éxtasis natural fisiológico, por razón del objeto de conocimiento que atrae la atención del alma humana en dicha oración; puesto que es diferente la intensidad ó energía con que el sujeto atiende en uno y otro caso. Los párrafos que el ilustrado P. de Bonniot dedica á este asunto en la obra titulada *Le miracle et les sciences médicales*, dicen:

«No son las especulaciones del filósofo y del matemático, ni los descubrimientos del físico y del naturalista lo que ejerce más poderoso atractivo en la atención. Tales vislumbres de verdad regocijan, sin duda, al espíritu que las percibe. El alma experimenta no sé qué sentimiento de satisfacción cuando, después de una serie de deducciones penosamente enlazadas, ó de un grupo de hechos recogidos, clasificados y analiza-

dos con más trabajo aún, ve salir una verdad, como la bella flor del cactus sale de su hoja espinosa y contrahecha. La inteligencia reposa contemplando y apropiándose ese fragmento de su propio bien, es decir, de verdad. Mas ¡cuán fugitivo es tal goce para el sabio! Lo que contempla con alegría tan pura, está ligado á ciertas imágenes, á ciertas vibraciones de su cerebro, y esas imágenes huyen, esas vibraciones acaban casi tan pronto como se forman: al cabo de un instante, el ojo de la inteligencia las mira en vano, porque han desaparecido. Para convencerse de ello, hágase el experimento con una conclusión geométrica ó con una ley física ó química, y se verá que comprender, gozar y pensar en otra cosa, son tres operaciones que se realizan casi al mismo tiempo.

»Además, los placeres del entendimiento, cuando están aislados, no penetran el alma; quédanse en la superficie, como la luz de un sol de invierno que ilumina, pero no calienta. Para que su acción sea profunda, debe la verdad dirigirse al par á la inteligencia y al corazón, ó mejor al corazón por la inteligencia; y para que sea dulcemente invencible, debe llenar la inteligencia y el corazón. Es decir, que sólo Dios presente en el pensamiento tiene tal poder. Nada más cierto que la célebre frase de San Agustín; «Nos habéis creado para Vos, Señor; he ahí por qué nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Vos.» Lo que deseamos, lo que buscamos desde lo íntimo de nuestra naturaleza, es la verdad entera, la belleza perfecta, la bondad pura. ¿Y qué es Dios sinó esta verdad, esta belleza y esta bondad? Riqueza infinita, poder infinito, vida infinita, toda perfección está en Él,

sin sombra ninguna de imperfección. Que Dios es todo esto para nosotros, nos lo advierte un instinto superior, que es la forma misma de nuestras facultades, cuando el pensamiento de ese bien supremo se presenta sereno y luminoso á nuestra alma..... Los escritores menos católicos comprueban que en los sueños y hasta en las alucinaciones, la idea de la presencia de Dios simbolizada por imágenes muy imperfectas, produce un vivo sentimiento de bienestar.»

Esto significa que la naturaleza del objeto de conocimiento que despierta la atención del espíritu, ejerce en éste atractivo diferente en intensidad, según el orden á que pertenece.

Y se entiende muy bien que no pueda ser de otro modo; porque ¿cuál es el objeto y el bien propios del alma humana? La verdad, objeto soberano del entendimiento, y la bondad, amor incesante de la voluntad. Y como ninguna criatura encierra toda la verdad, ni toda la bondad, se deduce lógicamente que el espíritu del hombre, que gozará más ó menos conociendo y amando los seres creados en proporción á las perfecciones de que los haya dotado el Hacedor, no podrá satisfacerse, reposar ni amar enteramente, sinó contemplando la luz infinita y embriagándose con el oceano de caridad infinita que le deja ver y gozar la presencia de Dios, Sér increado, manantial imperecedero é inagotable de toda ciencia, de toda hermosura y de todo bien.

Mas Dios es verdad sobrenatural para el entendimiento del hombre, y bien sobrenatural para su voluntad; por tanto, la inteligencia y la voluntad humanas, abandonadas á sus propias fuerzas, no tienen

virtud para conocer y amar adecuadamente lo que traspasa su poder natural; ó lo que es lo mismo, aunque Dios, verdad y bien sobrenaturales, sea objeto del conocimiento y amor racionales de la criatura, el espíritu que no está iluminado sobrenaturalmente, no podrá realizar sinó actos de atención que alcanzarán el apogeo de su poder psico-fisiológico nada más, y que sólo provocarán aquellos signos interiores y exteriores que describe Santa Teresa en la *oración común* diciendo:

De los que comienzan á tener oración, podemos decir son los que sacan el agua del pozo, que es muy á su trabajo, como tengo dicho; que han de cansarse en recoger los sentidos, que como están acostumbrados á andar derramados, es harto trabajo (1). Lo cual significa que, como añade la Santa, *han menester irse acostumbrando á no se les dar nada de ver ni oír*; esto es, á fijar la atención en el objeto de conocimiento, de tal suerte, que el alma no atienda á los estímulos que puedan venir por los sentidos exteriores, sinó que aplique su actividad de modo que *han de ponerlo por obra las horas de oración, y estar en soledad, y apartados, pensar su vida pasada*.

Vese claro que en estos actos todo es trabajo de atención humana; y de aquí nace, que por mucho que el alma cierre las puertas de los sentidos corporales; por mucha intensidad que desenvuelva para apropiarse la imagen sensible que le presentan la imaginación y memoria, y por grande que sea el amor que siente la voluntad hacia el bien conocido de esta manera,

(1) Ob. cit., cap. XI, pág. 95.

nunca resultará más que un estado puramente natural, acompañado y seguido del cansancio físico é intelectual que caracteriza á los llamados éxtasis fisiológicos. Sólo aprovechará moralmente, en tanto que sea ofrecido este trabajo al Señor, con humildad y resignación.

Por eso dice la Santa con tanta propiedad : *Quien quisiera pasar de aquí y levantar el espíritu á sentir gustos que no se los dan, es perder lo uno y lo otro, á mi parecer, porque es sobrenatural.* Por eso añade con igual exactitud que entonces, *perdido el entendimiento, quédase el alma desierta y con mucha sequedad;* y que cuando Dios no suspende las potencias sobrenaturalmente, *presumir ni pensar de suspenderle nosotros, es lo que digo no se haga, ni se deje de obrar con él, porque nos quedaremos bobos y frios, y ni haremos lo uno ni lo otro* (1).

Y en verdad que sería perder lo uno y lo otro; porque desde el instante en que el alma deja de aplicar su actividad al primer objeto, y pretende atender á otros gustos que apetece y *no se los dan*, logra solamente distraer la atención que dedicaba al que ya tenía, sin ganar ninguno nuevo; pues ya se sabe que no es posible dividir la atención sin perderla ó debilitarla. Así también queda la inteligencia confusa y aturrida, la voluntad sin dulzura ni satisfacción, y en una palabra, el espíritu sin aprovechamiento en virtudes, quizá por el fondo de soberbia con que presumió alcanzar humanamente lo que sólo puede otorgarle la bondad de Dios.

(1) Ob. cit., cap. XII, págs. 104 y 105.

Los demás signos pueden resumirse diciendo , que el sujeto presenta gran actividad de las potencias superiores del espíritu, acompañada de cansancio sensitivo é intelectual, como síntomas internos; y entorpecimiento mayor ó menor de las funciones corporales sensitivas, locomotivas y vegetativas , como manifestaciones externas del trabajo interior. Después , y á consecuencia de tales estados , antipatía grande para toda operación mental, fatiga y molestias orgánicas, y laxitud ó indiferencia moral muy acentuada.

Lo primero nace de que el pensamiento de Dios, llevado y sostenido en la inteligencia por medio del análisis y la abstracción ordinarias, necesita de parte del sujeto un esfuerzo que no puede menos de ser penoso á un espíritu que se ve obligado á valerse de instrumentos corpóreos para ejecutarlo. Sucede lo segundo , porque la actividad psicológica y fisiológica desplegada por el individuo que atiende así, determina la disminución consiguiente en los demás actos y funciones *desatendidas*. Por último; los efectos que siente el hombre concluidos tales estados, se deben, por una parte, al trabajo que emplea , y por otra , al pasajero é incompleto fruto que obtiene ; pues al acabarse tan molesto esfuerzo , aprende solamente que su limitada razón no puede lograr el conocimiento de toda la verdad ; fin ansiado que persigue sin descanso ni éxito en este mundo, mientras Dios mismo no quiera lo contrario.

A lo que acabo de consignar se reducen los éxtasis llamados fisiológicos y la oración común descrita por Santa Teresa ; únicos éxtasis que admiten los naturalistas , y á los que refieren los hechos extáticos que

explican los místicos como sucesos sobrenaturales. Mas la teología demuestra que los éxtasis divinos están separados de los naturales por un abismo infranqueable ; verdad que voy á exponer valiéndome de las descripciones que de ellos nos dejó la insigne Doctora Santa Teresa de Jesús, ateniéndome así á lo que exige el tema rigurosamente.

CAPÍTULO IV.

QUE TRATA DE LAS ORACIONES
DE QUIETUD Y UNIÓN
SEGÚN LAS DESCRIBE STA. TERESA DE JESÚS.



Es cierto que la inteligencia humana aplica una atención mucho más intensa y poderosa cuando quiere conocer la verdad sobrenatural, Dios, que cuando trata de comprender los destellos de verdad que brillan en los objetos de conocimiento creados, también lo es que atiende de manera distinta según el modo con que la verdad suma se le presenta; pues unas veces ejercitará sus actos fisiológicamente y otras sobrenaturalmente.

Tiene mucha importancia esta cuestión; porque el naturalismo que acepta de buen grado que el objeto de conocimiento intelectual puede ser ó Dios ó las criaturas (1), sostiene á la vez, que

(1) El lector sabe que el naturalismo á que aludo en todo este trabajo, admite la existencia de Dios infinito y creador, pero sin más relaciones con sus criaturas que las derivadas de sus respectivas naturalezas, según son conocidas por la sola luz de la razón.

siempre llega á conocerlo el entendimiento por medios meramente naturales, y nunca del modo sobrenatural que enseña la teología mística. Es preciso, pues, examinar este punto.

Dentro del orden natural, no adquiere el alma humana ningún conocimiento sin ejecutar la serie de operaciones lentas y penosas que hemos estudiado. Para más claridad, supongo que el sujeto quiere contemplar la idea de Dios. Desde el momento que formula este deseo, ó el sentido interno toma de la memoria las especies que sus sentidos corporales le transmitieron en épocas anteriores y que después convirtió en imágenes sensibles, y en tal forma se las presenta á la inteligencia, ó ésta contempla especies inteligibles que en otro tiempo formó abstrayendo é iluminando fantasmas que la memoria conserva. De una ú otra manera, el entendimiento abstrae y alumbrá de nuevo dichas imágenes y especies; y conoce intelectualmente á Dios: lo cual significa que lo conoce según sus alcances limitados, esto es, con gran imperfección; porque lo infinito no puede encerrarse en lo que tiene límites.

Una vez conocido Dios por la inteligencia racional, del modo dicho, la voluntad tiene que amarle como á su bien. Y en efecto, lo ama; pero de una manera natural también; porque salvo los casos en que obra la gracia divina, el conocimiento natural explicado precede y acompaña á los actos amorosos de la voluntad.

A la criatura racional, le es imposible subir hasta la verdad y bien sumos, Dios, aunque se valga de todas sus impresiones sensibles, de todas las fuerzas de su imaginación, de todos los recuerdos de su memoria y de todos sus actos intelectivos; porque para conocerlo

y amarlo adecuadamente necesitaría poseer un entendimiento y amor infinitos.

Mas el Omnipotente si puede levantar el espíritu del hombre por medio de sus auxilios divinos hasta la altura que le plazca; pues á medida que le dé luz más intensa, más crecerá el conocimiento de Dios á que es sublimado. Y como á un conocimiento más claro, sigue y acompaña un amor más encendido, resultará que el alma humana, mísera é impotente cuando sólo dispone de sus alcances naturales, podrá conocer y amar á su Dios en proporción al grado de ayuda sobrenatural que gratuitamente, y sin merecimiento alguno suyo, le sea concedido.

El naturalismo niega que suceda esto, y pretende explicar los hechos místicos sobrenaturales expresándose de este modo: «El místico busca la divinidad en un secreto comercio con lo invisible. Desea revelaciones íntimas, y para lograrlas dirige y concentra todas sus facultades á Dios, con el que quiere sustituir su propia alma. Esfuérazse para evocar su imagen y hacer intelectualmente sensibles sus perfecciones y belleza. Cuando le parece haber hallado lo que desea, y su imaginación coloca ante la mirada de su espíritu la figura de Dios, rompe con el mundo exterior y se abisma contemplando al sér divino» (1).

«El éxtasis es el imperio de una idea fija. Es la enfermedad de los místicos que se abisman en la contemplación de los atributos de Dios: sus facultades intelectivas adquieren tal potencia que podrían considerarse centuplicadas en una atención sin límites; y teniendo

(1) Maury: *Annales médico-psycologiques*. T. I, p. 211.

en cuenta el objeto de las preocupaciones del espíritu, en una aspiración sobrenatural y triunfante. Todo lo del mundo se olvida sucesivamente; la sensación de la gravedad que sujeta el cuerpo á la tierra desaparece, la carne no pesa ya; el espíritu se cierne con ella en los cielos: tales son los arrobamientos tan célebres de los místicos» (1).

¡Pobres *sabios* que huyendo de la verdad sobrenatural se ven obligados á maltratar la psicología, la medicina, la física y la teología, para tener que echar mano, después de sus peregrinas descripciones, de las mismas palabras que tanto combaten, y tanto procuran ridiculizar! No merecían siquiera la sensata respuesta que les da el ilustrado profesor Lefebvre cuando dice (2): «Confieso que mi sentido común rechaza tal doctrina. Una objeción insuperable se levanta tenaz en mi ánimo.

»Si fuera cierto que una profunda meditación acerca de la grandeza de Dios ó de los misterios de la pasión del Salvador, pudiera arrobar el alma y suspender el ejercicio de los sentidos, ó lo que es igual, provocar el éxtasis; si fuera verdad que el influjo piadoso de los afectos anímicos pudiera también engendrarlo, sería necesario admitir que el éxtasis debería producirse con más razón en ciertas condiciones vulgares. En efecto; hay pensamientos del orden terreno que deben cautivar el alma con más fuerza que los pensamientos del orden sobrenatural: el sabio que,

(1) Gratiolet: *Anatom. comp. du syst. nerv. dans ses rapports avec l'intelligence*. Pág. 550.

(2) Luisa Lateau. Trad. por D. Carlos Castelain. 1876.

como Newton, trabaja en la solución de un problema que puede inmortalizar su nombre; el político que medita una combinación de la que tal vez pende la ruina ó el bienestar del país; el capitalista que calcula una operación que lo elevará al pináculo de la fortuna ó lo precipitará en la ignominia de la indigencia; todos estos hombres ¿no se hallan en una tensión espiritual más enérgica, más violenta, que la pobre joven que concentra su pensamiento en la grandeza de Dios ó los dolores del Redentor?

»Además ¿no vemos todos los días en el orden puramente humano ejemplos de pasiones de incomparable impetuosidad? Cuando los estímulos de los sentidos se unen á las excitaciones del alma, ¿no resulta una pasión semi-bestial, semi-humana, cuya violencia nos espanta? Y un torrente semejante ¿no es tan capaz de arrastrar el espíritu como la apacible ola de los afectos espirituales?

»Por mi parte lo declaro sin dudas, en nombre de la verdadera psicología: si las meditaciones religiosas ó el amor ascético pueden por su solo influjo arrobar el alma y suspender el ejercicio de los sentidos, á nuestras meditaciones profanas y á nuestros apetitos sensibles debe serles posible producir los mismos fenómenos.

»Ahora bien: ¿se produce el éxtasis en esas condiciones? El buen sentido responde, jamás. Imaginad un hombre sin conocimiento ni sensibilidad, una mujer que no ve ni oye, pero que se agita y sueña en alta voz: figuraos un médico que se aproxima á ellos, los examina y os dice: este hombre se halla en éxtasis; esa mujer está arrobada. ¿No sería esto demasiado ridículo?

»Si el éxtasis pudiera producirse por un exceso de atención, por juego imaginativo, por influjo del pensamiento ó de los sentidos, sería un hecho vulgar y cotidiano. Los médicos que sorprenden á la humanidad en sus debilidades y en sus secretos, no lo encuentran hoy; la historia no conserva ni un solo hecho auténtico (1)..., pero es evidente que se ha dado el nombre de éxtasis á estas manifestaciones del alma por una corrupción del lenguaje. En estos casos se trata solamente de sabios muy preocupados con una idea, mas no de extáticos. Nadie duda que para volver en sí á estos grandes hombres de su pretendido éxtasis, no habría sido necesario aplicarles el hierro ni el fuego.»

A tan sensatas reflexiones, añadiré que el estudio de las mercedes divinas que gozó Santa Teresa en los grados que denomina de quietud, unión, éxtasis y arrobamientos, prueban que dichos estados místicos se diferencian de los actos naturales de atención, por las causas que los producen, por los signos que presentan, y por los efectos que dejan en el alma y el cuerpo de los favorecidos.

Ahora, concretando el examen á las oraciones de quietud y unión en este capítulo, seguiré á la Doctora mística en las magistrales descripciones que de ellos hace en sus escritos.

Una de las cuestiones más difíciles de tratar por la inteligencia limitada del hombre, es la que investiga el modo de realizarse los hechos que en el compuesto humano obran el poder y la infinita bondad

(1) Aquí pone citas el autor.

de Dios: de tal manera, que sin iluminaciones de lo alto, ninguna criatura racional habria podido darse cuenta de ellos. Dios, sin embargo, ha remediado esta necesidad de nuestro espíritu, permitiendo que sus elegidos traduzcan á nuestro lenguaje misterios de los que no tendríamos siquiera idea sin su divino auxilio.

Las contemplaciones sobrenaturales son actos nobilísimos que sobrepujan á todas las fuerzas de la naturaleza, pues corresponden al orden sublime de la gracia divina. Por eso no podré mostrar el origen de la supernaturalidad, mérito y elevación que brillan en dichas contemplaciones, si no doy antes alguna noticia de ella aunque sea muy breve.

Son obras tan excelsas los actos sobrenaturales y meritorios, que para ellos se necesita el concurso de muchas gracias. Así, es menester que Dios infunda en el alma la *gracia santificante*; dón tan eminente como que es una cualidad divina que Dios une á la substancia del alma haciéndola participar, por su medio, de su misma naturaleza, dándole una nueva vida y un nuevo sér. Es preciso también que con esta gracia se le den los hábitos infusos de las virtudes teologales y de todas las morales; porque es muy conveniente que este sér sobrenatural que se da al espíritu del hombre, esté provisto de las potencias y virtudes con que puede ejercitarse connaturalmente en los actos proporcionados á la nobleza de su sér.

Mas adviértasẽ que por hábitos infusos no se entienden los que el hombre adquiere por su industria volviendo á repetir con frecuencia los mismos actos, sinó aquellas potencias que se infunden en el alma con la gracia santificante, para que por medio de

ellas pueda producir los actos teologales de fe, esperanza y caridad, y también los morales sobrenaturales de prudencia, justicia, fortaleza, templanza, religión, humildad, obediencia, y otros semejantes.

Que así como Dios criando al hombre, le dota de sentidos internos y externos con los cuales puede practicar los actos sensitivos, y le enriquece de facultades intelectivas con las que ejercita los actos racionales, más propios de él, así dándole, en cuanto es autor de la gracia, un sér divino en la santificante, le debe dar también las potencias con que obre los actos sobrenaturales y divinos de todas las virtudes, tan propias de su ennoblecido sér.

No basta que la gracia santificante vaya acompañada de dichos hábitos infusos para obrar los actos sobrenaturales y meritorios de vida eterna: requiérese, además, la existencia de la *gracia actual*, por la que el alma pueda realizarlos. Esta *gracia actual* consiste en ciertas luces sobrenaturales con que ilustra Dios el entendimiento, y en ciertos afectos interiores con que mueve la voluntad. Así previene el Señor al hombre excitándole al bien, le acompaña para que consienta á lo bueno, y le sigue para que lo perfeccione y lleve al fin (1).

De lo dicho se deduce que los actos producidos por influjo de la gracia actual y de los hábitos infusos de quien posee la gracia santificante, son sobrenaturales. Mas aunque nada de esto falte á los actos de divina contemplación, que he de estudiar, hay en ellos más

(1) Los teólogos llaman á esa gracia *previniente, concomitante* y *subsiguiente*, porque previene, acompaña y sigue, cual he dicho.

todavía; pues tienen una elevación especial y un modo de moverse extraordinario, que no se halla en otros actos santos y meritorios.

Necesitan el concurso de los dones del Espíritu Santo que los levante al sér de contemplativos, y que se infunden siempre en el alma, juntamente con la gracia santificante. Según Santo Tomás (1), con estos dones, «ciertos hábitos que perfeccionan al hombre para que obedezca con prontitud al Espíritu Santo.»

Exige dichos dones la contemplación, principalmente la llamada *infusa*, porque tiene un modo de conocer las cosas divinas, sobrehumano; esto es, que se eleva sobre el modo acostumbrado de conocer de los hombres. Lleva también consigo un ardor de caridad extraordinario, ilustración del entendimiento y particular moción de la voluntad.

Los dones del *Espíritu Santo*, que pertenecen al entendimiento, son (2): el de *Sabiduría*, que es una luz simplicísima acerca de las cosas divinas, por la cual el alma juzga de ellas con grande sabor: el de *Entendimiento*, que es una luz divina por la cual la potencia intelectual penetra aguda y profundamente con estupenda admiración las perfecciones de Dios y los secretos de nuestra fe: el de *Ciencia*, luz infusa del Espíritu Santo, con la cual el hombre forma recto juicio de lo que debe creer y no creer, y según el conocimiento de las cosas creíbles, regula sus operaciones acerca de lo que debe hacer ó no hacer; y el de *Consejo*, que con-

(1) D. Thome. I, 2, q. 68, art. 3.

(2) Estas definiciones las tomo del *Directorio Místico* del sapientísimo P. Scarameli.—(Trad.)

siste en una ilustración con la cual el Espíritu Santo nos hace conocer, en los casos particulares, lo que debemos hacer ú omitir para lograr la salud eterna. Los que pertenecen á la voluntad , son: el de *Fortaleza*, que consiste en una moción poderosa con que el Espíritu Santo despierta la voluntad para corroborar la irascible , á fin de que emprenda cosas arduas , cual sería sufrir la muerte , y para que venza todas las penas y dificultades extraordinarias que se encuentran en el servicio de Dios: el de *Piedad* , que es un rayo divino que alumbra la mente é inclina el corazón á dar á Dios aquel culto que le corresponde como á nuestro soberano Señor, y á socorrer á los prójimos como imágenes de nuestro Padre Celestial; y de *Temor de Dios*, que es un afecto de reverencia con que se mueve la voluntad, por el cual tememos ofender á Dios y apartarnos de Él.

Ahora bien: desde que el alma humana, dotada por Dios de la gracia santificante , de los hábitos infusos, de la gracia actual y de los dones del Espíritu Santo, experimenta ese conocimiento y afecto sobrenaturales, comienza la contemplación ; que llega á grados más ó menos altos, según la clase de unión mística que quiere Dios otorgar á su criatura.

Los *grados de contemplación*, según San Buenaventura, son algunos progresos de conocimiento espiritual, y de un cierto sabor amoroso en contemplar las grandezas divinas en cuanto éstas son para la inteligencia objeto de verdad, y para la voluntad objeto de suma bondad (1). Y como la criatura racional puede crecer

(1) S. Bonav. de 7 itin. æter. itin. 2. dist. 3. det. I.

siempre en el conocimiento y amor de Dios, claro está que serán innumerables los grados de contemplación á que puede ser sublimada.

Entre estos grados hay unos, como las visiones, locuciones y revelaciones, en los cuales se entienden claramente, en particular, las verdades que Dios manifiesta, y se ven distintamente los objetos presentes; y otros indistintos que ponen al espíritu humano en cierta iluminación velada, y consisten en actos de fe acerca de las cosas divinas, pero aclarados por los dones de sabiduría y entendimiento, por los cuales el alma se aproxima á Dios; y si la contemplación es perfecta, se une místicamente con Él. Esta *unión mística de amor* consiste, según los teólogos, en *cierto conocimiento y cierto afecto experimental que el alma prueba en Dios*. La segunda clase de actos contemplativos cuenta doce números, y ocupan el décimo y undécimo respectivamente el éxtasis y el rapto.

Téngase en cuenta que los teólogos distinguen como dos instantes en la unión: en el primero obran conjuntamente la gracia y la naturaleza, suspendiendo el alma las operaciones ordinarias de su inteligencia para aspirar y elevarse al amor que la gracia excita; y en el segundo la gracia sola es la que transporta el alma al seno de Dios, haciendo que el entendimiento y la voluntad realicen actos perfectísimos. Por tanto, el alma, lejos de quedar inactiva durante las uniones místicas, obra siempre con energía extraordinaria y sobrenatural; si bien ella no produce, en modo alguno, el estado en que la coloca únicamente la acción divina.

Decía que los grados contemplativos pueden ser

muchos, y debo añadir, que según la elevación á que Dios quiere levantarlos, así presentan signos y efectos variados y característicos ; mas antes de estudiar los que gozó Santa Teresa , deseo consignar una premisa importante, á saber , que los naturalistas con quienes discuto, admiten la Omnipotencia de Dios ; por consiguiente, no deben negar que tiene poder para ejecutar operaciones sobrenaturales ; porque su negación equivaldría á decir que no era Todopoderoso. Queda, pues, sentado que tales hechos se realizarán cuando á Dios plazca. Mas ¿quiso Dios obrarlos y regalar con ellos á Santa Teresa de Jesús?

A tal pregunta contesta la Santa por medio de los escritos en que refiere sus grados de oración sobrenatural con tanta elocuencia, que no dejan lugar á la más pequeña duda.

En efecto: al comparar la insigne Maestra la oración de quietud al *sigundo modo de sacar el agua, que el Señor del huerto ordenó, para que con artificio de con un torno y arcaduces, sacase el hortolano más agua y á menos trabajo, y pudiese descansar sin estar contino trabajando*, indica que en este grado tiene todavía que obrar actos naturales con sus potencias, si bien logra más fruto con menor esfuerzo; y al añadir que *toca ya aquí cosa sobrenatural, porque en ninguna manera ella puede ganar aquello por diligencias que haga*, dice muy claro que ese fruto divino excede los límites del poder natural.

Mas ¿por qué sucede esto, cómo pasa, y qué siente el sujeto exterior é interiormente?

Explícalo todo la Santa; porque en cuanto á la causa dice: *Entiende el alma por una manera muy*

fuera de entender los sentidos exteriores, que está ya junta cabe su Dios, que con un poquito más llegará á estar hecha una cosa con él por unión (1). Es decir, que Dios hace que el espíritu sienta su presencia divina de tal suerte, que no pueda dudar, aunque conoce que todavía no lo ha unido enteramente con Él. Este conocimiento no es como el que adquiere por medio de los sentidos, que podrían ver, oír y tocar á la persona que tuvieran *cabe sí*, sinó la convicción profunda, la conciencia exacta que el alma posee cuando ve, oye y toca directamente y mejor á su objeto de conocimiento.

Digo *directamente*, porque lo hace sin valerse de las operaciones fisiológicas de los sentidos, los cuales, por usar elementos materiales, envuelven á las imágenes sensibles con groseros velos que las ocultan un tanto á la mirada de la inteligencia que ha de convertirlas en especies inteligibles; y digo *mejor*, porque la luz que ilumina en este caso al entendimiento y á las especies, no es la ordinaria de la razón, sinó la sobrenatural que Dios le concede.

Aquí, el entendimiento del hombre no estudia, no analiza la presencia divina; porque sin esfuerzo alguno de su parte, es conducido por un poder invisible, no teniendo que hacer otra cosa más que contemplar y admirar. A consecuencia de esta noticia sublime del objeto divino, la voluntad lo ama como á su bien único; y aunque el amor en que se enciende no es tan grande cual merece la bondad infinita, ni tan vivo

(1) *Camino de perfección*. Obras de Santa Teresa de Jesús, Capítulo XXXI. 1. Novísima edición con notas de D. Vicente de la Fuente, Madrid. 1881.

como se verá luego en las uniones más perfectas, excede muchísimo al que pueden alcanzar sus fuerzas naturales; porque es Dios también el que aviva sobrenaturalmente la llama del afecto, penetrando y embelando el espíritu con felicidad suavísima.

Este amor místico sobrenatural es la causa del estado contemplativo que examino; causa que lo engendra y que lo mantiene todo el tiempo que á Dios place conceder favor tan elevado.

Entre tanto ¿cómo están las potencias superiores del alma? Explícalo así Santa Teresa: *Esto es un recogerse las potencias dentro de sí para gozar de aquel contento con más gusto, mas no se pierden ni se duermen; sola la voluntad se ocupa, de manera que, sin saber cómo se cativa, solo da consentimiento para que la encarcele Dios, como quien bien sabe ser cativo de quien ama* (1). *Ya he dicho que en este primer recogimiento y quietud, no faltan las potencias del alma; mas está tan satisfecha con Dios, que, mientras aquello dura, aunque las dos potencias se disbaraten, como la voluntad está unida con Dios, no se pierde la quietud ni el sosiego, antes ella poco á poco torna á recoger el entendimiento y memoria* (2).

¡Qué claros son los conceptos que expresa aquí la Santa! Llena la voluntad con el amor del Sumo Bien, no queda en ella espacio que pueda ser ocupado por ningún otro afecto. La inteligencia, á su vez, sigue conociendo sobrenaturalmente el objeto divino y acompañando al amor de la voluntad mientras continúa el

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XIV, pág. 122.

(2) Ob. cit. *Vida*. Cap. XV, pág. 130.

auxilio de la luz sobrenatural: mas como Dios no la deslumbra hasta el punto de que no vea las imágenes naturales, puede discurrir acerca de las impresiones que le transmiten los sentidos, ó en los recuerdos que la presente la memoria, que tampoco es atada por el Omnipotente de manera que suspenda sus actos.

En este grado de oración, pues, el entendimiento y la memoria pueden ejercitar sus operaciones naturales; mas ninguna logrará que la voluntad se aparte de la inefable dicha que disfruta; antes bien, *su contento y gozo, causado por esta centellica de amor de Dios que no se apaga* (1), recogerá de nuevo á la inteligencia por ventura distraída, que volverá á fijar exclusivamente su atención en el objeto divino.

¿Podrá chocar esto á quien medite unos instantes en el ejercicio de sus facultades naturales? De ningún modo; porque observará hechos análogos y cotidianos en el orden puramente humano. Hé aquí un ejemplo. El ciego que, operado ya, recobra la vista, y por primera vez se asoma á la ventana, conoce que ve, y goza del bien que disfruta; pero mientras conoce y ama su objeto preferente, fija sus miradas y atención en el amigo que le felicita desde la calle, en el carruaje parado enfrente, en el brioso corcel que cruza, en los árboles de la contigua plaza, en los vecinos que le sonríen ó en los pájaros que vuelan bajo las nubecillas que bordan el horizonte. Sin embargo, ¿alguno de estos actos turba su contento? Nó; todos ellos se realizan sin detrimento de su ventura principal, que como

(1) Ob cit. *Vida*. Cap XV, pág. 130.

es sabido, va acompañada de un acto también principal de conocer.

Mas la Santa sigue describiendo así lo que siente el sujeto en este grado sobrenatural de contemplación: *Es como un amortecimiento interior .y exteriormente, que no querría el hombre exterior, digo el cuerpo porque mejor me entendáis, digo que no se querría bullir, sino como quien ha llegado casi al fin del camino, descansa para mejor tornar á caminar, que allí se le doblan las fuerzas para ello. Siéntese grandísimo deleite en el cuerpo, y gran satisfacción en el alma.... Aunque no están perdidas — las potencias — porque pueden pensar en cabe quien están, que las dos están libres, la voluntad es aquí la cativa; y si alguna pena puede tener estando así, es de ver que ha de tornar á tener libertad... (1).*

Permítaseme admirar una vez más el estilo conciso, claro y sencillo de la insigne escritora, que con frases tan breves expone total y exactamente cuanto decirse puede en asunto tan importante y difícil, pues se ven dibujados de mano maestra los signos exteriores é interiores, y tanto, que ni huelga una palabra, ni falta otra, ni se puede sustituir ninguna.

Dice la Santa que la sensibilidad interna y externa, así como las funciones vegetativas, se hallan *como en amortecimiento*. Nada más propio podía decir; porque la disminución de actividades funcionales á que da lugar este acto de atender, no se parece á la que se observa durante el sueño; es mayor que la producida por el éxtasis fisiológico y menor que la provo-

(1) *Camino de perfección* cit. Cap. XXXI, 2.

cada por el éxtasis y raptos místicos, que después diré: por consiguiente, las palabras *adormecidas*, *debilitadas* ó *suspendidas*, no habrían sido tan exactas en este caso como en los citados.

El cuerpo siente *grandísimo deleite*, continúa diciendo el párrafo copiado; así es *que no se querría bullir* para no perder sensaciones tan gratas. Este deleite sensitivo nace de la gran satisfacción que experimenta el alma; placer que no se ve turbado por la más pequeña molestia corporal, pues ni las fuerzas materiales se cansan, ni los actos fisiológicos padecen trastorno alguno morboso. Por eso el *hombre exterior* no quiere moverse, *sinó como quien ha llegado casi al fin del camino*;—y dice *casi*, porque está próximo á obtener su bien único; pero no lo alcanzará hasta que llegue á la unión perfecta:—busca y encuentra buena posada en que *descansa para mejor tornar á caminar*; pues sabe que allí recibe nuevos dones y exquisitos presentes que *le doblan las fuerzas para ello*.

El entendimiento y memoria *no están perdidos*, *sinó muy activos y libres*; así es, que la inteligencia piensa y conoce *cabe quien está*, aplicando toda la atención que le es dada, unas veces á su objeto de conocimiento exclusivamente, mientras que otras, sin dejarlo de conocer también, se junta con la memoria para obrar diversos actos naturales.

La voluntad es aquí la cativa; pero con esclavitud amorosa tan dulce y embriagadora, que no la deja sentir amargas; *que si alguna pena puede tener estando así, es de ver que ha de tornar á tener libertad*.

La Santa resume lo dicho en la comparación siguiente: *Está el alma como un niño, que aún mama,*

cuando está á los pechos de su madre, y ella sin que él paladée échale la leche en la boca para regalarle; así es acá, que, sin trabajo del entendimiento, está amando la voluntad, y quiere el Señor que, sin pensar, lo entienda que está con Él, y que sólo trague la leche que su Majestad le pone en la boca, y goce de aquella suavidad, que conozca le está el Señor haciendo aquella merced y se goce de gozarla. Mas no quiera entender cómo la goza, y qué es lo que goza, sinó descuidese entonces de sí, que sé quien está cabe ella no se descuidará de ver lo que le conviene (1).

En fin, la Santa concluye los párrafos que dedica á este *tan subido grado de oración, ya muy conocida-mente sobrenatural*, dando á sus hijas un consejo que muestra la práctica que tenía en estas mercedes divinas. Dícelas: *Si el entendimiento ó pensamiento, por más me declarar, á los mayores desatinos del mundo se fuere, riase de él, y déjele para necio, y estese en su quietud, que él irá y verná, que aquí es señora y poderosa la voluntad, ella se le traerá sin que os ocupéis (2).*

¿Y por qué da este consejo saludable la Doctora mística? Ella lo dice también: porque *si quiere á fuerza de brazo traerle, pierde la fortaleza que tiene para contra él, que le viene de comer y admitir aquel divino sustentamiento*; pues al querer la voluntad obligar á la inteligencia á que abandone las operaciones naturales á que se entrega, sin perjuicio de la principal, y al preocuparse con la ineficacia de sus esfuerzos, deja voluntariamente la esclavitud en que de buen grado

(1) *Camino de perfección* cit., cap. XXXI, 8.

(2) *Camino de perfección* cit., cap. XXXI, 9.

se puso, y comienza á sentir disgusto por su inutilidad, y la pena de haber perdido la paz y dulzura místicas que sentía: por donde se advierte bien que *ni el uno ni el otro ganarán nada, sinó perderán entrambos* (1).

Cuando acaba Santa Teresa de explicar este grado contemplativo, habla de otro que denomina de *unión*, en que el agua que ha de servir al jardinero para regar las plantas viene *de un río ó arroyo*. Dice que *esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra de agua, y no se há menester regar tan á menudo, y es á menos trabajo mucho del hortelano* (2).

Dedica á él pocos renglonés; y en verdad que no hacen falta más, porque solamente en una cosa se diferencia este grado del anterior; si bien tiene tal importancia por ser sobrenatural más elevado, que produce nuevos signos y mayores goces espirituales.

En efecto; se ha visto que en las oraciones de quietud, el entendimiento y la memoria permanecían libres para dedicarse á varios actos naturales, porque Dios no atraía estas potencias tanto como á la voluntad. Pues bien; durante este otro grado, *que aún no es entera unión, mas es más que la que acabo de decir... coge Dios la voluntad y aún el entendimiento*; dice la Santa (3).

Hé aquí ya la diferencia. La facultad cognoscitiva no queda libre para ejecutar otras operaciones más que las de conocer la presencia divina; porque envía

(1) *Camino de perfección* cit., cap. XXXI, 9.

(2) Ob. cit. *Vida*, cap. XI, pág. 94.

(3) Ob. cit. *Vida*, cap. XVII, pág. 150.

Dios ya un rayo de luz tan intenso al espíritu, que se oscurecen por completo los demás focos naturales, y la inteligencia no puede ver otro que no sea el sobrenatural. Y como al propio tiempo que el entendimiento ve mejor su objeto supremo, se enciende más vivo amor en la voluntad, el alma fija toda su atención en conocer ese bien sobrenatural, y *no discurre, sino está ocupada gozando de Dios, como quien está mirando, y ve tanto, que no sabe hacia dónde mirar; uno por otro se le pierde de vista, que no dará señas de cosa* (1).

Nuevos elogios merece Santa Teresa como maestra en psicología y como galana escritora, cuando hace la profunda y bella descripción de los actos que obran la facultad imaginativa y la memoria en este grado místico, diciendo:

La memoria queda libre, y junto con la imaginación debe ser, y ella, como se ve sola, es para alabar á Dios la guerra que da, y cómo procura desasosegarlo todo... Harto hacen en desasosegar, digo para hacer mal, porque no tienen fuerza ni paran en un sér. Como el entendimiento no la ayuda poco ni mucho, á lo que le representa, no para en nada, sino de uno en otro, que no parece sino de estas maripositas de las noches, importunas y desasosegadas: así anda de un cabo á otro. En extremo, me parece le viene á el propio esta comparación, porque, aunque no tiene fuerza para hacer ningún mal, importuna á los que la ven (2).

Léanse atentamente las primeras líneas, y se verá que la Santa expresa con sus palabras lo que enseña

(1) Ob. cit. *Vida*, cap. XVII, pág. 150.

(2) Ob. cit. *Vida*, cap. XVII, pág. 151.

la ciencia respecto á cómo funcionan los sentidos internos cuando no los dirige y enfrena el entendimiento. En tales casos la imaginación, valiéndose de los recuerdos, pinta fantasmas sin cuento que se suceden, mudan y varían con rapidez asombrosa, y que unas veces son imágenes más ó menos fieles de la realidad, y otras, caricaturas extravagantes. Léase después la comparación copiada, y dígase algo más bello y exacto.

Concluidos los capítulos que escribió Santa Teresa de Jesús relativos á los grados de oración precedentes, abre otro para tratar de aquel en que *llueve mucho*; y que además es al que se refiere principalmente el tema de esta Memoria.

CAPÍTULO V.

QUE TRATA DE LOS ÉXTASIS DE SANTA TERESA
DE JESÚS
SEGÚN ELLA LOS DESCRIBE.



Una profana vista no ha mirado todavía más que las bellezas del pórtico y antecámara de la unión amorosa sobrenatural: ahora pretendo dirigirla á los salones del palacio místico de Santa Teresa de Jesús. Pido á Dios, por tanto, que mis ojos no cieguen con el resplandor de las moradas celestiales que habitó la nobilísima española durante su vida terrena. A nadie extrañará mi ruego, cuando la misma Santa escribe:

El Señor me enseñe palabras cómo se pueda decir algo de la cuarta agua: bien es menester su favor, aún más que para las pasadas... No diré cosa que no la haya experimentado mucho: y es así, que cuando comencé esta postrer agua á escribir, que me parecía imposible saber tratar cosa, más que

hablar en griego; que así es ello dificultoso. Con esto lo dejé y fui á comulgar. Bendito sea el Señor, que así favorece á los inorantes... Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras, y otras puniéndome delante cómo lo había de decir (1).

Define el éxtasis San Agustín, diciendo que es el transporte del alma, separándose y casi alejándose de los sentidos corporales (2). San Buenaventura dice, qué es la elevación del alma hasta esa fuente de amor divino que sobrepuja al entendimiento humano; elevación por la que el alma se separa del hombre material (3).

Santo Tomás lo explica de esta manera: «Se dice que alguno está en éxtasis cuando se pone fuera de sí; lo cual acontece ya en la facultad aprensiva, ya en la apetitiva. Cuanto á la primera, se dice que uno se pone fuera de sí, cuando se coloca fuera del conocimiento que le es propio, ya porque se remonta á cosas superiores, como el hombre cuando se eleva á comprender algunas cosas que están sobre los sentidos y la razón, se dice que está en éxtasis en cuanto se coloca fuera del conocimiento connatural de la razón y los sentidos; ya porque se rebaja á cosas inferiores, como cuando alguno se pone furioso ó loco. Cuanto á la facultad apetitiva, se dice que alguno está en éxtasis, cuando su apetito se va á otra cosa, saliendo, en cierto modo, de sí mismo.

*La primera clase de éxtasis la produce el amor

(1) Ob. cit. *Vida*, cap. XVIII, págs. 153 y 157.

(2) L. 2. *Ad Simplic.*, q. I, in Ps. 67, v. 30.

(3) *De grad. contempl.*, t. VII.

disponiéndonos á ella en cuanto nos hace meditar sobre el amado; pues la meditación de una cosa nos abstrae de las demás. La segunda clase de éxtasis la produce el amor directamente, pues en el amor de *concupiscencia* es, en cierto modo, llevado fuera de sí... y en el amor de *amistad*, el afecto del amante sale simplemente de sí» (1).

El Cardenal Bona lo define: un transporte del alma en el cual los sentidos quedan tan impedidos, que no solamente no actúan, sinó que ni siquiera pueden actuar ni ser excitados por los objetos exteriores (2).

Las notas características del éxtasis son: la concentración de las potencias del alma en el conocimiento y amor del objeto amado, y la suspensión del ejercicio de los sentidos. Mas nótese que hay dos uniones extáticas: una en que la enajenación espiritual se hace con gran suavidad, y otra que tiene lugar con mucha violencia. La primera se llama *éxtasis perfecto* y la segunda *raptó*. No es arbitraria esta división, como algunos místicos suponen; pues sus respectivas propiedades varían.

El sabio Scarameli, que acepta y apoya esta división, dice, que el éxtasis perfecto consiste en «la unión mística de amor, en cuanto enajena el alma totalmente de los sentidos, pero sin violencia alguna, con sola suavidad» (3). Añade que en tales palabras se contienen tres cosas: primera, que para la formación del éxtasis se requiere la pérdida total de los sentidos:

(1) Sto. Thom., l. 2, q. 28, art. 3.

(2) *Discretione spirit.*, cap. XIV.

(3) Obr. cit.

la segunda, que esta pérdida provenga de la unión de amor; y la tercera, que se haga sin violencia. Que cuanto á la primera no hay necesidad de pruebas, pues además de que el significado de la palabra expresa la pérdida de los sentidos, no hay entre los místicos, ni entre los que no lo son, quien al hablar de alguna persona que ha llegado á estar extática en la oración, no entienda al punto que la tal persona ha estado fuera de sí, á lo menos en cuanto á los sentidos exteriores, por la elevación de la mente y el espíritu á contemplar cosas que sobrepujan su condición. Que cuanto á la segunda, es manifiesto que no se da jamás éxtasis sin unión de amor; pues su causa es el amor místico que sacando el alma de los sentidos y de sí misma la transforma; siendo también ésta la opinión del Doctor Angélico, como he dicho. Y respecto á la tercera, que así lo afirman Santo Tomás, Dionisio Cartusiano, Alvarez de Paz y otros doctores, al separar el éxtasis del rapto, el cual de suyo significa realizarse con una especial violencia (1).

Sentado ya que en el éxtasis la unión de amor penetra poco á poco el alma con dulzura hasta enajenarla totalmente, tengo que decir el modo de formarse en lo interior del espíritu.

Enseña Ricardo de San Victor (2), que el éxtasis proviene, ora de la grandeza de la admiración, ora de la grandeza de la devoción, ora de la grandeza del gozo y regocijo. Del primer modo, cuando el alma

(1) S. Thom. 2. 2. q. 175. art. 2.—Carthum. *Select. mist.* part. 5. cap. 9. núm. 13.—Alv. de Paz I. 5. part. 2, cap. 9 et 10,

(2) *De contempl.* 1. 5. c. 5. cap. 14.

altamente ilustrada y por todo extremo pasmada de la belleza y bondad de Dios, llega á apartarse de su estado natural, y á ser elevada sobre sí misma y transformada en El. Del segundo, cuando la llama del divino amor creciendo, derrite el alma como blanda cera, y la hace abandonar del todo su antiguo estado y pasar al sumo bien. Del tercero, cuando el espíritu empapado en la excesiva dulzura del amor divino por el exceso de gozo, no sabe ni lo que es, ni lo que fué, y olvidado totalmente de sí mismo, se va á transformar en el divino afecto.

Lo cual quiere decir que aunque para enajenarse el alma de los sentidos concurra tanto la inteligencia con sus conocimientos, como la voluntad con sus afectos, puede á veces tomar más parte la voluntad con el amor ó gozo que nace del amor suave.

Mas veamos ya lo que dice Santa Teresa de este sublime grado de oración infusa. Así escribe:

En toda la oración y modos de ella, que queda dicho, alguna cosa trabaja el hortelano; aunque en estas postreras va el trabajo acompañado de tanta gloria y consuelo del alma, que jamás querría salir de él..... Ahora hablando de esta agua que viene del cielo, para con su abundancia henchir y hartar todo este huerto de agua, si nunca dejara, cuanto la hubiera menester, de darla el Señor, ya se ve que descanso tuviera el hortelano (1).

Y así es: porque el alma no hace aquí más que mirar y admirar la verdad que el poder infinito de Dios pone en ella *directa ó mediatamente* con todo

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XVII. pág. 153 y 157.

el esplendor de la evidencia sobrenatural. El rayo que el Señor hace penetrar en el espíritu del hombre, al par que deslumbra toda otra luz, comunica tal fuego al amor de la voluntad, que ésta se siente divina é invenciblemente atraída, y no sabe, ni quiere, ni puede gozar otra dicha que no sea la del inmenso ardor que la consume. En una palabra; el alma en estos casos no mira por ninguna de las puertas corporales que usa de ordinario; pues no atiende, entiende, ni ama, sinó al objeto divino que la penetra y llena toda. Por eso dice con mucha propiedad la Santa, *que riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho.*

Véase cómo describe la Doctora mística, después, lo que sucede en esta unión.

Estando así el alma buscando á Dios, siente con un deleite grandísimo y suave, casi desfallecer toda con una manera de desmayo, que la va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales, de manera que, si no es con mucha pena, no puede aún menear las manos; los ojos se le cierran sin quererlos cerrar; y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta á decir letra, ni casi atina á conocerla bien; ve que hay letra, mas, como el entendimiento no ayuda, no sabe leer, aunque quiera; oye, mas no entiende lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada, si no es para no la acabar de dejar á su placer, y así antes la dañan. Hablar es por demás, y no atina á formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar. (1).

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XVIII. pág. 158.

Adviértase que todo esto es al principio, y que no traspasa el límite de lo ya señalado á los signos exteriores de los éxtasis fisiológicos; pues la flaqueza funcional y el entorpecimiento semiparalítico de la sensibilidad aquí descritos, dije que eran fenómenos dependientes del exceso de actividad que dedica el espíritu para atender poderosa y exclusivamente á un objeto superior de conocimiento. Y tan bien comprendidos fueron estos efectos naturales por la Santa, que al exponer su causa, dice: *porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma, para mejor poder gozar de su gloria* (1).

Mas en lo que sí difieren ya estos signos iniciales en uno y otro caso, es en que, cuando son efecto de la unión mística, *el deleite exterior que se siente es grande y muy conocido* (2): cosa nada extraña si se piensa que durante los éxtasis goza el alma un placer divino al ponerse en contacto con su Dios: que así como los sentidos corporales impresionados suave y adecuadamente, producen sensaciones agradables de que participan las facultades sensibles y las superiores, así el espíritu que experimenta el bienestar dulcísimo del contacto de su bien sumo, trasmite á la potencia sensitiva como una irradiación de su elevado goce.

La Santa continúa: *Acá no hay sentir, sino gozar sin entender lo que se goza: entiéndese que se goza un bien á donde juntos se encierran todos los bienes, mas no se comprende este bien. Ocúpanse todos los sentidos en este gozo de manera que no queda ninguno desocupa-*

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XVIII. pág. 158.

(2) Ob. cit. *Vida*. Cap. XVIII, pág. 158.

do para poder entender en otra cosa interior ni exteriormente. Antes (1), dábaseles licencia para que hicieran algunas muestras del gran gozo que sienten: acá el alma goza más sin comparación, y puedese dar á entender muy menos; porque no queda poder en el cuerpo ni el alma lo tiene para poder comunicar aquel gozo (2). Lo cual dista mucho del cansancio sensitivo que acompaña al trabajo intelectual intenso que presta el sujeto que atiende naturalmente.

Pero donde se ven mucho más claras las diferencias, es en lo interior de lo que el alma aquí siente; dígalo quien lo sabe, que no se puede entender, cuanto más decir. Estaba yo pensando cuando quise escribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta misma oración que escribo) qué hacía el alma en aquel tiempo. *Dijome el Señor estas palabras... DESHÁCESE TODA, HIJA, PARA PONERSE MÁS EN MÍ; YA NO ES ELLA LA QUE VIVE, SINO YO: COMO NO PUEDE COMPRENDER LO QUE ENTIENDE, ES NO ENTENDER ENTENDIENDO... Quien lo hubiere probado entenderá algo de esto, porque no se puede decir más claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Sólo podré decir, que se representa estar junto con Dios, y queda una certidumbre, que en ninguna manera se puede dejar de creer. Aquí faltan todas las potencias, y se suspenden de manera, que en ninguna manera, como he dicho, se entiende que obran (3).*

Vacilante se mueve la pluma de la insigne escritora eligiendo palabras que serían propias para expresar

(1) En los grados anteriores de oración.

(2) Ob. cit. *Vida*. Cap. XVIII, pág. 153

(3) Ob. cit. *Vida*. Cap. XVIII, pág. 160.

conceptos del orden natural; pero que no lo son al traducir cosas extraordinarias y sobrenaturales. Mas enseñada por Dios, escribe frases que ponen de manifiesto el carácter sobrehumano de los hechos místicos que expone, y la diferencia esencial que los separa de los estados fisiológicos. Porque no ver cuanto distan unos de otros en lo que dice la Santa, equivale á confundir el trabajo de una inteligencia que analiza, compara y deduce en fuerza de tiempo y paciencia, con el dulcísimo sosiego del entendimiento que contempla y admira una verdad evidente, cuya posesión repentina é inesperada le hace gozar un bien que excede con mucho á todos sus deseos y esperanzas.

Téngase presente, á fin de entender el alcance de cuanto dice aquí la Santa, que esa falta de operaciones naturales de las potencias superiores del espíritu, cae bajo el dominio del sentido íntimo humano. ¿Qué hombre deja de tener conciencia de si obró ó nó con la facultad intelectiva, con la memoria, la imaginación ó la voluntad? Ninguno; pues aunque lo supongamos tan escaso de estudio que ignore los nombres propios de cada potencia del alma, siempre dará cuenta de los actos respectivos diciendo, á su modo, si ha trabajado *su cabeza* durante tal ó cual momento, si *pensó ó no pensó* en tal ó cual asunto, si *tuvo ó no tuvo* este ó aquel *recuerdo, imaginación ó fantasía*, ó si *quiso ó no quiso* esta ó aquella cosa. Por esta razón no duda el fisiólogo respecto al uso activo de las facultades psicológicas del sujeto que al salir de un éxtasis natural asegura que trabajaron mucho aquéllas investigando un problema ó discurrendo en cualquier concepto. Por eso no duda el patólogo de la veracidad del catalépti-

co, del enajenado, del sonámbulo, del histérico, ni del ebrio, cuando al volver á su estado normal, le dicen unos que nada percibieron, sintieron ni pensaron, y afirman otros que su entendimiento, sentidos y facultades pasaron por un período de trastorno, excitación ó debilidad.

Lo único posible en ciertos casos es, que el paciente interprete de una manera viciosa las sensaciones y fantasmas que percibió durante los ataques de su mal; esto es, que tenga conciencia errónea de los hechos: mas en tales circunstancias, corresponde al observador examinar dichos asertos y valorarlos; estudio que emprenderé más tarde, concretándome á los hechos que la Santa describe en sus obras, y que han querido explicar falsamente los naturalistas.

Santa Teresa de Jesús, por tanto, pudo tener conciencia de que en las uniones místicas que gozó, faltaban los actos naturales de las facultades superiores de su alma; suceso que expresa profundamente diciendo, que *todas las potencias se suspenden de manera que en ninguna manera se entiende que obran*.

Al oír esto, el naturalismo exclama en tono de asombro, irreflexiva ó tal vez maliciosamente: ¿y cómo estando suspendidas las potencias *de manera que no se entiende que obran*, puede el místico decir que durante sus uniones extáticas se hallan muy ocupadas dichas facultades superiores anímicas?

La respuesta á semejante pregunta puede aprenderse en las palabras que voy á tomar del *Castillo Interior y Vida* que escribió la Santa, diciendo:

O hermanas, ¿cómo os podría yo decir la riqueza y tesoros y deleites, que hay en las quintas moradas?...

para llegar aquí, hemos menester mucho, mucho, y nó nos descuidar poco ni mucho: por eso, hermanas mías, alto, á pedir al Señor, que pues en alguna manera podemos gozar del cielo en la tierra, que nos dé su favor, para que no quede por nuestra culpa, y nos muestre el camino, y dé fuerzas en el alma... porque entendáis que no hacen falta las del cuerpo... aquí no es menester con artificio suspender el pensamiento hasta el amar: si lo hace no entiende cómo, ni qué es lo que ama, ni qué querría, en fin, como quien de todo punto ha muerto al mundo, para vivir más en Dios, que así es una muerte sabrosa; un arrancamiento del alma de todas las operaciones, que puede tener, estando en el cuerpo: deleitosa, porque aunque de verdad parece se aparta el alma de él, para mejor estar en Dios; de manera que aun no sé yo si le queda vida para resolgar. Ahora lo estaba pensando, y paréceme que nó: al menos, si lo hace, no se entiende si lo hace. Todo su entendimiento se querría emplear en entender algo de lo que siente, y como no llegan sus fuerzas á esto, quédase espantada de manera, que si no se pierde del todo, no menea pie ni mano; como acá decimos de una persona, que está tan desmayada, que nos parece estar muerta (1).

En su *Vida* se lee: *Si estaba pensando en un paso, así se pierde de la memoria, como si nunca la hubiere*

(1) *El Castillo Interior ó Tratado de las Moradas*: escrito por Santa Teresa de Jesús. Edición autografiada é impresa según el texto original, propiedad de sus hijas las religiosas Carmelitas Descalzas del convento de San José de Sevilla. Publicado por iniciativa y bajo la dirección del Emmo. y Rvmo. Fr. Joaquín Cardenal Lluch Arzobispo de Sevilla, 1882. Pág. 48, 49 y 50.

habido de él: si lee, en lo que leía no hay acuerdo ni parar; si rezar, tampoco. Así que á esta mariposilla importuna de la memoria, aquí se le queman las alas: ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama; el entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende: á mí no me parece que entiende; porque, como digo, no se entiende (1).

En estos párrafos está clarísima la solución del problema que tan incomprensible parecía al naturalismo; y es, que durante las uniones extáticas sobrenaturales que gozó Santa Teresa de Jesús, su alma dejaba de estar sometida á las leyes psicológicas que rigen los actos del espíritu humano en el orden natural, sea fisiológico, sea morboso.

En efecto: *cuando más descuidado está el hortelano;* sin trabajo sensitivo, intelectual ni voluntario, esto es, sin condición alguna de las que son indispensables en el orden natural para que las facultades anímicas cognitivas ó apetitivas ejerciten sus actos, el alma de Santa Teresa experimentaba repentinamente un conocimiento evidente de la presencia divina, que la encendía en amor vehementísimo á Dios.

Si tan elevado objeto llegaba á su alma fuera de toda vía ordinaria del conocer humano, y de aquí la conciencia que tenía la Santa de la falta de esfuerzo propio, tampoco era atendido, entendido ni amado después de llenar su espíritu, del modo natural que atiende, conoce y quiere la inteligencia y la voluntad

1) Ob. cit. *Vida*, cap. XVIII, pág. 160.

del hombre. Porque dicha profundísima atracción intelectual no estaba mantenida, ni por las impresiones de sus sentidos, que como no funcionaban no podían transmitir vibración alguna; ni por las imágenes y recuerdos de una fantasía y memoria, á las cuales *mari-posillas importunas se les queman las alas y no pueden más bullir*, según el encantador estilo de la galana escritora; ni tampoco por los discursos más ó menos prolijos de una inteligencia, que absorta y deslumbrada, no reflexionaba siquiera ni lo mismo que entendía.

Pero se me dirá, ¿y cómo si el entendimiento no discurre, entiende; y cómo si no reflexiona lo que entiende, provoca su conocer tan encendido amor de la voluntad, acompañado de tan suave gozo?

Dios, que al crear el alma del hombre con sus potencias, dotó al entendimiento de una luz racional que le permitiera iluminar solamente las especies que llegaran á él por los sentidos (1); Dios, que dictó las leyes del conocer humano, y que las mantiene inalterables en todos los casos naturales de la vida; esto es, Dios, Hacedor Supremo, puede mudar, suspender y sustituir estas leyes y operaciones cuando quiere y como quiere, por medio de un acto de su omnipotencia. Así lo hace en todo estado sobrenatural: sólo que unas veces suspende únicamente el ejercicio de tal ó cual facultad anímica, mientras las demás siguen actuando, como ya estudié, y otras veces suspende los sentidos, la imaginación, la memoria, y modifica los actos naturales del entendimiento y de la voluntad, de la manera que voy á decir.

(1) Al menos durante su vida mortal.

La presencia divina brilla directamente en el entendimiento del hombre con tal resplandor , que además de no necesitar de ninguna otra luz para dejarse ver con evidencia , ilumina la facultad cognoscitiva muchísimo mejor que lo hace el foco racional que naturalmente lo alumbra. La inteligencia, pues, contempla y conoce el objeto que así se le presenta , sin usar de los medios que le son precisos en circunstancias naturales.

Este hecho, aunque sobrenatural, no contradice poco ni mucho á las nociones de la psicología; porque esta ciencia enseña que el concurso de los sentidos, tanto internos como externos, no es una necesidad de tal modo esencial é intrínseca á las operaciones del entendimiento humano, que sobrepuje al poder que Dios tiene de prestarle fuerza para que obre prescindiendo de semejante concurso; y al contrario, demuestra que la cooperación imaginativa es un acto realmente distinto del acto intelectual; tanto , que varias veces dicha cooperación es provocada por un acto propio de la inteligencia; cosa que supone, como se ve, dependencia intrínseca.

En esta clase de acto sobrenatural , suspendiendo Dios las operaciones de los sentidos internos, imaginación y memoria, suprime los groseros velos materiales con que llegan envueltas á la inteligencia las imágenes ó especies sensibles en todo acto intelectual natural; y como además reemplaza la luz propia de la razón humana, pequeña y limitada, con la luz divina, el alma conoce entonces con evidencia y claridad elevadísima el objeto infinito que atrae sus atónitas miradas.

Mas conviene advertir, que si es cierto que en estos

favores quita Dios los obstáculos de la materia y presta luz incomparablemente más intensa, también lo es que no concede al entendimiento la visión intuitiva y clara de la gloria, sinó otra con la que ve el objeto divino como á través de una gasa que, áun cuando transparente, es al fin obstáculo que la debilita; por lo que, alcanzando certidumbre y claridad sobrehumanas en su conocimiento, la razón solamente entiende lo incomprendible que es tan altísima presencia.

El velo que Dios pone á su luz, la elevación infinita del objeto que la inteligencia ha de conocer, y el asombro del alma al contemplarlo, que no le permite ni áun reflexionar en lo que ve ó entiende, explican muy bien las frases de Santa Teresa cuando dice, que *el entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende, ó al menos no puede comprender nada de lo que entiende.*

Y así es: la Santa, que tenía certidumbre completa de los conocimientos adquiridos durante sus éxtasis, empieza el período, sin embargo, con una frase dubitativa que dice, *el entendimiento, si entiende;* palabras que no pudiendo significar dudas acerca de si conocía ó no su inteligencia, dada su certeza afirmativa, manifiestan las que abrigaba respecto á si entendía ó no de una manera natural en pequeñísima parte, puesto que le faltaba conciencia de un hecho que debía caer bajo el dominio de su sentido íntimo, cual demostré hace poco.

Después añade la inspirada Doctora: *si entiende, no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende.* La primera parte de la cláusula copiada, es lógica; pues una inteligencia que no reflexiona en su propio acto, no puede saber cómo

es dicho acto; y en cuanto á la segunda, medite el naturalista que el valor de las frases *entender cómo es* una cosa ó *comprenderla*, que son sinónimas, dan explicación de lo que sabiamente expone la insigne mística; porque si es verdad que rarisima vez sabe el hombre el *todo* de nada, se deduce que casi nunca entenderá *cómo son* los fenómenos que observa íntimamente considerados, ora estudie los hechos más sencillos en apariencia, ora discurra en altos conceptos metafísicos. Y si desde Dios hasta el átomo traspasan el poder limitado de la razón, ¿qué extraño ha de parecer á nadie, que entendiendo el espíritu sobrenaturalmente, en estos casos, no pueda *comprender nada de lo que entiende así?* Para admitir lo contrario, habria de caerse en el absurdo de afirmar que lo finito comprendía lo infinito.

Mas véase ahora cuál es el estado de la voluntad en el éxtasis místico. Santa Teresa lo expresa repitiendo las palabras del Señor: *Deshácese toda, hija, para ponerse más en mí, y ya no es ella la que vive, sino yo.*

Quieren decir estas divinas palabras, que el alma del extático, al propio tiempo que ve con su entendimiento la presencia divina, del modo que dije, ama también sobrenaturalmente con la voluntad. Tal amor nace por unirse el alma con Dios de modo tan íntimo, que se transforma afectivamente en Él, esto es, que toda entera se enciende, se consume, se *deshace* en el ardor que por su Dios siente.

Nótese que al escribir yo que el alma se transforma en Dios, he añadido que la transformación es *afectiva*: advertencia conveniente para que no crea el lector que caigo en la doctrina panteista condenada por la

Iglesia católica en el Concilio IV de Letrán , que afirmaba absurdamente que en estos casos el espíritu del hombre pierde su sér natural y se muda ó se transforma en el sér de Dios.

Ahora bien: el alma de Santa Teresa *transformada afectivamente* en Dios, perdía el afecto y sentimientos de todas las demás cosas, y hasta de sí misma , y sólo podía amar y sentir la presencia del Señor. De aquí la certidumbre que experimentaba durante sus uniones místicas de que amaba á Dios, presente en su alma, y la no menos exacta de que ninguna otra cosa sentía; y como este sentimiento experimental de la presencia divina era el único afecto conocido y sentido por su alma , resultan muy propias las palabras de la Santa cuando asegura que no vivía sinó en Dios y para Dios, *como quien de todo punto ha muerto al mundo, para vivir más á Dios, que así es una muerte sabrosa.*

Esta comunicación divina, engendrando un amor y gozo sobrenaturales, traspasa también los alcances de la razón humana; y por eso dice la Santa muy oportunamente, que *la voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama.*

De cuanto llevo dicho se deduce que la inteligencia y la voluntad de las almas extasiadas obran durante el estado de unión mística, con un conocimiento y amor experimentales que de sí mismo infunde Dios en ellas sobrenaturalmente. No puede ser de otra manera; pues hasta la filosofía enseña que toda substancia creada ejecuta sus actos mediante sus potencias, siendo exclusivo y propio sólo de Dios el identificarse el acto con la esencia. Por consiguiente, el contacto espiritual de Dios con el alma, no puede ser inmediato

con su esencia ó substancia, sinó únicamente operación en ella. Lo que sí acontece es, que los afectos sentidos en estos casos místicos por la voluntad, como son tan intensos, elevados y profundos, parece que se producen en la substancia del alma.

Todo lo que precede pasaba en ciertos momentos de la unión; pues en otros períodos acontecía lo que dice la Santa en el párrafo siguiente:

Verdad es, que á los principios pasa en tan breve tiempo (al menos á mí así me acaecía), que en estas señales exteriores, ni en la falta de los sentidos, no se da tanto á entender, cuando pasa con brevedad: más bien se entiende en la sobra de las mercedes que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí, pues así la ha derretido. Y nótese esto, que á mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve; cuando estuviese media hora, es muy mucho: yo nunca á mi parecer, estuve tanto. Verdad es, que se puede mal sentir lo que se está, pues no se siente: mas digo, que de una vez es muy poco espacio sin tornar alguna potencia en sí. La voluntad es la que mantiene la tela, mas las otras dos potencias presto tornan á importunar: como la voluntad está queda, tórnalas á suspender, y están otro poco y tornan á vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oración, y se pasan; porque comenzadas las dos potencias á emborrachar y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan á perder de sí para estar muy más ganadas; y acompañan á la voluntad, y se gozan todas tres (1).

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XVIII, pág. 159.

Es decir, que la suspensión completa de todas las facultades superiores, notas características de las uniones extáticas, duraba media hora; hecho que se repetía varias veces, enlazándose estas suspensiones totales unas con otras por medio de intervalos durante los que tenían lugar los fenómenos propios de los grados que estudié antes, en los cuales, mientras permanece divinamente atada la voluntad, funcionan libre y naturalmente la imaginación, la memoria y aún el entendimiento. De suerte, que bien pudiera decir que en las horas que concede Dios este grado de oración á la criatura, goza ésta todos los favores místicos enumerados anteriormente, y además el que ahora explican los escritos de la Santa.

Distinguen los místicos en los éxtasis y en el rapto, el apogeo, *el alto*, y los *intervalos* que á veces suceden durante una misma unión extática. Los definen diciendo, que se entiende por *altos* aquellos espacios de tiempo en que el alma está toda perdida para sí misma y se une á Dios con todas sus potencias; y por *intervalos*, aquellos períodos en que, sin desaparecer la unión, se despierta alguna potencia, y opera en algun objeto distinto, como visión, locución ó noticia clara que Dios quiere comunicarle respecto á tal ó cual verdad: entonces dicha potencia se desprende de la unión, y se emplea en aquellos actos particulares de ver, oír ó entender lo que Dios la va significando. Un *alto* dura, según los citados autores, una media hora solamente: mas hay casos en que los altos y los intervalos se suceden de modo que no concluye la unión extática en muchas horas, y aún en varios días.

Llegando ya á los efectos que producian estos su-

bidos regalos divinos en la persona de Santa Teresa de Jesús, acaban de marcarse las diferencias que los separan de los estados naturales.

Así, en cuanto á los efectos corpóreos, escribe: *Esta oración no hace daño por larga que sea; al menos á mí nunca me le hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría* (1).

Efecto admirable y muy digno de notar; pues ninguno de los estados patológicos que el naturalismo declara idénticos, lo presenta en manera alguna, como tendré más adelante ocasión de ratificar.

Respecto al *por qué* de este maravilloso efecto, indícalo también la Santa cuando añade á renglón seguido: *¿Mas qué mal puede hacer tan gran bien? Es cosa tan conocida las operaciones exteriores, que no se puede dudar que hubo gran ocasión, pues así quitó las fuerzas con tanto deleite, para dejarlas mayores.*

Luego, y refiriéndose á las consecuencias morales que experimentaba después de gozar tamaña ventura, escribe:

Queda el alma de esta oración y unión con grandísima ternura; de manera que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas. Hállase bañada de ellas sin sentirlo, ni saber cuándo, ni cómo las lloró; mas dale gran deleite ver aplacado aquel impetu de fuego con agua, que le hace más crecer...

Queda el ánimo animosa, que, si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones heróicas, la viveza

(1) Ob. cit. Vida. Cap. XVIII, pág. 159.

de los deseos, el encomenzar á aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada y altamente que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida; porque ve claro que para aquella excesiva merced y grandiosa, no hubo diligencia suya, ni fué parte para traerla, ni para tenerla. Vese claro indignísima, porque en pieza adonde entra mucho sol, no hay telaraña escondida. Ve su miseria. Va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podría tener; porque ya es por vista de ojos lo poco ó ninguna cosa que puede, que allí no hubo casi consentimiento, sino que parece, aunque no quiso, le cerraron la puerta á todos los sentidos para que más pudiese gozar del Señor. Quédase sola con El: ¡qué ha de hacer sino amarle!... Su vida pasada se le representa después, y la gran misericordia de Dios con gran verdad, y sin haber menester andar á caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer y entender. De sí ve, que merece el infierno, y que le castigan con gloria; deshácese en alabanzas de Dios, y yo me querria deshacer ahora...

Comienza á dar muestras de alma que guarda tesoros del cielo, y á tener deseos de repartirlos con otros, y suplicar á Dios no sea ella sola la rica. Comienza á aprovechar á los prójimos casi sin entenderlo, ni hacer nada de sí; ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse á ellas (1).

Bastaría lo dicho para demostrar que son cosas distintas los grados de contemplación mística precedentes y los estados fisiológicos á cuya categoría se

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XIX, pág. 162.

pretende que descieran. Mas como la distinción se ve todavía mejor examinando y comparando los *raptos* de Santa Teresa, la pondré de manifiesto, deteniéndome solamente en los signos nuevos que presentan estos grados contemplativos, y que no han sido estudiados en los anteriores.

CAPÍTULO VI.

QUE TRATA DE LOS ARROBAMIENTOS DE SANTA TERESA
DE JESÚS,
SEGÚN ELLA LOS DESCRIBE.



Lo expuesto acerca del éxtasis da á conocer cuál es la esencia y naturaleza del *rapto* ó arrobamiento del alma en Dios. Mas con el fin de que se entienda bien lo que á esta unión extática se refiere, conviene poner aquí lo que el Angel de las Escuelas enseña á propósito del rapto de San Pablo.

«De tres modos, dice, es arrebatada la mente humana á la contemplación de la verdad divina; uno, para que la contemple mediante ciertas semejanzas imaginarias... otro, para que la contemple por medio de efectos inteligibles... el tercero, para que la contemple en su esencia» (1). Este tercer modo de que habla el Doctor Angélico, es propio de los bienaventurados en el Cielo, aunque se haya con-

(1) *Summ.*, 2. 2. q. 175, art. 3 ad 1.

cedido á ciertas almas en esta vida , según el mismo Santo.

El rapto perfecto consiste, «en un exceso de la mente que con violencia arrebató el alma de los sentidos externos é internos , y la lleva á noticias puramente intelectuales, y á la unión mística y transformativa de amor con Dios» (1).

Como se ve, difiere del menos perfecto , en que si en éste obra la fantasía tan poderosamente que produce la enajenación exterior de los sentidos corporales, en los perfectos se desprende el alma con gran violencia, no sólo de ellos , sinó también de los sentidos internos. Quedan, pues, repentinamente como cerradas todas las entradas sensitivas, permaneciendo solamente francas las puertas de las facultades intelectuales. Por eso el alma, aunque unida en realidad al cuerpo en estos actos sublimes, obra como si estuviera separada de él ; al modo de los ángeles , como dice Santo Tomás (2). San Pablo , arrebatado al tercer cielo , no sabe si en su rapto había estado en su cuerpo ó fuera de su cuerpo (3).

Sabida ya la esencia del rapto , me toca describir el estado corporal de la persona cuyo espíritu se halla en tanta elevación con Dios. Mas leamos lo que dice la Santa:

Querria saber declarar con el favor de Dios la diferencia que hay de unión á arrobamiento, ú elevamiento

(1) Scarameli, ob. cit.

(2) St. Thom., *de Verit.*, q. 13, art. 3.

(3) *Sive in corpore, sive extra corpus, nescio; Deus scít. Ad Cor. 123.*

á cielo que llaman de espíritu ú arrebatamiento, que todo es uno. Digo que todos estos diferentes nombres todo es una cosa..... Es grande la ventaja que hace á la unión; los efectos muy mayores hace y otras hartas operaciones..... (1).

Y después de este exordio en que, como se ve, afirma que Dios se apodera más del alma y la hace gozar más en el rapto que en la unión, presentando por esta causa nuevos signos y mayores efectos, pide el auxilio divino para exponer lo que allí pasa, diciendo: *Declárelo el Señor, como ha hecho lo demás, que, cierto, si su Majestad no me hubiera dado á entender por qué modos y maneras se puede algo decir, yo no supiera.*

Cuáles son dichos signos y efectos, describelos en los párrafos siguientes:

Mas cuando este gran bien agradecemos, acudiendo con obras según nuestras fuerzas, coge el Señor el alma, digamos ahora, á manera que las nubes cogen los vapores de la tierra, y levántala toda de ella; y sube la nube al cielo, y llévala consigo, comiéndala á mostrar cosas del reino que le tiene aparejado..... En estos arrebatamientos parece no anima el alma en el cuerpo, y así se siente muy sentido, faltar de él el calor natural: vase enfriando, aunque con grandísima suavidad y deleite.

Aquí no hay remedio de resistir, que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena y fuerza resistirse puede casi siempre. Acá las más veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un

(1) Ob. cit. Vida. Cap. XX, pág. 172.

impetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube, ó esta águila caudalosa, y cogeros con sus alas.

Y digo, que se entiende y veis os llevar, y no sabéis dónde; porque aunque es con deleite, la flaqueza de nuestro natural hace temer á los principios, y es menester ánima determinada y animosa, mucho más que para lo que queda dicho, para arriscarlo todo, venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios, é ir á donde nos llevaren de grado, pues os llevan aunque os pese; y en tanto extremo, que muy muchas veces querría yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas que es en público, y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada.

Algunas podía algo con gran quebrantamiento: como quien pelea contra un jayán fuerte, quedaba después cansada. Otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y áun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle. Esto ha sido pocas, porque como una vez fuere á donde estábamos juntas en el coro, y yendo á comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena (1), porque me parecía cosa muy extraordinaria, y que había de haber luego mucha nota; y así mandé á las monjas (porque es ahora después que tengo oficio de Priora) no lo dijiesen. Mas otras veces, como comenzaba á ver que iba á hacer el Señor lo mismo, y una estando personas principales de señoras, que era la fiesta de la vocación, en un sermón, tendíame en el suelo, y llegábanse á te-

(1) En la edición que copio, se lee: *dábale mucha pena*: mas consultado el autógrafo de la Santa, dice lo que he puesto.

nerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más mercedes que tuviesen muestras exteriores, porque yo estaba cansada de andar en tanta cuenta, y que aquella merced podía su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oírme, que nunca más hasta ahora la he tenido. Verdad es que há poco.

Es así que me parecía, cuando quería resistir, que desde debajo de los piés me levantaban fuerzas tan grandes, que no sé cómo lo comparar, que era con mucho más ímpetu que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque es una pelea grande; y en fin aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder. Otras veces es servido de contentarse con que veamos nos quiere hacer la merced, y que no queda por su Majestad; y resistiéndose por humildad, deja los mismos efectos, que si del todo se consintiese. A los que esto hace son grandes. Lo uno muéstrase el gran poder del Señor, y cómo no somos parte, cuando su Majestad quiere, de detener tampoco el cuerpo como el alma, ni somos señores de ello, sino que, mal que nos pese, vemos que hay Superior, y que estas mercedes son dadas de Él, y que de nosotros no podemos en nada, nada; y imprímese mucha humildad. Y aún yo confieso, que gran temor me hizo, al principio, grandísimo; porque verse así levantar un cuerpo de la tierra, que aunque el espíritu le lleva tras sí, y es con suavidad grande, si no se resiste, no se pierde el sentido; al menos yo estaba de manera en mí, que podía entender era llevada. Muéstrase una majestad de quien puede hacer aquello, que espeluzna los cabellos, y queda un gran temor de ofender á tan gran Dios. Este envuel-

to en grandísimo amor, que se cobra de nuevo, á quien vemos le tiene tan grande á un gusano tan podrido; que no parece se contenta con llevar tan de veras el alma á sí, sino que quiere el cuerpo, áun siendo tan mortal y de tierra tan sucia, como por tantas ofensas se ha hecho.

..... Digo que muchas veces me dejaba el cuerpo tan ligero, que toda la pesadumbre de él me quitaba; y algunas era tanto, que casi no entendía poner los piés en el suelo..... No digo que entiende y oye cuando está en lo subido de él (1): digo subido, en los tiempos que se pierden las potencias, porque están muy unidas con Dios, que entonces no ve, ni oye ni siente, á mi parecer. Mas, como dije en la oración pasada, este transformamiento de el alma de el todo en Dios dura poco; mas eso que dura, ninguna potencia se siente, ni sabe lo que pasa allí. No debe ser para que se entienda mientras vivimos en la tierra, al menos no lo quiere Dios, que no debemos ser capaces para ello.....

Diráme vuesa merced que ¿cómo dura alguna vez tantas horas el arrobamiento? Y muchas veces lo que pasa por mí es, que, como dije en la oración pasada, gózase con intrevalos: muchas veces se engolfa el alma ó la engolfa el Señor en sí, por mijor decir, y tiniéndola así un poco, quédase con sola la voluntad..... Esto digo que es poco rato; mas como fué grande el impetu y levantamiento de espíritu, y aunque éstas tornen á bullirse, queda engolfada la voluntad, y hace como señora del todo aquella operación en el cuerpo; porque ya que las otras dos potencias bullidoras las quieran es-

(1) Habla del arrobamiento.

torbar, de los enemigos los menos, no la estorben también los sentidos; y así hace que estén suspendidos, porque lo quiere así el Señor. Y por la mayor parte están cerrados los ojos, aunque no queramos cerrarlos; y si abiertos alguna vez, como ya dije, no atina ni advierte lo que ve.....

..... Muchas veces queda sano, que estaba bien enfermo y lleno de grandes dolores, y con más habilidad, porque es cosa grande lo que allí se da; y quiere el Señor algunas veces, como digo, lo goce el cuerpo; pues ya obedece á lo que quiere el alma.....

Aquí es la pena de haber de tornar á vivir; aquí le nacieron las alas para bien volar; ya se le ha caído el pelo malo. Aquí se levanta ya del todo la bandera por Cristo, que no parece otra cosa sino que este alcaide de esta fortaleza se sube, ú le suben á la torre más alta, á levantar la bandera por Dios. Mira á los de abajo, como quien está en salvo; ya no teme los peligros, antes los desea, como á quien por cierta manera se le da allí seguridad de la vitoria. Vese aquí muy claro en lo poco que todo lo de acá se ha de estimar y lo no nada que es..... Ya no quiere querer, ni tener otra voluntad, sino hacer la de Nuestro Señor. Dale las llaves de su voluntad..... Bien ve que no es suyo, ni sabe como se le dió tanto bien, mas entiende claro el grandísimo provecho que cada rabto de estos tray (1).

Llegada un alma aquí, no es solo deseos lo que tiene por Dios: su Majestad la da fuerzas para ponerlos por obra. No se le pone cosa delante, en que piense le sirve, á que no se abalance.....

(1) Ob. cit. Vida. Cap. XX, pág. de la 172 á la 184.

¡Oh, qué es un alma que se ve aquí, haber de tornar á tratar con todos, á mirar y ver esta farsa de esta vida tan mal concertada, á gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo, durmiendo y comiendo! Todo la cansa, no sabe cómo huir, vese en cadena y presa: entonces siente más verdaderamente el cautiverio que traemos con los cuerpos, y la miseria de la vida. Conoce la razón que tenía San Pablo de suplicar á Dios le librase de ella; da voces con él, pide á Dios libertad, como otras veces he dicho; mas aquí es con tan gran ímpetu muchas veces, que parece se quiere salir el alma del cuerpo á buscar esta libertad, ya que no la sacan (1).

No he querido interrumpir esta larga cita, para que, apreciándola en conjunto, se vea mejor que en este grado de oración se repiten los signos y efectos que hice notar en los anteriores; circunstancia que me permite no examinar aquí más que las diferencias que se observan comparando unos y otros estados místicos.

Desde luego se advierte que casi todas estas diferencias son de grado: así la luz que alumbra el entendimiento del arrobado es más intensa; el amor que experimenta la voluntad, más encendido; y el deleite que gustan las facultades racionales y las sensibles, más dulce y sabroso. Al par que disminuyen, y áun llegan á faltar los actos sensitivos, hay también menor actividad en el ejercicio de las funciones vegetativas: tanto, que el cuerpo se va enfriando lenta y progresivamente. El alivio de los males corpóreos y el aumento en virtudes que siguen á esta merced divina, son más importantes y notables. En fin, la marcha que

(1) Ob. cit. *Vila*. Cap. XXI, pág. 190.

presentan los *altos* y los *intervalos* del rapto y de la unión extática, es igual, pero el modo de comenzar difiere; pues mientras en los éxtasis se manifiestan los signos exteriores de suspensión con lentitud y suavidad, en los arrobamientos empiezan de repente y con toda violencia.

Pero todavía hay más. El poderosísimo y repentino impulso que levanta el alma transformándola afectivamente en Dios, suele venir acompañado del hecho preternatural que eleva y suspende el cuerpo del favorecido en los aires; fenómeno que por realizarse á vista de cuantos espectadores rodean al sujeto, ni se ha negado, ni áun se pone en duda por el naturalismo. Tal sucedió con las elevaciones y suspensiones de Santa Teresa, comprobadas, no sólo por el testimonio suficiente de la veracísima narradora, sino también por los de muchas personas de diversa condición intelectual y social que las presenciaron, y algunas de las que se vieron obligadas á intervenir, obedeciendo á la humilde priora, que deseaba ocultar mercedes tan maravillosas á las miradas del público.

Ridículos esfuerzos hacen los naturalistas para dar explicaciones de un suceso al que no pueden asignar ninguna causa física. Citaré uno como muestra del atrevimiento que usan ciertos estafadores científicos.

Aludo al Dr. Charpentier, del cual escribe el Padre de Bonniot (1): «El Dr. Charpentier ensaya una explicación que merece ser conocida: «Antes que decidamos acerca de lo sobrenatural, dice este sabio, iluminemos nuestra ignorancia.» Y hé aquí las claridades

(1) Ob. cit., pág. 90.

que nos ofrece. «El fenómeno en cuestión tiene como dos instantes: en el primero, el cuerpo del bienaventurado deja la tierra y se eleva; y en el segundo, este mismo cuerpo permanece suspendido. Hay, pues, un movimiento de ascenso, al que sigue un estado de equilibrio. Ahora bien; el movimiento de ascenso es un efecto de la fuerza muscular; en la mayoría de casos se trata de un salto más ó menos extraordinario, que tiene tanta mayor potencia, cuanto más creen los individuos que lo produce la divinidad. El estado de suspensión no es más portentoso; es efecto de que disminuye la densidad específica.» Examinemos esta brillante explicación á la luz de la ciencia.

«El movimiento ascensional no era más que un salto. M. Charpentier habla de San José de Copertino, que se elevaba á considerables alturas. Supongamos que el Santo subiera en dirección vertical un espacio de diez metros. Un sencillo cálculo demuestra que para *saltar* así, debía desarrollar el Santo una fuerza capaz de elevar quince quintales métricos á un metro de altura. En efecto; el cuerpo humano pesa, por término medio, setenta y cinco kilogramos. Para elevar tal peso á diez metros de altura, es menester producir un trabajo igual á setenta y cinco kilográmetros multiplicados por diez, esto es, ¡setecientos cincuenta kilográmetros!... ¡Y esta fuerza gigantesca la debía el Santo á la credulidad!...

»Levantado en los aires por la fuerza muscular, permanece suspendido el Santo, gracias á una disminución de la densidad específica.» Interrogüemos todavía á la ciencia. Para permanecer en equilibrio en un flúido, debe desalojar el cuerpo un volumen de

flúido igual en peso á su propio peso. Ahora bien; si suponemos el cuerpo de setenta y cinco kilogramos, y se considera que un metro cúbico de aire en las regiones inferiores pesa un kilogramo y un tercio, una pequeña operación aritmética prueba que el cuerpo de setenta y cinco kilogramos debe desalojar setenta metros cúbicos de aire. ¿Cómo obtendrá este resultado? M. Charpentier lo ha dicho: disminuyendo la densidad; es decir, dilatándose y tomando un volumen igual á setenta metros cúbicos; las dimensiones de una enorme ballena. M. Charpentier propala seriamente tan grotescas fantasías; mas ¿con qué derecho habla en nombre de la ciencia? ¿Abrió alguna vez un Manual de física?»

Para mí, hay algo más grave que la ignorancia en tal conducta: paréceme que en vista de las repetidas y lastimosas caídas científicas que dan sus colegas, cuando acuden al estadio médico y al psicológico en busca de armas anticatólicas, el atrevido naturalista contó demasiado con la falta de ilustración de alguno de sus lectores, y no temió estampar unas cuantas frases sonoras, que sólo le han servido para engendrar, al menos, justísimas dudas respecto á su buena fe.

¿Cuál es la causa de las elevaciones admirables del cuerpo, que acompañan al rapto?

Señalan muchos teólogos por causa el ímpetu del espíritu, que volando rápidamente á Dios, lleva consigo el cuerpo, lo levanta de la tierra y lo mantiene en el aire mientras el rapto dura. Mas esta opinión no se halla exenta de graves dificultades que le oponen otros. Porque dado que el espíritu pudiera con aquel primer ímpetu llevar al cuerpo en alto, venciendo toda su re-

sistencia, ¿cómo puede el alma, pasado dicho ímpetu, y transformada en Dios afectivamente con suma quietud, mantenerlo en el aire contra su natural tendencia de gravedad, y cómo le quita su pesantez, de manera, que á cualquier impulso se mueve como una pluma? Además; ¿por qué el cuerpo es llevado siempre arriba, y no á la derecha, á la izquierda ó en otra dirección, siendo así que Dios, blanco entonces del espíritu, se halla en todo lugar? ¿Por qué en vez de mover el alma al cuerpo, no lo fija siempre en el sitio donde se halla, si en este caso su arrobamiento se hace en lo más íntimo de ella?

Por estas razones, y otras que omito, me satisface más la opinión de los que atribuyen dicho admirable suceso á una pequeña é imperfecta participación de los dones gloriosos que disfrutaban los bienaventurados en el Cielo; debidos, en cierto modo, á las personas que Dios ha unido á sí tan íntima y amorosamente. Así opinan San Agustín, Santo Tomás, Scarameli y otros.

CAPÍTULO VII.

QUE TRATA DE LAS LOCUCIONES Y VISIONES MÍSTICAS
DE SANTA TERESA.



EN los grados contemplativos que acabo de exponer, manifestaba Dios su presencia al espíritu de Santa Teresa del modo sobrenatural descrito, y además se le mostraba maravillosa y divinamente, infundiéndole conocimientos distintos y determinados por medio de *hablas* ó locuciones, visiones, revelaciones é inteligencias de altísimas verdades. Por esta razón tengo que examinarlas; advirtiéndole que tales mercedes se las concedía Dios también fuera de dichos grados de oración.

Citaré solamente algunos de estos favores, tomándolos de los numerosísimos que la Santa cuenta en sus obras haber disfrutado, para examinar si estos hechos divinos fueron, como sostiene el naturalismo, inventos ó puras fantasías de la viva y ardorosa imaginación de una mujer apasionada: así como en otro capítulo de la

segunda parte de este trabajo, probaré que no es posible confundirlos con las alucinaciones propias de la enajenada, melancólica ó histérica.

La primera locución ó *habla* que refiere haber tenido, la describe así: *Una vez rezando las Horas, como algunas tenía esta tentación, llegué al verso que dice JUSTUS ES, DOMINE, Y TUS JUICIOS, comencé á pensar cuán gran verdad era..... Pues pensando cómo con justicia primitiades á muchas que había, como tengo dicho, muy vuestras siervas, y que no tenían los regalos y mercedes que me hacíades á mí, siendo la que era, respondistesme, Señor: «SÍRVEME TÚ Á MI, Y NO TE METAS EN ESO.» Fué la primera palabra que entendí hablarme Vos, y así me espantó mucho; porque después declararé esta manera de entender, con otras cosas (1).*

En otro capítulo cuenta: *Habiendo estado un día mucho en oración, y suplicando al Señor me ayudase á contentarle en todo, comencé el yno (Veni creator), y estándole diciendo, vinome un arrebatamiento tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fué muy conocido. Fué la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras.—YA NO QUIERO QUE TENGAS CONVERSACIÓN CON HOMBRES, SINO CON ÁNGELES. A mí me hizo mucho espanto, porque el movimiento del ánima fué grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras. Así me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo» (2).*

Tratando de las visiones que llama la Santa *imaginarias*, escribe: *Estando un día en oración, quiso el*

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XIX, pág. 167.

(2) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXIV, pág. 218.

Señor mostrarme solas las manos, con tan grandísima hermosura que no lo podría yo encarecer. Hizome gran temor, porque cualquier novedad me le hace grande en los principios, de cualquiera merced sobrenatural que el Señor me haga. Desde há pocos días vi también aquel divino rostro, que de el todo me parece me dejó asorta. No podía yo entender por qué el Señor se mostraba así poco á poco, pues después me había de hacer merced que yo lo viese del todo, hasta después, que he entendido que me iba Su Majestad llevando conforme á mi flaqueza natural. Sea bendito por siempre, porque tanta gloria junta, tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir, y como quien esto sabia, iba el piadoso Señor disponiendo.

Un día de San Pablo, estando en Misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad, como particularmente escribí á vuesa merced cuando mucho me lo mandó (1).

En otras partes de sus obras, describe las visiones y locuciones llamadas *intelectuales*, de esta manera:

Estando un día del glorioso San Pedro en oración, vi cabe mí, ó sentí, por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni del alma no vi nada, mas parecióme estaba junto cabe mí Cristo, y vía ser Él el que me hablaba, á mi parecer. Yo como estaba inorantísima de que podía haber semejante visión, dióme gran temor á el principio, y no hacia sino llorar, aunque en diciéndome una palabra sola de asgurarme, quedaba como solía, quie-

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXVIII, pág. 249.

ta y con regalo y sin ningún temor. Pareciame andar siempre á mi lado Jesucristo, y como no era visión imaginaria, no via en qué forma: mas estar siempre á mi lado derecho sentialo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacia, y que ninguna vez que me recogiese un poco, ó no esturiese muy divertida, podia inorar que estaba cabe mí (1).

Acaece estando el alma descuidada de que se le ha de hacer esta merced, ni haber jamás pensado merecerla, que siente cabe si á Jesucristo nuestro Señor, aunque no lo ve ni con los ojos del cuerpo ni del alma..... y entendía tan cierto ser Jesucristo nuestro Señor el que se le mostraba de aquella suerte, que no lo podia dudar..... Sé que estando temerosa de esta visión, porque no es como las imaginarias que pasan de presto, sino que duran muchos días, y aún más que un año alguna vez,... muchas veces no podia dudar, en especial cuando la decía: NO HAYAS MIEDO, QUE YO SOY. Tenian tanta fuerza estas palabras, que no lo podia dudar..... (2).

En vista de estos y los demás sucesos idénticos que refieren las obras de la insigne reformadora, y sabido el delirio negador del naturalismo, nadie extrañará que este sistema haya intentado despojar á las visiones y locuciones de Santa Teresa de todo carácter sobrenatural, llamándolas unas veces sueños fantásticos de su espíritu crédulo y amante, y estimándola otras, como síntomas de las enfermedades que padeciò.

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXVII, pág. 238.

(2) Ob. cit. *Castillo Int. Moradas*, sextas. Cap. VIII, pág. 105.

Concretándome al primero de los dos supuestos, por ahora, lo rebatiré con los mismos argumentos que sirven á la Santa para distinguir las palabras y representaciones imaginarias, de las que Dios le hacía escuchar y ver sobrenaturalmente.

Mas antes diré que la sabia Doctora divide las visiones y locuciones místicas en *imaginarias é intelectuales*. ¿Qué quiere decir esta división? Sencillamente, que cuando Dios quiere presentar al espíritu de la persona favorecida divinamente, noticias ó conocimientos, pone unas y otros, ya en la imaginación, ya en la inteligencia, suprimiendo ciertas operaciones naturales. Hechos que, si bien son milagros, porque no suceden según todas las leyes del conocer natural humano, ni son imposibles, ni contradicen á la razón, como aseguran los naturalistas.

En efecto; aparte de que para el Todopoderoso no sería esto imposible, hay que reflexionar que, en las *hablas y visiones imaginarias*, se vale Dios de medios tan parecidos á los que el hombre pone en juego diariamente, que causaría sorpresa el aire de superioridad desdeñosa que toma el naturalista para decir que es contraria á la razón la doctrina de los doctores místicos, si no se conociera tanto el astuto fingimiento que esgrime siempre como arma favorita. Porque, dispensándome el símil, ¿no hace Dios en estos casos, lo que el maestro ejecuta en cada lección, cuando quiere ahorrar á su discípulo mucha parte del trabajo que habría menester al adquirir los conocimientos que pretende? En verdad que sí; pues mientras el maestro humano usa para este fin de palabras y signos figurados, Dios interviene aquí como

maestro sobrenatural é invisible que instruye á las almas por medio de palabras y de signos. Sólo que al hombre le sirven de intermediarios los sentidos externos del alumno, para llegar á los internos, y Dios prescinde de aquéllos, poniendo las palabras ó las imágenes directamente en los segundos.

Por tanto, declarar tales hechos imposibles, á más de ser un insensato desconocimiento de la Omnipotencia divina, es quererla empequeñecer hasta el punto de que no pueda llevar á cabo actos semejantes á los que realiza la criatura á quien sacó de la nada.

En cuanto á las *hablas y visiones intelectuales*, son prodigios mayores que las imaginarias; mas no por serlo, contradicen de ninguna manera á la razón. Dios lleva directamente el objeto de conocimiento á la inteligencia del favorecido, sin que pase por los sentidos externos, ni tampoco por los internos. Requiere para esto, la desunión de dos facultades asociadas en los actos naturales; pero ya se sabe que el concurso de la imaginación no es una necesidad tan esencial é intrínseca á las operaciones de la inteligencia, que no pueda Dios dar á ésta la virtud de obrar sin el auxilio de aquella potencia sensitiva; conviniendo traer á la memoria, para que se comprenda mejor lo que digo, que la inteligencia se actúa por ideas, y no por imágenes sensibles.

Expuesto así el valor de la división que Santa Teresa hizo de sus visiones y locuciones, debo ahora explicarlas detalladamente, y establecer las diferencias que las separan de las representaciones imaginativas fisiológicas. Empezaré por los dos favores mis-

ticos que llama imaginarios, ya que los gozaba juntos con mucha frecuencia.

Tratando la Santa de esta clase de locuciones, dice:

Paréceme será bien declarar cómo es este hablar que hace Dios á el alma, y lo que ella siente, para que vea merced lo entienda..... Son unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos tapar los oídos, ó advertir otra cosa, de manera que, aunque se oya, no se entienda. En esta plática que hace Dios á el alma, no hay remedio ninguno, sino que, aunque me pese, me hacen escuchar, y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer ni no querer; porque el que todo lo puede, quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros (1).

Y de las visiones, también imaginarias, escribe: *Esta visión, aunque es imaginaria, nunca la vi con los ojos corporales,.... y pónela Dios delante tan presto, que áun no hubiera lugar para abrir los ojos, si fuera menester abrirlos; mas no hace más estar abiertos que cerrados, cuando el Señor quiere, que aunque no queramos se ve. No hay divertimiento que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia ni cuidado para ello (2).*

Hé aquí ya dos notas que distinguen las palabras é imágenes divinas de las ordinarias naturales. Una es, que la Santa no las veía ni oía con los sentidos exter-

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXV, pág. 219.

(2) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXVIII, pág. 251.

nos; y otra , que á pesar de cuantos esfuerzos intentaba para no verlas ni oirlas, como procurar distraerse, tapar los oídos y cerrar los ojos , percibíalas más claramente que si las oyese ó viese con los aparatos auditivos ú ópticos. Ambas circunstancias suelen ofrecerlas ciertos síntomas morbosos llamados alucinaciones , según apreciaré en lugar oportuno ; pero son á todas luces contrarias á las que se observan en los actos imaginativos fisiológicos, durante los que *está en nuestra mano divertirnos* , como callar cuando hablamos, ó apartar las miradas cuando vemos.

Mas no son estas las únicas diferencias que señala Santa Teresa, sinó que continúa diciendo: *Paréceme á mí, que podría una persona, estando encomendando una cosa á Dios con grande afeto y apreensión parecerle entiende alguna cosa, si se hará ú no, y es muy posible; aunque á quien ha entendido de estotra suerte, verá claro lo que es, porque es mucha la diferencia. Y si es cosa que el entendimiento fabrica, por delgado que vaya, entiende que ordena él algo, y que habla.....* (1).

Esta nota es importante desde el punto de vista fisiológico, aunque no lo sea tanto desde el patológico, cual se verá luego; porque la más ligera observación demuestra á cualquiera, que cuando él mismo produce las imágenes y frases que ve ú oye en su interior , á medida que su fantasía va reproduciendo las especies sensibles que ordena su voluntad , van llegando á su entendimiento , de modo que advierte claramente su obra imaginativa; mas aquí sucedía, que al investigar

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXV, pág. 220.

la Santa si dichas operaciones las ejecutaba su imaginación, quedaba más y más segura de lo contrario.

Con mucha oportunidad, pues, advierte en el mismo párrafo: *Paréceme que hay la diferencia que si nosotros hablásemos ú oyésemos, ni más ni menos; porque lo que hablo, como he dicho, voy ordenando con el entendimiento lo que digo; mas si me hablan, no hago más de oír sin ningún trabajo. Lo uno va como una cosa, que no nos podemos bien determinar, si es como uno que está medio dormido; estotro es voz tan clara, que no se pierde una sílaba de lo que se dice; y acaece ser á tiempos, que está el entendimiento y alma tan alborotada y distraída, que no acertaría á concertar una buena razón, y halla quisadas grandes sentencias que le dicen, que ella, áun estando muy recogida, no pudiera alcanzar, y á la primera palabra, como digo, la mudan toda...*

Por otra parte, el trabajo intelectual y sensitivo que reclaman las visiones y locuciones imaginarias naturales, en estado de salud, es voluntario, y produce en el alma la conciencia de los actos obrados para su realización; y sin esa voluntad y esa conciencia, *en especial si está en arrobamiento, que las potencias están suspensas, ¿cómo se entenderán cosas que no avían venido á la memoria, áun antes? ¿Cómo vendrán entonces que no obra casi, y la imaginación está como embobada?*

Adviértase que á fin de evitar torcidas interpretaciones, cuida la Santa de escribir á renglón seguido: *Entiéndase, que cuando se ven visiones, ó se entienden estas palabras, á mi parecer, nunca es en tiempo que está unida el alma en el mismo arrobamiento; que en este tiempo, (como ya dejo declarado) de el todo se pier-*

den todas las potencias, y, á mi parecer, allí ni se puede ver, ni entender, ni oír. Está en otro poder toda; y en este tiempo, que es muy breve, no me parece la deja el Señor para nada libertad. Pasado este breve tiempo, que se queda aún en el arrobamiento el alma, es esto que digo, porque quedan las potencias de manera que, aunque no están perdidas, casi nada obran, están como absortas, y no hábiles para concertar razones.....

A más de que siendo *habla propia, no es otra cosa, sino ordenar uno la plática, y verá el entendimiento que entonces no escucha, pues que obra.* También sucede que en este caso *las palabras que él fabrica son como cosa sorda, fantasiada y no con la claridad que esto tras* (1).

El carácter que empieza á señalar tan sabia maestra en estos renglones, distingue muy bien la palabra divina oída sobrenaturalmente, de la formada con la imaginación; porque toda obra imaginativa, aunque sea como ésta signo de las ideas, se reproduce en la fantasía como toda especie sensible, esto es, con la vaguedad y confusión propias de los elementos materiales que la constituyen, siendo vista por la inteligencia humana con las sombras inherentes á su naturaleza finita; mientras que las imágenes y signos de que se vale Dios en los favores místicos son iluminados con resplandor tan intenso y puro, que el entendimiento del hombre los ve con fuerza y claridad incomprensibles.

No se contenta con lo dicho, que ya sería bastante, sinó que añade tan admirable y minucioso análisis, que

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXV, pág. 220 y 221.

ninguno mejor podría hacerse de estos sucesos sobrenaturales imaginarios. Dice así : *Mas el Señor se dió tanta priesa á hacerme esta merced y declarar esta verdad, que bien presto se me quitó la duda de si era antojo, y después veo muy claro mi bobería; porque si estuviera muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque excede á todo lo que acá se puede imaginar, áun sola la blancura y resplandor.*

En este período enuncia la docta escritora una de las notas importantes de las representaciones divinas; porque ya demostré, al hablar de la imaginación en el capítulo correspondiente, que el poder de la fantasía, regida por las leyes naturales solas, se limita á reproducir, más ó menos exactamente, las sensaciones, valiéndose de las especies que los sentidos fueron depositando en la memoria. Y aunque su facultad de reproducirlas sea indefinida, y aunque pueda alterar el número, arreglo y orden con que percibiera un día los objetos, palabras, escenas ó personajes que representa, no pasa de aquí, resultando siempre que todos los elementos sensibles de que se vale, hasta en sus más pequeños detalles, vinieron de antemano al sentido interno por las vías de los sentidos externos.

Luego al establecer Santa Teresa, que *si estudiese muchos años imaginando cómo figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni supiera, porque excede á todo lo que acá se puede imaginar*, repite la verdad psicológica que acabo de exponer, y se apoya en ella para distinguir la operación imaginativa puramente natural, que nada nuevo crea, de la que hace Dios cuando presenta sobrenaturalmente objetos á esta facultad del orden sensible.

Así lo confirman los siguientes datos que continúa escribiendo: *No es resplandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el resplandor infuso, que da deleite grandísimo á la vista, y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver esta hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, en comparación de aquella claridad y luz que se representa á la vista, que no se querrian abrir los ojos después. Es como ver un agua clara, que corre sobre cristal y reverbera en ella el sol, á una muy turbia y con gran nublado, y corre por encima de la tierra. No porque se le representa sol, ni la luz es como la del sol; parece en fin, luz natural, y estotra cosa artificial. Es luz que no tiene noche, sino, como siempre es luz, no la turba nada. En fin, es de suerte que, por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es (1).*

Efectivamente: el entendimiento humano, conociendo las representaciones sensibles de la luz solar, sideral, ó de cualquier otro foco de la naturaleza creada, podrá formar un concepto intelectual que afirme como posible la existencia de otra luz más intensa y agradable que la del sol, los astros, la electricidad, etc.; pero no es capaz de conseguir que la imaginación represente la imagen sensible de esa luz más fuerte y bella, concebida de la manera dicha.

Luego si la Santa veía imaginativamente las manos, el rostro y toda la Humanidad Sacratísima de

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXVIII, pág. 250 y 251.

Jesucristo, glorificada con tanta hermosura y majestad, con tal blancura y resplandor, que excedía á todas las especies sensibles y á todos los conceptos intelectuales que pudiera recordar y concebir su alma humanamente, claro se deduce que aquellos objetos divinos se presentaban en su imaginación de un modo sobrenatural.

Bien lo revelan los caracteres que percibía la Santa en la blancura y resplandor que trata de pintar; pues eran luz, y resplandor, y blancura tan diferentes de cuanto sus sentidos percibieron hasta entonces, y de tal modo superaban á las noticias que la podían prestar las comparaciones sensibles, que agotadas las mejores, se declara vencida diciendo: *en fin, es de suerte que, por grande entendimiento que una persona tuviese, en todos los días de su vida podría imaginar cómo es.*

¿Debe alguien extrañar la impotencia que manifiesta la Santa al querer traducir las imágenes y signos divinos que vió y entendió sobrenaturalmente? De ninguna manera; porque objetos suprasensibles no podrán nunca expresarse con propiedad por medio de signos que no lo sean; y como el uso de tales signos está vedado al humano saber, resulta que sería absurdo el suponer lo contrario.

Harto hace la insigne escritora eligiendo símiles y metáforas que muestran las diferencias que separan unas representaciones de otras: porque si dice, al comparar aquella luz con la natural, *que parece una cosa tan deslustrada la claridad del sol que vemos, que no se querrian abrir los ojos después, y que es luz, que no tiene noche, sino, que como siempre es luz no la turba nada, y que siendo tan intensa y clara, no es resplan-*

dor que deslumbre, sino una blancura suave que da deleite grandísimo á la vista, señala caracteres completamente distintos de los que ofrecen las luces naturales y artificiales de este mundo terreno, y por tanto, elementos que jamás pudieron percibir sus sentidos exteriores.

Pero mejor que cuanto yo pudiera explicar, dícelo Santa Teresa en el párrafo siguiente: *Bien me parecía en algunas cosas que era imagen lo que vía, mas por otras muchas no, sino que era el mismo Cristo, conforme á la claridad con que era servido mostrármeme. Unas veces..... me parecía imagen, no como los dibujos de acá, por muy perfetos que sean, que hartos he visto buenos: es disvarate pensar que tiene semejanza lo uno con lo otro en ninguna manera, no más ni menos que la tiene una persona viva á su retrato, que por bien que esté sacado, no puede ser tan al natural, que en fin se ve es cosa muerta..... No digo que es comparación, que nunca son tan cabales, sino verdad, que hay la diferencia que DE LO VIVO Á LO PINTADO, no más ni menos: porque si es imagen, es imagen viva, no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da á entender que es hombre y Dios, no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado. Y viene á veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar sino que es el mismo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fé. Representase tan Señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma: se ve consumir en Cristo.*

..... Digo que tiene tan grandísima fuerza esta visión, cuando el Señor quiere mostrar á el alma mucha parte de su grandeza y majestad, que tengo por imposi-

ble, si muy sobrenatural no la quisiese el Señor ayudar, con quedar puesta en arrobamiento y éxtasi (que pierde el ver la visión de aquella divina presencia, con gozar) sería, como digo, imposible sufrirla ningún sujeto (1).

A su vez, las *hablas* divinas que disfrutó la Santa, presentaron también dos manifestaciones clarísimas de su origen sobrenatural. Fué una, la exacta realización de las promesas que el Señor la hacía en ellas: nota que no hago aquí más que señalar; pues fueron tantas las mercedes de esta clase que la dispensó Dios, que como ella misma escribe, *sería cansarme y cansar á quien lo leyere, si las hubiere de decir (2)*. Para mi propósito basta consignar que muchos de estos vaticinios están comprobados por el testimonio de *hartos testigos*, y que las cosas anunciadas *dos y tres años antes, todas se han cumplido, y hasta ahora ninguna ha salido mentira*; siendo algunas de todo punto milagrosas, y traspasando otras los cálculos de la previsión racional.

Fué otra, los efectos repentinos y extraordinarios que proporcionaban á su alma. Hablando de esto escribe la Santa: *Y otra señal, más que todas, que no hace operación, porque estotra que habla el Señor es palabras y obras: y aunque las palabras no sean de devoción, sino de reprehensión, á la primera disponen un alma, y la habilita y enternece y da luz, y regala y quieta; y si estaba con sequedad ú alboroto y desasosiego de alma, como con la mano se la quita, y áun*

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXVIII, págs. 253 y 254.

(2) A más de la multitud que se hallan esparcidas en sus obras, y de las muchas que omito, el lector puede ver ejemplos numerosos en los capítulos 38, 39 y 40 de su *Vida*.

mijor: que parece quiere el Señor se entienda que es poderoso, y que sus palabras son obras.

Y digo, que si es alma ejercitada, y está sobre aviso, lo verá muy claro; porque dejadas otras cosas por donde se ve lo que he dicho, ningún efeto hace, ni el alma lo admite: porque estotro, mal que nos pese, y no se da crédito, antes se entiende que es devanear de el entendimiento, casi como no se haría caso de una persona que sabéis tiene frenesi. Estotro es como si lo oyésemos á una persona muy santa, ú letrada, y de gran autoridad, que sabemos no nos ha de mentir; y áun es baja comparación, porque trayn algunas veces una majestad consigo estas palabras, que, sin acordarnos quién las dice, si son de reprehensión hacen temblar; y si son de amor, hacen deshacerse en amor (1).

Las más ciertas señales que se pueden tener, á mi parecer, son estas. La primera y más verdadera, es el poderío y señorío, que traen consigo, que es hablando y obrando. Declárome más. Está un alma en toda la tribulación y alboroto interior que queda dicho, y oscuridad del entendimiento y sequedad: con una palabra de estas, que diga solamente, «no tengas pena,» queda sosegada, y sin ninguna, y con gran luz, quitada toda aquella pena, con que le parecía que todo el mundo y letrados que se juntaran á darle razones para que no la turiese, no la pudieran, con cuanto trabajaran, quitar de aquella aflicción.

La segunda señal, una gran quietud que queda en el alma, y recogimiento devoto y pacífico, y dispuesta para alabanzas de Dios.

(1) Ob. cit. Vida. Cap. XXV, págs. 221 y 222.

La tercera señal es, no pasarse estas palabras de la memoria en muy mucho tiempo, y algunas jamás, como le pasan las que por acá entendemos; digo, que oímos de los hombres, que aunque sean muy graves y letrados, no las tenemos tan esculpidas en la memoria, ni tampoco, si son en cosas por venir, las creemos como á éstas, que queda una certidumbre grandísima, de manera que..... en la misma alma está una seguridad que no se puede rendir; aunque le parezca que vaya todo al contrario de lo que entendió, y pasan años, no se le quita aquel pensar (1).

Aunque mucho más pudiera decir de los favores místicos *imaginarios*, hago ya punto aquí (2), pasando á examinar las visiones y locuciones llamadas *intelectuales*.

Dije más arriba, que al afirmar la existencia de estas *hablas y visiones*, se admiten sucesos completamente sobrehumanos: y así es en verdad. Dios, al poner directamente en el espíritu del hombre especies inteligibles que no estuvieron antes, ó en otros casos, al combinar las que ya existían con formas nuevas, sin valerse para uno ni otro hecho de representación ó especie alguna sensible, prescinde por entero de las leyes que su eterna sabiduría impuso á los actos psicológicos de la inteligencia racional, por las que ésta entiende lo inteligible en las especies sensibles, y no ejercita su actividad sin el concurso de las mismas,

(1) Ob. cit. *Castillo interior Moradas sextas*. Cap. III, 6, 7, 10 y 11.

(2) Más adelante volveré á ocuparme en ellas, desde el punto de vista patológico.

mientras dura su vida humana, esto es, la unión substancial del espíritu y la materia.

Con el fin de distinguir estas hablas y visiones de las *imaginarias*, se las denomina *intelectuales*; cuyo nombre no significa que la inteligencia permanezca inactiva en las imaginarias, sinó únicamente que en las intelectuales obra el entendimiento solo, aislado y sin más auxilio que el de la voluntad racional, por parte del favorecido.

Ahora bien; ¿experimentó dichos prodigios el alma de Santa Teresa de Jesús? Sus escritos responden de manera que no dejan lugar á dudas; porque dice hablando de ellas:

Acaece estando el alma descuidada de que se le ha de hacer esta merced, ni haber jamás pensado merecerla, que siente cabe sí á Jesucristo Nuestro Señor, aunque no lo ve, ni con los ojos del cuerpo ni del alma..... (1). Y en otra página de su *Vida* refiriéndose más particularmente á las locuciones, dice: *Pone el Señor lo que quiere que el alma entienda, en lo muy interior del alma, y allí lo representa sin imagen ni forma de palabras, sino á manera de esta visión que queda dicha..... Es una cosa tan de espíritu esta manera de visión y de lenguaje, que ningún bullicio hay en las potencias ni en los sentidos, á mi parecer,...* (2).

No puede hacerse una síntesis más concisa y clara

(1) Adviértase que la frase última se refiere á la imaginación, como lo prueba la parte de texto que no copio, por no repetir citas, que ya tengo hechas.

(2) Ob. cit. *Moradas* sextas. Cap. VIII. 2 y *Vida*. Capítulo XXVII, pág. 240.

y completa de estos favores místicos; porque estas pocas palabras consignan sus principales caracteres. Así, al decir la manera inesperada y repentina como se presentan, indica la intervención de un poder independiente de la voluntad del sujeto que los experimenta; cuando afirma que el suceso tiene lugar en lo más íntimo del alma, sin que intervengan los sentidos corporales, ni tampoco imagen ó signo alguno sensible, describe un hecho milagroso, durante el cual no rigen las leyes naturales, y se traspasan los alcances del humano entendimiento; y por último, al asegurar que es Dios quien aquí obra, nombra el único autor posible de tan grandes maravillas.

Señalados así los caracteres de estos favores místicos, pretende la Santa explicar de qué modo se ve, se oye y se siente durante ellos. Y más que otras veces declárase impotente, y lo manifiesta usando á cada paso semejanzas discretísimas, con el fin de que sus lectores puedan entender algo de lo mucho que allí pasa.

Nadie extrañará tal confesión, si medita en la causa que la produce. La sapientísima Doctora intenta exponer hechos sobrenaturales muy subidos que, por serlo, se conocen y sienten clara y profundamente por el alma de aquel á quien Dios permite conocerlos y gozarlos; pero que no pueden expresarse nunca bien por medios del orden natural, y menos ser transmitidos á personas que jamás obtuvieron tan sublimes gracias.

La razón es obvia. Para que se suspenda la condición natural impuesta al entendimiento humano de obrar por medio del signo sensible, es necesario que

Dios ponga el objeto en presencia de la facultad intelectual del hombre, y que lo ponga directamente, esto es, separado de toda imagen sensitiva. Mientras dura este acto divino, la inteligencia obra sola y aislada; mas concluida la intervención sobrenatural de Dios, el entendimiento vuelve á encontrarse sometido á sus leyes ordinarias indeclinables, y por tanto, no puede comunicar á otros adecuadamente lo que vió y entendió, por bien que lo viera y entendiera en el estado místico; pues los medios naturales de que dispone, no son, ni serán nunca propios para expresar cosas sobrenaturales. Cuantos esfuerzos haga el hombre en este caso, no lograrán más que mudar la naturaleza de lo que pretende traducir.

Durante sus visiones y hablas intelectuales, conoció Santa Teresa verdades elevadísimas, penetró misterios incomprensibles para la razón humana, le fueron comunicadas noticias de todo punto divinas; mas al salir de las mercedes místicas, quedó imposibilitada para darlas á conocer humanamente; porque no se la otorgaron los medios sobrenaturales de expresión que habrían sido precisos y adecuados para ello. A pesar de tamaños obstáculos, son admirables la claridad y exactitud con que logra explicar dichas mercedes en los párrafos siguientes:

No hacía sino poner comparaciones para darme á entender; y, cierto, para esta manera de visión, á mi parecer, no la hay que mucho cuadre; así como es de las más subidas..... así no hay términos para decirla acá las que poco sabemos, que los letrados mejor lo darán á entender. Porque, si digo que con los ojos del cuerpo ni del alma no le veo, porque no es imaginaria

visión, ¿cómo entiendo y me afirmo con más claridad, que está cabe mí, que si lo viese? Porque parecer que es como una persona que está á oscuras, que no ve á otra que está cabe ella, ó si es ciega, no va bien: alguna semejanza tiene, más no mucha, porque siente con los sentidos, ó la oye hablar, ó menear, ó la toca. Acá no hay nada de esto, ni se ve oscuridad, sino que se representa por una noticia al alma, más clara que el sol. No digo que se ve sol, ni claridad, sino una luz que, sin ver luz alumbra el entendimiento, para que goce el alma tan gran bien.

Si una persona que yo nunca hubiese visto, sino oído nuevas de ella, me viniese á hablar estando ciega, ó en gran escuridad, y me dijese quién era, creerlo hía, mas no tan determinadamente lo podría afirmar ser aquella persona, como si la hubiera visto. Acá sí, que sin verse se imprime con una noticia tan clara, que no parece se puede dudar; que quiere el Señor esté tan esculpida en el entendimiento, que no se puede dudar más que lo que se ve, ni tanto, porque en esto algunas veces nos queda sospecha, si se nos antojó.....

Es como cuando ya está puesto el manjar en el estómago sin comerle, ni saber nosotros cómo se puso allí, mas entiende bien que está. Aunque aquí no se entiende el manjar que es, ni quién lo puso, acá sí; mas cómo se puso no lo sé, que ni se vió, ni se entiende, ni jamás se había movido á desearlo, ni había venido á mí noticia que esto podía ser.

En la habla, que hemos dicho antes, hace Dios á el entendimiento que advierta, aunque le pese, á entender lo que se dice; que allá parece tiene el alma otros oídos con que oye, y que la hace escuchar, y que no se divier-

ta: como á uno que oyese bien, y no le consintiesen atapar los oídos, y le hablasen junto á voces, aunque no quisiese lo oír. Y, en fin, algo hace, pues está atento á entender lo que le hablan: acá ninguna cosa, que áun este poco que es solo escuchar, que hacia en lo pasado, se le quita. Todo lo halla guisado y comido: no hay más que hacer de gozar: como uno que sin deprender, ni haber trabajado nada para saber leer, ni tampoco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sabida ya de sí, sin saber cómo ni dónde, pues aún nunca avía trabajado, áun para deprender el abecé. Esta comparación postrera me parece declara algo de este dón celestial; porque se ve el alma en un punto sábia, y tan declarado el misterio de la Santísima Trinidad, y de otras cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no se atreviese á disputar la verdad de estas grandezas (1).

En la primera de estas comparaciones, se advierte muy claro, que el alma ve el objeto con su facultad cognoscitiva puramente, y sin auxilio alguno de las potencias sensitivas; pues sin verlo, oírlo, tocarlo, ni tampoco imaginarlo, alcanza de él una noticia *más clara que el sol*; esto es, más perfecta y elevada que cuantas pudieran suministrar las especies sensibles, de suyo plagadas de sombras é imperfecciones que siempre obscurecen el conocimiento natural humano.

En la segunda comparación, se afirma una importantísima nota. Es, la certidumbre completa que

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXVII, págs. 239, 240 y 241.

adquiere el alma en estas noticias recibidas sobrenaturalmente; certidumbre que difiere mucho de la vaguedad, dudas y confusiones que acompañan á todo conocimiento adquirido por los medios naturales sensitivos, que, como enseña la experiencia, tan expuestos se hallan á ilusión y error.

La tercera sémeljanza explica que dicha certidumbre se extiende, no sólo á la mera percepción de la noticia, sinó también á la claridad con que se la entiende, y al poder sobrenatural que la presenta á la inteligencia, y al medio sobrehumano de que se vale.

El cuarto símil, al mismo tiempo que expresa todo esto mejor, establece la diferencia que separa las hablas imaginarias místicas, en las que por lo menos escucha el alma, de las hablas intelectuales, en que ni aun este trabajo presta el sujeto.

Mas no satisfecha la Santa con haber traducido tan felizmente al lenguaje natural las maravillas psicológicas obradas en su alma por la Omnipotencia, da cuenta de ellas en una postrera comparación, que la presta motivo para referir una de las revelaciones que Dios la concedió. Escribe así:

Pues tornando á esta manera de entender, lo que me parece es, que quiere el Señor de todas maneras tenga esta alma noticia de lo que pasa en el cielo: y pareceme á mí, que así como allá sin hablar se entiende, lo que yo nunca supe, cierto es así, hasta que el Señor por su bondad quiso que lo viese, y me lo mostró en un arrobamiento, así es acá, que se entiende Dios y el alma, con solo querer su Majestad que lo entienda, sin otro artificio, para darse á entender el amor que se

tienen estos dos amigos. Como acá si dos personas se quieren mucho, y tienen buen entendimiento, aun sin señas parece que se entienden con solo mirarse (1).

Noticia revelada que confirma la enseñanza teológica del Maestro de los Doctores, Santo Tomás de Aquino, cuando al tratar de la manera cómo se entienden los espíritus puros entre sí, dice (2): «El habla exterior que se tiene con la voz, nos es necesaria por el obstáculo del cuerpo; y así, no conviene al ángel ésta, sino sólo la interior, á la cual pertenece, no sólo hablarse á sí mismo concibiendo interiormente, sino también ordenar por la voluntad lo que se habla á la manifestación de otro. Y así, lengua de los ángeles se llama metafóricamente la misma virtud del ángel, con la cual manifiesta sus conceptos.»

Manera de entender completamente sobrehumana, porque el entendimiento del hombre necesita valerse de su medio propio y determinado; esto es, de la naturaleza y razón contenida en las cosas materiales, aunque sea para elevarse al conocimiento de las inmateriales. Ley del orden natural que puede comprobar cualquiera; pues, como dice Balmes, «la experiencia nos enseña de continuo que siempre que entendemos, se agitan en nuestra imaginación formas sensibles re-

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXVII, pág. 242.

(2) *Locutio exterior que fit per vocem, est nobis necessaria propter obstaculum corporis, unde non convenit angelo; sed sola locutio interior, ad quam pertinet non solum quod loquatur sibi interius concipiendo sed etiam quod ordinet per voluntatem ad alterius manifestationem. Et sic lingua angelorum metaphoricè dicitur ipsa virtus angeli, qua conceptum suum manifestat* Sum. theolog., p. I, q. 107.

lativas al objeto que nos ocupa... Así, hasta pensando en Dios, en el acto mismo en que afirmamos que es espíritu purísimo, se nos ofrece en la imaginación bajo una forma sensible. Si hablamos de la eternidad, vemos al Anciano de los días tal como lo hemos visto representado en los templos; si de la inteligencia infinita, nos imaginamos quizás un piélago de luz; si de la infinita misericordia, nos retratamos un semblante compasivo; si de la justicia, un rostro airado...» (1)

Por último, la insigne escritora manifiesta las consecuencias morales que la dejaban estos favores divinos, del modo siguiente:

Quédase tan espantada, que basta una merced de estas para trocar toda un alma, y hacerla no amar cosa sino á quien ve, que sin trabajo ninguno suyo, la hace capaz de tan grandes bienes, y le comunica secretos, y trata con ella con tanta amistad y amor, que no se sufre escribir (2).

Y aunque á mi parecer es mayor merced alguna de las que quedan dichas, esta trae consigo un particular conocimiento de Dios, y desta compañía tan continua nace un amor ternísimo con su Majestad, y unos deseos aún mayores de los que quedan dichos de entregarse á su servicio, y una limpieza de conciencia grande; porque hace advertir á todo la presencia que trae cabe sí.

En fin, en la ganancia del alma se ve ser grandísima merced, y muy mucho de preciar y agradecer al

(1) *Filosofía fund.*, libro IV, cap. IV.

(2) Ob. cit. *Vida*. Cap. XXVII, pág. 241.

Señor, que se la da tan sin poderla merecer, y por ningún tesoro ni deleite de la tierra la trocaria (1).

Nada más diría de las visiones y locuciones de Santa Teresa de Jesús, consideradas desde este primer punto de vista que ahora trato, si no creyera oportuno el extractar aquí varios párrafos de la muy notable obra de los Bolandos (2), en que se refuta la opinión de Luis Antonio Muratori, que atribuye á la imaginación las revelaciones de la Santa. Dicen así:

«Esta opinión de Muratori fué ya bien impugnada en una Disertación de un autor anónimo, que se encuentra como apéndice al fin de las *Controversias escolástico-polémico-histórico-críticas* del P. Liborio de Jesús, Carmelita Descalzo (Milán, 1755, tomo VII, pág. 725). El autor de dicha Disertación parece ser el P. Federico, por lo que dice en su *Proemio á la Vida de Santa Teresa*, pág. 32.

«Como quiera que las visiones no deben admitirse sinó con cautela, el autor anónimo dice así: «Como al vindicar á la Seráfica Madre Teresa he de hablar de las preclaras visiones y revelaciones con que tan liberalmente fué enriquecida, quiero advertir al lector que no me considere entre los hombres demasiado crédulos. No soy de los que fácilmente dan asentimiento á cuantas narraciones corren entre el vulgo, especialmente de mujeres flacas de cuerpo y de espíritu. Una cosa es tener como genuinas y defender como procedentes del Espíritu divino las revelaciones de Santa Teresa, y otra admitir y venerar sin discre-

(1). Ob. cit. *Castillo Interior. Moradas sextas*, Cap. VIII, 4 y 5.

(2) *Acta S. Teresiae*, 1865.

ción las singulares de los hombres. Sé que quien cree de ligero, es de corazón liviano. (*Eclesiástico*, capítulo XIX, v. 4.) No se me oculta lo que amonesta San Pablo (I, v. 4): *Nolite omni spiritui credere, sed probate spiritus si ex Deo sint*. Tengo presente que en la Iglesia de Dios hay el dón de discreción de espíritus, el cual supone ciertamente, no sólo falsas y vanas revelaciones, sino que alguna vez las hay también verdaderas y sobrenaturales. Amonesta además San Pablo (1.^a ad Thessal., V, v. 19 et seqq.): *Spiritum nolite extinguere. Prophetias nolite spernere. Omnia autem probate: quod bonum est tenete. Ab omni specie mala abstinete vos*. Conviene también recordar que mucho antes Joél profetizó acerca de los tiempos apostólicos (cap. II, v. 28), y lo confirmó (*Act.*, II, v. 17) el Príncipe de los Apóstoles: *Et erit in novissimis diebus, dicit Dominus, effundam spiritu meo super omnem carnem, et prophetabunt filii vestri et filia vestra: et juvenes vestri visiones videbunt, et seniores vestri somnia somniant*. Ningún católico, por tanto, puede negar que debe procederse con cautela cuando habla alguno de coloquios y revelaciones divinas; pero tampoco es lícito adherirse á un punible Pirronismo, hasta el punto de achacarlo todo á cuento de niños y fábulas de viejas.

»Hay, pues, que admitir como verdaderas algunas visiones y revelaciones, especialmente en las almas santas inflamadas en el amor de Dios. No importa que Dios haya concedido más de una vez á los mismos pecadores estas gracias, *gratis datas*. Esto ha sucedido y puede suceder; mas es preciso confesar que el Señor ordinariamente no comunica sus secretos sino á sus amigos. Por esto Santo Tomás (3 p., quest. 36, art. 3),

no reprueba lo que en el primer argumento se había objetado á sí mismo diciendo: *Manifestatio divinæ veritatis debet fieri ad amicos, secundum illud, Job, 36: Annuntiat de ea amico suo.* Ya antes (2. 2, q. 42, art. 4), investigando si se requiere la bondad de costumbres para la profecía, después de establecer en el cuerpo del artículo que la profecía puede estar sin la caridad, sin la gracia, *gratum faciente*, y por tanto sin la bondad de costumbres, advierte sabiamente: *Si vero consideremus bonitatem morum est.....* Y en la respuesta *ad primum*, observó con no menor sabiduría que, *domum prophetiæ aliquando datur homini et propter utilitatem aliorum, et propter propriæ mentis illustrationem* (que es lo más frecuente, y se cumplió en Santa Teresa); *et hi sunt in quorum animas Sapientia Divina per gratiam gratum facientem se transferens, amicos Dei et prophetas eos constituit.* La misma experiencia nos enseña que las más de las veces, sólo las personas santas y que más se distinguen por su piedad, son ilustradas y favorecidas con tan divinos dones.

»Hechas estas advertencias, combatiremos á Muratori, que en su obra de *Viribus humanæ Phantasie*, capítulo IX, procura despojar de toda virtud sobrenatural á los éxtasis y revelaciones de Santa Teresa, rebajándolos á efectos naturales de la contemplación intelectual. La razón que para esto tenga puede juzgarla el prudente lector por lo que sigue. Oigamos el principio que sienta Muratori: «Siempre que se ven piadosas doncellas y otras personas de buenos sentimientos acerca de Dios, que con todas sus fuerzas aplican su ánimo á la meditación continua de Jesucristo Salvador, ó de otras verdades de nuestra fe, debemos supo-

ner su mente tan llena de doctrinas é ideas piadosas tomadas de la lectura de materias ascéticas, que fácilmente pueden forjarse en lo interior con los fantasmas preconcebidos, ciertos apetecidos coloquios, y éstos varios y acomodados al efecto y contemplación de cada uno, figurándose alguna operación divina, ó de los ángeles, ó de cualquiera de los bienaventurados. Todo lo cual ¿quién no ve que puede tener lugar dentro de los límites naturales, y sin influjo alguno especial del divino espíritu? El alma misma, empapada ó llena de estas ideas, es bastante para forjarse todo esto.» Pone un ejemplo de amor profano para confirmar lo dicho, y continúa: «Como á las mujeres, sobre todo si son jóvenes, las arrebatara su sobresaltada imaginación, necesariamente brotan en tales jóvenes ó mujeres dadas á la piedad, vehementes afectos hacia Dios y sus Santos; de donde nace que poco á poco se aumenta en ellas tanto el calor de la meditación, que suspendiéndose el uso de los sentidos, sola el alma se espacía en tan agradable y piadosa materia de la contemplación, y á este estado llamen con frecuencia éxtasis. Después, recobrando el uso de los sentidos, si por acaso se escriben las cosas meditadas, se reciben ó consideran cada una de las palabras de que se compone el discurso, como otros tantos oráculos de los Santos, de la Virgen ó de los Angeles.» Este principio de Muratori es ciertamente ingenioso, y no me atrevería á rechazarlo, si lo aplicase solamente á aquellas personas que jamás han sido favorecidas con estos divinos dones, ni han experimentado revelaciones sobrenaturales; pero lo que causa pena es que en la página 120 lo aplique á las visiones de la Seráfica Madre

Teresa. Después de haber afirmado que no merecen censura ó reprehensión aquellas vírgenes piadosas que reputan los excesos de su viva imaginación como obra sobrenatural y como oráculos divinos, porque áun cuando sus narraciones no sean más que ilusiones de una imaginación ferviente, sin embargo, contienen piadosos conceptos que pueden ser útiles para las cristianas costumbres, añade: «Por cuyo mérito ó concepto deben estimarse en mucho más los escritos de la admirable sierva de Dios Santa Teresa de Jesús, como hijos de un ingenio perspicaz, y llenos de particular unción del Espíritu Santo.» Hé aquí todo el tejido del razonamiento de Muratori para obscurecer y desfigurar las revelaciones de Santa Teresa.

«Si así fuera, ¡cómo podríamos compadecer á tantos y tantos varones insignes por su autoridad, erudición y virtud, que han admirado las obras de Santa Teresa, no sólo por ser ellas producto de un ingenio perspicaz y lleno de particular unción del Espíritu Santo, sinó porque descubrieron que eran también muy propias para explicar los arcanos de la Teología mística! Entre otros el Cardenal Bona y Benedicto XIV, los cuales tratando de las revelaciones de Santa Teresa (el primero en el *Tratado de Dirección de Espíritus*, y el segundo en el libro III *De Canonic.*, 11), las propusieron como piedra de toque para aprobar ó reprobar las demás. San Pedro de Alcántara, quien solía decir, que excepto las afirmaciones de la Fe católica, nada era para él tan cierto como que el espíritu de Teresa era divino. Los Auditores de la Rota Romana, que más de una vez dijeron, que Santa Teresa fué dada por Dios á su Iglesia, como maestra de celestial doctrina.

»La misma Santa Teresa conoció el sistema de Muratori, lo presentó y lo combatió, en cuanto se refiere á las almas que alguna vez tuvieron verdaderas revelaciones. Léase lo que sobre esta materia dice en el libro de sus *Fundaciones*, cap. VIII, donde aparece el sistema de Muratori y su impugnación. Se prueba esto mismo por otros muchos pasajes de los libros de la Santa; en la *Morada* 6.^a, cap. IX del *Castillo interior*, donde dice: «Acaece á algunas personas (y sé que es verdad, que lo han tratado conmigo, y no tres ó cuatro, sino muchas), ser de tan flaca imaginación, ó el entendimiento tan eficaz, ó no sé qué es, que se embeben de manera en la imaginación, que todo lo que piensan claramente les parece que lo ven: aunque si hubiesen visto la verdadera visión, entenderían muy bien sin quedarles duda el engaño; porque van ellas mismas componiendo lo que ven con su imaginación, y no hace después ningún efecto, sinó que se quedan frías, mucho más que si viesen una imagen devota. Es cosa muy entendida no ser para hacer caso dello, y así se olvida mucho más que cosa soñada.»

«Admite Muratori que Santa Teresa tuvo verdaderas visiones, puesto que confiesa que es señal inconcusa de tales visiones, el conocimiento de cosas contingentes, ó futuras, ó distantes. La Santa fué favorecida con este conocimiento, como confiesa ella misma en el cap. XXXIV de su *Vida*; luego tuvo verdaderas revelaciones. Santa Teresa afirma con certeza, que el que tiene verdaderas visiones, conoce, sin que le quede duda, los errores de la fantasía, y supo designar la bien marcada diferencia que hay entre las visiones naturales y las sobrenaturales; luego

es evidente que la Santa no se engañó con los atractivos y ficciones de la fantasía para reputarlos como coloquios y mercedes de Dios. Tampoco hizo bien Muratori poniendo un ejemplo de amor profano, y comparando los coloquios divinos y dones sobrenaturales con los coloquios y placeres mundanos... No puede ser que Santa Teresa, para la que todo lo terreno era como basura, pretendiese hacer pasar como oráculos celestes las ilusiones de un cerebro exaltado. Léase á este propósito aquella sabia advertencia de Tomás de Kempis (lib. III, cap. LVIII).

»Pero Muratori malamente niega, además, que puedan las visiones distinguirse de los fantasmas de la imaginación, principalmente en aquellas santas vírgenes que, efecto de su gran talento, se han hecho con algunos conocimientos teológicos, sobre todo si éstos son de Teología mística. Examinense al efecto las últimas palabras de Santa Teresa en el cap. IX de la *Morada* 6.^a del *Castillo interior*, y se verá cómo los místicos prueban muy bien que existen visiones completamente exentas del influjo de la fantasía. También se encuentra otro testimonio de gran valor en el capítulo XXVIII de su *Vida*.

»Muratori admite únicamente como ciertas, dos señales, para demostrar que los éxtasis proceden de Dios, á saber: 1.º, que el extasiado se eleve del suelo, y se mantenga suspendido en el aire corporalmente; 2.º, que como consecuencia del éxtasis, se adquiera conocimiento ó noticia cierta de cosas futuras ó muy distantes. Omite, por consiguiente, el principal signo de la visión genuinamente sobrenatural, esto es, los efectos que de ella resultan. Cuáles sean éstos, puede verse en

el tratado de la *Discreción de Espíritu* (núm. 13) del V. P. Juan de Jesús María, que los tomó de la misma Santa Teresa. Efectos que tuvieron lugar en la Santa, de cuya discreción y veracidad en esta materia da un magnífico testimonio Pedro Nicole en su libro *Essais de Morale. Traité 4, chap. 10.*

»Mas aunque las revelaciones de Santa Teresa careciesen de algunas de las señales que exige Muratori, todavía bastarían los testimonios en su favor de tantos ilustres Prelados, clarísimos doctores y varones santísimos, que después de un maduro examen nada encontraron en el espíritu de Santa Teresa que no fuese genuinamente divino.

»Dice Muratori que los antiguos por demasiado crédulos, atribuyeron á causas divinas lo que era efecto de causa puramente humana. Mas aparte de que esto es sentir demasiado bien de sí propio y harto mal de los antepasados, entre los cuales, como hoy sucede, había natural tendencia á la incredulidad, existe á favor de la Santa la circunstancia notable de que siempre deseó más comunicar las cosas de espíritu con los sabios que entendía serle más hostiles, de lo cual tenemos un bello ejemplo en lo que le sucedió con el P. M. F. Bartolomé de Medina, según el señor Obispo Yepes, en el *Prólogo á la Vida de Santa Teresa*, párrafo 2.^o, y menciona también la Santa en la carta al P. Alvarez (1). Por lo demás, es una ineptia de Muratori el reprobar que se escriban las revelaciones por los que las tuvieron, invocando intempestivamente el

(1) Carta de la Santa al P. Rodrigo Alvarez S. J. que principia: «Esta monja ha ya cuarenta años que tomó el hábito, etc.»

testimonio del Apóstol San Pablo *Vidi arcana verba quæ non licet homini loqui*; pues esto, si algo valiera en el caso presente, sería aplicable á todo lo que ha sido revelado. Además, los arcanos á que alude San Pablo, también los distingue la Santa en el capítulo IV de su *Morada* 6.^a, y en cuanto á lo que la Santa dejó consignado de lo que viera y entendiera por tan sublime modo, no se ve por qué haya de inculpársela, puesto que lo hizo obedeciendo al mandato superior...»

.....

Hasta aquí la cita que creo oportuno copiar. Pero mi tarea no ha concluido; porque si es verdad que del estudio precedente se deduce, en buena lógica, que los favores místicos que gozó Santa Teresa de Jesús fueron dones sobrenaturales que no pueden confundirse con los demás actos psico-fisiológicos humanos, también es cierto, por desgracia, que el naturalismo no abandona el campo á pesar de esto, sinó que se vale con astucia de la ignorancia del vulgo en medicina, para presentar otra línea de combate en el terreno patológico. Mas este nuevo punto de vista merece examen aparte.



SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE SI MERECEAN Ó NÓ CRÉDITO
LOS RELATOS QUE SANTA TERESA DE JESÚS ESCRIBIÓ
ACERCA DE LOS SUCESOS EXPERIMENTADOS
POR ELLA MISMA.



DIJE que el naturalismo afirmaba también que los éxtasis y arrobamientos de Santa Teresa de Jesús, lejos de ser favores sobrenaturales, representaban únicamente los signos de ciertos estados morbosos que la afligían. Tal aserto pretende valorarlo con el testimonio de algunas descripciones hechas por la sabia escritora cuando narra su vida. En cambio yo, valiéndome de los mismos textos en que se apoyan mis adversarios, procuraré deducir la enfermedad que padeció Santa Teresa y las que no padeció; discutiendo al par si los síntomas del estado patológico pueden confundirse con las mercedes extáticas divinas.

Mas como las bases en que pretende apoyarse el error, han de servirme de fundamentos para evidenciar la realidad sobrenatural que en las citas hechas y por hacer resplandece, y estas citas compendian las noticias que de los hechos discutidos suministran los escritos de la Santa, páreceme oportuno contestar á esta cuestión: ¿merecen crédito los relatos que hace Santa Teresa?

Las respuestas que da el naturalismo á tal pregunta son tres. Afirma la primera, que los católicos, ganosos de ofrecer ejemplos de supernaturalidad, traducen á capricho textos de la Santa, y mutilando ó tergiversando palabras, frases y descripciones, hacen ver á los ignorantes lo que nadie descubriría en los escritos originales. Dice la segunda, que Santa Teresa *finjió* (1) haber experimentado cosas que jamás pasaron por ella. La tercera sostiene, que la Santa fué una ilusa, que tomó por regalos divinos ciertas manifestaciones sintomáticas de sus enfermedades.

A fin de poner de relieve lo inexacto, injusto y malicioso de la primera contestación, apelaré únicamente al buen sentido de quien lea las citas que preceden y las que han de seguir; pues en ellas, tomadas con todo escrúpulo de las obras auténticas de Santa Teresa, verá que ni el teólogo, ni el filósofo, ni el médico más exigente tendrían que añadir un solo detalle á los muy acabados que dedica la insigne maestra, ora á sus goces místicos, ora al ejercicio de sus facultades intelectuales, ora á su enfermedad. Ninguno ha

(1) *Mintió*, escribe un autor que merece no ser nombrado siquiera, por su cinismo de pensamiento y de palabra.

descrito mejor los favores sobrenaturales, nadie ha explicado más profundamente el estado de las potencias anímicas durante las mercedes divinas y los actos fisiológicos, y no hay historia clínica que presente un cuadro sintomático más completo. Por tanto, es evidente que los católicos no han necesitado interpretar ó corregir á capricho los escritos de Santa Teresa para engañar incautos; pudiendo añadir, que sólo con leer á los más sabios esos documentos, se les hará confesar que hay en ellos cuanto se conoce y necesita para resolver los asuntos de que tratan.

Mas *¿fingió* la Santa haber experimentado cosas que jamás pasaron por ella?

Dejando á un lado lo blasfemo, y también lo absurdo y hasta lo ridículo de un aserto que acusa de pecado á la virtud, sin motivo alguno, y llama á la verdad mentira, diré que, al proponer tal calumnia, el falsario ha debido probar, al menos, que Santa Teresa hizo prolijos y concienzudos estudios de ciencias tan elevadas y difíciles como la teología, la filosofía y la medicina, y que una vez provista de tales conocimientos, los aprovechó para engañar á todo el mundo asegurando que había experimentado en sí misma los sucesos que dichas ciencias la enseñaron como posibles. Mas en lugar de hacer esto, convienen los naturalistas en que la Santa no hizo estudios semejantes; pues así lo demuestran la historia y las investigaciones más interesadas, ya en pro, ya en contra; y como también conceden que describió y trató hechos personales ajustados en todo á las enseñanzas científicas, haré notar de paso que, á más de convictos, hay que declararlos casi confesos de supernaturalismo; porque

muchos de sus conocimientos no los alcanzó por los medios naturales humanos.

No quiero adelantar conclusiones, y me limito á decir ahora, que resultan merecedores de crédito los relatos en que Santa Teresa describe los hechos que experimentó; porque pintan los sucesos cual si fueran imágenes fotográficas de la realidad que la ciencia demuestra, y esto, sin que al redactarlos tuvieran la más mínima parte, ni el fingimiento impiamente atribuido á su virtud, ni las mutilaciones ó cambios de ningún traductor infiel.

El supuesto naturalista que, simulando *tolerancia*, sostiene que Santa Teresa no escribió con malicia y dolo, sinó que fué una pobre ilusa que tomó por regalos divinos ciertas manifestaciones de su enfermedad, sugiere varios argumentos.

Desde luego, sería muy raro que el preclaro ingenio que con tanta facilidad, exactitud y maestría trasladó al papel todas sus impresiones, pensamientos y afectos, se hubiera equivocado groseramente al interpretar síntomas patológicos que, por serlo, estaban de una manera directa é inmediata bajo el dominio de su apreciación sensitiva. Porque no debe olvidarse que, si la Santa mereció los títulos de Doctora mística, sabia filósofa y notable escritora, fué por haber expuesto con fidelidad, sencillez y galanura cuanto sintió y aprendió en si misma; hasta el punto de que no hay verdadero sabio que pueda negarla esta justicia, cuando ve brillar en todos sus escritos las verdades que ostenta y declara la ciencia. Como ejemplo de lo que digo, se puede ofrecer la narración de sus males; porque al escribirla, tuvo que inspirarse solamente en sus pro-

pías observaciones, ya que los médicos de su tiempo apenas conocían el síndrome y diagnóstico de una neurosis que no se ha estudiado bien hasta nuestros días.

Lo raro no es imposible; y he aquí por qué debo examinar si confundió Santa Teresa sus enfermedades, con los estados místicos que asegura en sus obras haber gozado.

Mas antes de emprender mi tarea, conviene advertir, que los naturalistas al hacerse doctores en medicina, proceden de igual manera que cuando se doctoran de psicólogos y físicos; pues tales aires se dan, que cualquiera diría leyendo sus páginas que habian expuesto en otras la solución completa de un problema que, maravilloso y sobrenatural en la esencia de uno de sus términos, permanece también lleno de incógnitas en la parte que corresponde meramente á la patología.

Nada más obscuro en los estudios médicos que los numerosos capítulos dedicados á las *neurosis*: todos están plagados de nebulosidades; pero ninguno tanto como el que trata del éxtasis morbozo. Luego probaré que su estudio constituye para los patólogos, el de una neurosis desconocida y apenas investigada; limitándome á notar, por ahora, que los últimos *especialistas* que han publicado trabajos acerca de este punto interesantísimo, como Briquet, Bierre de Boismont, Piesse, Baillarger, Moreau de Tours, Bourneville, Regnard, Micheá, Richer, etc., dedican solamente algunas líneas á los éxtasis, en las que se demuestra su ignorancia respecto á la lesión anatómica que los engendra, á las causas que los determinan, á la fisiología

patológica que los rige, y cosa todavía más extraña, á multitud de síntomas ó signos que forman el grupo principal y característico, tanto, que me atrevería á llamar patognomónico.

Y sin embargo, en tan deleznable bases apoyan los naturalistas la siguiente proposición: «Los llamados éxtasis y raptos de Santa Teresa, y las tituladas hablas y visiones divinas, no fueron más que ciertos casos de neurosis acompañadas de fenómenos alucinatorios.»

En los siguientes capítulos irá viendo el lector lo que vale tan atrevida é impía proposición.

CAPITULO II.

QUE TRATA DE LA ENFERMEDAD
QUE PADECIÓ SANTA TERESA DE JESÚS,
SEGÚN SUS MISMOS ESCRITOS.



QUE Santa Teresa de Jesús padeció enfermedad perfectamente caracterizada por la ciencia médica, demuéstranlo varios párrafos de la *Vida* escrita por ella misma, que voy á copiar.

En el capítulo tercero de dicha obra, indica los comienzos del mal antes de su entrada en el convento, diciendo: *Poníame el demonio que no podría sufrir los trabajos de la religión..... Avíanme dado con unas calenturas unos grandes desmayos, que siempre tenía bien poca salud* (1).

Señalados tan ligeramente unos desórdenes, que muy bien pudieron ser *prodrómicos*, indica en el capítulo inmediato las causas del incremento de la enfermedad, el nombre de la misma y la marcha que siguió desde su ingreso en el monasterio. Dice así:

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. III. p. 21.

La mudanza de la vida y de los manjares me hizo daño á la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme á crecer los desmayos, y dióme un mal de corazón tan grandísimo, que ponía espanto á quien le vía, y otros muchos males juntos; y así pasé el primer año con harta mala salud, aunque no me parece ofendí á Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio; y como no le dieron los médicos de aquí (de Avila, que era desde donde escribía) procuró llevarme á un lugar adonde axia mucha fama de que sanaban allí otras enfermedades, y así dijeron harían la mía (1).

En tal estado la llevan á Becedas, en cuyo lugar probablemente algún charlatán la propina remedios y la somete á método tan inadecuado y contrario al plan curativo del padecimiento, que la inteligencia privilegiada de la ilustre enferma no puede menos do notarlo, aún careciendo de estudios oportunos. Así dice: *Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fué más recia que pedia mi complexión: á los dos meses, á poder de medicinas, me tenía casi acabada la vida, y el rigor del mal de corazón, de que me fuí á curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecía con dientes agudos me asian de él, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud (porque ninguna cosa podía comer, sino era bebido), de gran hastío, calentura muy continua y tan*

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. IV, pág. 26.

gastada (porque casi un mes me habían dado una purga cada día), estaba tan abrasada, que se me comenzaron á encoger los nervios, con dolores tan insoportables, que día ni noche ningún sosiego podía tener: una tristeza muy profunda. Con esta ganancia me tornó á traer mi padre, á donde tornaron á verme médicos: todos me desahuciaron, que decían, sobre todo este mal, estaba ética. De esto se me daba á mi poco: los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un ser desde los piés hasta la cabeza; porque de niervos son intolerables, según decían los médicos, y como todos se encogían cierto, si yo no lo hubiera por mi culpa perdido, era recio tormento. En esta reciedumbre no estaria más de tres meses, que me parecia imposible poderse sufrir tantos males juntos (1).

Como se ve, hay detalles en estas primeras páginas que suministran datos para diagnosticar el mal que sufría la Santa; porque un estado morbosó cuyos principales síntomas eran aquellos *desmayos* y aquel *mal de corazón tan grandísimo que ponía espanto á quien le vía, tanto que se temió era rabia*, y que *casi la privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él*; aquellas contracturas dolorosas *intolerables* y las alteraciones digestivas, acaso con dificultad para deglutir *porque ninguna cosa podía comer, sino era bebida*, forman un cuadro bastante significativo de un histerismo con ataques más ó menos completos.

Adviértase, que la Santa, no sólo empieza á describir su enfermedad en dichos renglones, sinó que

(1) Ob. cit. *Vida*. Cap. V, pág. 39.

también la denomina *mal de corazón*; nombre dado en España desde muy antiguo á los accesos de la histeria y la epilepsia, y de tal manera vulgarizado en muchas localidades españolas, que aún se conserva entre las personas que desconocen el tecnicismo científico.

Mas antes de continuar probando que Santa Teresa padeció histerismo, fijémonos atentamente en los principales caracteres de esta neurosis, según la describen todos los autores médicos.

Histerismo, vieja palabra de raíz griega, que hoy resulta impropia para expresar el concepto de la enfermedad que señala, designa una neurosis de manifestaciones tan numerosas que los antiguos médicos la llamaron el *proteo morbo*. Todavía existen muchos que agrupan bajo esta denominación casi todos los trastornos de índole nerviosa que observan: ligereza censurable, porque bien estudiado dicho proceso pático, se advierten caracteres bastante fundamentales para determinarlo, por más que presente cortejo de innumerables síntomas.

Pueden reducirse estos caracteres á dos fases; el *estado habitual* de los enfermos, que constituye como el fondo del cuadro histérico, y los *ataques ó accesos*, que se presentan con más ó menos frecuencia y hacen el papel de relieves en dicho cuadro. Además, importa mucho apreciar dos grados en esta enfermedad; uno menos intenso y grave, que se distingue bien de otras neurosis convulsivas, y que debe conservar el nombre de *histerismo común*; y otro más funesto, que presenta un conjunto de fenómenos que participan á la vez de las características del grado anterior y de otras

que Charcot y sus discípulos han titulado *gran histerismo* (1).

Los caracteres peculiares del *estado habitual*, común á entrambos grados, se refieren á la etiología, síntomas y naturaleza de la enfermedad.

Suele hallarse la etiología, unas veces en la herencia y otras en la educación y pesares; de tal modo, que el histerismo es hereditario en un 70 por 100 de casos; adquirido en la segunda edad, un 20 por 100 de veces, quedando los diez números restantes para las ocasiones en que provoca el histerismo alguna lesión del aparato sexual principalmente. Advertiré que lo dicho respecto á la herencia no significa que los ascendientes del sujeto hubieran de ser histéricos, pues basta que existiera en ellos la llamada *diátesis neuropática*, ó que coexista la *herencia colateral*.

En cuanto al género de vida y educación, resumiré lo escrito por otros y observado por mí, diciendo que las niñas mimadas, consentidas siempre en sus caprichos, abandonadas sin correctivo á enfados y cóleras injustas y frecuentes, sin hábitos de trabajo, estudio ni piedad; distraídas sólo en tertulias, espectáculos y juegos donde hallan mil incentivos de malas pasiones, y más aún, si entretienen sus ocios con lecturas de novelas inmorales, ó cuando menos frívolas; y, en fin, si ya mayores someten su organismo á los martirios que la moda y el lujo imponen, todas éstas son las vícti-

(1) Este nombre aventaja en propiedad al de *histero-epilepsia*, dado también á esta forma histérica; porque no significa la creencia, que parece indicar el segundo, de la reunión de dos elementos diferentes.

mas en que la histeria hace más segura presa. También el sexo predispone á este mal; pues aunque el hombre no está libre de padecerlo, es raro el caso, hasta el punto de formar en las estadísticas una proporción del 6 por 100.

De la naturaleza de la enfermedad diré que todos los patólogos se hallan de acuerdo afirmando que se trata de una neurosis, esto es, de un desorden ó trastorno del sistema nervioso, cuya lesión anatómica eludió hasta hoy las investigaciones de la ciencia; teniendo que contentarnos con inducir aproximadamente su causa por medio de los caracteres que ofrecen sus manifestaciones sintomáticas. Mil hipótesis, y solamente una que merezca el nombre de teoría (1), se han propuesto para determinar esa causa ó lesión orgánica; pero si en todas resulta el problema completamente desconocido, en la de Briquet se descubren algunos puntos luminosos que, cuando menos, convierten la sombra en penumbra, como puede verse reflexionando en el carácter dominante de los síntomas histéricos, que tienen por notas principales la excesiva impresio-

(1) Aludo á la de Briquet, que toma por base los hechos fisiológicos de las sensaciones y afectos apasionados humanos, y sobre ellos apoya el estudio clínico del cual deduce que la condición orgánica interna necesaria para que se produzca la enfermedad, es la extraordinaria susceptibilidad de los nervios cerebrales destinados al dolor, acompañada de gran dificultad para reaccionar contra las impresiones dolorosas. Añade que los agentes protoadores de dichas circunstancias serán los que aumenten aquella impresionabilidad ó debiliten el poder citado, y además los que originen el dolor.

nabilidad física y moral del sujeto y la rapidez casi vertiginosa con que obran los sentidos externos é internos, estorbando así los actos de la inteligencia racional en más ó menos grado y durante más ó menos tiempo, como puede juzgarse por la siguiente descripción sindrómica.

La sensibilidad del enfermo presenta juntos ó aislados diversos trastornos. Así se observa que un contacto brusco, ruidos inesperados, olores intensos, focos de luz muy viva, en una palabra, cualquier estímulo que impresione repentinamente sus sentidos corporales, provoca estremecimientos convulsivos, sobresaltos, desmayos y accidentes nerviosos, de los que voy á dar ligera reseña.

Unas veces sufre *analgesias*, que atacan, ya uno, ya los dos lados del cuerpo, principalmente el izquierdo, mientras en otros casos se limitan á regiones de mayor ó menor extensión. Con frecuencia se observan *hiperestesias* locales coetáneas ó alternativas, ora con las referidas analgesias, ora con *anestias* de otras partes más ó menos distantes (1). Charcot llama estas regiones hiperestesiadas *zonas histerógenas*, porque basta comprimirlas para determinar un ataque, y al contrario, la compresión hecha durante los accesos

(1) La *analgesia* se distingue de la *anestesia*, porque en la primera, lo único que pierden las regiones atacadas es la sensibilidad dolorosa, mas no el tacto; así es que con los miembros afectados pueden hacerse trabajos que exijan mucha delicadeza de ejecución. Una descarga eléctrica trasporta la analgesia al lado opuesto, y después de varias alternativas de sensibilidad é insensibilidad, desaparece, aunque transitoriamente.

devuelve instantáneamente el conocimiento al enfermo, si bien delira y es atacado de nuevo en cuanto cesan las presiones. Muchas veces padecen al mismo tiempo neuralgias epigástricas, costales, faciales y craneanas, siendo una de las más frecuentes la denominada *clavo histérico*.

Los sentidos externos también sufren desórdenes. La vista se pierde durante algún tiempo después de los accesos, de cuyo fenómeno presenta ejemplo notable una joven embarazada que actualmente asisto, pues tiene suspendida la visión una hora ó más al concluir los ataques de su histerismo. En los oídos, olfato y gusto se observan trastornos y alucinaciones.

La facultad locomotiva ofrece, ya temblores persistentes, generales ó parciales, ya contracturas y rigideces, ya parálisis solas ó acompañadas de anestias ó de hiperestias; y tienen todos estos síntomas la particularidad de suspenderse ó desaparecer muchas veces durante los sueños clorofórmicos ó hipnóticos. A las contracturas se refiere la sensación conocida con el nombre de *bolo histérico*.

En los actos vegetativos se notan malas digestiones, acompañadas de náuseas, vómitos pertinaces, con ó sin acúmulo de gases gastro-intestinales. Casi todos los enfermos sienten palpitaciones cardiacas, y su respiración, defectuosa en muchos casos, se debilita en algunos, provocando la *tos histérica* y hasta el síncope.

Intelectiva y moralmente considerado el sujeto histérico, se hace notar por cierta falta de equilibrio en los actos de las facultades correspondientes; pues revela desorden y poca madurez de juicio, así como

debilidades y apasionamientos inusitados. Impresionable la enferma, y veleidosa, llora sin pena, ríe sin alegría, encolerízase sin motivo, se entristece y acongoja sin causa. Así lo confirma la observación diaria y lo repiten los autores todos; diciendo Monneret, Landouzy, Briquet, Georget, Charcot, Regnard, Bourneville, etc., que casi todas las histéricas presentan, desde la edad más tierna, un carácter melancólico, impaciente, susceptible, colérico y voluble. Cosa nada extraña, por cierto, para quien recuerde que el alma y el cuerpo humanos ejercitan de continuo acciones recíprocas en virtud de su unión substancial; circunstancia que explica por qué la parte más noble de su sér refleja en sus actos la condición mudable y susceptible del sistema nervioso.

En medio de tan deshecha borrasca, sorprenden al observador, de vez en cuando, rasgos fascinadores de ingenio, actos maravillosos realizados por la imaginación ó los sentidos, que ve sucederse y apagarse cual vertiginosos relámpagos; pero que juzgados concienzudamente por el médico psicólogo, que no se deslumbra con tan efímero brillo, le sirven para comprobar más y más el caos en que se halla sumido el misero y desgraciado enfermo.

En efecto: la interpretación psico-patológica de semejantes hechos no es difícil. Sentidos con impresionabilidad exageradísima, imaginación exaltada y propicia para toda fantasía, memoria solicitada con energía incesante, nervios y células cerebrales recorridos sin tregua por vibraciones intensas hasta el dolor y el espasmo convulsivo, ¿qué imágenes ó signos interiores han de proporcionar para que el acto inte-

lectual, que se limita sólo á buscar y concebir la verdad con el concurso de las representaciones sensibles, pueda encontrarla en medio de tanto laberinto? Se producirán más signos, sí; hasta surgirán con más rapidez; pero independientes de la atención voluntaria, no darán margen sinó á un tropel de ideas y conceptos incompletos, desordenados, sin juicioso enlace, que lejos de facilitar el ejercicio de la inteligencia, se opondrán á él y acabarán por esclavizarlo. Miradas estas luces fatuas aisladamente, quizá deslumbren al observador vulgar; reflejadas en el claro espejo de la psico-fisiología, mostrarán más y mejor la triste faz de la cruel enfermedad.

Interrumpen el estado habitual descrito los *ataques*, *accesos* ó *crisis*, que si no aparecen repentinamente, llegan precedidos de prodromos constituidos por exacerbaciones de los síntomas expuestos, en medio de los que suele dar el sujeto un grito agudo ó ronco é inarticulado, para caer presa del ataque.

En los casos de histerismo común, que es el más frecuente, ofrecen los accesos el siguiente cuadro dibujado por Monneret (1): «Las convulsiones son una mezcla de espasmos tónicos y clónicos... De aquí resultan los movimientos tan bruscos, tan variados y enérgicos que se observan. Los miembros se mueven de todas maneras, y la flexión, la extensión rápida, la rotación, abducción y adducción, se suceden tan vertiginosamente, que apenas se concibe tal escena sin haberla presenciado alguna vez. El tronco y la cabeza

(1) *Comp. Med. prat.*, t. III.

se agitan con la misma irregularidad... La fuerza que desenvuelven es tanta, que varias personas vigorosas á duras penas pueden sujetar á una joven débil y delicada. Agítase el cuerpo como el de un reptil, se contrae de mil modos, brinca, y muchas veces se escapa de las manos que lo aprisionan. Durante los movimientos desordenados, se oyen chasquidos articulares... y al principio del ataque dirigen instintivamente las manos á su cuello para oprimirlo con violencia, quitar el obstáculo que se opone á la entrada del aire y vencer el espasmo que se apodera de toda esta región. Si no están vigilados, hieren con sus manos el rostro, el pecho, hacen presa en los cabellos y desgarran la piel.

»La cara se congestiona... Las mandíbulas se encajan ó se mueven, rechinando los dientes. Los músculos del cuello y pecho se contraen espasmódicamente, resultando un aumento de volumen considerable de la región cervical y un estado tónico de los inspiradores, que dificultan los actos respiratorios y circulatorios.»

Concluyen estos accesos, por regla general, con llanto abundante ó carcajadas, que no dejan expedita la palabra mientras duran. Los enfermos recuerdan mal, ó nada recuerdan de lo acontecido, al volver en sí. A veces predomina en los ataques de histerismo común alguna de las formas de uno ó dos períodos de los cuatro que caracterizan el *gran acceso histérico*; mas como faltan los otros signos, se llaman *ataques incompletos*, para distinguirlos del *acceso completo*, patognomónico del *gran histerismo de Charcot* (*histero-epilepsia* de otros autores), el cual consta de las etapas sindrómicas que voy á describir á grandes rasgos,

extractando las descripciones que hacen los escritores franceses de nuestros días (1).

El *primer periodo* se denomina *epileptiforme*, por la semejanza que tiene con los accesos epilépticos. El sujeto pierde el conocimiento, no respira y contrae tetánicamente sus músculos. Cuando la rigidez llega á su apogeo, desaparece y la sustituye un movimiento convulsivo poco marcado que precede á la relajación muscular, la normalidad de los actos respiratorios y al sueño con ronquidos, que son signos de tránsito al segundo periodo. Lo característico de esta primera etapa es la pérdida del conocimiento y la suspensión respiratoria.

El *segundo periodo*, llamado por Charcot *clownico*, por el parecido que tienen las actitudes que toma el paciente con las posturas y contorsiones de los clowns, se inicia también con la rigidez tetánica, y suelen extenderse los enfermos en arco de círculo. Sigue á esta rigidez el movimiento muscular, no en pequeña escala, como en el periodo anterior, sinó exageradísimo y desordenado. Comunmente las actitudes y gestos que aquí se observan, corresponden á los dolores y sensaciones penosas que el sujeto experimenta; pues no tiene perdido el conocimiento del todo. En esto, y en conservar la respiración regularizada, se distingue del primer periodo.

(1) El lector que desee conocer más detalles, puede consultar la *Iconographie photographique de la Salpêtrière*, de Regnault y Bourneville: París, 1876-1880; y los *Etudes cliniques sur l'hystero-épilepsie ou grande hystérie*, de Richer, París: 1.^a ó 2.^a edic.

En el *tercer periodo*, de *actitudes apasionadas*, el enfermo presenta un estado anestésico tan pronunciado, que no siente los estímulos traumáticos, ni las impresiones visuales, auditivas y táctiles. Caracterízase además, por los movimientos del paciente: ejecuta sólo aquellos que manifiestan sus deseos y afectos; así es, que sus ademanes y gestos traducen con fidelidad los sueños y alucinaciones que tienen durante esta parte del ataque, y que recuerdan al salir de él. A veces se acentúa más la expresión de dichas actitudes con algunas palabras ó frases entrecortadas y confusas. En dichos sueños y alucinaciones predominan escenas é imágenes ridículas, medrosas, lúbricas, terroríficas é iracundas; de ahí que las manifestaciones externas son de burla, miedo, caricia sensual, terror ó ira; mas en otros casos las imágenes son piadosas, devotas y tiernas, expresadas con las actitudes correspondientes.

El *cuarto periodo*, *delirante*, ofrece un ejercicio de los sentidos, cuyas impresiones interpreta falsamente la imaginación del enfermo. Este período dura pocos minutos algunas veces, y otras falta.

Los ataques histéricos incompletos se pueden repetir de tal manera, que en varias horas ó un solo día forman lo que se llama una *serie*; compuesta de diez, veinte, cincuenta, ciento y más.

Pasados los 40 ó 50 años de edad, son bastante raros los ataques, y se reducen á perder el conocimiento y á ligeras convulsiones. Si la enfermedad dura mucho tiempo, suele padecer el sujeto hipocondría melancólica, efecto de la debilidad y trastornos incessantes que experimentan los sentidos, las facultades locomotivas y vegetativas y las pasiones.

Hecha esta somera descripción, prosigamos las reflexiones interrumpidas.

Si el relato escrito por Santa Teresa de Jesús no continuase, después de lo copiado antes, y nada más supiéramos de su historia clínica, el diagnóstico podría, sin embargo, hacerse bien y con acierto; porque la pérdida de conocimiento y sensaciones externas, parcial ó completa, notada por la Santa, los accesos parecidos á la rabia, los dolores y contracturas nerviosas coetáneas y consecutivas á los ataques, la dispepsia y disfagia, la edad y sexo de la enferma, caracterizan el cuadro morbozo satisfactoriamente. Mas lo que resta en sus descripciones, proporciona un lujo de síntomas y signos que disipan toda duda.

Y no valga el argüirme diciendo, que cómo me atrevo á dar por supuesto el diagnóstico diferencial del histerismo epileptiforme con la epilepsia, faltando las observaciones clínicas que debían señalar la suspensión de los ataques por medio de las compresiones ováricas, la existencia de las demás zonas histerógenas, los efectos de las corrientes eléctricas, la constancia de la temperatura entre los 37° y los 38° y lo ineficaz de ciertos tratamientos; signos todos que separan las dos enfermedades; pues en cambio de la falta de estos datos, desconocidos en aquella época de la medicina, existen otros que no permiten vacilar, y que se refieren á los caracteres, consecuencias y terminaciones, ora de los ataques, ora del estado general morbozo, cual verá el lector.

Efectivamente : sacan á la Santa de Becedas, y el 15 de Agosto de 1537, llega la enfermedad á tal apogeo, que la administran la Unción, y la hubieran ya

enterrado viva, si su padre «no lo estorbaba muchas veces contra el parecer de todos, porque conocía mucho de pulso, y no se podía persuadir que estuviera muerta Teresa;» según cuenta el R. P. Rivera (1).

Mas véase cómo describe la Santa el suceso: *Vino la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, que hasta entonces desde abril avia sido el tormento, aunque los tres postreros meses mayor. Di priesa á confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme á menudo. Pensaron que era miedo de morirme, y por no me dar pena mi padre no me dejó..... Dióme aquella noche un parajismo, que me duró estar sin ningún sentido cuatro días, poco menos: en esto me dieron el Sacramento de la Unción, y cada hora ú memento pensaban espiraba, y no hacian sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera. Teníanme á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos. La pena de mi padre era grande de no me haber dejado confesar; clamores y oraciones á Dios muchos. Bendito sea Él, que quiso oirlas, que tiniendo día y medio abierta la sepultura en mi monesterio, esperando el cuerpo allá, y hechas las honras en uno de nuestros frailes, fuera de aqui, quiso el Señor tornase en mí..... (2).*

He aquí ya una de las formas del ataque incompleto del gran histerismo de Charcot, á la que Richer ha clasificado con el núm. 2.º entre las que titula, *Varietades por mezcla de fenómenos letárgicos. 2.º Ata-*

(1) *Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús.* Cap. VII, libro 1.

(2) *Vida.* Ob. cit. Cap. V. págs. 39 y 40.

ques de letargia con muerte aparente. Véase como las describe (1).

«No me extenderé mucho en los ataques de letargia con muerte aparente. Estos hechos fijaron hace mucho tiempo la atención de los observadores... Me contentaré citando aquí una observación notable de Pfendler, en la cual los accesos letárgicos fueron precedidos de varios histéricos.»

Copia el caso que cita, y añade: «En la observación de S. Marestant, referida más lejos, sobrevino un ataque de letargia con muerte aparente, á consecuencia de una crisis convulsiva muy violenta y fué seguida de nuevas convulsiones.

»Desde el punto de vista que nos ocupa, los fenómenos histéricos variados, que con frecuencia preceden á la invasión de los accesos de letargia, merecen llamar nuestra atención. Briquet, en los ocho casos de verdadera letargia que le fué dado observar, señala un comienzo epileptiforme, al menos.

»El principio de la letargia, dice, siempre fué precedido de convulsiones ó de contracción tónica de los músculos, de variable duración.—En muchos estas convulsiones se limitaban al trismo y á una ligera rigidez de miembros.—En otros hubo un ataque convulsivo completo, que duró cinco horas en un caso.»

«Duró la letargia en estos enfermos, de dos á ocho días.»

«Resulta de esto, que el acceso de verdadera letargia, como el ataque de sueño, va precedido habitual-

(1) Ob. cit. p. 260.

mente de fenómenos convulsivos, que unas veces se reducen á ciertos signos epileptiformes, y otras se hacen más extensos. Sobrevendría el ataque de letargia, pues, á seguida del primer período del gran ataque ó antes del segundo.»

Como se vé, no faltó en Santa Teresa ningún dato de los que acabo de consignar; pues su acceso de histerismo letárgico presentó antes varios ataques y síntomas histéricos, fué acompañado del signo característico de muerte aparente, duró cuatro días con pérdida completa de sentidos y conocimiento, probablemente de respiración y casi de pulso, si recordamos lo que dice el P. Rivera ya citado, y concluyó del modo que cuenta la ilustre escritora en el capítulo siguiente, diciendo:

Quedé de estos días de parajismo de manera que solo el Señor puede saber los incomportables tormentos que sentía en mí. La lengua hecha pedazos de mordida; la garganta de no haber pasado nada, y de la gran flaqueza, que me ahogaba, que aún el agua no podía pasar. Toda me parecía estaba descoyuntada, con grandísimo desatino en la cabeza; toda encogida, hecha un ovillo; porque en esto paró el tormento de aquellos días, sin poderme menear, ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, si no me meneaban; solo un dedo me parece podía menear de la mano derecha (1).

Es decir, las mordeduras de la lengua citadas por los autores, y observadas por mí en varios casos de

(1) *Vida. Ob. cit. Cap. VI, pág. 42.*

histeroepilepsia, la inmovilidad de cuerpo y miembros que á veces va unida con tal rigidez, que permite mudar á las enfermas de un lado á otro sin que varien de postura; posiblemente la sensación de disfagia, y en fin, los dolores vivísimos que en muchas ocasiones acompañan á esa rigidez é inmovilidad.

Además, vese clara la hiperestesia consecutiva al ataque cuando dice: *Pues llegar á mí no avia cómo; porque todo estaba tan lastimado que no lo podia sufrir. En una sábana, una de un cabo y otro me meneaban: esto fué hasta Pascua florida. Solo tenia que, si no llegaban á mí, los dolores me cesaban muchas veces; y á cuento de descansar un poco me contaba por buena, que traía temor me avia de faltar la paciencia; y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos y continos dolores, aunque á los recios fríos de cuartanas dobles con que quedé, recisimos, los tenia incomportables* (1).

Y por si algún fenómeno consecutivo faltaba en este cuadro, viene á darle la última pincelada nuestra Santa, diciendo: *Dí luego tan gran priesa de irme al monesterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta recibieron con alma; mas el cuerpo peor que muerto; para dar pena verlo. El extremo de flaqueza no se puede decir, que solo los huesos tenía ya; digo que estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mijorando casi tres años. Cuando comencé á andar á gatas, alababa á Dios....* (2). Es evidente la parálisis consecutiva histérica, que por lo común dura largo tiempo después del ataque, y que se junta siem-

(1) *Vida. Ob. cit. Cap. VI, pág. 43.*

(2) *Vida. Ob. cit. Cap. VI, pág. 43.*

pre á trastornos graves de la sensibilidad, sean anes-tésicos, sean hiperestésicos.

Lo expuesto, dice relación á la forma, consecuen-cias y fin del ataque. Cuanto á los síntomas del estado habitual de la enferma y la marcha del padecimiento, dibújalo muy bien la Santa escribiendo á los cuarenta años de su edad: *Púsele mis enfermedades por incon-veniente, que aunque sané de aquella tan grave, siem-pre hasta ahora las he tenido y tengo bien grandes; aunque de poco acá, no con tanta reciedumbre, mas no se quitan de muchas maneras. En especial tuve veinte años vómitos por las mañanas, que hasta más de me-diodía me acaecía no poder desayunarme, algunas ve-ces más tarde; después acá que frecuento más á menudo las comuniones, es á la noche, antes que me acueste, con mucha más pena, que tengo yo de procurarle con plumas ú otras cosas; porque, si lo deajo, es mucho el mal que siento y casi nunca estoy, á mi parecer, sin muchos dolores, y algunas veces bien graves, en especial en el corazón; aunque el mal que me tomaba muy con-tino, es muy de tarde en tarde perlesía recia, y otras enfermedades de calenturas, que solía tener muchas ve-ces, me halló buena ocho años há (1).*

Nótese bien aquí, en primer lugar, que hasta los últimos años de su vida padeció Santa Teresa las mo-lestias de su mal, aunque aliviadas, sin duda, por el influjo bienhechor y sobrenatural de sus favores misti-cos; puesto que ningún tratamiento médico adecuado usó para mejorarlas: y en segundo lugar, adviértase, que los síntomas que narra, son los propios del estado

(1) *Vida. Ob. cit. Cap. VII, pág. 60.*

habitual histérico; porque hablando del mal que la *tomaba muy continuo*, y que entonces era *muy de tarde en tarde*, *perlesía recia* (1), y *no con tanta reciedumbre*, se queja de padecer dolores, á veces muy graves, en el corazón ú otras regiones y vómitos cotidianos durante veinte años. Fenómenos morbosos que constituyen la dispepsia pertinaz y las neuralgias del histerismo; los cuales acabaron cuando murió la ilustre enferma.

Los últimos detalles, suminístralos Santa Teresa cuando escribe los párrafos que voy á copiar sin hacer comentarios; porque señalan caracteres tan gráficos, que basta leerlos para contemplar un cuadro acabadísimo de los signos que presentan los sentidos y facultades superiores de las histéricas durante los periodos de calma relativa que caracterizan su estado habitual. Dicen así:

Pocas cosas que me ha mandado la obediencia, se me han hecho tan dificultosas, como escribir ahora cosas de oración: lo uno, porque no me parece me da el Señor espíritu para hacerlo, ni deseo; lo otro, por tener la cabeza tres meses há, con un ruido y flaqueza tan grande, que áun los negocios forzosos escribo con pena.....

Escribiendo esto estoy considerando lo que pasa en mi cabeza del gran ruido della, que dije al principio, por donde se me hizo casi imposible poder hacer lo que me mandaban de escribir. No parece sino que están en ella muchos ríos caudalosos, y por otra parte que estas

(1) La palabra *perlesía* es calificativo que, como el de *mal de corazón*, usaba también y usa el vulgo en España para designar los accesos ó ataques de histerismo, epilepsía y, en general, las convulsiones.

aguas se despeñan; muchos pajarillos y silvos, y no en los oídos, sino en lo superior de la cabeza, á donde dicen que está superior del alma..... Plega á Dios que se me acuerde en las moradas de adelante decir la causa desto, que aquí no viene bien, y no será mucho que haya querido el Señor darme este mal de cabeza para entenderlo mejor; porque con toda esta barahunda de ellos no me estorba á la oración, ni á lo que estoy diciendo, sino que el alma se está muy entera en su quietud y amor, y deseos, y claro conocimiento (1).

Acaeciame algunas veces, y áun ahora me acaece, aunque no tantas, estar con tan grandisimos trabajos de alma, juntos con tormentos y dolores de cuerpo, de males tan recios, que no me podía valerme. Otras veces tenía males corporales más graves, y como no tenía los de el alma, los pasaba con mucha alegría; mas cuando era todo junto, era tan gran trabajo, que me apretaba muy mucho.

Todas las mercedes que me había hecho el Señor, se me olvidaban; solo quedaba una memoria como cosa que se ha soñado, para dar pena; porque se entorpece el entendimiento de suerte, que me hacía andar en mil dudas y sospecha..... Pareciame yo tan mala, que cuantos males y herejias se habían levantado, me parecía eran mis pecados.

Hame acaecido..... que coge de pronto el entendimiento por cosas tan livianas á las veces, que otras me reiría yo de ellas, y hácele estar trabucado en todo lo que él quiere, y el alma aherrojada allí sin ser señora

(1) Castillo Interior cit. Prólogo, p. 6: y Moradas cuartas. Cap. I, p. 37.

de sí, ni poder pensar otra cosa más de los discarates que ella representa, que casi no tienen tomo, ni atan, ni desatan, solo ata para ahogar de manera el alma, que no cabe en sí.....

La fé está entonces tan amortiguada y dormida como todas las demás virtudes, aunque no perdida..... para que casi como cosa que oyó de lejos le parezca que conoce á Dios. El amor tiene tan tibio, que si oye hablar en Él, escucha, como una cosa que cree ser el que es, porque lo tiene la Iglesia; mas no hay memoria de lo que ha experimentado en sí. Irse á rezar no es sino más congoja, ó estar en soledad; porque el tormento que en sí siente, sin saber de qué, es incomportable.....

Tener pues conversación con nadie es peor; porque un espíritu tan disgustado de ira pone el demonio, que parece á todos me querría comer, sin poder hacer más; y algo me parece se hace en irme á la mano, ó hace el Señor en tener de su mano á quien así está, para que no diga ni haga contra sus prójimos cosa que los perjudique.

Otras veces me hallo que tampoco cosa formada puedo pensar de Dios, ni de bien, que raye con asiento, ni tener oración, aunque esté en soledad, mas siento que le conozco. El entendimiento ó imaginación entiendo yo es aquí lo que me daña; que la voluntad buena me parece á mí que está, y dispuesta para todo bien; mas este entendimiento está tan perdido, que no parece sino un loco furioso, que nadie lo puede atar, ni soy señora de hacerle estar quedo un credo (1).

Con los datos expuestos, creo hallarme autorizado para resumir lo que precede asegurando, que Santa

(1) *Vida. Ob. cit. Cap. XXX.*

Teresa de Jesús padeció en su juventud *un ataque letárgico con muerte aparente de el gran histerismo de Charcot*, ó de la *histero-epilepsia* de otros autores; y que continuó sufriendo hasta sus últimos días el *histerismo común*, iniciado en su adolescencia (1).

Este juicio diagnóstico directo, tan claro y evidente, se irá ratificando en los ulteriores capítulos con el examen diferencial sucesivo que habré de ir haciendo con otras enfermedades, á propósito de la controversia naturalista; mas conviene advertir ahora los caracteres que separan la enfermedad de Santa Teresa de la epilepsia, la dispepsia y la melancolía histérica, desde el punto de vista exclusivamente médico, para dejar bien sentado mi criterio diagnóstico.

La epilepsia, único estado morboso con el que alguna vez se han confundido ciertos accesos de histerismo epileptiforme, se caracteriza por ataques sin prodromos, casi repentinos, con pérdida de conocimiento y sentidos, acompañada de movimientos poco enérgicos y extensos del cuerpo y los miembros, principalmente de un solo lado, de horrible disnea y boca espumosa; todo lo cual dura de unos veinte á treinta minutos; y luego, por períodos de intervalo más ó menos largos en los que presenta el enfermo signos de imbecilidad ó demencia cada vez más pronunciados al concluir los accesos; cosas que no se leen poco ni mucho en las minuciosas descripciones citadas, ni se hallan en las noticias biográficas contemporáneas de la Santa enferma.

(1) En otro capítulo, probaré que Santa Teresa no sufrió el período de las actitudes apasionadas, ni el ataque incompleto llamado extático ó éxtasis.

La dispepsia une á veces sus propios síntomas de gastralgias, enteralgias, malas digestiones, náuseas, vómitos, estreñimientos pertinaces alternados con diarreas y trastornos hepáticos, á otros pertenecientes á órganos y funciones más ó menos próximas ó lejanas, tales como palpitaciones cardiacas, disneas, alteración de temperatura, cefalalgias, hidroemia y varios desórdenes nerviosos. Así considerada, forma un grupo sintomático, que indudablemente presentó la Santa; mas lo padeció á título de cortejo de su enfermedad principal; y de no aceptarlo así, habria de concederse que en la historia clínica que estudiamos se unian dos entidades morbosas, una el histerismo, y otra la dispepsia. Juicio diagnóstico más tortuoso que el de considerar los trastornos dispépsicos que molestaban á la paciente, formando parte del cuadro completo de signos que caracterizan la neurosis que sufría.

Por último, haré notar que algunos autores llaman *melancolia* al conjunto de tristezas, tedios, llantos inmotivados y deseos de soledad que con frecuencia se destacan como rasgos importantes característicos del estado habitual histérico; mas la palabra *melancolia* tiene, cual diré luego, distinto valor técnico en medicina; y como además se presentan aquí otros signos que sobresalen al par de aquéllos, parece más adecuado el denominar este conjunto de fenómenos *carácter histérico*, nombre que expresa mejor la índole y la causa de dichas alteraciones (1).

(1) Algunos patólogos designan este grupo de síntomas con el nombre de *melancolia histérica*, para diferenciarla: yo prefiero el que propongo.

Cerrado ya este paréntesis, diré que, si bien resulta demostrado por los escritos de Santa Teresa que presentó las notas propias del carácter histérico, no es menos cierto que se distinguió mucho de las mujeres que padecen este mal, por sus cualidades intelectivas y morales. Tanto es así, que en lugar de la inconstancia, la frivolidad, los apasionamientos injustificados y viciosos, los esbozos de monomanías y la falta de valor y energía que siempre revelan esta clase de pacientes, se vió á la insigne reformadora perseverante, festiva y animosa, dominar con talento y firmeza de voluntad que admiran, no solamente los obstáculos de todo género que se opusieron á sus proyectos y fundaciones, sinó también los cansancios, veleidades, caprichos y torturas, en una palabra, los mil motivos de flaqueza y abatimiento que la proporcionaban los males ó trabajos que soportó tantos años con paciencia ejemplarísima.

¿Debióse esto al influjo sobrenatural de los auxilios divinos que prestó á la Santa el Supremo dispensador de toda virtud y fortaleza?

Entiendo y sostengo que sí. Las fuerzas humanas, solas y abandonadas á los tremendos embates de una enfermedad tan pertinaz, y que de tal manera se opone al ejercicio libre y ordenado de las facultades sensibles é intelectivas, como el histerismo, no pueden alcanzar tanto, ni mucho menos, en circunstancias ordinarias de fisiología patológica; pues ya se sabe que los trastornos corporales ejercen grandísima y perniciosa influencia en los actos del espíritu. Y aunque sea verdad que esta regla general tiene alguna excepción, de tal suerte, que un organismo impresionable con ex-

ceso puede ser instrumento que obedezca dócil á una inteligencia serena y clara y á una voluntad firme y recta, también lo es que en casos tales no se traspasan los límites naturales, y no brillan, por tanto, esas virtudes heróicas que hicieron de Santa Teresa un tipo acabado de perfecta mujer, de religiosa modelo y de maestra de místicos doctores.

CAPÍTULO III.

DE SI LAS MERCEDES SOBRENATURALES QUE GOZÓ SANTA TERESA DE JESÚS PUEDEN SER FENÓMENOS HISTÉRICOS QUE LA PATOLOGÍA ESTUDIA CON EL NOMBRE DE ÉXTASIS; Y DE SI AL INTERPRETAR AQUELLOS FAVORES DIVINOS EN SUS ESCRITOS, SE CONFUNDIÓ Y EQUIVOCÓ LA SANTA DOCTORA.



Las respuestas exigen las preguntas redactadas al frente de este capítulo. Limitándome á la primera, por ahora, y ajustando estrictamente las demostraciones á los datos que suministra la ciencia médica, probaré que no hay posible confusión entre los éxtasis divinos y los síntomas histéricos, llamados extáticos impropriamente.

Dos grupos de síntomas presenta el gran histerismo de Charcot, que tengo necesidad de someter al examen actual: el tercer período del gran ataque y una variedad de éste, que, según Richer, no es otra cosa sinó una modificación del mismo tercer período, y al que llama *ataque de éxtasis*.

Hé aquí cómo describe ámbos dicho autor (1): «Tercer período.—El carácter de este período se halla perfectamente definido por el nombre que le ha dado M. Charcot, período de *actitudes apasionadas* ó de *posturas plásticas*. Y en efecto, no hay aquí un simple delirio de memoria ó de imaginación; la enferma es presa de alucinaciones que la trasportan á un mundo imaginario. De este modo asiste á escenas en las que juega con frecuencia el papel principal: la expresión de su fisonomía y sus actitudes reproducen los sentimientos que experimenta; obra como si su ensueño fuera una realidad. Y por la mimica expresiva á que se entrega, así como por las palabras que deja escapar, es fácil seguir todas las peripecias del drama que se desarrolla delante de ella, ó en el que toma una parte activa; su alucinación, puramente subjetiva, se vuelve objetiva, en cierto modo, por la traducción que ella hace.

»Cuando se despierta, conserva la enferma el recuerdo de cuanto ha pasado, y su relato concuerda en todas sus partes con lo que se observó.

»Durante este período alucinatorio, se halla completamente insensible á todo estímulo exterior. La picadura, la titilación de la conjuntiva, la aplicación de una venda sobre los ojos, respirar el amoniaco, un ruido violento en la oreja, etc., nada turba el curso de su delirio. No conocemos más que dos procedimientos que desvanezcan el sueño de repente y vuelvan la enferma á la realidad: son, en primer término, la

(1) Obra citada.

excitación de las zonas histerógenas, y particularmente la compresión del ovario, cuyo efecto es constante é instantáneo, y después, el choque eléctrico, cuya acción, sin ser tan pronta ni tan segura siempre, no es menos manifiesta.

»El sujeto de las alucinaciones se halla colocado con frecuencia en el pasado de la enferma. Las escenas, que en sentido alegre ó desdichado impresionaron su imaginación, se reproducen con una viveza que el tiempo no puede aminorar, y sobre todo, las que han tenido influjo en el desarrollo de la enfermedad.

»Otras veces, al contrario, la alucinación es una pura creación que varía con la riqueza imaginativa de que la enferma esta dotada (1).

»Se pueden distinguir dos fases: la de alucinaciones alegres y la de alucinaciones tristes. Ambas fases se suceden y entrelazan sin interrupción. En un mismo ataque el cuadro alegre deja su vez al triste, ó al contrario, con la rapidez de las imágenes que pasan sobre los cristales de una linterna mágica. Con frecuencia, apenas comenzada una escena, se interrumpe bruscamente por otra. Hay allí como la terquedad de un mal genio, que no pueden evitar las enfermas. Se quejan amargamente diciendo, «que el lado alegre de un ataque, lo trastornan siempre visiones terribles, y que en este sueño hay más desdicha que bienestar.»

Después, cita el autor varias observaciones clínicas

(1) La palabra *creación* en este párrafo, expresa un error psicológico que ya conocen los lectores.

que comprueban los síntomas descritos; y concluido este capítulo, trata en el V de la misma obra, de la variedad del gran ataque histérico por modificación del tercer periodo, y la titula con los nombres de *ataque de actitudes apasionadas ó ataque de éxtasis*. Dice así:

«El tipo de esta variedad del ataque histero-epiléptico, se reproduce artificialmente, en cierto modo, por las inhalaciones etéreas.

»Bajo el influjo de la respiración de los vapores del éter, la enferma ve comparecer las alucinaciones que forman habitualmente el tercer período de su ataque. Sin pasar por el período epileptóideo, ni por el de los grandes movimientos, entra de repente en el tercero y ejecuta las posturas plásticas que responden á su alucinación.

»Entre las observaciones de *éxtasis* que se hallan en los autores, gran número presentan todos los caracteres de la *actitud apasionada*.

»Los principales rasgos del éxtasis los traza así Michèa:

«Absortos en los objetos de su contemplación, los extáticos, ora están silenciosos é inmoviles, ora hablan, cantan, gesticulan y toman actitudes relacionadas con las ideas, sentimientos é imágenes cuyo imperio sufren. Los sentidos se pierden las más veces, y la sensibilidad general está de ordinario completamente atacada. La fisonomía queda, por lo común, coloreada; el pulso siempre perceptible, se acelera con frecuencia. La respiración se efectúa de una manera normal. A veces se hace un poco más lenta. La piel conserva su calor habitualmente. Sin embargo,

alguna vez se enfrían las extremidades. Cuanto más se debilita la sensibilidad general ó especial, más energía adquiere la idea-imagen y más se aproxima á la alucinación, en la que concluye por caer. Las alucinaciones son muy variadas y en relación con las ideas y la manera de vivir de los extáticos. Al salir de sus accesos, principalmente de los paroxismos del éxtasis místico, ciertos sujetos acusan gran vigor corporal, y continúan experimentando un contento, una quietud de espíritu indecible, y *hablan con entusiasmo de todas las visiones deliciosas* que han tenido y cuya corta duración lamentan.» *Michèa. N. D. de méd. et de chir. prat., arti. Extase.*

«Tales son, continúa Richer, los caracteres del éxtasis que autorizan la semejanza que establezco en este momento. No intento hacer aquí la historia de todos los extáticos célebres, ni tengo la pretensión de reducirlos todos á las mismas proporciones, á fin de hacerlos entrar exactamente en igual marco. El éxtasis es, con mucha frecuencia, un estado complejo que á veces se asocia con fenómenos morbosos de diversa naturaleza... No niego que el éxtasis no pueda encontrarse fuera de la histeria, lo propio que la catalepsia y el sonambulismo que más lejos estudiaremos. Lo que deseo hacer constar aquí es, que existe un éxtasis histérico que no es otra cosa sinó la actitud apasionada, de la que más arriba hemos precisado los caracteres, y que dicha actitud apasionada, fragmento arrancado del gran ataque histérico, es como el fondo común sobre el que vienen á agruparse las manifestaciones variadas, bizarras, ó extraordinarias, que dan á numerosos hechos del éxtasis su carácter maravilloso.»

Richer describe y cita varios casos clínicos que comprueban sus asertos, y luego continúa : «Los ejemplos que preceden bastan para ver el desarrollo que pueden tomar las actitudes apasionadas del tercer periodo del gran ataque histérico. Me reservo tratar más tarde ciertos hechos extraordinarios de éxtasis.»

Cuando más tarde (1) habla de esos hechos extraordinarios, se limita á copiar tres casos de éxtasis; uno del siglo XIII, que califica de cataléptico, y otros dos de nuestro siglo, que juzga como accesos del tercer periodo del gran ataque histérico.

Por último; en el *Apéndice* de su libro, y bajo el epígrafe de *La histeria en el arte, Cuarta Sección; Los extáticos* (2), redacta los párrafos que voy á copiar íntegros. Preste paciencia el lector.

«El éxtasis histérico no posee por sí mismo caracteres peculiares que permitan distinguirlo de las otras variedades de éxtasis. Nosotros lo consideramos como una forma del gran ataque, trozo arrancado del tercer periodo, ó periodo de las actitudes apasionadas. Los signos diagnósticos que permiten reconocer la naturaleza histérica se hallan mucho más en los fenómenos que la preceden ó la siguen y en los síntomas variados que presenta el sujeto en el intervalo de las crisis. Así, una actitud extática, precedida ó seguida de algunos fenómenos pertenecientes á los demás periodos del gran ataque; constricción faríngea, fenómenos epileptoideos, por atenuados que estén, contorsiones, etc.,... pueden atribuirse, sin dudas, á la

(1) Ob. cit. pág. 209 y sig.

(2) Ob. cit. pág. 954, 955, 956.

gran histeria. El diagnóstico sería más seguro aún, si en el intervalo de las crisis presentaba el paciente los estigmas de la histeria; anestesia, acromatopsia, etc... Mas lo repito, la fisonomía exterior del éxtasis no basta para caracterizarlo. No tenemos aquí, como en la crisis de las convulsiones demoniacas, ese conjunto de signos que se pueden llamar patognomónicos.

«Así, las representaciones de extáticas se hallan lejos de tener, bajo el punto de vista especial en que nos colocamos, el interés que ofrecen las tablas de poseidos. Se puede, con más ó ménos verosimilitud, imaginar una actitud extática, y no se inventan ciertos rasgos tan precisos del ataque demoniaco.

»Desde el punto de vista de los fenómenos externos, que es solamente lo que nos interesa aquí, no encontramos dos extáticos que se parezcan. Hé aquí algunos ejemplos tomados á Gorres (citado por el P. de Bonniot, *Le miracle et les sciences médicales*, p. 191), entre los hechos de éxtasis místicos.

»Beatriz de Nazaret quedaba en el coro inclinada sobre su silla, *como una persona dormida*, no viendo nada, ni entendiendo nada. Cristina de Stumtéle no daba ningún signo de vida; no respiraba, y *su cuerpo estaba rígido*, como el de un muerto... *Los piés y las manos de Santa Catalina de Sena se contraían de una manera convulsiva*; sus dedos se entrelazaban y afeerraban con tanta fuerza los objetos que tenían en el momento del acceso, que se le habrían cortado mejor que hacerles soltar la presa; *todos sus miembros tenían la rigidez de la piedra*. San José de Copertino daba un grito, *caía de rodillas, con los brazos extendidos en cruz*; ni un soplo salía de su boca, etc.

»Todos estos fenómenos externos del éxtasis se hallan en la histeria; esas rigideces, esas contracturas, tienen apariencia eminentemente histérica. Para no citar más que un ejemplo, recordaría que Leroux, en sus ataques de éxtasis, quedaba enteramente rígido y los brazos extendidos en la actitud de la crucifixión.

»Mas veamos que los artistas, en las representaciones que han hecho de extáticos, han olvidado, á propósito, toda apariencia de violencia, todo fenómeno convulsivo. Para ellos, el éxtasis es una postura expresiva, una pura actitud apasionada; todos sus esfuerzos consisten en expresar, en hacer exterior un fenómeno interno; en una palabra, en traducir objetivamente, por los rasgos de la fisonomía y los movimientos del cuerpo, lo que sucede en las regiones del espíritu inaccesibles á la vista.

»Así es como, para citar algunos ejemplos, el éxtasis reviste los signos exteriores de una plegaria ardiente, como en un fresco de Sodoma que representa á Santa Catalina de Sena intercediendo por el alma de un ajusticiado; de la sorpresa, de la admiración, como en otro fresco del mismo pintor mostrando á Santa Catalina en éxtasis; de la calma, del gozo interior, del raptó, como en las Inmaculadas Concepciones de Murillo y de la Escuela española; de la contemplación, como en la tabla de Murillo *San Francisco en éxtasis*; del amor poseído y satisfecho, como en las tablas de Murillo que representan á San Antonio de Padua rodeando en sus brazos al Niño Jesús; de la aceptación, de la sumisión, como en la «Aparición de la Virgen á San Bernardo,» de Murillo; en fin, también del sufrimiento y el dolor, como en el «San Francisco recibien-

do los estigmas,» de Cigoli; de la debilidad y el abatimiento, como en un fresco de Sodoma que ofrece el desvanecimiento de Santa Catalina, ó bien aún en una tabla de Lanfranchi, que representa á Santa Margarita de Cordona en éxtasis.

»Para dar todas estas expresiones variadas, los artistas han podido hallar inapreciables modelos en los sujetos histéricos. Este aserto no parecerá atrevido, ni exagerado á todos los que, como nosotros, hayan visto histéricas, jóvenes vulgares, en cierta fase del gran ataque, tomar, bajo el imperio de alucinaciones del orden religioso, actitudes de tan verdadera y tan viva expresión, que los más consumados actores no podrían hacerlo mejor, y que los más grandes artistas no sabrían hallar en los modelos más dignos de su pincel.»

Reflexionando ahora detenidamente las descripciones é ideas que acabo de copiar, diré, que si bajo el concepto clínico del gran histerismo, estoy de completo acuerdo con el autor, no puedo menos de lamentar la confusión que hay en esas páginas entre los hechos morbosos, convencional é impropriamente llamados éxtasis, y los verdaderos divinos ó sobrenaturales. Los errores de Richer, como los de todo patólogo que piensa y escribe como él, ó mucho peor que él, nacen de la ignorancia en que se hallan sumidos respecto á conocimientos teológicos, y de las equivocaciones psicológicas que cometen á cada paso, por las ideas naturalistas que informan sus estudios.

¿Qué de común hay, ni puede haber, entre los sucesos místicos y los fenómenos histéricos? Sólo una ligerísima semejanza en los signos meramente exteriores, ó mejor dicho, aparente analogía en muy confa-

dos casos, y casos que no tienen bien definida su naturaleza y causa. Fuera de esto, diferencia completa y abismo profundo que separa unos de otros hechos, en cuanto á la causa, los signos internos y las consecuencias. Voy á demostrarlo fácilmente.

¿Qué son el tercer período del gran acceso histérico y las variedades de los ataques de actitudes apasionadas de Charcot, ó ataques de éxtasis de Richer? Grupos de síntomas cuyo valor morboso se puede resumir considerándolos como el resultado accidental de los trastornos producidos en el cerebro por el histerismo. Por eso en los detalles que describe Richer no se ven más que desórdenes de las funciones cerebrales. El autor mismo lo dice: durante los ataques del mal que minuciosamente relata, todos los signos, gestos y actitudes exteriores corresponden y expresan las alucinaciones de que es víctima el sujeto. ¿Y qué son las alucinaciones, causa inmediata de aquel conjunto sindrómico, sinó trastornos de las regiones del encéfalo destinadas á la facultad sensitiva? Véase claro que en estos casos se trata únicamente de fenómenos morbosos, debidos también á una causa patológica (1).

¿Y en los éxtasis divinos? Al contrario: una causa sobrenatural produce actividades poderosísimas de la inteligencia, cuya intensidad suspende *fisiológicamente* las funciones de los sentidos y debilita ó aminora las vegetativas y locomotivas, hasta el extremo y de la manera que consigné al tratar de dichas mercedes celestiales.

(1) En el próximo capítulo trataré de las alucinaciones.

¿Por qué, pues, la *equivocación* (1) de los médicos? No por otra razón que la de confundir voluntaria ó involuntariamente las operaciones activísimas de la inteligencia y voluntad racionales, acompañadas conaturalmente de los signos que se refieren á las otras facultades inferiores, con los fenómenos alucinatorios y demás trastornos encéfalo-medulares propios de la neurosis llamada *gran histeria*.

Y nada más distinto que ambos hechos. Cuanto sucede en el histerismo, ya lo dije, lo explica perfectamente la excesiva impresionabilidad y la exaltación morbosa de los órganos sensitivos. Los sentidos externos, la imaginación y la memoria excitados así, ejecutan actos más rápidos, más vivos, más notables; y como estas facultades se hallan vecinas á la inteligencia, y sus representaciones son los signos por medio de los que busca ésta y concibe la verdad, resulta que los actos sorprendentes que á veces llevan á cabo las primeras, podrán influir mucho en los de las potencias racionales. Mas nótese bien, que la causa de dichas actividades sensitivas no es otra sinó la disposición morbosa exagerada del sistema nervioso, que al par de provocarlas con mayor intensidad y rapidez, las hace muy desordenadas; tanto, que las alucinaciones son su obligado acompañamiento. De donde lógicamente se deduce que, léjos de favorecer la atención racional voluntaria, la estorban y hasta la impiden con harta frecuencia.

No podría ser de otro modo: porque la multitud de

(1) Quiero llamarla así, por no calificarla con más justicia y propiedad.

pensamientos nacidos en estos casos patológicos de aquella confusión de imágenes sensibles proporcionadas por los sentidos internos y externos, distraen é interrumpen la atención racional, dando lugar á un torbellino de conceptos incompletos y de juicios ilógicos. Por consiguiente, hacer idénticas las uniones místicas de amor divino y los éxtasis del histerismo, cual lo suponen Richer y los de la misma escuela, es confundir las poderosas y extraordinarias y ordenadas actividades intelectuales, con el enflaquecimiento y trastorno morboso de las facultades sensitivas.

Si del examen de las causas, descendemos ahora á la comparación de los signos y síntomas de ambos hechos, la sorpresa que ocasionan las opiniones naturalistas no es menor.

Dice Richer al describir los síntomas de los accesos histéricos, que durante los periodos de actitudes apasionadas y los ataques de la variedad extática, hay siempre alucinaciones con dos fases, la risueña ó alegre y la triste, que alternan hasta el fin del acceso. Añade que las imágenes y escenas alucinatorias son reproducciones fieles de otras reales que impresionaron á la enferma en su pasada vida, sobre todo, las que recuerdan el hecho que dió motivo á la explosión de su mal. Que se refieren á sentimientos diversos; y que las posturas, gestos, actitudes y palabras fotografian los sucesos que comparecen ante los cerebros exaltados de las pacientes, las cuales conservan el recuerdo alucinatorio al concluir los accesos. Por último, acaba el capítulo con las siguientes proposiciones:

«1.^a La actitud apasionada expresa siempre un sentimiento, un acto, ó un pensamiento.

»2.^a Durante la actitud apasionada, las facultades intelectuales se hallan activas: hay siempre alucinación.

»3.^a Durante la actitud apasionada, la sensibilidad general y especial está completamente abolida; pero la enferma conserva la libertad de sus movimientos» (1).

El autor cita casos clínicos en apoyo de su descripción, que voy á clasificar en tres grupos. El 1.^o comprenderá las observaciones que sirven á Richer de ejemplos del tercer período del gran ataque histérico de Charcot; son las de Gl..., pág. 90, la de Marc... pág. 96, la de Gen... pág. 107, la de Ang... pág. 108, la de Wit... y Ler... pág. 109; la de Suz. N... pág. 112 y la de Alph. B... pág. 114. El 2.^o grupo consta de las citas anteriores y además de otros casos que copia de Bourneville, pág. 213, de Dubrisay, pág. 215, de Sanderet, pág. 216, y de Mauriac y Verdalle, pág. 219: todos para mostrar la variedad que titula *ataques de éxtasis*. El 3.^{er} grupo lo formaré con los que copia el autor narrando la vida de Douceline, pág. 903, los sucesos de María de Mærle y de Luisa Lateau, páginas 906 y 909 y las que inserta el libro del P. de Bonniot.

De las observaciones comprendidas en los dos primeros grupos, sólo diré que retratan por el conjunto y los detalles el cuadro que describe Richer al pintar el período de actitudes apasionadas ó posturas plásticas

(1) Los capitalísimos errores psicológicos que comete Richer en estos renglones respecto al fenómeno alucinatorio, los apreciará muy bien el lector del capítulo que dedico á las alucinaciones.

de Charcot, y que repite luego al dibujar el síndrome de la variedad histérica extática. En unos y otros pueden verse las escenas mímicas y las palabras con que manifiestan las enfermas sus alucinaciones, y que generalmente siguen la marcha sucesiva de los afectos del miedo, el terror, la súplica, lubricidad, cinismo erótico, ira y amenaza, tristeza, llanto y crisis. Alguna vez, se mezclan al principio, medio y fin de los accesos, actitudes y frases más ó menos claras ó confusas de plegaria, cantos y ensueños religiosos, que alternan con las otras de miedo, terror y, sobre todo, de apetitos lúbricos.

En cuanto á los casos que forman el 3.^{er} grupo, aseguro que, léjos de probar lo que Richer y otros autores pretenden, muestran más y mejor la honda sima que los separa y que se procura en vano cubrir con omisiones y *huidas* incalificables é impropias de concienzudos y serios escritores (1). Pero ya se ve; nada es más cómodo en las discusiones científicas que no sostenerlas, so pretexto de tenerlas ya probadas. ¿Qué hace Richer en este caso? Poner varios ejemplos de pacientes realmente histéricos que sufren accesos de histerismo bajo una ú otra forma; tomar luego al azar sucesos sobrenaturales á todas luces, como los de San Francisco de Asís, San José de Cupertino, Santa Catalina de Sena y Santa Teresa, ú

(1) Al copiar Richer las citas del Dr. Lefebvre y del P. de Bonniot, omite cuanto ambos ilustrados publicistas católicos dicen á propósito de tales sucesos. ¿Es que teme resplandezca la verdad? ¿Es que no se atreve á discutir con dichos maestros? De todos modos hace mal.

otros que, no definidos aún por la Iglesia, no se deben calificar todavía, pero que de ninguna manera caben dentro de los cuadros patológicos puros; y hecha tan caprichosa elección, juntarlos todos en igual categoría sin estudio previo, ni examen, ni criterio científico que autoricen al médico prudente y sabio para unir así hechos cuyo solo aspecto exterior separa en absoluto, después que su causa engendradora los aparta con la distancia que media entre lo infinito y lo finito.

Ni una sola alucinación padecen los favorecidos místicos durante sus éxtasis divinos; no se observa en ellos esa incesante alternativa de fases alegres y dolorosas; no hay mímicas ni palabras que retraten escenas terroríficas, iracundas, amenazadoras, locas, ni mucho menos libidinosas y cínicas; jamás se *quejan* los extáticos *amargamente diciendo*, como las histéricas (1), *que el lado risueño de su ataque, lo trastornan siempre visiones terribles, y que en este sueño hay más desdicha que bienestar*: nunca van precedidas prodrómicamente las mercedes celestiales, *aunque los sujetos padezcan histerismo*, de los anteriores periodos del gran ataque, ni de accidentes epileptiformes ó convulsivos... ¿Dónde, pues, halla el autor datos que le permitan colocar los sucesos místicos en sus cuadros histéricos? (2). Y si no los tiene, ¿cómo se atreve á escribir cual si los poseyera cumplidamente?

Mas no es achaque sólo de Richer esto que lamen-

(1) Véase folio 187.

(2) Sólo podría encontrarlos en su ignorancia *respecto á teología* y psicología; mas tal carencia de conocimientos ha debido hacerlo más cauto.

tamos ; es de toda la escuela naturalista. El P. de Bonriot, tratando este punto (1) escribe los renglones siguientes , que si leyó el discípulo de Charcot al copiar la cita que dijimos , no tuvo á bien combatir: «La pretensión de la *ciencia* respecto del éxtasis, sería verdaderamente chistosa, si no afligiera. ¿No diríamos oyéndola, que tal fenómeno no tiene para ella nada misterioso? La ciencia , en la cuestión que nos ocupa, toma el nombre de *patología* , ciencia de las enfermedades. Ahora bien ; la patología se halla muy poco adelantada , por más vieja que sea. No ve claro por ninguna parte ; por doquier tantea un poco , mas en presencia de las enfermedades nerviosas , de las *neurosis*, como ella dice, está sumida en las más profundas tinieblas. «La naturaleza de las neurosis es poco sabida,» dice el profesor Georget. Los éxtasis que, según los patólogos , serían una especie de neurosis , lejos de ser conocidos , no se han estudiado aún. M. A. Maury escribe: «Los médicos procuran estudiar la verdadera naturaleza de este fenómeno (del éxtasis), apreciar las causas , juzgar los detalles.» Es una frase correcta, y nada más. Los médicos no han hecho nada de lo que les atribuye el profesor del Colegio de Francia. Es fácil convencerse. Recórranse las muchas y voluminosas obras publicadas por nuestros contemporáneos sobre las neurosis; ciertamente se las encontrará llenas de observaciones bien hechas , de sabias conclusiones acerca de todas las enfermedades nerviosas conocidas. Sólo el éxtasis se trata con una parsimonia increíble ; algunas líneas , y esto es todo. ¿Qué

(1) Ob. cit., pág. 187.

se ha de pensar sinó que faltan los hechos, y por consiguiente la ciencia, porque dicha ciencia se apoya necesariamente en los hechos? El Dr. Michea, último que al escribir sobre el éxtasis ha debido aprovechar los trabajos de todos sus predecesores, resume así lo que se sabe acerca de este punto: «El éxtasis es una afección que tiene por asiento el cerebro; pero cuya lesión anatómica escapa al estado actual de nuestros conocimientos.» Nosotros creemos que así de adelantados estaban en la Edad Media.

M. A. Maury dice también: «Cuando la teología reinaba sola y sin rival, no se procuraba profundizar la causa del fenómeno, ni notar los detalles y las anomalías; limitábase á admirar.» Nosotros hemos interrogado primero á los autores médicos; solamente después de tales maestros hemos llegado á los teólogos. Pues bien, debemos decirlo; el aserto de M. Maury es lo contrario de la verdad. Los médicos reemplazan la admiración con el desdén, mas se contentan y no profundizan nada la «causa del fenómeno.» Los teólogos admiran poco y se ocupan muy en serio de la «causa» y de los «detalles,» repartiendo sobre el asunto una luz verdaderamente satisfactoria. Seríamos dignos de vituperio si no nos volviésemos de preferencia hacia el lado donde el día es más claro. Por lo demás, no dejaremos de tomar de los médicos cuanto bueno tengan.»

Por su parte el Dr. Lefebvre, al emprender el estudio comparativo de las enfermedades con los hechos sobrenaturales de que trata en su citada obra, dice así:

«He hallado cierto número de hechos, no sólo análogos, sinó idénticos á los fenómenos observados en

Bois d'Haine (1). No los he recogido en los fastos de la medicina; al menos han llegado á ellos por segunda mano; pertenecen á los anales religiosos. Desde San Francisco de Asís, muerto en 1226, hasta Maria de Mørle, nuestra contemporánea, fácilmente podrían contarse unas sesenta personas entre hombres y mujeres que han tenido estigmas de sangre... Gran número tenían al mismo tiempo éxtasis.

»Tal vez se nos interrumpirá diciendo: hé ahí la especie morbosa á que pertenecen los fenómenos cuya génesis buscáis. Esto sería simplemente resolver la cuestión por la cuestión misma. En efecto; ¿cuál es el objeto de nuestro estudio? Averiguar si los fenómenos que presenta Luisa Lateau, son hechos patológicos naturales; y para demostrarlo así, ¿se limitaría uno á citar los consignados en la mística cristiana, y ante los que se levanta igual cuestión?

»Permitasenos una comparación que hará más evidente la analogía. La Sagrada Escritura relata nominalmente, si mal no recuerdo, nueve ejemplos de muertos resucitados. Mas ¿qué diríais, solamente desde el punto de vista lógico, del crítico que, tratando de la resurrección de Lázaro, discurriera diciendo: «La resurrección de Lázaro es á todas luces un hecho del orden natural; pruébalo el hallar en los Sagrados Libros ocho casos análogos?»

»No es, por tanto, en la mística cristiana, sinó en la patología, donde buscar debemos hechos que puedan ayudarnos á interpretar los fenómenos observados racionalmente...»

(1) Estigmas y éxtasis.

Por si á Richer y sus colegas no les parecen convincentes nuestras razones, voy á ceder la palabra con gusto á la pluma de Santa Teresa; pues quien lea detenidamente sus escritos habrá de afirmar que la eximia Doctora no se confundió al distinguir los sucesos divinos y los fenómenos histéricos: tan claras se ven las diferencias que señala en unos y otros casos, ora en los signos corpóreos, ora en los del espíritu.

Efectivamente: Santa Teresa no pudo hallar analogías entre aquel *mal de corazón tan grandísimo que ponía espanto á quien lo veía, que algunas veces parecía con dientes agudos la asían de él, tanto que se temió era rabia, ó entre aquel parajismo que duró cuatro días, con la lengua hecha pedazos de mordida, la garganta que aún el agua no podía pasar; toda encogida hecha un ovillo; y los signos corpóreos propios de sus éxtasis y raptos místicos, de los que, como saben los lectores, dice: *el deleite exterior que se siente, es grande..... el cuerpo vase enfriando, aunque con grandísima suavidad. Sin prevenir el pensamiento, ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte..... que muchas veces querria yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas que es en público..... y era imposible, sino que me llevaban el alma y la cabeza tras ella, y el cuerpo hasta levantarlo.....* (1).*

Tampoco podía encontrar semejanza ninguna entre los accesos de una enfermedad *que casi la privaba el sentido siempre, y algunas veces quedaba sin él, durando una vez el estar sin ningún sentido cuatro días,*

(1) No cito aquí las páginas, porque lo hice al copiarlas antes. Haré lo mismo con las que siguen, por igual razón.

y los dulcísimos sueños que procuraban á la sensibilidad los éxtasis y raptos de las potencias superiores del espíritu, mientras los que presentaban el entendimiento y la voluntad actividades prodigiosas.

Menos aún pudo encontrar dichas analogías ni semejanzas investigando las consecuencias ó efectos en unos y otros casos; porque al salir de sus ataques histéricos, hallaba en la parte corporal señales de los traumatismos sufridos durante aquéllos, *sin haber cómo llegar á ella, porque todo estaba tan lastimado, que no lo podía sufrir*; sentía molestias sin cuento, representadas unas veces por contracturas, *dolores intolerables*, cardialgias é hiperestesias de todo género; otras por parálisis más ó menos duraderas, con desórdenes de los sentidos; y siempre, por cansancio, quebrantamiento músculo-articular, aumento de sus dispepsias y demás síntomas habituales; y en el estado de las potencias superiores de su alma, falta de conciencia de lo acaecido, y cuando más, recuerdos inexactos ó confusos de los desórdenes mentales, abatimiento, tristeza, tedio, angustias é ineptitud para cualquier acto moral ó intelectual.

En cambio, al concluir el éxtasis ó raptó, notaba bienestar fisiológico, alivio de las molestias habituales enumeradas, memoria clarísima de los actos del espíritu llevados á cabo, rara elocuencia para transmitir estos recuerdos, y dulzuras, alegría, paz, energía, valor, caridad y virtudes encendidas, pensamientos, ideas y conceptos profundos acerca de verdades teológicas y metafísicas arduas y elevadas. Ventajas y dádivas que la regalaba el Dispensador de los favores místicos, y que iba cada vez atesorando más y más su alma, tan enamorada de Dios.

Con tales datos recogidos en sí misma, Santa Teresa, dotada de un espíritu observador, de juicio recto, de talento profundo y de humildad á prueba, debió ser apreciadora y expositora fidelísima cuando se vió forzada, por obediencia, á escribir con exactitud y verdad de cuanto había experimentado. Debió serlo, y lo fué; porque ni padeció equivocaciones, ni cayó en confusión. Así es que, al describir sus accesos histéricos, narra escenas de trastornos morbosos en la sensibilidad y movimientos, acompañadas de letargos de los sentidos, las facultades intelectivas y los afectos morales; letargos que, cuando no eran completos, se veían interrumpidos por algún que otro fulgor siniestro que revelaba el desorden; y al pintar sus éxtasis y raptos místicos, dibuja cuadros iluminados por las extraordinarias y sobrenaturales actividades de la inteligencia y la voluntad, á cuyo lado moraban plácidos ensueños de los sentidos y elevaciones maravillosas.

Y si, dejando ahora el conjunto, pretende la crítica encontrar otras pruebas en los detalles, fácilmente los hallará leyendo los capítulos que la Santa dedicó á comparar algunos fenómenos propios de su mal con los signos de sus uniones amorosas divinas; porque en dichos capítulos, no satisfecha con poner de relieve las diferencias que separan unos de otros, llega á dar consejos para remediar, no sólo las confusiones posibles en estos difíciles casos, sinó también la mala elección de las medidas que han de tomarse por los directores del espíritu.

Pero es asunto este que nos lleva de la mano á tratar de la melancolía histérica, y luego de las alucinaciones.

CAPÍTULO IV.

QUE TRATA, DE SI PUEDEN CONFUNDIRSE LOS FAVORES MÍSTICOS QUE GOZÓ SANTA TERESA DE JESÚS CON LA MELANCOLIA HISTÉRICA Y SUS ALUCINACIONES; Y DE SI CAYÓ EN TAL EQUIVOCACIÓN LA SANTA ESCRIBIENDO ACERCA DE ELLO.



SE ha llamado *melancolia histérica*, como dije antes, á cierto grupo de síntomas que forman parte del estado habitual del histerismo. Como tal denominación está sancionada por la costumbre, habré de aceptarla, no sin advertir de nuevo que creo más expresivo y adecuado el nombre de *carácter histérico* que propuse á fin de remediar dicha impropiedad. El grupo de síntomas que designa este calificativo, es la tristeza, el tedio, los llantos inmotivados, los caprichos, la excesiva impresionabilidad moral del sujeto y las alucinaciones de todo género que suele padecer.

Ahora bien; demostrado ya, con los textos de la misma Santa, que presentó esta hija predilecta de Je-

sús los signos del carácter histérico, tócame probar que supo distinguir sabiamente las diferencias que separaban dichos signos de los propios de las uniones místicas, sobre todo, en lo que se refiere á las *hablas* y *visiones divinas* comparadas con las alucinaciones ó *antojos* del histerismo. Para ello, he de valerme otra vez de los escritos de la insigne maestra, que en esto son también el más acabado resumen de cuanto pudiera enseñar la ciencia humana.

Dice así la Santa en su libro *Fundaciones: Estas mis hermanas de San Josef de Salamanca, á donde estoy cuando esto escribo, me han mucho pedido diga algo de cómo se han de haber con las que tienen humor de melancolia..... Son tantas las invenciones que busca este humor para hacer su voluntad, que es menester buscarlas para cómo lo sufrir y gobernar, sin que haga daño á las otras.*

Háse de advertir, que no todos los que tienen este humor son tan trabajosos, que cuando cay en un sujeto humilde, y en condición blanda (aunque consigo mismo trayn trabajo), no dañan á los otros, en especial si hay buen entendimiento. Y también hay más y menos de este humor.

En los que solo ha comenzado este tan dañoso mal, aunque no esté tan confirmado, en fin, es de aquel humor y raíz, y nace de aquella cepa; y así, cuando no bastaran otros artificios, el mesmo remedio ha menester, y que se aprovechen las perladas de las penitencias de la Orden, y procuren sujetarlas de manera que entiendan no han de salir con todo, ni con nada de lo que quieren..... Porque como la pobrecita en sí mesma no tiene quien la valga para defenderse de las cosas que la

pone el demonio, es menester que la perlada ande con grandísimo ariso para su gobierno, no solo exterior, sino interior; que la razón, en que la enferma está escurecida, es menester esté más clara en la perlada, para que no comience el demonio á sujetar aquel alma, tomando por medio este mal. Porque es cosa peligrosa, que, como es á tiempos el apretar este humor tanto, que sujeta la razón (y entonces no será culpa, como no lo es á los locos, por desatinos que hagan) mas á los que no lo están, sino enferma la razón, todavía hay alguna; y otros tiempos están buenos, es menester que no comiencen en los tiempos que están malos á tomar libertad, para que cuando están buenos no sean señores de sí, que es terrible ardid del demonio. Y así así, si lo miramos, en lo que más dan es en salir con lo que quieren, y decir todo lo que se les viene á la boca, y mirar faltas en los otros, con que encubrir las suyas, y holgarse en lo que les da gusto; en fin, como quien no tiene en sí quien la resista.

Torno á decir, como quien ha visto y tratado muchas personas deste mal, que no hay otro remedio para él, sino es sujetarlas por todas las vías y maneras que pudiesen. Si no bastaren palabras, sean castigos; si no bastaren pequeños sean grandes; si no bastare un mes de tenerlas encarceladas, sean cuatro, que no pueden hacer mayor bien á sus almas. Porque, como queda dicho, y lo torno á decir, porque importa para las mismas entenderlo, aunque alguna vez, ú veces no puedan más consigo, como no es locura confirmada, de suerte que disculpe para la culpa, aunque algunas veces lo sea, no es siempre, y queda el alma en mucho peligro, sino estando, como digo, la razón tan quitada, que la

haga fuerza á hacer lo que, cuando no podia más, hacia ú decia.....

Parece sin justicia, que, si no puede más, castiguen á la enferma como á la sana: luego también lo sería atar á los locos y azotarlos, sino dejarlos matar á todos. Créanme, que lo he probado, y que, á mi parecer, intentado hartos remedios, y que no hallo otro..... Y verdaderamente creo, que muchas veces es, como digo, de condiciones libres y poco humildes y mal domadas, y que no les hace tanta fuerza el humor como esto: digo en algunas, porque he visto, que, cuando hay á quien temer, se van á la mano y pueden: pues ¿por qué no podrán por Dios? Yo he miedo que el demonio debajo de color de este humor, como he dicho, quiera ganar muchas almas. Porque ahora se usa más que suele; y es que toda la propia voluntad y libertad llaman ya melancolia; y es así que he pensado que en estas cosas, y en todas las de religión, no se avía de tomar este nombre en la boca, porque parece que tray consigo libertad, sino que se llame enfermedad grave (¡y cuanto lo es!), que se cure como tal, que á tiempos es muy necesario adelgazar el humor con alguna cosa de medicina para poderse sufrir, y estése en la enfermería.....

Las prioras han menester, sin que las mismas lo entiendan, llevarlas con mucha piedad así como verdadera madre, y buscar los medios que pudieren para su remedio.....

..... Y han de advertir, que el mayor remedio que tienen, es ocuparlas mucho en oficios, para que no tengan lugar de estar imaginando, que aquí está todo su mal, y aunque no los hagan tan bien, súfranlas algunas faltas, por no las sufrir otras mayores estando perdi-

das; porque entiendo que es el más suficiente remedio que se les puede dar, y procurar que no tengan muchos ratos de oración, aun de lo ordinario; que por la mayor parte tienen la imaginación flaca, y haráles mucho daño, y sin eso se les antojarán cosas que ellas, ni quien las oyere, no lo acaben de entender. Téngase cuenta con que no coman pescado sino pocas veces; y también en los ayunos es menester no ser tan continos como los demás.

Demasía parece dar tanto aviso para este mal, y no para otro nenguno, habiéndolos tan graves en nuestra miserable vida, en especial en la flaqueza de las mujeres. Es por dos cosas: la una, que parece están buenas, porque ellas no quieren conocer tienen este mal; y como no las fuerza á estar en cama, porque no tienen calentura, ni á llamar médico, es menester lo sea la priora, pues es más perjudicial para toda la perfección, que las que están con peligro de la vida en la cama. La otra es, porque con otras enfermedades, ó sanan, ú se mueren: de esta por maravilla sanan, ni de ella se mueren, sino vienen á perder del todo el juicio, que es morir para matar á todos (1).

Otra manera tiene Dios de despertar el alma; y aunque en alguna manera parece mayor merced que las dichas, podrá ser más peligrosa, y por eso me deterné algo en ella, que son unas hablas con el alma, de muchas maneras: unas parece vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma, otras de lo superior de ella, otras tan en lo exterior que se oyen con los oídos, porque parece és voz formada. Algunas veces, y muchas

(1) Ob. cit. *Fundaciones*. Cap. VII, pág. 46 y siguientes.

puede ser antojo, en especial en personas de flaca imaginación ó melancólicas, digo de melancolía notable; de estas dos maneras de personas, no hay que hacer caso, á mi parecer, aunque digan que ven y oyen y entienden; ni inquietarlas con decir que es demonio, sino oirlas como á personas enfermas, diciendo á la Priora ú confesor, á quien lo dijere, que no haga caso de ello, que es la sustancia para servir á Dios; y que á muchas ha engañado el demonio por allí, aunque no será quizá así á ella, por no la afligir, mas que tray con su humor. Porque si le dicen que es melancolía, nunca acabará, que, jurará que lo ve y lo oye, porque le parece así (1).

¿Son prolijas las citas que acabo de hacer? Parece-me que las considerará necesarias quien reflexione, que nada mejor podría decirse, á fin de poner de relieve el gran espíritu de observación y el profundo talento de Santa Teresa, que sin estudio médico ninguno, logró hacer un diagnóstico tan difícil, hasta para los peritos de hoy, aconsejando al mismo tiempo medios oportunos que oponer á los estragos de una enfermedad tan refractaria á los recursos terapéuticos.

En efecto; se trata de un estado en que, como ya dije, las anomalías de impresionabilidad del sistema nervioso provocan numerosas manifestaciones desordenadas, ya de los sentidos externos é internos del paciente, ya de sus apetitos, ya de la inteligencia y de la voluntad. Semejantes trastornos producen un cuadro muy parecido al que presenta la demencia; y sin embargo, la Santa no se confunde, pues dice que *no es*

(1) Ob. cit. *Moradas sextas* Cap. III, pág. 77.

locura confirmada, de suerte que disculpe para la culpa, aunque se le parece; y en medio del laberinto de síntomas, encuentra el hilo conductor que la conduce á declarar signos propios del humor melancólico, á las impaciencias, desfallecimientos, caprichos, pereza, quejas amargas, agresiones inmotivadas, deseos de soledad y antojos. También distingue varios grados de intensidad en la dolencia, según las personas y según los tiempos.

Desconoce la causa del mal, como todavía la ignora casi la patología; pero aprecia las circunstancias que favorecen su desenvolvimiento, diciendo que recae en mujeres *flacas de complexión*, que abusan de los ejercicios de piedad, comen mal, y no dejan los ayunos, vigiliass y mortificaciones; y que el daño se hace mucho mayor en las de *condiciones libres, poco humildes y mal domadas*.

Opone á todo esto, el buen régimen alimenticio, la suspensión de ayunos, vigiliass y ejercicios debilitantes, el acortar las horas de oración, prohibir á las enfermas estar solass, ocuparlas en faenas domésticass variass, y las reprensiones ó castigos, cuando tales medidas de rigor sean precisass para domar sus caprichosass libertades y evitar el contagio del ejemplo y la perturbación del orden religioso. Advierte mucho, al par, que si han de ponerse en práctica tales medidas, no olviden las superiorass, ni demás compañeras, la falta de responsabilidad completa de muchos de los actos que se quieren corregir, á fin de que se trate á dichas enfermas con la prudencia y amor que reclama su mísero estado. Por último, habla de otros casos más graves en que será necesario llevarlas á la enfermeria y acudir

á la medicina. ¿Puede aconsejarse tratamiento más adecuado?

Mas hagamos ya una reflexión importante, que á la vez sirva de tránsito á lo que diré de las alucinaciones, y es que podría omitir ahora el examen diferencial entre las hablas y visiones divinas que gozó Santa Teresa y el fenómeno patológico llamado alucinación; porque las bases de dicho estudio quedaron establecidas al distinguir aquellas dádivas sobrenaturales, de las representaciones imaginarias fisiológicas. Mas como aquí se trata de fenómenos morbosos, y el naturalismo pretende luchar con los católicos en esta vía, bueno será que amplíe algunos datos; pues de no hacerlo, tal vez se aprovecharía de mi silencio la malicia del adversario.

Todo fenómeno morboso representa estas ó aquellas alteraciones de las leyes anatomo-fisiológicas que rigen la vida del compuesto humano durante su completa salud. Cualquier estado pático, siendo solamente una modificación de la manera de ser normal del paciente, trastornará más ó menos la función ó funciones naturales en que recaiga; mas por grande que sea el desorden, no será capaz de mudar su naturaleza íntima. Por tanto, los actos del hombre sano y los del enfermo, esto es, las funciones normales de la vida, así como las patológicas, son todas del orden natural; no pudiendo jamás decir que un sujeto se halla en estado sobrenatural, por grave que sea el accidente morboso que padezca.

Es evidente, pues, que al señalar notas distintas á los estados místicos sobrenaturales y á los actos del orden natural, se comprenden bajo el último título, tanto los hechos fisiológicos como los patológicos. Y hé

aquí por qué dije antes, que tales diferencias eran ya conocidas de mis lectores que las estudiaron en la primera parte. Mas continuemos.

Un sujeto que á plena luz ó en obscuridad, ve animales, monstruos, esqueletos, personas ó cosas que no existen delante de sus ojos; que en medio del mayor silencio cree oír músicas, palabras ó gritos que salen del centro de la tierra, de una pared ó de su mismo cuerpo; que percibe olores que no están cerca de su olfato; que saborea bebidas ó manjares, ya nauseabundos, ya exquisitos, en ausencia de toda substancia puesta en contacto de su paladar; que siente roces, mordeduras, golpes ó heridas, sin agente alguno traumático que lesione su cuerpo; este tal, padece alucinaciones.

Nadie duda que la alucinación es un hecho sensitivo anormal, y que en él como en las sensaciones fisiológicas, se operan actos en los que hay un objeto y una potencia que obra valiéndose de órganos cerebrales para su labor. Mas ¿cómo es el objeto del fenómeno alucinatorio?

No hay que buscarlo en el mundo exterior como un objeto real que existe ante los sentidos del alucinado en los momentos que tiene lugar el fenómeno; porque de hallarlo, se realizaría, no el suceso patológico, sinó una sensación normal.

Y sin embargo, el paciente al ver, oír, oler, gustar ó tocar el objeto de su alucinación, siente *algo* que ve, oye, huele, gusta ó toca. ¿Qué es entonces ese *algo* que carece de realidad actual exterior, y que lo perciben los alucinados como una figura, un sonido, etc.?

Ese objeto alucinatorio, ese *algo*, es una imagen, un fantasma, la huella de una cosa real, que después de haber producido más ó menos tiempo atrás una sensación fisiológica, quedó guardada en los centros sensitivos; en una palabra, es una imagen subjetiva.

Los caracteres que singularizan esta imagen alucinatoria, resúmelos así el P. de Bonniot (1): «El objeto fantástico se presenta siempre con uno ó muchos defectos que lo excluyen de la existencia; porque la realidad está sometida á leyes que no pueden violarse impunemente.

»El fantasma vago, vaporoso, indeciso, tiene un tinte que le es propio, y se halla constituido por un resplandor que parece salir de su fondo é iluminarlo por igual. La luz real lo atraviesa sin resistencia, y muchas veces lo desvanece; si persiste á pesar de ella, péntralo cual si fuera un gas, ó al menos, el rayo luminoso no se refleja en él produciendo los accidentes de claridad, sombra y colores que observamos en los objetos reales. Por lo común déjalo ver las tinieblas y el día lo debilita ó borra. Aumentar, disminuir, transformarse ante la mirada del alucinado, son prodigios que ejecuta con gran facilidad. Roca, pradera, ciudad, montaña, quedan suspendidos en el aire á despecho de las leyes de la gravedad, ó se colocan en lugares que no guardan proporción con sus dimensiones aparentes; por ejemplo, sobre un muro, un vaso, la llama de una bujía. Hombre ó animal, permanece con los miembros inmóviles, y se

(1) Ob. cit. pág. 58.

mueve todo entero, como las figuras de una linterna mágica. Unas veces mayor, y con frecuencia más pequeño que lo natural, consiste otras en un fragmento vivo de cuerpo humano, como brazo, cabeza ú ojo. Si el paciente quiere aproximarse á él, se aleja; si pretende tocarlo, sólo encuentra el vacío. En vano volverá la cabeza ó cerrará los ojos para evitar su vista; siempre lo hallará en su campo visual. Nadie tiene poder para evocarlo, ni menos para lograr que se oculte. Comparece de improviso y se aleja á sus horas, sin hacer caso alguno de los esfuerzos que la voluntad, la imaginación y los órganos llevan á cabo á fin de rechazarlo ó retenerlo.

»No siempre se refiere á los ojos; con más frecuencia toma la semejanza de una voz: en este caso, nada lograría convertir al fantasma en visible ni palpable. Sus discursos reproducen los pensamientos ordinarios del alucinado: muchas veces no son más que una repetición constante de ciertas palabras, ya injuriosas, ya de cortesía, de consejo ó de acusación. Lo más raro es el sitio que el fantasma elige para realizar sus propósitos. El enfermo lo escucha en su cabeza ó entrañas, en el espesor de un muro, de un mueble ó en las nubes. A veces guarda el más obstinado silencio; pero se deja sentir de una manera desagradable; pasea el cuerpo de su víctima cual si fuera una legión de ratones ó de arañas, resbala como un sapo, se desliza cual oruga, pesa sobre el estómago como un perro ó un gato, le dá golpes; y en estos casos tampoco se le puede oír; toca y es imposible tocarlo.

»Me atrevo á decir que la obstinación constituye como el fondo de su carácter.....

»Una frase lo reúne todo: las alucinaciones... no imitan la realidad; son caricaturas más ó menos gesticuladoras. Tal es el signo por el que se las reconoce.»

Conocido ya el objeto alucinatorio, diré que las potencias imaginativas y sus órganos cerebrales son las facultades anímicas y aparatos materiales en donde nacen los estímulos vibratorios que ocasionan las falsas sensaciones alucinatorias. Una especie de automatismo imaginativo, provocado por una causa morbosa, produce los fantasmas que han de ser llevados al aparato del sentido externo propio para impresionarse y vibrar adecuadamente. Mas ¿de dónde toma la imaginación dicho fantasma subjetivo, y qué hace después con él para que se realice un acto sensible completo?

Los fantasmas subjetivos tan caprichosos, tan poco ajustados á la realidad, como describí al caracterizarlos, son fragmentos de imágenes que la potencia imaginativa toma de la memoria sensible, trozos que junta bien ó mal hasta formar un todo que casi nunca tiene su tipo en el mundo real y, muchas veces, ni aún en el de las cosas posibles. Mas arreglado ya este modelo fantástico, la imaginación no puede hacer más por sí misma, y si nada nuevo sucediera, no habría alucinación; se realizaría sólo uno de tantos actos puramente fisiológicos de los que tiene conciencia exacta y muy frecuente el sujeto.

Han de llevarse, pues, á cabo nuevos actos para que se produzca el fenómeno alucinatorio. El principal de esta etapa, el hecho sin el que no podría darse tal suceso, es la impresión orgánica y las vibraciones coetáneas del aparato nervioso correspondiente al

sontido alucinado; porque ya se sabe que cuando faltan las impresiones de los sentidos externos, no hay sensación.

Ahora bien: concepto discutido es, si la imaginación será la facultad que se impresione sustituyendo así al sentido exterior en la sensación alucinatoria, ó si el mismo sentido externo será donde el sujeto experimenta la impresión orgánica. Y de tales conceptos he de repetir en este lugar, que ninguna potencia del alma opera jamás fuera de sus límites naturales, ni se vale tampoco de órganos singularmente destinados al servicio de otras potencias. Por tanto, la imaginación no puede sustituir al sentido corporal externo recibiendo la impresión que á éste corresponde, ni la parte celular encefálica de que se vale como de medio propio en sus operaciones, reemplaza al aparato nervioso que funciona en los actos vibratorios del sentido exterior. La imagen subjetiva alucinatoria, pues, habrá de llegar al sentido externo, impresionarlo y ponerlo en vibración.

Siempre que los sujetos están alucinados, ven, oyen, huelen, gustan ó tocan, con sus ojos, oídos, narices, paladar ó piel, las mismas sensaciones que si los objetos exteriores se hallaran colocados ante dichos órganos. Luego no es dudoso que la imagen alucinatoria se localiza en un sitio real. Mas ¿qué sitio será éste? Indudablemente la región del sentido externo. Pruébalo, á más de la conciencia clara del sujeto, que acaso podría sufrir alguna vez error, y la imposibilidad dicha de que las potencias obren fuera de sus límites propios, los hechos clínicos que refieren Brierre de Boismont, Bostock, Baillarger y otros, de las dislo-

caciones de las imágenes alucinatorias siguiendo los movimientos que se imprimen á los globos oculares.

De todo esto se deduce que la alucinación y la impresión del órgano externo del sentido corpóreo se hallan ligadas íntimamente; y si alguna duda quedara, confirmaría mi aserto el enseñar los datos clínicos que las alucinaciones simples son las más frecuentes, y que los alucinados son incapaces de complicarlas en lo más mínimo. Así los personajes alucinatorios no hablan; las palabras salen de bocas invisibles; lo que impresiona el tacto no se ve, ni se oye, etc.; circunstancias opuestas á las que se observan durante las escenas fantaseadas por la imaginación en casos normales, pues las personas hablan, obran y se manifiestan como el sujeto quiere.

También la independencia anatomo-fisiológica del órgano externo de cada sentido explica que las alucinaciones de uno de ellos sean compatibles con la normalidad sensitiva de los otros; hecho clínico inexplicable por las hipótesis que sitúan el fenómeno morboso en la imaginación solamente.

Admito, pues, que un estímulo interior anómalo hace vibrar las células encefálicas que guardan las imágenes de objetos anteriormente conocidos. Después, el movimiento vibratorio iniciado así, extiéndese por el camino celular que un día siguiera fisiológicamente en sentido contrario, hasta un trayecto más ó menos largo del aparato sensitivo externo, llegando muchas veces al extremo periférico del nervio especial de dicho sentido.

Como se ve, la *corriente vibratoria*, perdónese la frase, no sigue durante la primera etapa igual direc-

ción que en los casos normales; porque mientras en las sensaciones fisiológicas marchan las especies sensibles y el movimiento de fuera á dentro, esto es, desde la periferia del sentido corpóreo hasta el cerebro, en la alucinación se dirigen de dentro á fuera, ó sea del cerebro al extremo periférico del nervio especial sensitivo.

Esta contravención de la ley normal de las sensaciones tiene gran importancia, mas no podría explicar por sí sola el fenómeno alucinatorio completo; que ya lo dije: si el compuesto humano ha de experimentar una sensación, es preciso que los elementos ó especies sensibles vengan de las extremidades periféricas nerviosas, lleguen al centro encefálico donde el sensorio interno las perciba, las distinga y forme con ellas la imagen correspondiente que ha de acercarse al entendimiento para ser abstraída é iluminada.

Pues bien: durante el período estudiado, la imagen subjetiva no ha hecho más que llegar á la periferia del sentido externo; si de allí no pasara, ¿cómo habia de percibirla y distinguirla el sentido interno, ni cómo el fantasma ordenado por el sensorio común podría acercarse al entendimiento agente?

Quizás se me arguya diciendo que toda la parte de sensación comprendida desde la *impresión orgánica* hasta el momento en que se forma la imagen sensible, se halla ya realizada de antemano en la etapa ó período alucinatorio descrito; pues haciendo partir el fenómeno de un estímulo inicial que despierta una imagen ya formada, no hay necesidad de nuevos actos psico-fisiológicos sensitivos que lleven á cabo el mismo hecho.

Justo sería el reparo, si las alucinaciones no consistieran más que en actos involuntarios de memoria sensitiva; sucesos de que todos podemos citar ejemplos propios y frecuentes; pero la alucinación es algo más que un recuerdo involuntario repentino, una reminiscencia ó un acto imaginativo inusitado; porque es un fenómeno morboso de los sentidos, al que sólo falta el estímulo *actual de las especies reales impresas de un objeto exterior* para que sea una sensación completamente fisiológica.

La falta de *objeto exterior real y actual* se suplirá en la teoría que sostengo, admitiendo que los elementos ó especies que acompañan á la vibración nacida en el centro encefálico, detienen su marcha cuando se para la del movimiento vibratorio en cualquier punto del trayecto por donde ámbos caminan juntos, y mudando la dirección en dicho punto, retroceden para volver al sitio de partida. En tal supuesto, la región en que se detienen para volver atrás, esto es, hacia dentro, representa la extremidad periférica nerviosa que sufre la *impresión orgánica* en las sensaciones normales; y como los agentes que han de provocar esta impresión en el fenómeno alucinatorio son de igual naturaleza que los que parten de un objeto real en los casos fisiológicos, se comprende muy bien que desde tal momento pueda realizarse el hecho de análoga manera en ambas ocasiones.

Téngase presente que la imagen subjetiva que surge al iniciarse la alucinación, aunque no es una *fotografía sensible* de la realidad tan exacta como lo fué cuando la formaron los sentidos normalmente, porque los estímulos morbosos sólo despiertan fragmentos de

retrato muchas veces, y otras, pinturas extravagantes de una imaginación desenfrenada, aquella imagen subjetiva, repito, obra en el aparato nervioso como lo harían las especies del objeto que representa, si fuera exterior y actual.

El sitio del aparato nervioso en que se verifica el retroceso de dirección explicado, puede ser un punto más ó menos lejano del centro cerebral en que se inició el fenómeno alucinatorio. Si este sitio no traspasa la zona de los centros sensoriales, habrá sólo un acto de imaginación ó un recuerdo; mas si el cambio se realiza en el extremo periférico del cordón especial ó en cualquier parte del trayecto comprendido entre dicha extremidad y el ganglio sensitivo correspondiente, resultará una sensación alucinatoria.

Los últimos casos explican las alucinaciones que padecen personas que tienen alterada la porción externa de un sentido corpóreo; por ejemplo, ciegos ó sordos por lesión anatómica periférica de los ojos ú oídos.

Mas no basta que la imagen subjetiva llegue al aparato sensitivo externo para que éste se impresione; porque tales imágenes no tienen suficiente poder para ponerlo en vibración, como lo hacen las objetivas reales. Si las vibraciones han de tener lugar, se necesita otro elemento que las preste una energía semejante á la de las imágenes reales. ¿Conseguirá esto la simpatía orgánica, en virtud de la cual no funciona un sentido sin despertar vibraciones harmónicas en la imaginación y recíprocamente?

No puedo aceptarlo para las circunstancias ordinarias; porque tan débil es la energía que desenvuelve dicha condición, que la conciencia no se da cuenta de

ella. Lo prueban así los actos imaginativos puros en plena fisiología de los órganos. Mas suponiendo en el estímulo interior una energía extraordinaria, y en el órgano externo de un sentido disposiciones morbosas que se manifiesten por susceptibilidad exagerada que, al par que desarrollen mayor simpatía respecto á la imaginación, le permitan ampliar sus propias vibraciones, entonces sí podrá comprenderse que los fantasmas imaginarios subjetivos provoquen estremecimientos anómalos en el órgano sensitivo externo, análogos á los que produce la imagen real en un caso fisiológico. ¿Quién extrañará en tales circunstancias, que la retina y el nervio acústico, por ejemplo, se impresionen y vibren como lo harían en presencia de un foco luminoso y de una onda sonora?

Sólo falta probar que tales disposiciones existen, para que no se opongan obstáculos á la explicación propuesta. Y la prueba de que hay estados cerebrales que influyen y determinan esas disposiciones patológicas no puede ponerla en duda quien recuerde que la demencia, los tóxicos, el alcoholismo, el opio, la belladona y hachis, la fiebre, los tumores cefálicos, las pasiones vivas, la concentración del espíritu, el trabajo intelectual exagerado, el histerismo, en una palabra, toda causa capaz de exaltar los centros del encéfalo, predisponen y ocasionan la alucinación.

Comprendidos así el fantasma subjetivo y la impresión que provoca, se entiende muy bien que al volver aquél de fuera á dentro por el trayecto nervioso del sentido externo hasta llegar al sensorio común, éste opera con la imagen los actos psíquicos propios y convenientes para que, al actuar sobre ellos el entendi-

miento, pueda confundir la sensación morbosa con una fisiológica, y permanecer en su error, hasta que el alma ejercitando los medios adecuados para distinguirlas en períodos de salud, compruebe racionalmente la presencia ó ausencia del objeto exterior real y actual.

Por último; para explicar la percepción de una ó varias alucinaciones, es necesario admitir que la intensidad con que afectan á los sentidos correspondientes, resulta mayor que las provocadas en los mismos órganos por las sensaciones fisiológicas coetáneas; porque si cualquier estímulo procedente del exterior, impresiona con más fuerza los sentidos alucinados, se borra ó desaparece la alucinación. Por esto, suelen acabarse las alucinaciones visuales nocturnas cuando la luz del día impresiona y hace vibrar las retinas del paciente.

De cuanto llevo dicho se deduce que la causa próxima de toda alucinación es el estímulo anómalo provocado por un agente morboso que, por serlo, pertenece al orden puramente natural. La naturaleza de esta causa, establece una diferencia completa con la sobrenatural de que proceden los regalos místicos llamados visiones y hablas divinas.

Ahora bien: de naturalezas tan distintas nacen manifestaciones de caracteres diametralmente opuestos, como voy á exponer en brevísimos resúmenes; no sin recordar antes una cita de Santa Teresa, que unida con las que ya hice tratando los sucesos fisiológicos, demuestran los clarísimos conceptos que la insigne Doctora tenía respecto á estos asuntos importantísimos.

«Téngase aviso, dice, que la flaqueza natural es muy flaca, en especial en las mujeres, y en este camino

de oración se muestra más: y así es menester que á cada cosita que se nos antoje no pensemos luego es cosa de visión; porque crean que cuando lo es, que se da bien á entender. A donde hay algo de melancolía es menester mucho más aviso; porque cosas han venido á mí de estos antojos que me han espantado, cómo es posible que tan verdaderamente les parezca que ven lo que no ven. Una vez vino á mí un confesor muy admirado, que confesaba una persona, y decíale, que venia muchos días Nuestra Señora, y se sentaba sobre su cama, y estaba hablando más de una hora, y diciendo cosas por venir, y otras muchas. Entre tantos desatinos acertaba alguno, y con esto teniase todo por cierto. Yo entendí luego lo que era, aunque no lo osé decir, porque estamos en un mundo, que es menester pensar lo que pueden pensar de nosotros, para que hagan efeto nuestras palabras; y así dije, que se esperasen aquellas profecías si eran verdad, y preguntase otros efetos, y se informase de la vida de aquella persona. En fin, venido á entender, era todo desatino» (1).

Hé aquí ahora el resumen que me parece oportuno en este lugar:

1.º Las visiones y las palabras divinas entendidas sobrenaturalmente, pónelas Dios, ya en la imaginación, ya en el entendimiento de la criatura, *directe*, ó sea, suprimiendo ciertas operaciones sensitivas; de tal modo que no son vistas ni oídas con los ojos ni oídos corporales: y las imágenes subjetivas de las alucinaciones, percíbelas el enfermo por medio de sus apar-

(1) — Ob. cit. *Fundaciones*. Cap. VIII, pág. 55.

tos ópticos y auditivos; siendo esta condición indispensable para que tenga lugar el fenómeno morboso. Este primer carácter merece se traigan á la memoria ciertos conocimientos.

El hombre tiene conciencia exacta de los actos de sus sentidos externos, mientras se realizan fisiológicamente; mas la puede tener equivocada, si en sus actos interviene un factor morboso; pues la característica en tales casos, será el desorden ó trastorno de algunos ó de todos los elementos sensibles. Esta perturbación que en ciertas enfermedades anula por entero el acto, como sucede al que nada ve ó al que nada oye, no es enteramente anuladora en las alucinaciones, sinó que provoca un error más ó menos grande en el sentido corporal alucinado. Por esta circunstancia, aunque tales enfermos se engañan creyendo experimentar sensaciones verdaderas de objetos reales, y aunque muchas veces les parece que los objetos vistos ú oídos existen de un modo absurdo, por ejemplo, esqueletos que andan, caballos que galopan por los aires, voces que salen del espesor de una pared, de su mismo estómago, tórax ó intestino, siempre refieren la sensación al sentido afecto; es decir, que creen ver esas cosas monstruosas con sus ojos, oirlas con sus oídos, etc., etc.

Resulta, pues, que tanto el sujeto alucinado, como el sano, tienen conciencia del sentido que funciona, con ó sin irregularidad, en la alucinación ó en las sensaciones normales: por consiguiente, al asegurar Santa Teresa que no veía ni oía las visiones y hablas con los sentidos corporales, sinó con el alma sólo, afirma y prueba que no padeció alucinaciones; porque éstas las habría tenido que referir siempre á tal ó cual sentido

externo. Adviértase que este razonamiento alcanza tanto á las mercedes divinas intelectuales como á las imaginarias; pues en las últimas tampoco los sentidos externos obran, y el interno lo hace solamente de una manera pasiva.

2.º Las visiones y palabras divinas, no pudo Santa Teresa dejar de verlas y oirlas cuando Dios se las concedió, por más esfuerzos que hiciera para distraerse, ó por grandes que fueran los estímulos exteriores que llegaran á impresionar sus sentidos: mientras que las alucinaciones desaparecen, alguna vez, con actos voluntarios del sujeto, y casi todas, cuando al sentido alucinado vienen agentes exteriores que lo impresionan con más intensidad que lo está haciendo la imagen subjetiva alucinatoria.

Lo primero sucedía, porque no hay poder natural ninguno que logre sobreponerse al sobrenatural de Dios; y lo segundo, porque entre dos fuerzas naturales, vence siempre la mayor. Si la Santa hubiera dicho que la era posible distraerse voluntaria ó involuntariamente durante sus hablas ó visiones, habría probado un origen natural en los hechos que narraba.

3.º Las visiones y palabras divinas llamadas *intelectuales* que gozó Santa Teresa, nunca fueron acompañadas de representación alguna sensible; y en cambio, no existe alucinación sin imagen subjetiva. Este carácter tiene importancia suma, porque manifiesta cuán imposibles son las confusiones de esta clase de favores místicos y los fenómenos alucinatorios.

En efecto; no hay alucinación posible sin imágenes sensitivas internas que operen sobre los sentidos correspondientes; teniendo el sujeto conciencia de perci-

birlas en dichos sentidos externos, aunque no sean actuales y exteriores, según se ha explicado. Por tanto, la falta de esta conciencia, ó mejor, la seguridad firmísima de no percibir tales imágenes sensibles con ningún sentido corpóreo durante los estados místicos intelectuales, demuestra la ausencia de las mismas; y á su vez, el ver y oír el alma objetos y palabras que no llegan por los caminos sensitivos, prueba también que no hay en tales casos alucinaciones visual ni auditiva. Cómo veía y oía el alma de Santa Teresa en las visiones y hablas intelectuales divinas, es asunto que ya traté y no debo repetir ahora.

4.º Durante las visiones y locuciones divinas denominadas *imaginarias*, contemplaba y percibía Santa Teresa imágenes y signos sensibles; mas eran tan diferentes de los que ven y oyen los alucinados, que no cabe confusión al apreciarlos.

A primera vista, parece que ha de ser difícil distinguir dos actos psicológicos en que los elementos percibidos son de la misma especie; porque en las mercedes divinas imaginarias se vale Dios de signos sensibles que obran en la imaginación del favorecido, prescindiendo de las funciones de sus sentidos corporales; y en las alucinaciones actúan imágenes sensibles también, quedando muchas veces en reposo una parte más ó menos extensa de los sentidos externos. Pero cuando se examinan los objetos que se perciben durante uno y otro caso, no cabe la duda en quien los estudia, ni menos la equivocación en el que los observa en sí mismo.

No hay para qué describir de nuevo los caracteres de las imágenes alucinatorias; el lector debe recordarlos muy bien y comprender que no es posible confun-

dir los objetos sobrenaturalmente presentados en las mercedes divinas, con las imágenes subjetivas de la alucinación, vagas, indecisas, monstruosas, absurdas, tenaces, molestas y variables en su fondo y en su forma, y que el alucinado describe con facilidad suma, porque las palabras y escenas que cree oír y contemplar constan de los elementos meramente naturales que le son permitidos al hombre traducir por medio del lenguaje. Santa Teresa de Jesús, al contrario, se declaraba impotente para expresar con claridad la naturaleza del objeto sensible que percibía en sus visiones; pues la blancura, el resplandor, la belleza y demás propiedades que contemplaba en ellas no se parecían, ni tenían nada común con las que el alma concibe y observa en las cosas materiales de este mundo; y no guardando la memoria sus imágenes con exacta medida, mal podría prestárselas á la imaginación de la Santa cuando las buscaba para comunicarlas á los demás.

Adviértase también, que las propiedades con que resplandecían los objetos divinos, eran siempre tipos más acabados y perfectos que cuanto pudiera concebir el humano entendimiento en hermosura, deleite, bondad y amor, si de visiones se trataba; y que el lenguaje de las hablas divinas era eficaz, persuasivo, sencillo y lleno de tan majestuosa autoridad, que no podía expresarse, ya ordenara, reprendiera, estimulara, fortaleciera ó acariciara.

Además; mientras que en las alucinaciones no se halla enlace racional con los sucesos reales de la vida del sujeto, ni enseñanzas, consejos, advertencias ó mandatos que conduzcan á fines sensatos ó heroicos.

que haya de realizar el enfermo durante sus periodos de salud ; mientras que en los intervalos que separan unos fenómenos alucinatorios de otros , el individuo suele dar muestras de mayor ó menor extravío mental, y , sobre todo , manifiesta su demencia discurriendo *alucinadamente*; en una palabra, mientras que la persona alucinada revela claramente que lo está , Santa Teresa en una serie no interrumpida y numerosísima de visiones y hablas místicas , pone de manifiesto las armonías más admirables entre sus divinos regalos y sus necesidades, virtudes y deseos espirituales, la más recta , profunda y serena inteligencia , y la más perfecta, ordenada y ardiente voluntad; esto es, equilibrio intelectual y moral completos, virtud heroica y santidad elevadísimas.

5.º Las visiones y hablas sobrenaturales proporcionaban á la inteligencia de nuestra Santa, conocimientos de altísimas verdades teológicas y metafísicas, que nunca estudiara, y de las que guardaba memoria , no sólo fiel, sinó profundamente cuerda; y en las alucinaciones, ó nada se aprende, ó se creen cosas insensatas; sirviendo los recuerdos que tienen de ellas los enfermos , unas veces para que reconozcan el trastorno en que su mente cayó un día , y otras para poner de relieve nuevos síntomas de su evidente locura.

6.º Las visiones y hablas sobrenaturales que gozó Santa Teresa de Jesús , la predijeron sucesos futuros que siempre se realizaron, y cuya predicción traspasó los alcances naturales de todo cálculo racional humano ; y en las alucinaciones , jamás se ha comprobado un anuncio profético.

Este carácter, y el anterior, tienen tal importancia,

que bastarían para determinar, sin género alguno de duda, la naturaleza sobrenatural del suceso místico.

7.º Las visiones y hablas divinas producían y dejaban efectos súbitos y extraordinarios en el alma de Santa Teresa; lo cual no experimentan los alucinados.

Así es que, mientras las alucinaciones traen consigo consecuencias más ó menos perjudiciales para la tranquilidad del espíritu, y aún para la salud corporal del enfermo, el alma de nuestra Santa veía disiparse las inquietudes, aficciones, dudas y desfallecimientos morales cada vez que gustaba uno de los regalos místicos, sintiendo en cambio paz, dulzura, serenidad y energía inusitadas, y luego, los maravillosos efectos de que hablé en la primera parte.

Las diferencias que acabo de señalar, fueron apreciadas por la Santa Doctora. En ellas se apoyó para distinguir los *antojos* que le provocaba su enfermedad crónica, de las mercedes que Dios la prodigó tan generosamente. Así daba una prueba más de su claro entendimiento y de su admirable observación y experiencia.

CAPÍTULO V.

QUE TRATA DE SI PADECIÓ SANTA TERESA DE JESÚS
FRENOPATÍA MELANCÓLICA Y DE SI FUÉ CATALÉPTICA.



INDIQUÉ hace poco el valor técnico que debía darse á las palabras *melancolia histérica*, con relación á Santa Teresa de Jesús, y conviene ampliar este concepto aquí.

El sustantivo *melancolia* solo, expresa en medicina un estado frenopático que presenta entre sus formas una denominada *estupor ó éxtasis melancólico*, que, según ciertos naturalistas, no es otra cosa más que el éxtasis místico de los teólogos. Estudiemos rápidamente dicha proposición.

Los síntomas del *estupor melancólico* estallan durante los grados más altos de la mania ó de algunas monomanías, caracterizándose por el tránsito brusco de los gritos y agitación del paciente, á una gran tensión muscular y cerebral continua, en la que cae de un modo repentino. Después el enfermo cesa de hablar, fija los ojos y queda inmóvil cual si fuera de piedra. Si está de pié y se le impulsa, da pasos sin perder la actitud general, conservando

luego su inmovilidad silenciosa. Tiene la potencia sensitiva profundamente embotada ; mas no se anula el ejercicio interior de algunos sentidos y apetitos , en ciertos casos , aunque siempre permanece como abismado y extraño á cuanto le rodea (1).

El profesor Guislain (2) , después de advertir que tales fenómenos extáticos pertenecen á las frenopatías, como lo prueban sus causas , síntomas y asociaciones con los demás trastornos mentales , da la descripción siguiente: «Su origen es una impresión fuerte , instantánea muchas veces , á la que no está la sensibilidad del individuo acostumbrada: una mala nueva imprevista que afecta los intereses, que hiere los más tiernos afectos, en otros casos la ira, el terror, todas las causas dolorosas, con tal que su acción sea violenta y recaiga en sujetos sensibles é impresionables , producen la hiperplegia. Es como un estremecimiento y conmoción del cerebro que suspendiera el funcionalismo de este órgano; se parece al adormecimiento que sentimos en un miembro cuando lo sacude un golpe fuerte y lo estremece dejándolo inmóvil...

»Se manifiesta por cierta *propensión del cuerpo á la inmovilidad*. El enfermo, ya sentado, ya de pie y apoyado en la pared, ya echado en la cama, parece una estatua. Por el *estado de rigidez muscular* que al sujeto ataca, no retira la parte irritada, ó la separa lentamente si se la pellizca. Los movimientos del brazo son

(1) Leuret, en sus *Fragments psycholog. sur la folie*, y Baillarger en los *Annal. med. psych.*, 1858, describen casos en los que se ven los mencionados síntomas.

(2) *Traité des phrenopath.* Bruxelles, 1862.

difíciles, y los músculos entorpecidos ofrecen resistencia tenaz en todas las regiones. Estos enajenados pasan meses enteros *sin pronunciar una palabra*, y hágase con ellos lo que se haga, la impassibilidad de su rostro indica que no comprenden. Un pasaje de Ovidio, citado ya por los escritores al pintar la influencia del dolor en nuestros actos, caracteriza por modo admirable el género de alienación de que tratamos. El poeta dice hablando de Niobé..... (1).

«Yerta la dejaron tales desgracias: sus cabellos no los agita el aire; su cara descolorida, como sin sangre; sus ojos no se mueven en las llorosas órbitas; no hay vida en su rostro; la misma lengua se ha helado dentro de su rígida boca, y las venas pierden su latido. No puede mover la cabeza, ni menear los brazos, ni andar un paso con sus pies. Hasta las entrañas las tiene petrificadas. Lloro, sin embargo, y en raudo torbellino.....» (2).

Por último, no debe olvidarse que algunos casos que se citan y describen como éxtasis morbosos aisla-

(1) Sustituyo la traducción francesa del autor, por la que sigue más literal.

(2) Dirigitque malis: nullus movet aura capillos.
In vultu color est sine sanguine: lumina moestis
Stant inmota genis: nihil est in imagine vivi.
Ipsa quoque interius cum duro lingua palato
Congelat et venæ desistunt posse moveri.
Nec flecti cervix, nec brachia redere gestus,
Nec pes ire potest: intra quoque viscera saxum est.
Flet æmen, et validi circumdata turbine venti.....

Ovid. *Metam.* lib. VI. Fab. III.

dos de trastorno mental, demuestran la complicación melancólica.

Hecha esta descripción, se puede valorar el crédito que merecen los naturalistas cuando sostienen que el estupor melancólico se confunde con el éxtasis divino de Santa Teresa.

En primer lugar, la estatua inmóvil, rígida y silenciosa durante días ó meses enteros, insensible casi, dando muestras de no comprender nada ó revelando trastorno y suspensión mentales, y que al salir del ataque no tiene conciencia de lo pasado en él, difiere por completo de nuestra Santa extática ó arrobada, con movimientos análogos á los del niño que duerme tranquilo y dichoso, yacente unas veces, y otras elevada en los aires con expresión amorosa y transfigurada, insensible á los estímulos exteriores, con ejercicio intelectual y volitivo que asombra por su actividad y potencia extraordinarias, y que vuelta en sí recordaba perfectamente cuanto acaeciera mientras duró la unión mística.

En segundo lugar, y respecto á los intervalos del estupor melancólico, caracterizados por signos de enajenación mental, me limitaré á consignar que no sólo es obvio que la Santa no padeció jamás frenopatía ninguna, sinó que á nadie se le ha ocurrido todavía, que yo sepa, el decir que Santa Teresa de Jesús fué demente; y eso que tanta y tanta locura han propalado ciertos escritores acerca de tan preclaro ingenio y maravillosa vida. En este sentido, pues, no tengo que discutir siquiera el aserto naturalista.

Mas hay otra neurosis que tiene accesos semejantes á los que acabo de citar y que sirven de armas á nues-

tros adversarios, si bien tan débiles y embotadas como las anteriores.

Aludo á la *catalepsia*, de cuya enfermedad recordaré únicamente los ataques; pues sus intervalos solamente ofrecen algunas perturbaciones ligeras de la inervación (1).

El acceso cataléptico llega de pronto, dejando al individuo inmóvil en la postura que tiene en aquel momento. Pasados unos instantes, pueden comunicarse al tronco y los miembros cuantas posturas se quiera; actitudes que conserva el sujeto hasta la conclusión del ataque. Dura éste desde unos minutos hasta varias horas. Los sentidos no funcionan; la sensibilidad general está suspendida y la inteligencia reposa sin delirios, ensueños ni pensamientos. Algunos autores dicen que á veces persiste la actividad de ciertas facultades superiores del alma y que hay alucinaciones; mas los casos descritos por Galien, Despins, Sauvages y Puel, corresponden á la catalepsia complicada con sonambulismo, histeria ó frenopatías, y no á la enfermedad aislada que examino ahora.

No me sorprende tal vaguedad en la clasificación, teniendo en cuenta que la catalepsia propiamente dicha, es una enfermedad tan rara que Franck dice que durante los años de 1802 y 1803 no vió ningún cataléptico en los hospitales de Alemania, Francia é Inglaterra (2).

Las funciones de la vida orgánica conservan su

(1) La descripción sindrómica que sigue, la extracto de los escritos de Georget, Bourdin, Bayle, Franck, etc.

(2) *Traité de Pathologie interne*. Trad. franc. 1862.

ejercicio, aunque trastornado á veces: así, en tanto que los movimientos cardiacos, el pulso y la respiración permanecen tranquilos en algunos casos, se ven otros en los que se observan los músculos inspiradores convulsos, haciendo la función difícil, y el pulso y los latidos del corazón inapreciables casi.

Descrito este cuadro morboso, puedo augurar que Santa Teresa de Jesús no fué cataléptica. Fundo mi opinión en los relatos que de su vida y padecimientos han llegado á nosotros; pues no hay en ellos un solo dato del que pueda deducirse la existencia de tal neurosis, mal que pese á nuestros autores modernos.

¿De qué página, de qué capítulo sacar la utópica consecuencia de que la Santa padeció catalepsia? ¿Por ventura llamarán así al acceso de histerismo letárgico que sufrió? Mas para cometer dicho error sería necesario no haber consultado libros de patología... Sin embargo, lo comprendo: se leyó primero una descripción del acceso cataléptico, después las palabras que la Santa escribe cuando hablando de los signos exteriores de sus raptos dice; *en el arrobamiento el cuerpo queda como muerto, y como le toma se queda siempre, si sentado, si las manos abiertas, si cerradas*; y al acabar ambas lecturas, se dedujo *lógicamente*, que «no habrá persona ilustrada y discreta que no crea que lo sufrido por Teresa era solamente un ataque de catalepsia que llamaba ella regalo divino.» (1). Conducta frecuentísima y muy cómoda de autores que pretenden probar sus gratuitas afirmaciones por medio de citas cortadas

(1) Rengloñes de aquel autor cínico, que no quiero nombrar.

á su capricho, para que resulten apariencias de lo que se proponen con artera malicia.

Contra proceder tan incorrecto se alza la seriedad científica, reclamando un poco más estudio y mucho menos cinismo. En este caso, *ese poco más estudio* hace que se destaquen muy bien las diferencias esenciales y completas que separan uno y otro estado, como voy á demostrar.

Se acaba de ver que la catalepsia consiste en una suspensión funcional repentina que convierte al enfermo en una especie de *maniquí inconsciente*. Los sentidos, la sensibilidad, los movimientos espontáneos, la inteligencia, la voluntad, toda manifestación propia de vida humana, salvo las principales funciones vegetativas, quedan suspendidas. La fisonomía nada expresa; el cuerpo inmóvil permanece con las actitudes en que le sorprendió el acceso, hasta que el observador las muda como quiere, y entonces conserva la nueva postura por tiempo indeterminado, aunque sin traspasar los límites de las fuerzas músculo-nerviosas naturales.

Ya en estos rasgos exteriores se ve mucho que difiere de los signos externos que presentaba el cuerpo de Santa Teresa, extática ó arrobada místicamente; porque ni la Santa se convertía en maniquí automático de los que la rodeaban, ni á su rostro y actitud faltaba expresión, ni su cuerpo quedaba inmóvil; antes al contrario, ascendía en el aire, contrariando las leyes de la gravedad. Mas como este último signo milagroso faltó á veces, y los demás son accidentales, debo fijar las diferencias características.

Las notas esenciales se hallan en el estado de las

facultades intelectivas durante el acceso cataléptico y el hecho sobrenatural. Cualquier libro que se consulte acerca de este punto, responde que todas, absolutamente todas las potencias sensitivas internas y las intelectuales suspenden su ejercicio mientras dura el ataque; tanto, que si alguna vez se observa mayor ó menor actividad de cualquier facultad cognoscente, sin que parezca que concluyó el acceso, se toma tal signo como prueba de que ha desaparecido éste, al menos parcialmente. Mas aunque así suceda, el sujeto no conserva luego recuerdo alguno de los hechos.

Con motivo de lo que digo, escribe el Dr. Bayle que los enfermos atacados por esta neurosis cortan de repente sus discursos, y la primera palabra que pronuncian al salir del ataque, es precisamente la última que articularon en el momento de la invasión; y si por casualidad fué truncado un nombre cortando sus sílabas componentes, éstas son las que comienza á decir cuando vuelve en sí. El acceso, pues, suspende por entero las funciones racionales.

Aunque admitamos que alguna vez el acceso cataléptico no interrumpa del todo las funciones intelectivas, cuyos casos tendríamos que llamar *ataques complicados*, observaremos que se nota entonces gran desorden y trastorno en los actos superiores.

De modo que el signo patognomónico de la catalepsia lo suministra el estado de las potencias intelectuales, porque se halla suspendido su ejercicio en los ataques completos y aislados de la enfermedad, desordenado en los accesos que se complican, y el sujeto no recuerda en unos ni otros casos nada de cuanto por él pasó.

Hechos son los que acabo de notar, diametralmente opuestos á los que se realizaban durante los éxtasis y raptos de Santa Teresa, caracterizados por actividad extraordinaria y ordenadísima de las potencias racionales, y de la que guardaba recuerdos exactos y muy vivos al acabar de gozarlos.

Si tales diferencias no fueran ya sobradas para convencer al crítico más exigente, aún quedan las que se refieren á los efectos consecutivos que producen unos y otros sucesos; porque al concluir los fenómenos catalépticos se notan alteraciones nuevas ó más acentuadas y perjudiciales para la salud del paciente, sin ventaja ninguna moral; y por el contrario, al acabar los éxtasis y raptos divinos sentía la Doctora mística grande alivio de sus males corpóreos y ganancia de ópimos frutos espirituales.

Resulta, por consiguiente, como dice el P. de Bonniot (1), que «en la catalepsia una causa morbosa y material detiene el juego del organismo, ha congelado las fibras, haciendo imposible así todo fenómeno psicológico: en el éxtasis, el fenómeno psicológico, espiritual, inmaterial, es el que, adquiriendo una fuerza extraordinaria, llama y retiene en el cerebro la energía que produce habitualmente los movimientos externos del organismo. La oposición no puede ser más completa; es la noche y el día.»

«No es fácil explicar, continúa el citado autor, cómo un hombre á quien no falta inteligencia ni saber, M. A. Maury (2), ha podido escribir: «El éxtasis

(1) Ob. cit., pág. 271.

(2) Du sommeil, pág. 231.

representa verdaderamente para el cerebro lo que el estado cataléptico es para el sistema nervioso y muscular.» Y más abajo añade: «En el extático, el espíritu... está cataleptizado.» El participio es un execrable barbarismo; pero este es su menor defecto. ¿Qué puede ser un espíritu cataleptizado? El autor del barbarismo explica su pensamiento así: «Las fibras encefálicas quedan afectadas del movimiento que les ha impreso la idea que produce el rapto.» Entre esta frase y la primera que acabamos de citar, se hallará sin trabajo una gran contradicción; pero lo que se ha de notar más, es que el pensamiento mismo del escritor contradice la verdad.

«Desde luego, si el éxtasis es «para el cerebro» lo que «la catalepsia para el sistema nervioso y muscular,» se sigue que «el espíritu cataleptizado» ó el éxtasis es la inmovilidad completa del cerebro; porque la catalepsia suspende radicalmente la acción de los nervios y músculos de la vida animal, ataca sus fibras de inmovilidad completa, y es como una «congelación.» Mas si el cerebro es atacado de inmovilidad por la catalepsia como las moléculas del agua en un trozo de hielo, ¿cómo «sus fibras quedarían afectadas de un movimiento?» Quedar afectadas de un movimiento, es moverse; y moverse, es mostrar que no se está «cataleptizado.» La primera clase de contradicción es flagrante.

»Cuanto á la segunda, es doble: se refiere á la catalepsia y al éxtasis. M. A. Maury evidentemente supone que el cataléptico puede tener en el acceso, al menos, una idea presente en el espíritu. Estas «fibras que permanecen afectadas del movimiento que la idea

les ha impreso,» no significan otra cosa. Ahora bien; la experiencia jamás autorizó esta hipótesis; permite sólo deducir la ausencia de toda idea. También supone M. Maury que el éxtasis está todo en una sola idea: el simple enunciado de sus frases lo prueba. Pero este es un error no menos cierto. El éxtasis interior es una serie de ideas vivas y sorprendentes que se continúan y se encadenan con el orden más hermoso, y provocan actos correlativos de admiración y amor; es decir, los diversos sentimientos y las resoluciones que naturalmente suscitan los pensamientos actuales cuando despiertan la atención notablemente. A esta actividad del espíritu tan ardiente y tan bien ordenada, corresponde por modo necesario la misma extraordinaria actividad del cerebro. Una vez más es el fenómeno diametralmente opuesto á la catalepsia.»

Claro se ve, pues, en lo dicho, que faltan datos sobre que apoyar la opinión de que Santa Teresa de Jesús padeció catalepsia; siendo además gratuito y anti-científico sostener que los accesos de este mal explican las mercedes sobrenaturales que gozó la Santa. A lo que debo añadir, que aún admitiendo el supuesto de la existencia de dicha enfermedad en la historia clínica que redacto, nada con ello habría ganado el naturalismo en favor de su proposición anticatólica; puesto que no hay parecido alguno entre los ataques de catalepsia y las uniones místicas. Resultaría únicamente que Santa Teresa de Jesús había sido histérica, también cataléptica, y antes, después y siempre, arrobada y extática por merced y poder divinos.

CAPÍTULO VI.

EN QUE SE COMPARA EL SONAMBULISMO
CON LAS UNIONES MÍSTICAS DE SANTA TERESA DE JESÚS.



FIN de mejor estudiar el sonambulismo, lo dividiremos en *espontáneo* y *provocado*.

El *espontáneo* que también llaman algunos *noctambulismo*, por presentarse de preferencia durante la noche, consiste en un sueño en que los atacados ejecutan actos para los que son necesarios los concursos unidos de ciertas potencias sensitivas y mucha precisión de movimientos.

Se caracteriza por la exagerada actividad de algunos sentidos internos ó externos, mientras quedan otros como torpes ó embotados. De aquí nace, que interin el sonámbulo, por ejemplo, oye ruidos imperceptibles para los que le rodean y ejecuta sin vacilar en medio de la obscuridad equilibrios, ascensos peligrosos ó faenas de gran minu-

ciudad, no experimenta calor, frío, ni las molestias propias de las picaduras cutáneas, pellizcamientos y aun golpes, y viceversa. Algunas veces sienten alucinaciones muy vivas, que alternan con impresiones verdaderas y muy claras. La imaginación y la memoria suelen funcionar concretándose á una sola serie de imágenes ó fantasmas, y de ahí la extraordinaria potencia que despliegan.

Por su parte, los órganos del movimiento responden á los estímulos que reciben: por eso el sonámbulo ejecuta los actos que manifiestan con fidelidad los sueños que tiene. Sin embargo, al despertar no conserva ningún recuerdo de ellos. En cambio se acuerda de los ensueños ordinarios: fenómeno raro que todavía no se ha explicado satisfactoriamente.

La luz racional actúa con las penumbras inherentes á los obstáculos que le ofrecen los instrumentos de que necesita para su natural ejercicio psico-fisiológico.

Apuntados estos ligerísimos datos de un hecho morboso no bien definido aún por la patología, voy á examinar ciertos fenómenos mal colocados por algunos en la categoría de los sucesos sobrehumanos, puesto que tienen explicación científica natural.

Me refiero al sonambulismo que llamé *provocado*. Comprendo bajo esta denominación, el sueño y demás fenómenos que presenta el individuo sometido á cualquiera de los diversos procedimientos que se designan con los nombres de *magnetismo animal*, *hipnotismo*, *bruidismo* y *electro-biologismo*; porque dichos títulos indican nociones inexactas respecto á la naturaleza de los hechos unos, y otros nada dicen sinó el nombre de su autor. No acepto el de sonambulismo artificial tam-

poco, por ser impropio el llamar así á un conjunto de hechos naturales (1), que tienen analogía con estados patológicos; como lo prueban los estudios de Charcot, Richer, Regnar y Chombard en la *Salpêtrière*, los de Dumontpallier y Maguin en la *Pitié*, y los de Heidenhain, Weinold, Berger y otros en Alemania.

En cambio, *sonambulismo provocado* es título que cuadra muy bien á un grupo de fenómenos que presenta el sujeto sometido al influjo de maniobras tales como las hipnóticas de Braid y Hansen; las del estrabismo convergente de Azan de Burdeos; las de Heidenhain que se vale, ya de un objeto brillante mirado con firmeza, ya de *pases* digitales por la cara del operado, del rozamiento de sus cabellos, de las aplicaciones de una placa ó mano calientes á la región frontal; las usadas por Charcot y la escuela francesa, que toman entre sus dedos los pulgares del hipnotizado, y sentados frente á éste le miran de hito en hito algunos minutos, ó lo someten al contacto de ciertos metales, como el oro, el cobre, el zinc, etc.

Ahora bien: por medio de alguno de estos procedimientos se llega á obtener el sueño sonambúlico más ó menos pronto, según varias circunstancias. En general, las personas que se someten á ellos con frecuencia, se duermen con mayor rapidez; las mujeres con más facilidad que los hombres, y entre aquéllas, las histéricas y las muy impresionables. Cuando hay salud, no existe predominio nervioso y el sujeto se opone tenaz-

(1) Advertiré, que otros sucesos que algunas veces se mezclan con los que aquí describo, pertenecen al orden sobrehumano, y los trataré más tarde.

mente, resiste muy bien la influencia del operador y sus maniobras; tanto, que sólo un tercio de mujeres y un décimo de hombres llegarían á dormirse en dichas condiciones. A los individuos muy sensibles á la acción de los procedimientos sonambólicos, se les llama *mediums*.

He aquí ahora lo que se observa en las personas dormidas de este modo.

El sueño es profundo, tranquilo y dura bastante, si el que lo provoca no sigue actuando. Como en el sueño natural, se debilita en éste la atención, y aunque los estímulos exteriores lleguen al espíritu, no producen sensaciones perfectas. El sujeto pierde la conciencia de su estado en mayor ó menor escala, y al despertar, nada, ó muy poco, recuerda de lo sucedido. Hasta entonces, por consiguiente, suceden las cosas como en el sueño fisiológico. Mas si el experimentador continúa su obra poniéndose en relación con el dormido, acontecen hechos extraños que, sin embargo, no me parece traspasan los límites del orden natural.

El individuo queda insensible para el dolor nervioso: se le puede pellizcar, herir y áun operar quirúrgicamente, sin que su fisonomía revele sufrimientos. Por notable que parezca este fenómeno, ¿sorprenderá al médico que ve todos los días enfermos anestesiados ó dementes que sufren impasibles traumatismos violentísimos?

En cambio, algunos sentidos corporales adquieren gran impresionabilidad: el sonámbulo puede oír conversaciones sostenidas en voz muy baja y á mucha distancia, percibir olores cuyo foco está muy lejos, y ver á longitudes difíciles de limitar. Voy á detenerme

unos instantes en el último hecho; porque toca de cerca á la facultad de ver á través de cuerpos opacos, que pertenece á distinta categoria.

Los párpados se dejan atravesar un tanto por los rayos luminosos; hecho que cualquiera comprueba si, cerrando los ojos en un aposento sin luz, enciende una, pues advertirá cierto resplandor mientras no la apague. Por otra parte, se sabe que á muchos cuerpos llamados opacos, los atraviesa una cantidad de luz que puede hasta medirse, si bien es muy pequeña para impresionar las retinas. Pues bien; supóngase que las extrémidades de los nervios ópticos aumentan la susceptibilidad que poseen fisiológicamente, hasta un grado alto; y en este caso se podrá realizar la visión más ó menos completa por medio del cuerpo membranoso palpebral. Si acabo de consignar que en el sonambulismo provocado aumenta la impresionabilidad del sentido vista hasta grados difíciles de limitar, ¿por qué han de ser imposibles, naturalmente considerados, ciertos hechos de visión á través de los velos palpebrales?

Mientras unos sentidos adquieren dichas actividades, se entorpecen ó suspenden los demás. Auméntase la sensibilidad refleja, hay fenómenos catalépticos y se presenta hiperexcitabilidad muscular.

Los nervios y músculos del dormido responden con más energía á los estímulos que los impresionan. El choque, el frotamiento, la punción, el simple contacto, provoca contracciones tan violentas, que no podrían obtenerse sinó por medio de una descarga eléctrica poderosa. Puede colocarse todo el cuerpo en tal estado de rigidez, que se le haga mantenerse recto como una

barra inflexible, aprovechando para ello la hiperexcitabilidad muscular. En otros casos esta rigidez proviene de aumentos de sensibilidad refleja. Durante la catalepsia provocada de este modo se dan á los miembros posturas al parecer insostenibles y raras que, sin embargo, se prolongan indefinidamente: fenómeno que puede obtenerse en las sonámbulas histéricas con distintas maniobras, siendo la más sencilla, la de abrir sus párpados cuando ya están dormidas.

Los fenómenos descritos no se reúnen todos ni de igual manera, en un mismo sujeto. En algunos se limitan á la mitad ó una parte del cuerpo: así, cuando se frota un lado de la cabeza, sólo se presentan los síntomas catalépticos ó paralíticos en los miembros del opuesto lado, y aún es posible reducirlos quitando la sensibilidad á una mano, por ejemplo, mientras la conserva íntegra el resto del organismo.

Como no he de profundizar en el estudio de los fenómenos reflejos y catalépticos, haré dos reflexiones encaminadas á explicar los hechos expuestos, á saber: que uno de los estados que más exageran la sensibilidad refleja, es el sueño fisiológico; sin duda, porque durante él disminuye ó cae como en letargo el poder consciente, y que la catalepsia *no provocada* ofrece síntomas análogos, como se vió más arriba.

El grupo de sucesos más notable del sonambulismo provocado, es el que se presenta cuando el dormido se convierte en instrumento pasivo del experimentador.

El sonámbulo repite los movimientos que hace su hipnotizador, con tal que los vea, ó al menos oiga ruidos característicos que se los indiquen. Así, cuando el operador cierra el puño, mueve un miembro y adopta

una postura, hace lo mismo el sonámbulo; si aquél se coloca detrás de éste y renueva dichos actos, el dormido queda inmóvil; mas si el observador junta las mandíbulas produciendo choques con los dientes, el operado, aunque no vea el movimiento, separa y junta sus maxilares hasta que deja de oír el ruido indicador.

En los ensayos experimentales de la *Salpetrière*, se ha reproducido el fenómeno llamado *fascinación*, del modo que sigue (1): «Mirase fijamente al paciente..... y después se retrocede con lentitud. Entonces el sonámbulo os sigue por doquier, mas sin que pierda de vista vuestros ojos: se baja si os bajáis, vuélvese buscando vuestra mirada si os volvéis. Si avanzáis rápidamente hacia él, retrocede y cae de espaldas, inflexible cual si estuviera compuesto de una sola pieza; experimento que debe practicarse con mucha precaución, porque el dormido no hace nada para evitar el golpe, y lo recibiría directamente sobre su cráneo, si no lo impidiera un ayudante. En tal estado, el sujeto pertenece al fascinador, y rechaza con violencia á todo el que se interpone entre ámbos, á menos que la tercera persona no tenga que llevar á cabo alguna maniobra precisa.....»

Hay actitudes que despiertan ideas correlativas en el dormido, como lo han demostrado Carpenter y Berger poniendo de rodillas á sonámbulos, que al punto tomaron la expresión de la plegaria. Algunos repiten cuantas palabras pronuncia el experimentador en cualquier idioma, si les coloca una mano sobre la nuca ó si, como quiere Heidenhain, les habla

(1) *L'ogrés medical*: núm. 16.—1881.

por medio de tubos en la regiones epigástrica, occipital ó laríngea.

La imaginación del sonámbulo se presta dócilmente á las representaciones que le finge el operador; hecho denominado *sugestión*. Así es como Puel hacía creer á un dormido que era imposible moviera el brazo, Hansen á otro, que no podía separar los dientes ni abrir la boca, Richer á un amigo suyo, que tenía delante un león y que luego emprendía un viaje aerostático, y otros mil casos que sería prolijo citar. También se les hace creer que beben líquidos de agradable sabor, mientras el brebaje que toman es nauseabundo y repugnante, ó bien se provocan alucinaciones parecidas con solo nombrar manjares, ordenarles que los coman y ejecutar á su vista la masticación.

Por último, la fantasía y memoria están éxaltadas en grado máximo. Recuerdos que se creían perdidos, se despiertan con detalles que sorprenden: hay quien recita versos que leyó y no aprendió mucho tiempo atrás, ó habla idiomas que tenía olvidados, ó calcula con perspicacia notable sucesos futuros.

Al interpretar *naturalmente* estos fenómenos, podría resumir el criterio que tengo diciendo que los individuos sometidos á esta clase de sonambulismo presentan como aletargado el poder consciente, suspendida la actividad libre, y en ellos actúan con mayor energía las funciones que vistas en conjunto me atrevería á llamar automáticas: acaso, porque debilitado el freno de las potencias racionales, campean las demás sin trabas y á merced de los estímulos que impresionan su facultad sensitiva. Para convencerse de ello, que reflexione conmigo el lector breves instantes.

El sujeto que se presta voluntariamente á las maniobras descritas, se duerme pensando que va á servir de instrumento para ciertas experimentaciones de que tiene ya idea, dispuesto á obedecer al operador en cuanto le ordene, á fin de que se realicen unos fenómenos que le admiran, ó por lo menos le chocan, y en una palabra, identificado en más ó menos grado con las ideas y deseos que manifiesta el que ha de relacionarse con él.

Ya existe aquí, pues, la primera condición que influye de un modo notable en los hechos posteriores, como lo prueba el examen de otros análogos demostrados por la fisiología y la patología.

Y si nó ¿por qué los pacientes anestesiados que confiesan al despertar que nada sintieron durante la operación quirúrgica practicada en sus miembros, gimen, gritan, procuran separar el instrumento del cirujano y retirar la región que debe operarse? Para mí, solamente porque se durmieron con ideas de lo que en sus brazos ó piernas iba á suceder y de los dolores que podrian sufrir. Pruébalo así, la falta de acuerdo que se nota entre los movimientos de huida y defensa que hacen ó los ayes que exhalan, y los cortes, cauterizaciones ó traumatismos que el médico va practicando. Quien haya presenciado muchas anestias clorofórmicas, habrá podido ver que la escena descrita sólo acontece mientras duran los dos primeros períodos del sueño anestésico y antes de llegar al *quirúrgico*; esto es, que los enfermos se quejan cuando no ha empezado la maniobra dolorosa, y que callan mientras se les hieren las carnes.

Ningún caso presenta semejanza tan completa como

el que se observa en la cloroformización obstétrica (1). La anestesiada por mí, experimentaba sin duda un estímulo en cada contracción uterina, que no solamente la obligaba á expresar el dolor con la fisonomía, sinó que la hacía moverse hasta que aquélla cesaba. Obedecía mis órdenes de que mudara de postura, permaneciera quieta ó hiciese fuerza en el periodo expulsivo, quitara la mano de tal ó cual sitio, dejase las cubiertas de la cama ó aspirase la compresa empapada en cloroformo. Todo esto hizo-me pensar la primera vez, que el *periodo obstétrico* de la anestesia no insensibilizaba respecto al dolor, ni suspendía el uso de las facultades intelectuales de la parida: y sin embargo, al despertar confesó la mujer, como en otras ocasiones iguales las demás, que nada sintió, y que no tuvo conciencia de sus actos un solo minuto de las seis horas y media que duró el influjo anestésico.

Fenómenos del mismo género presentan algunas personas en el sueño fisiológico: ya es la que responde á preguntas que la dirige una voz conocida, ya la que despierta á la hora justa que se propuso al acostarse, ya la madre cuyo sueño cesa con el más leve gemido ó movimiento de su hijo mientras permanece dormida en medio de ruidos que no tengan relación con él, etc. Análogos ejemplos ofrecen los sonámbulos espontáneos.

El instinto de imitación que el hombre posee, da cuenta de cómo repiten los dormidos ciertos actos que

(1) Trátase de partos fisiológicos.

ejecuta el experimentador. De la existencia de dicho instinto puede obtener pruebas el que observa la infancia, y hasta el impulso natural que lo lleva á reproducir los movimientos que ve hacer á otros. Y como está probado que el instinto adquiere más poder á medida que va faltando actividad intelectual, y esto sucede durante los sueños sonambúlicos, claro es que pueden explicarse muy bien por él los hechos á que me refiero.

En cuanto á los fenómenos que manifiestan el influjo de los caprichos del experimentador en la imaginación del sonámbulo, se comprenden al recordar que las impresiones exteriores y las imágenes sensibles son el punto de partida de sus actos sensitivos. Tarea muy fácil sería, pues, la de quien buscara en su experiencia ejemplos análogos en el sueño fisiológico y en el del sonambulismo espontáneo: por lo cual no copio los casos descritos por Lemoin, Steward, Maury, Richer, Hervey, Heidenhain, Charcot y otros. ¿Qué raro ha de ser que partiendo la imaginación del sonámbulo de las representaciones que el experimentador hace llegar á él, dirija sus fantasmas en el mismo sentido y sueñe viajes, placeres, apetitos, monstruos, en una palabra, *sienta* en armonía con el estímulo provocado, pero fantaseando con toda la actividad á que puede llegar dicha potencia exaltada?

Lógico es pensar así, cuando hasta en la misma vigilia se provocan alucinaciones parecidas. Dígase á un medroso que pasea ó viaja de noche, que detrás de una esquina ó árbol se destaca un bulto, que no existe, y al instante verá uno ó varios criminales que le esperan puñal en mano: indique alguno entre varias

personas reunidas, que nota olor á humo, y difícil será que después de fijar todas la atención más cuidadosa para distinguir el olor supuesto, no convengan algunas en ello y no asegure alguien de buena fe hasta la clase de madera ó tejido quemado que lo produce. Y eso, que para resistir á esta *sugestión* tiene el que se halla despierto, su juicio, su conciencia expedita y la realidad misma; medios de comprobación de que no goza el sonámbulo que, como dije, vive casi exclusivamente en el mundo de su fantasía excitada y sin freno moderador.

Ahora bien: una vez provocada la alucinación, las sensaciones, movimientos y actos del alucinado corresponden naturalmente á ella, por más complejos que resulten, vistos en conjunto.

El aumento de las acciones reflejas que la fisiología experimental ha demostrado que se produce cuando se quitan ó paralizan los llamados *centros moderadores*, suministraría quizá cierta semejanza ó analogía con la repetición de palabras pronunciadas sobre el epigastrio, laringe ú occipucio del sonámbulo; puesto que durante los sueños provocados, se observan signos de hallarse muy debilitadas las funciones propias de tales centros.

La vista llamada *retrospectiva*, explicase naturalmente, no olvidando la sorprendente actividad que logra la memoria de ciertos sonámbulos. Hechos conocidos de antemano por el sujeto, y cuyo recuerdo se borra por completo en su estado normal, reaparecen exactos y clarísimos en su memoria, como ya consigné: mas estos casos también hallan sus congéneres durante el sueño fisiológico. Para no citar más que un

ejemplo, copiaré el que narra A. Maury. Dice así (1):

«Una noche soñé que, todavía niño, me hallaba jugando en Trilport, donde ví un sujeto vestido de uniforme, al que pregunté su nombre. Me contestó llamarse C., y me dijo era el guarda del puerto: á poco desapareció y fué sustituido por otras personas. Desperté con el nombre C. metido en la cabeza. ¿Era todo pura imaginación, ó había existido en Trilport un guarda llamado C.? Lo ignoraba, y no tenía recuerdo alguno de tal cosa. Pasado tiempo, interrogué á un antiguo criado que me llevaba con frecuencia á Trilport, si recordaba á un individuo cuyo nombre fuera C., y al punto me respondió que era un guarda del puerto de la Marne cuando mi padre construyó su puente. En verdad lo había sabido como el criado, pero el recuerdo se borró, hasta que mi sueño, evocándolo, me trajo á la imaginación lo que creía ignorar.»

Respecto á la *vista de lo futuro*, que algunos hacen sinónima del dón profético, no es otra cosa sinó la manifestación de la extraordinaria actividad que el sueño provocado hace adquirir á ciertas potencias cognoscitivas, y tiene también analogías con hechos del sueño fisiológico y del sonambulismo espontáneo.

En efecto: el hombre goza de la facultad de prever, hasta cierto límite: con ella predice los hechos venideros que dimanar de las leyes invariables de la naturaleza, y áun *conjetura* con acierto algunos acon-

(1) *Revue des questions scientifiques de Bruxelles*. Oct. 1881. Ar. del Dr. Francotte.

tecimientos futuros que dependan del libre albedrío, con tal que hayan de intervenir en los sucesos y las circunstancias que les rodean. Pues bien: durante los estados sonambúlicos, y aún de sueño normal, las facultades intelectivas alcanzan grados que á veces no logran cuando los sujetos están despiertos. Lo prueban muchos ejemplos, entre los que tomo las siguientes citas al Dr. Francotte. Concibe soñando Tartini la famosa sonata que vanamente buscó despierto, y la escribe formándola con los recuerdos de dicho sueño. El ilustre matemático Laplace dice que muchas veces se formulaba problemas que al despertar encontraba resueltos. Condillac terminó durmiendo una meditación filosófica; Voltaire una oda, y Coleridge un fragmento de poema. El abate Barthelemy conoció á un discípulo, muy poco inteligente y sonámbulo, que cuando sufría un acceso mientras hacía una composición, la continuaba con tal superioridad, que era entonces el primero de la clase. El profesor Vachner de Goethinge cuenta que no le era posible componer versos griegos en estado normal, y que habiéndose propuesto inútilmente muchos días escribir una poesía en dicho idioma, lo consiguió con mucha facilidad en estado sonambúlico.

No extrañará, por tanto, que suceda lo mismo en el sueño provocado; esto es, que ciertas facultades del dormido, la de previsión entre otras, adquiera extraordinario alcance, y que profundice algunas veces al conjeturar los sucesos futuros de una manera notable (1).

(1) Ciertos fenómenos que algunos agrupan bajo los títulos de *lucidez* y *presciencia magnética*, pertenecen á otra categoría de sucesos, que no caben aquí, y que trataré luego.

Concluida esta brevísima reseña, podría excusar el examen de la cuestión que pregunta si Santa Teresa de Jesús sufrió ataques de sonambulismo espontáneo, y si estuvo sometida en alguna ocasión al sueño sonambúlico provocado; porque hay una razón bastante poderosa para eximirme de tal estudio.

Esta razón es, que no conozco escrito alguno en que se dé la más leve noticia de haber tenido la Santa un solo sueño durante el que practicara, ya sus quehaceres ordinarios, ya excursiones ó actos automáticos, ya trabajos ó composiciones literarias, ya, en fin, cualquier otro hecho propio de la neurosis antedicha. Menos todavía se halla en las narraciones de su vida, tan minuciosamente averiguada y publicada por propios y extraños, el más ligero indicio que haga pensar en la intervención de un hipnotizador ó magnetizador, ni de sus manipulaciones antiguas ó modernas.

Repito, pues, que hay motivo suficiente y razonado para prescindir del estudio comparativo en este punto. Mas ¿quién podrá señalar los límites más allá de los que se detendrá en el porvenir la desatentada é insensata lucha naturalista, que tantas y tantas aberraciones ha sostenido en el pasado y pretende sustentar en el presente?

Por si llega el caso, bueno será que recuerden mis lectores que los favores extáticos divinos que Santa Teresa gozó, se distinguen por completo de los fenómenos del sonambulismo, en sus causas, manifestaciones y efectos.

En cuanto á la causa, porque la unión amorosa mística es la que motiva las mercedes extáticas sobrenaturales, y un agente desconocido todavía el que

provoca, ya la neurosis no mejor estudiada que describí con el nombre de sonambulismo espontáneo, ya los fenómenos análogos que despiertan ciertas manipulaciones extrañas.

Difieren las manifestaciones, porque si los éxtasis y raptos místicos presentan los signos tantas veces repetidos, en el sonambulismo se observan sueños durante los que hay síntomas mezclados de histeria y catalepsia; pudiendo añadir que los fenómenos llamados fascinación, sugestión, etc., hacen mejor marcadas aún las diferencias que pueden establecerse.

Y en fin, de los efectos consecutivos diré: que en oposición á los notabilísimos que saben los lectores deja en pos de sí todo favor extático divino, el sonámbulo espontáneo una vez despierto nada recuerda, ni experimenta en la parte física y moral, y el hipnotizado, que ningunos resultados obtiene intelectiva ni moralmente, en la parte corporal presenta el cuadro siguiente que redactó el profesor Rostan y repiten hasta hoy todos los patólogos. «He visto al magnetismo, dice, producir malestar general, vivos dolores, cefalalgias tenaces, cardialgias violentas, parálisis transitorias, predisposición á todas las neurosis, excesiva fatiga, gran debilidad, aniquilamiento extremado, síntomas de asfixia, y no dudo que puede ocasionar hasta la muerte.»

En resumen: el éxtasis místico sobrenatural de Santa Teresa era un estado psicológico y fisiológico debido á la acción divina que ocasionaba excepcionales y muy extraordinarias actividades de las facultades superiores de su alma; y la causa de los fenómenos sonambúlicos es siempre una crisis nerviosa espontá-

nea ó provocada, diametralmente opuesta en naturaleza, manifestaciones y consecuencias. La equivocación de los naturalistas, ó su malicioso error, consiste más que en nada en presentar como actividades maravillosas y ordenadísimas de la inteligencia y la voluntad racionales, las excitaciones morbosas de la imaginación y de los sentidos, con todo su natural acompañamiento de fenómenos irregulares y más ó menos desordenados siempre, aunque sorprendentes alguna vez á primera vista.

CAPÍTULO VII.

QUE TRATA DE SI LAS UNIONES MÍSTICAS QUE GOZÓ
SANTA TERESA DE JESÚS PUDIERON SER ALGUNA
NEUROSIS TODAVÍA DESCONOCIDA.



A última proposición en que se atrinchera la patología naturalista cuando va perdiendo las líneas de ataque sucesivas que presenta á la doctrina católica, es la que formula del modo siguiente: «las mercedes divinas con que, según los teólogos, regaló Dios á Teresa de Jesús y otros Santos, son neurosis desconocidas aún por la medicina: pruébanlo así las analogías que hay entre los signos de aquéllas y los síntomas de las enfermedades nerviosas que conocemos, contempladas médicamente.»

Amplias brechas han abierto en este postrer reducto los capítulos precedentes; mas conviene destruir ya de una vez sus ruinosos lienzos. Peor para el naturalismo, si al desmoronarse las quebrantadas piedras se ve doblemente maltrecho.

¿Qué puede ser esa *neurosis desconocida todavía*

que proponen los naturalistas patólogos? Una enfermedad de los centros nerviosos de lesión anatómica más ignorada y de causa más misteriosa que las análogas cuyo mismo nombre lleva. En una como en otras, pues, la lógica exige para inducir esas incógnitas, que investigue la naturaleza de los efectos por los que se manifiestan, único procedimiento racional que nos es dado poner en práctica en tales casos; porque ningún efecto es superior ni distinto en naturaleza de la causa que lo engendra, y definido el orden á que pertenece aquél se vendrá en conocimiento del que corresponde á ésta.

Ahora bien: ¿cuál es la naturaleza de los efectos ó síntomas de *esa neurosis todavía desconocida*? Los naturalistas dicen sin vacilar que pertenece al orden natural, único que aceptan y proclaman en el universo como posible: luego la causa productora de tales efectos habrá de ser de la misma naturaleza. No falta lógica en esta primera parte; mas lo que necesita probar el naturalismo es que un estado místico divino pueda ser una neurosis. Y esto jamás lo demostrará, porque no es verdad.

Sabe ya el lector la infinita distancia que separa los órdenes natural y sobrenatural considerados en su esencia íntima; conoce también la diferencia que hay entre los actos fisiológicos y los fenómenos morbosos. No he de repetir, por consiguiente, un estudio que he venido haciendo con minuciosidad. Lo que ahora me propongo es mirar por última vez con los ojos de la razón á través del falso velo médico tras el que procura esconder sus errores el naturalismo. Discurremos, pues, y desmenucemos el sofisma patológico.

¿Qué son las neurosis? Enfermedades. ¿Y qué son las enfermedades? Infracciones de una ó varias de las leyes biológicas que rigen al sér humano vivo y en plena salud. Luego todo hecho morboso no es más que un trastorno del orden meramente natural, y no traspasa un punto los límites de tal orden. Luego en fisiología como en patología, no se dan más que fenómenos naturales; con la sola diferencia que en la primera todo acto revela las armonías de un plan admirable dispuesto por el Hacedor, y en la segunda todo son desviaciones y desórdenes de aquel hermoso conjunto.

Pues bien: siendo una neurosis, conocida ó desconocida (1), un hecho completamente natural, ¿puede la razón humana confundirla con un acto sobrenatural? Ya probamos al naturalismo que no cabe tal confusión. Mas entonces ¿cómo formula el naturalista la proposición citada? Valiéndose del sofisma siguiente:

De las mismas descripciones que hacen la teología mística y Santa Teresa de las uniones amorosas extáticas, toman los signos que corresponden á las funciones vegetativas, locomotivas, sensitivas é intelectivas, en cuanto presentan de naturales, si es que no suponen que la sensibilidad y la inteligencia son funciones propias del cerebro. Después comparan estos signos con los síntomas de las neurosis; y de las analogías que hallan deducen su identidad de naturaleza. Mas como hasta en las manifestaciones corpóreas hay diferencias, que se marcan más y mejor en las facultades

(1) Lo desconocido no es tal desde el punto de vista que se discute; pues basta con saber que se trata de una enfermedad, para que no se necesite conocer más en nuestra discusión.

sensibles y; sobre todo, en las intelectuales, áun consideradas por ellos como propiedades de la materia cerebral, apelan al solo recurso que les queda refugiándose en lo *desconocido*; porque lo que no se conoce, les da pretexto aparente para exponer hipótesis tan peregrinas como la que voy á copiar.

«El éxtasis y raptó místico es una neurosis que se parece al histerismo, la catalepsia, la melancolía, etc.; mas no es ninguna de ellas. La patología estudia con afán las notas que caracterizan esta neurosis: pero mientras logra encontrarlas, está perfectamente autorizada para sentar que no hay en ella fenómeno alguno que no pertenezca al orden natural. Ni áun los mismos teólogos han podido negar que los signos que presentan los extáticos y arrobados místicamente en la sensibilidad, locomoción y demás funciones orgánicas, son trastornos de las leyes fisiológicas que presiden á las facultades correspondientes. Hasta Santa Teresa lo demuestra en sus elocuentes narraciones.»

¿Encierra verdad este sofisma? Una; la de que los éxtasis y raptos místicos se manifiestan por signos naturales *también*. Mas la palabra que subrayo es la clave de la cuestión: ese *también* dice muy claro que al par de tales signos hay otros que no se nombran; más aún, que se procura omitir. Y justamente se apoya el sofisma en esta ocultación. Véase cómo.

En todo hecho sobrenatural realizado en los seres creados, hay que considerar dos cosas; la acción de Dios y la clase de criatura en quien recae; porque la naturaleza del sujeto creado es el instrumento de que place á Dios valerse para su obra divina. Según sean los elementos constitutivos de la criatura sobre la cual

opera Dios, así se observan manifestaciones más ó menos variadas entre las que se distinguen siempre unas sobrenaturales y otras derivadas *connaturalmente*; á menos que la Omnipotencia divina disponga otra cosa.

Para que se me comprenda mejor, voy á poner algún ejemplo. Supongo el hecho sobrenatural de mantenerse á gran altura en los aires por espacio de muchas horas, á despecho de las leyes de la gravedad, una basilica, un árbol, un cuadrúpedo y un hombre. Aquí el suceso milagroso es el mismo, y sólo varían las criaturas en quienes tiene lugar: la manifestación característica sobrenatural una para todos los sujetos; pero ¿y los signos naturales que cada uno de ellos presenta serán iguales? Nó: la mole de piedra inerte, impassible, seguirá ofreciendo á las atónitas miradas del espectador sus maravillas artísticas; en el vegetal se observarán señales de agonía vegetativa; la bestia manifestará su extrañeza y espanto con sus movimientos desordenados y sus gritos de instintivo terror; y el hombre, sorprendido, estupefacto, admirado, nos podría contar después las alteraciones psíquicas y corpóreas que habían apreciado su inteligencia y sentidos durante el suceso.

El observador que discurriera con lógica, entendería muy bien aquella unidad de causa sobrenatural, inducida por cuatro idénticos efectos sobrenaturales, y al par apreciaría científicamente la variedad de manifestaciones del orden natural por las calidades distintas de las criaturas que las ofrecían. Mas ¿qué diríamos de aquellos espectadores que dijeran que los mármoles, artesonados, estatuas, y pinturas del edificio, el vegetal, la bestia y el hombre de nuestro ejemplo, eran

seres iguales *porque* en todos se habia realizado la elevación maravillosa? Apuntemos este dato y sigamos reflexionando.

Siendo el hombre un compuesto de materia y espíritu, todo hecho sobrenatural que tenga lugar en él, producirá efectos correspondientes á los dos elementos; efectos que se manifestarán por signos espirituales y corpóreos. Así, en los éxtasis y raptos divinos, gracias contemplativas sobrenaturales que Dios obró en Santa Teresa, vimos fenómenos de la sensibilidad, de los movimientos y de las funciones vegetativas, que se derivaban connaturalmente de aquellas operaciones elevadísimas superiores internas á que su alma era violentamente impulsada, atraída y abismada por tal manera, que no la permitían atender á los otros actos inferiores y externos. Por esta razón, el lector recordará que, cuando al examinar todos estos efectos el entendimiento quería inducir lógicamente por ellos las causas productoras, llegaba un punto en que se veía obligado á reconocer la intervención evidéntisima de una potencia infinitamente más grande que la naturaleza material, la sensible, y en una palabra, superior á toda la creada, la cual potencia se valía de las facultades inferiores de aquel sér como de instrumentos adecuados á la obra que realizaba.

Unidos harmónicamente unos y otros signos, á saber, los que revelan la acción divina y los que manifiestan los actos naturales humanos, resulta el *todo místico sobrenatural*, cuya realidad se impone á la razón y, por ende, á la voluntad racional más aviesa y decidida en contra de su existencia.

Ahora bien: cuando se trata de juzgar la naturale-

za de una causa por sus efectos, es deber ineludible del que así estudia, no suprimir el examen de ninguna de las manifestaciones que han de formar las bases fundamentales de su juicio ulterior. Proceder de otro modo es ilógico á todas luces. La filosofía católica no incurre en esa falta, porque tiene mucha cuenta de todos los factores que componen el todo; mas el naturalismo, prescindiendo de los más importantes y amparándose con el subterfugio de lo desconocido, que ya he dicho no lo es para nuestro caso, se precipita voluntariamente en el absurdo.

Pero hace más todavía. Como esta primera culpa no es bastante para sacarlo airoso en la lucha, inventa un sofisma semejante al que cité há poco; esto es, deduce como si aquel espectador dijera: «puesto que la basilica, el árbol, la bestia y el hombre milagrosamente suspendidos en el aire, tienen algunos elementos materiales idénticos en su composición que presentan caracteres comunes, afirmo que todos son de igual naturaleza.»

Si el naturalismo procediera de buena fe, cabría preguntarle: ¿y el otro miembro del silogismo, por qué se omite? ¿Los cuatro sujetos citados no tienen caracteres que los distinguen unos de otros? Y si los poseen, ¿cómo se prescinde por completo de ellos? ¿Acaso las propiedades comunes de varios cuerpos, anulan, destruyen las diferenciales? Por semejante procedimiento resultarían todas las cosas del universo iguales; bastaría demostrar, por ejemplo, que los átomos de la materia eran idénticos, y probada la composición atómica de los seres que hay en la tierra y en el espacio sideral, se podría deducir con esa lógica que todos eran igua-

les, desde la molécula etérea hasta el hombre. Pero ¿qué digo?... Tomando por base que toda realidad existe, esta existencia, considerada sin distinciones de ninguna clase como carácter común, establecería la igualdad de naturaleza desde Dios mismo hasta la menor partícula material.

Mas apartando la vista de tanta locura, diré que aquí, en nuestra cuestión, se trata de hallar diferencias, ó mejor dicho, de juzgar si las que propone y demuestra la teología como características del orden sobrenatural y del natural para distinguirlas entre sí, las presentaron ó nó las mercedes divinas que Santa Teresa declara en sus escritos haber gozado. Hecho esto, vendrá después el examinar si en tales sucesos místicos se manifestaban además signos exteriores del orden natural.

El estudio lógico que reclamo, hecho por cualquier patólogo, le obligaría á proclamar con los católicos que *Santa Teresa de Jesús padeció histerismo, y también disfrutó muchas veces los regalos sobrenaturales llamados uniones extáticas, visiones y locuciones: que bajo ningún aspecto pueden ser estas mercedes divinas ataques de una neurosis desconocida todavia por la patología, ni confundirse por tanto con ellas, sino maliciosamente.*

No quiero concluir el último capítulo de la segunda parte de mi trabajo sin contestar á esta pregunta, que ha servido alguna vez de reparo á lo que vengo afirmando en toda ella: ¿son compatibles en un mismo sujeto la enfermedad y el suceso místico sobrenatural?

Quien hace tal reparo, supone su respuesta negativa. Pero el que tal dice debe probarlo, porque de-

claro que no alcanza mi razón el más leve fundamento que pueda servir de apoyo á tamaña hipótesis. ¿Por ventura, se opone algo á que un individuo esté enfermo y á la vez ejercite activa y ordenadamente sus funciones intelectuales, practicando al mismo tiempo virtudes sublimes y heróicas? Nadie afirmaría tal, sin error manifiesto. Pues bien; con más motivo todavía se podría calificar de absurdo el no admitir la posibilidad de que la Santa enferma Teresa de Jesus gozara mercedes sobrenaturales.

Tan claro enseña esto la ciencia y lo prueba la razón humana, por consiguiente, que á pesar de mi escaso entendimiento y más pobre saber, me atrevo á sostenerlo, así como reto á todo el naturalismo á contradecir la proposición que sigue: «Las enfermedades y los estados divinos de unión amorosa extática son manifestaciones de dos causas distintas, pero no contrarias, que pueden obrar en un mismo sujeto alternativamente, y aún á la vez; y como Santa Teresa de Jesús presentó los signos de ambos hechos durante su vida mortal, debe asegurarse que en la persona de la Doctora mística obraron juntas é independientes la causa sobrenatural de los goces amorosos celestiales y la causa natural anómala de sus padecimientos.



TERCERA PARTE.

CAPÍTULO PRIMERO.

QUÉ DICE LA DOCTRINA CATÓLICA RESPECTO Á LA POSIBLE INTERVENCIÓN DE AGENTES SOBREHUMANOS CREADOS, EN CIERTOS ACTOS DEL HOMBRE.



A tercera parte de este mi trabajo tiene por objeto examinar si las mercedes sobrenaturales que describe Santa Teresa de Jesús en sus obras, podrían explicarse por la intervención de un agente sobrehumano que no fuera divino, y, por consiguiente, si la sabia Doctora se equivocó al interpretar dichos sucesos. Para obtener tales fines, pareceme lo más oportuno comenzar exponiendo la enseñanza católica sobre la principal base de punto tan importante.

«Las leyes de la inducción más severa y la razón más ilustrada vienen á juntarse á la auto-

ridad de la palabra divina para demostrar que son posibles, y diríamos casi necesarios, seres superiores al hombre y criaturas de Dios. El carácter que resplandece más en el universo es el encadenamiento y armonía de los seres que lo componen. Desde el insecto invisible hasta la gigantesca ballena, desde el musgo hasta los cedros del Líbano, desde las más ínfimas existencias hasta el hombre, todas las clases de los seres creados se mantienen estrechamente unidas cual otros tantos anillos de una misma cadena. Esta cadena inmensa no se interrumpe; las diversas partes de la naturaleza se funden tan dulcemente, que pasa el espíritu de unas á otras sin apenas darse cuenta. Mas al llegar al hombre, la cadena se rompe. La serie de organizaciones progresivas y su continuidad armoniosa, por la que todas las criaturas inferiores se unen con el rey de la tierra, no se halla encima de él para unirlo con el Rey del Cielo. Para llegar á Dios desde la especie humana, el espíritu se ve obligado á franquear de un salto la distancia inconmensurable que separa el sér todavía imperfecto y limitado del sér infinitamente perfecto.

»Aquí, como en otras mil circunstancias en las cuales el espíritu humano se agita bajo una necesidad imperiosa que no puede satisfacer, viene la revelación en su auxilio. Al modo que la ciencia le ha mostrado el encadenamiento progresivo de los seres inferiores, la fe desgarrá el velo extendido sobre su cabeza y le hace contemplar en las regiones superiores esa brillante gerarquía de inteligencias que se alzan gradualmente de perfecciones en perfecciones, desde el hombre hasta la suprema perfección. La escala misteriosa

de Jacob vuelve á descender del firmamento á la tierra ; miríadas de ángeles llenan sus gradas ; los serafines, los querubines, las dominaciones y los tronos, hacen resonar las bóvedas del Cielo con sus cánticos sublimes. A la claridad de la fe , los anillos de la rota cadena se juntan de nuevo, continúanse las analogías, el espacio se llena y el espíritu del hombre reposa tranquilo, porque la religión, que también tiene horror al vacío, le ha poblado la inmensidad.

»Mucho se han burlado de la creencia de los genios intermedios, sin atender que se ridiculizaba , no solamente la religión, sino la humanidad entera que los ha reconocido , apoyada en la razón misma cuyas leyes los exigen , y sin alegar para la negación de su existencia más que este pueril motivo: «No se les ve.» Pero ¡qué más absurdo, ni más fatal á la verdad , que negar los hechos á los seres , únicamente porque no caen bajo el alcance de nuestros medios de conocer!

»Si antes de inventar el microscopio , se le hubiera ocurrido á cualquiera el afirmar que más allá de los pequeñísimos seres que puede percibir el ojo , existía una serie de organismos sin cuento , admirablemente provistos, de sorprendente variedad , y componiendo, en cierto modo , un nuevo mundo mucho más poblado y no ménos bello que el de las organizaciones visibles; que en los poros del cuerpo humano , en una simple gota de agua, vivían , se agitaban , nutríanse y se reproducían millares de seres parecidos: si antes de la invención del telescopio un hombre hubiera osado decir: «Por encima de los planetas y las estrellas que nuestras miradas pueden alcanzar , hay millones de estrellas que cada una es, cuando ménos, igual á nues-

tro sol; que planetas como nuestra tierra, y quizá más extensos aún, son llevados y calentados en el torbellino de esos nuevos soles, cada uno de los que también es el centro de un mundo;» si antes, decimos, de haber inventado estos preciosos instrumentos científicos, alguien se hubiera atrevido á usar semejante lenguaje, ¿no habría sido mirado como un insensato? Y, sin embargo, todo lo que hubiese aventurado entonces, la ciencia y la filosofía lo proclaman hoy altamente. Ahora bien; la religión es para el hombre, lo que son los instrumentos científicos para los órganos naturales cuando se hallan débiles; descubre con ella verdades que sin ella siempre habría ignorado» (1).

Todos los doctores de la Iglesia católica dicen que los ángeles, puros espíritus creados por el Hacedor Supremo, conocen las fuerzas, leyes y fenómenos de la naturaleza material por modo muy superior á la manera de conocer estas cosas que alcanza la razón humana durante su vida terrena; porque los ángeles, sin estudio previo, nada ignoran de lo que se refiere á dicho orden, mientras que el hombre apenas logra saber algunos detalles del mismo después de incesantes y prolijos trabajos.

Sentado esto, la inteligencia no puede menos de reflexionar y deducir, que si el físico y el químico reproducen muchas veces fenómenos materiales y hacen brillantes aplicaciones de sus conocimientos á las artes y la industria, valiéndose de las imperfectas noticias que poseen, ¿cuánto no podrán realizar las intelligen-

(1) Perron: *Introduction philosophique a l'histoire de la religion.*

cias angélicas, que tienen la clave de los hechos naturales al conocer las causas, los efectos y la manera de producirse éstos por la acción de aquéllas?

Mas los mismos doctores cuidan mucho de advertir que, áun teniendo tal sabiduría, nó les ha sido dado extender su acción á todos los fenómenos que pueden resultar de las variadísimas combinaciones de los elementos naturales, sinó que el Criador la limitó á los que forman el orden general del mundo y la redujo á operar según las leyes dictadas por El. Lo sobrenatural, efecto inmediato de la acción divina, está reservado exclusivamente á la Omnipotencia; y hé aquí el motivo que no permite dar propiamente nombre de sobrenaturales á los hechos que provocan los ángeles, por más que sí les corresponde con toda propiedad el título de sobrehumanos.

Hé aquí cómo expone tales ideas el P. de Bonriot (1): «Las obras de los ángeles deben parecernos maravillosas; porque para conocer las fuerzas de la naturaleza y ponerlas en ejercicio, estos agentes celestiales disponen de una inteligencia y de un poder con los que no tienen comparación nuestras débiles facultades. Mas todo lo que obran está contenido en las razones seminales de las cosas, como dice San Agustín, ó para usar el estilo moderno, es una simple resultante de fuerzas que ya existen, reduciendo su papel á lograr que concurren estas energías según la determinación de su voluntad. Son físicos, químicos, mecánicos, ingenieros, artistas, sabios como nosotros, pero

(1) Ob cit., pág 108.

incomparablemente mejores que nosotros. No tienen que hacer estudios, saben: no necesitan llevar á cabo descubrimientos; el libro de la naturaleza está del todo abierto ante ellos. ¡Cuánto habríamos de admirar si nos revelasen todo lo que allí leen! Su laboratorio sería el Océano, la atmósfera, las entrañas de la tierra, los sistemas planetarios. Pues bien; todavía en fenómenos tan gigantes, la naturaleza gobernada por una dirección superior es la que obra, como lo hace en el gabinete del físico y en el laboratorio del químico.»

El mismo ilustrado autor continúa luego tratando del poder que tienen los ángeles sobre la naturaleza viva y la espiritual, en la forma siguiente (1):

«No tenemos para qué tratar ahora de las relaciones de los ángeles entre sí. En cuanto á lo que nos interesa, debemos decir, que la esencia y el origen de nuestros actos vitales propiamente dichos sensibles ó intelectivos, no están sometidos á ninguna causa eficiente creada distinta de nosotros mismos; porque los actos vitales proceden esencialmente de un principio interior. Dios solo, que al dar el sér á todo, todo lo penetra, puede suplir la causa viviente inmediata. Tal sería el rayo de sol que se reparte por un cristal, si al prestarle luz le diese también la existencia. Pero las criaturas, áun las más perfectas, son necesariamente las unas para las otras exteriores. Síguese de aquí, el que los actos vitales de cada una permanecen rigurosamente independientes en su fondo á la acción de todas las demás. Un ángel, pues, no podría producir

(1) Elijo estos párrafos escritos en estilo moderno, porque así los conceptos se vulgarizan hoy mejor.

inmediatamente en nuestras facultades una sensación, acto por el cual oímos ó vemos, ni engendrar el movimiento íntimo de la inteligencia, por el que comprendemos y que se llama el verbo interior ó la afirmación, ni tampoco el movimiento voluntario por el cual elegimos y que se llama la voluntad. En la creación, Dios se reservó enteramente producir los seres; su modificación agota la eficacia total de las causas segundas fuera de sí mismas. En lo interior la causa viviente posee una especie de potencia creadora que comunica la existencia á sus actos íntimos: las demás criaturas no los provocan jamás sinó indirectamente y por fuera; los excitan, mas no los producen.

»Para mayor claridad supongamos un acto vital, un acto de visión por ejemplo, la vista de una flor. En este fenómeno, es menester distinguir el papel que juega la flor, la modificación orgánica y la operación del alma sensible. La flor envía por medio de los rayos luminosos al ojo, una imagen de sí misma, su representación exacta; la modificación orgánica es el cambio producido por esta imagen en la retina, en el nervio óptico y en las partes correspondientes del cerebro; la operación del alma sensible, hablando con propiedad, es la sensación, esta manera de ser activa que traducimos con las palabras «yo veo una flor,» y es una eflorescencia de la vida sensible del alma viviente. De los tres elementos de la sensación, el primero y el segundo están bajo el poder del ángel, el tercero nó. El ángel puede poner ante los ojos una flor ó la imagen de una flor; puede modificar directamente la retina, el nervio óptico y el cerebro como lo hace una flor colocada á toda luz; mas no alcanza la sensación

en su origen; no produce la visión de una flor, sin usar al menos la imagen cerebral de la misma; y cuando él ha establecido todas las condiciones exteriores de la visión de una flor, esta visión puede muy bien no realizarse; basta para ello que la atención del sujeto sensible se halle intensamente aplicada á cualquier otro objeto.

»Lo que aquí decimos de la sensación, debe con más motivo decirse de los actos de la inteligencia y de la voluntad. Mas tales actos de las facultades superiores se han sustraído al influjo directo de las inteligencias creadas por otras razones del orden moral, si pueden llamarse así.

»Dios, al crear naturalezas libres, les confirió por esto mismo un derecho esencial á la independencia de sus actos íntimos. Síguese de aquí, primero, que ningún otro agente racional puede tener parte inmediata en la producción de dichos actos, y segundo, que tales actos no tienen más testigos que Dios y la conciencia del sér libre que los produce. Oigamos á Suárez cuando dice (1): «Es conforme á las exigencias de la naturaleza intelectual que el corazón entero, en cuanto comprende la raíz de la libertad (la razón) y el uso de la libertad (sus determinaciones) esté de tal manera cerrado, que solamente su propietario tenga la llave que abre, y que nadie más tenga otra para penetrar allí.» El interior del alma racional es un santuario para el que toda mirada extraña es una mirada profana.

»Así los ángeles no pueden conocer directamente,

(1) *De Angelis*, l. II. c. XXV.

ni nuestros pensamientos, ni nuestras determinaciones. No se instruyen más que interpretando los signos naturales ó arbitrarios con que los revestimos, apoderándose de ellos con mayor ó menor probabilidad por el exterior. Si bien los ángeles leen los caracteres que nuestro pensamiento traza necesariamente en el cerebro, es seguro que no ven la acción propia de la inteligencia que constituye el acto de conocer, ni la acción propia de la voluntad que constituye el acto de querer libremente. Al modo que un maestro, por ejemplo, ve los signos de una demostración geométrica trazada en un encerado y los ojos de sus discípulos dirigidos á estos signos; pero no ve, ni el acto de atención, ni el acto de conocer que supone llevan á cabo los espíritus de sus alumnos. Su ignorancia es completa en este punto, hasta que tiene testimonios exteriores de sus actos internos.

»También por el exterior es por donde los ángeles pueden provocar la aparición de nuestros actos interiores. Se sabe que los objetos solicitan nuestra actividad: los ángeles tienen el poder de presentarlos, ya por los sentidos, ya por la imaginación. Aquí también hacen otra cosa más que poner en obra los agentes naturales y la influencia que tales agentes recibieron del Creador y Ordenador supremo. Esta es la doctrina de Santo Tomás, que dice (1): El ángel bueno ó malo, puede, en virtud de su naturaleza, conmover la imaginación del hombre. En efecto; hemos dicho que la naturaleza corporal obedece al ángel en cuanto al mo-

(1) 1.^a q. 111, art 3.

vimiento local; por consiguiente, los efectos que resultan del movimiento local de ciertos cuerpos, dependen de la potencia natural de los ángeles. Ahora bien; es manifiesto que las apariciones imaginarias son algunas veces producidas en nosotros por el movimiento local de espíritus corporales (espíritus animales) y de los humores..... La emoción de los espíritus y de los humores puede ser tan viva, que las apariciones se producen aunque se esté despierto, como se ve en los frenéticos y otros enfermos. Lo mismo, pues, que estos efectos resultan del movimiento natural de los humores, y á veces también de la voluntad del hombre, que á su gusto imagina lo que antes percibió por los sentidos; de la misma manera estos efectos pueden ser producidos por la potencia del ángel bueno ó malo, unas veces con trastorno de los sentidos corporales y otras sin él.

»En resumen, los ángeles se hallan naturalmente dotados de un poder cuyos efectos deben admirarnos, porque traspasan mucho lo que nosotros podemos producir. Mas su potencia consiste en poner en movimiento los agentes naturales que son objeto de nuestra ciencia humana. Solamente por esta vía les ha sido dado actuar sobre nuestras almas; nuestra vida íntima escapa directamente á su conocimiento y á su acción, no siéndoles posible despertar en nosotros ni pensamientos, ni deseos, sinó á condición de ejercer un influjo material sobre nuestros órganos, humores, nervios ó tejidos. Hablamos del *poder natural* de los ángeles, el cual quedó intacto en los demonios, á pesar de su caída. Porque Dios puede investir á los ángeles buenos de un poder sobrenatural, esto es, emplear su

ministerio para realizar obras cuyos elementos no los encierra la naturaleza. Mas en este caso, Dios es la causa única eficiente, y el ángel un instrumento.»

Consignada la doctrina católica de la intervención sobrehumana de los ángeles buenos y malos, será ya oportuno examinar si los éxtasis y raptos de Santa Teresa de Jesús, con las visiones y hablas que los acompañaban, pueden confundirse con los hechos extraordinarios que presenta cual sucesos sobrehumanos; así como también si los equivocó la Santa Doctrina, tomando por favores divinos fenómenos provocados por el espíritu de las tinieblas.

El punto de partida del examen comparativo y la base del estudio crítico en este asunto importantísimo, me los han de prestar los caracteres que ofrecen las manifestaciones y efectos de unos y otros hechos, pues dichos caracteres conducen lógicamente á la investigación y determinación de la causa productora de aquellos signos y consecuencias.

Conocemos ya las manifestaciones sobrenaturales, y voy á decir algo de ciertos hechos meramente sobrehumanos.

CAPÍTULO II.

QUE PONE ALGUNAS NOTICIAS Y DATOS ACERCA DEL
MAGNETISMO Y ESPIRITISMO.



L emprender el estudio de los hechos sobrehumanos de nuestra época, tropiezo con un grupo de fenómenos que desde su principio se observaron en las prácticas magnetistas, y que, salvo los tiempos de los antiguos cultos idólatras, de la magia, la hechicería y la posesión, han logrado su apogeo actualmente con el nombre de espiritismo.

Con tal apasionamiento se ha combatido su existencia, que cuesta trabajo recoger los documentos justificativos de varias opiniones contradictorias. Consultando á los espiritistas, todo es verdad; oyendo á sus adversarios, todo prestidigitación, engaño y superchería. Algunos, después de oír á los dos bandos, dudan y lo manifiestan con franqueza. Parece á primera vista que los últimos son los más sensatos, ya que

fisiólogos contemporáneos eminentes, buscando de buena fe dichos fenómenos, lejos de comprobarlos, han demostrado la impostura de ciertos magnetizadores; mas adviértase que no haberlos encontrado *todavía* esas eminencias científicas, no es argumento decisivo contra las afirmaciones opuestas, sostenidas por sabios no menos ilustres, y quizá más numerosos. Y si es cierto que pesa mucho en el ánimo del crítico la autoridad de nombres rodeados del prestigio de sus brillantes experimentos fisio-patológicos, también lo es que los escritores concienzudos deben tener en cuenta para juzgar, los asertos de los que piensan de otro modo con igual autoridad, la tendencia doctrinal de unos y otros, que acaso es niebla que obscurece y acaso antorcha que ilumina, y, sobre todo, la realidad de los hechos, que no por ser inexplicables para la ciencia limitada del hombre, deja de imponerse como cierta y sobrehumana:

Por mi parte, después de maduro examen he adquirido el convencimiento de que tales fenómenos existen, y de que no es posible explicarlos sinó por la intervención del orden preternatural. Por eso no me conformo con las restricciones de algún escritor, á quien por lo demás respeto y admiro por sus creencias católicas y su gran saber, sinó que voy más allá y acepto como demostrada la condición que dicho autor reclama para decidirse. Me refiero al distinguido profesor Lefebvre, que después de separar los hechos del magnetismo en tres categorías, *reales, falsos y sospechosos*, dice hablando de los últimos: «Personas que han estudiado la cuestión del magnetismo animal con sinceridad y rectas intenciones, afirman que algunos

individuos, bajo la influencia de ciertas prácticas magnéticas, hablan idiomas cuyos elementos no poseen; que relatan sucesos conocidos solamente por él que los interroga, y que predicen con certeza acontecimientos casuales.

»No me pronunciaré en favor ni en contra de la realidad de tales hechos. La mayor parte tienen un tinte fraudulento ó erróneo; pero si nuevos datos obligan á admitir su existencia, lo declararé muy alto, no pertenecen al orden natural. El magnetismo, el espiritismo y las demás ciencias ocultas que muchos hombres instruidos consideran como ramas de una misma doctrina, costean muy de cerca el mundo sobrenatural, y no es preciso desviarse mucho para entrar de lleno en él» (1).

Pues bien; para mí esos datos que *obligan á admitir la realidad* de los hechos, existen ya, y no *costean el mundo sobrenatural muy de cerca*, sinó que le pertenecen por completo. Estudiaré los motivos que me permiten opinar así, y luego veré si puede darse de ellos una explicación científica que no sea la de su carácter sobrehumano.

El naturalismo niega la realidad que sostengo presentando la creencia del vulgo, compuesto de las nueve décimas partes de la humanidad, cuando menos, y la opinión de los sabios; ó sea, la de los que no se toman siquiera el trabajo de examinar los hechos que sentencian, y la de los que miran á través del prisma que conviene á sus doctrinas sistemáticas. En otro lugar

(1) Obra citada.

citó sus nunca bien ponderados argumentos, que se reducían á la siguiente frase: *tales hechos son imposibles, luego no existen*; á lo cual contesté con más lógica y verdad: *tales hechos existen, luego son posibles*.

Dejando á un lado las pruebas de lo sobrenatural, por expuestas ya en los preliminares, y los prodigios que refieren la historia, la tradición y la teogonía idólatra, fijaré mi atención en hechos que por su actualidad permiten fáciles comprobaciones.

En 1776, Antonio Mesmer, de Suecia, presentó á la facultad médica de Viena una disertación donde se consignaban los primeros rudimentos del magnetismo animal. Expatriado y establecido en París abrió salones públicos que por espacio de veinte años excitaron febril curiosidad y vivas controversias científicas. Más tarde, el Marqués de Puysegur, y du Potet se hicieron notar mucho, y el segundo publicó su periódico del Magnetismo declarando que éste no era más que la *magia*.

Desde 1846 á 1852, empieza el espiritismo á dejarse oír, y crece tan rápidamente, que se presenta en América una petición al Senado firmada por catorce mil ciudadanos, entre los que figuran nombres muy respetados en el país, citando hechos y reclamando el esclarecimiento de tan grandes misterios. A partir de 1853 se le ve extenderse por Europa con más amplios horizontes. En todas las ciudades hubo mesas que giraron, lápices que dibujaron ó escribieron. *mediums* que profetizaron. Pueblos enteros, reyes, magnates, ciudadanos de todas clases, pueden atestiguar las maravillas que han presenciado á cada paso.

El relato no es solamente verbal, sinó que invade

las columnas de la prensa, como puede verlo el que guste, ya en la obra titulada «El Magnetismo, el Espiritismo y la Posesión, por el R. P. Pailloux, traducido por Obiols,» ya en multitud de revistas y folletos que tratan este asunto, y que insertan importantísimas comunicaciones de testigos serios, respetables, ilustrados y juiciosos, cuando no los informes de sabios y corporaciones distinguidas.

Ahora bien: ¿serán imposibles sucesos que cientos de miles de hombres han visto realizarse? Cuando el testimonio humano reúne tales condiciones, no se duda, ni se le niega certeza. Si así no fuera, el más leve capricho bastaría para quitarle valor, y la palabra *imposible* dicha por un loco, podría borrar hasta la existencia del imperio romano, la de nuestra gloriosa reconquista ó la de la última guerra franco-prusiana.

Y no se repita que lo sobrehumano, por estar fuera del alcance de los sentidos, no puede atestiguarlo el hombre; pues todo hecho, como tal, puede ser y es objeto de los sentidos y de la certidumbre humana. En tales casos, no se trata de investigar la naturaleza de los hechos, ni de comprenderlos, sinó de presentar testimonio de los mismos. Después de haber certificado su realidad, vendrá el clasificarlos en tal ó cual categoría, si puede la inteligencia distinguir sus caracteres. Así, los espectadores de los fenómenos que citamos, no podrán certificar su verdadera causa sin estudio y raciocinio posterior; mas sí pueden atestiguar con seguridad que se realizaron á su vista.

Convengo, sin embargo, en que los apasionamientos, el deseo de figurar, el amor propio estimulado y

ofendido quizá, miras interesadas y mezquinas, han dado lugar á muchas truhanerías, engaños, pruebas y contrapruebas entre los amigos y los enemigos; acaso los prestidigitadores sean los que más aprovechen el fingimiento de las prácticas magnetistas ó espiritistas para embaucar al público y hacer fortuna: mas cuando se estudian atentamente los datos que unos y otros suministran, se ven surgir de tan confuso laberinto multitud de casos verdaderos mezclados con muchos más ficticios. Citaré algunos.

En 1784, las Academias francesas entendieron en el asunto del magnetismo animal. Mientras el Dr. Bailly redactaba un informe atribuyendo á la imaginación la mayor parte de los efectos obtenidos con las prácticas magnéticas, otro informe de la Academia de Medicina de París contenía esta confesión: «Hemos juzgado que no debíamos fijarnos en unos hechos raros, insólitos, maravillosos, que parecen contradecir todas las leyes físicas; porque tales casos son siempre resultado de causas complicadas, variables, ocultas é inexplicables.»

En 1820 y 1821, du Potet y Robonan llevaron á cabo sus célebres experimentos del *Hotel Dieu*, en presencia de Bertrand, Husson, Recamier y otros treinta médicos: dieron resultados favorables á los experimentadores, y la opinión pública imponiéndose, logró que se nombrase otra comisión para estudiar con detenimiento los hechos en un plazo de cinco años. Parisset, médico de la *Salpetrière*, favoreció los trabajos de la comisión, y lo mismo hicieron Guersant en su hospital de niños, Fouquier en el de la Caridad, Gueneau de Mussy y Husson en el *Hotel Dieu*, Itard en el Instituto

de Sordo-mudos, hasta que una orden del Consejo general en 19 de Octubre de 1825 les impidió continuar los estudios en los hospitales, obligándoles á continuarlos particularmente.

El 28 de Enero de 1831, Mr. Husson, elegido relator, leyó un informe notable con treinta conclusiones, de las que sólo cito las adecuadas á mi fin, que dicen: «No siempre son precisos los medios exteriores y visibles; pues muchas veces la voluntad, la fijeza de la mirada, bastaron para producir los fenómenos magnéticos, áun sin saberlo los magnetizados.

»Cuando se ha logrado que una persona caiga una vez en sueño magnético... la voluntad sola del magnetizador suele tener el mismo influjo... aunque los sonámbulos se hallen á distancia, nada sepan, y por más que haya entre ámbos paredes y puertas.

»... El fenómeno de la clarividencia ó lucidez se ha verificado hasta cuando el sonámbulo tenía cerrados exactamente los ojos con los dedos.

»Las predicciones de dos sonámbulos se han realizado con exactitud notable.

»No exigimos de vosotros, señores, que deis crédito ciego á cuanto acabamos de referir. Concebimos muy bien que gran parte de estos hechos son tan extraordinarios que no podréis concedérselo. Acaso también os negaríamos el nuestro, si trocados los papeles viniéseis á esta tribuna anunciándolos sin haberlos visto nosotros, observado ni estudiado. Solamente os pedimos que nos juzguéis cual os juzgaríamos; es decir, que estéis convencidos de que ni la afición á lo maravilloso, ni el amor á la celebridad, ni cualquier otra

mira interesada han guiado nuestras investigaciones. Nos animaban motivos más elevados, más dignos de vosotros; el amor á la ciencia y la necesidad de corresponder á las esperanzas que fundasteis en nuestro celo y adhesión.»

Este informe, rubricado por Baudoir de la Motte, Fouquier, Gueneau de Mussy, Guersant, Itard, Husson, Leroux, Marc y Thilaye, fué leído y archivado en la Academia; pero no se imprimió para no darle publicidad.

El Dr. Rostan dijo en su gran Diccionario de Medicina: «Hacia más de diez años que yo escribía y hablaba en contra del magnetismo. La casualidad hizo que por vía de experimento ejerciese las prácticas magnéticas. La persona que sometí á ellas ignoraba por completo sus efectos. ¡Qué sorpresa cuando al cabo de unos instantes produjo fenómenos inusitados y tan singulares, que no me atreví á contarlos á nadie temiendo parecer ridículo!» Consistían varios de los que provocó Rostan, según cuenta, en trasportar los sentidos y en hacer que la enferma adivinara, como en la descripción siguiente: «Siento, decía ella desde su cama y con las puertas cerradas, siento á Felicia que se aproxima. Los médicos creen que está mala del pecho, y no hay tal cosa; el corazón es el que tiene enfermo. Dentro de cuatro días, el sábado á las cinco tendrá una violenta hemorragia; se la sangrará, pero no evitaréis que muera á los seis días.» Y el pronóstico se cumplió al pié de la letra.»

Para no ser demasiado prolijo, como exigirían los numerosísimos documentos que podría citar, copiaré

sólo algunos, extractándolos del mencionado libro del P. Pailloux (1).

Mr. A. Gasparin, que no creía en lo sobrehumano de los fenómenos que narraba, escribía una carta á la *Gaceta de Francia*, que dice así:

«Cada uno de nosotros dió sucesivamente sus órdenes á la mesa y fueron puntualmente obedecidas... con una limpieza y una solemnidad que casi nos atemorizó.— Da tres golpes, da diez, golpea con el pie derecho, con el izquierdo, con el medio, resiste á los esfuerzos de los que procuran fijarte al suelo cuando te levantas. Y la mesa obedecía y ejecutaba movimientos que no habria podido provocar ninguna complicidad voluntaria ó involuntaria; porque en vano habriamos intentado conseguir los hiciese con la presión manual, y menos que conservara la posición en que se sostenía con un solo pie ofreciendo incontrastable resistencia para bajarse con nuestros esfuerzos.

»Hay más: se convino en que los experimentadores no dijeran el número de golpes en voz alta, sinó que se limitaran á pensarlos y comunicarlos al oído del que tuvieran á su lado. Pues bien; la mesa ejecutó los mandatos sin equivocarse nunca...»

Sipson, respetable magistrado que habia perdido un hijo, quiso evocarlo en una sesión espiritista. El medium ve al hijo y hace su retrato; lo cual no satisface al afligido padre, que pide hablarle y reconoce su lenguaje... Exige que le escriba, y puesto un lápiz sobre la

(1) No cito ninguno de observación personal por razones que me obligan á guardar silencio imperiosamente. Son análogos á los hechos que copio.

mesa, se agita y cae varias veces. Se le coloca dentro de un anillo, y con este ligero apoyo se mueve solo y escribe una tiernísima carta que deja sorprendido al padre, no tanto por la expresión de unos sentimientos que conocía mucho, como por la perfecta reproducción de la letra, las incorrecciones del estilo y algunas faltas ortográficas habituales en su hijo.»

Ha cambiado el lugar de la escena... Se invitó al medium para que proporcionara un dibujo de las facciones de Jesús y su Madre... El lápiz emprendió vaga carrera por el papel,... y terminó el trabajo sin fijar atención en él, y con el brazo extendido casi por completo. El lápiz, fuera de toda regla, parecía loco; sorprendía verle partir de la parte inferior de la cabeza describiendo de repente una rápida curva continua trazando el laberinto de los cabellos, descender luego para dejar en su marcha veloz el detalle de los perfiles de la cara y entretenerse arrojando, precipitando en el papel aquella obra maestra de expresión...»

«El maestro Mr. Pablo Delaroche nos dijo era imposible sospechar que hubiera un solo pintor cuyo lápiz trazase una cara semejante en condiciones absolutamente normales.»

Nataniel Tallenadge, antiguo gobernador del Estado de Wisconsin, asegura que vió muchos ejemplos análogos. «He visto, dice, dibujos del más exquisito estilo hechos por personas enteramente ajenas al arte; hacíanse notar por tal delicadeza de rasgos y sombras, que desafiaban el talento de los más distinguidos artistas. La mano del medium, *involuntariamente arrastrada*, concluye los dibujos en un tiempo *increíblemente corto*. He oído á los mejores artistas de Washington

decir, que han visto trabajar á esos mediums, y que lo hecho por ellos en una hora, exigiría de su parte un día entero para copiarlo. Y en tanto que hace uso el medium de un solo lápiz, los demás se ven obligados á realizarlo con multitud de todas clases.»

La *Gaceta de los Tribunales* (1) decía: «Un hecho singular, que se repite todas las tardes y noches desde hace tres semanas, sin que las investigaciones más activas y la vigilancia más exquisita y tenaz hayan podido averiguar la causa, conmueve al populoso barrio de la montaña de Santa Genoveva, al de la Sorbona y á la plaza de San Miguel. He aquí lo que consta, según la voz pública y el *doble informe judicial y administrativo* que se instruye sin levantar mano hace algunos días.

•En los límites de un terreno donde hubo en otro tiempo un baile público, se halla el almacén de un comerciante que vende leña y carbón. El edificio, casi aislado, se ve asaltado todas las tardes y noches por una lluvia de proyectiles, que por su volumen y por la violencia con que se lanzan producen tal estrago, que agujerean paredes, rompen marcos de ventanas y dinteles de puertas, á la manera que lo haría la catapulta y la metralla.

»¿De dónde vienen esos proyectiles que son trozos de piedra, fragmentos de construcciones derruidas, moles que, atendido su peso y la distancia de que proceden, *es evidente que no pueden ser lanzadas por la mano del hombre?* Hé aquí lo que hasta hoy no se ha

(1) Feb.º 2 de 1846. París.

podido averiguar. En vano el Comisario de Policía en persona, y auxiliado por sus agentes más idóneos, ha vigilado con esmero día y noche; en vano el Jefe de Orden Público ha visitado muchas veces el sitio; en vano se sueltan todas las noches algunos mastines en los cercados inmediatos. Todo ha sido inútil para explicar un fenómeno que la credulidad del pueblo atribuye á causas misteriosas. Los proyectiles vienen, al parecer, de una distancia muy grande, dan en su blanco con una precisión que casi puede llamarse matemática, sin desviarse un ápice de la curva parabólica...

»El expediente se instruye fundado en todo lo que permiten los hechos, y en el adagio ó principio legal *cui prodest, is auctor*. Sin embargo, haremos observar que en circunstancias análogas, y que produjeron bastante sensación en París, fué de todo punto imposible obtener un descubrimiento, dar una explicación, señalar una causa. Tal sucedió, por ejemplo, cuando una lluvia de moneditas atraía todas las tardes á los curiosos de la calle de Montesquieu, ó cuando todas las campanillas de la calle de Malta eran agitadas por una mano invisible. Confiemos que se logre resultado esta vez.»

Dos días después, insertaba: «El hecho singular ha continuado reproduciéndose hoy mismo, á pesar de la vigilancia incesante dispuesta en el terreno. A las once, cuando los agentes se hallaban apostados en todos los puntos colindantes, una piedra enorme ha caído sobre la puerta de la casa. A las tres, el Jefe interino de Orden Público, con cinco ó seis de sus principales subordinados, que se hacían cargo de varias circunstancias con los habitantes de la casa, vieron

estrellarse á sus piés un trozo , con ruido análogo al estampido de una bomba. Todo son conjeturas. Las puertas y ventanas se han sustituido con planchas de hierro claveteadas al interior, para defender á los inquilinos de lo que sucede á sus muebles y camas, rotos por los proyectiles.»

Al invierno siguiente , Mr. de Mirville preguntó al que hacía veces de Comisario de Policía , el cual le dijo que, á pesar de incansables investigaciones , nada se pudo saber ; añadiendo que por su parte creía que jamás se descubriría nada.

El propietario les hizo notar un detalle curioso , y fué, que una de las habitaciones de la casa estaba llena de piedras y pedazos de tejas largos y planos. Después , enseñándoles una hendidura estrecha , les dijo: «Desde que cerré el palomar, todas las piedras tuvieron esa forma, y todas entraban por esa rendija , que tiene próximamente el ancho de aquéllas.»

Luego, ni la policía, ni la *Gaceta de los Tribunales*, ni nadie, han podido averiguar nada.

Fácil me sería multiplicar las citas testimoniadas; pero á más de que se repetirán todavía en el capítulo siguiente , considero bastantes las copiadas para probar que las negaciones del vulgo ni de ciertos sabios no destruyen la posibilidad y certeza de los hechos que refiero ; porque un filósofo nunca los debe negar , por mucho que contrarien á sus teorías , cuando tal porción de testigos investidos de las cualidades que dan á su testimonio motivo invencible de certeza, proclaman su existencia real. Tanto valdría borrar la historia pasada y actual.

CAPITULO III.

EN QUE SE CRITICAN LAS EXPLICACIONES QUE DA EL
NATURALISMO DE LOS HECHOS CIERTOS DEL MAGNETISMO
ANIMAL Y DEL ESPIRITISMO.



UNA de las primeras explicaciones que los naturalistas dieron de los movimientos de las mesas, objetos y medios inanimados que intervienen como instrumentos en las sesiones del espiritismo, fué la presión manual voluntaria, con ó sin farsas prestidigitadoras; y aunque tales hechos puedan ser exactos en muchos casos, no lo son en otros. Aquí tratamos solamente de aquellos sucesos que por las circunstancias y detalles con que se realizan, no pueden atribuirse á semejantes maniobras, y acerca de los cuales indicaré algunas de las razones que se oponen á la explicación citada.

A la presión manual hay que concederle libertad que determine un impulso espontáneo hacia la derecha, izquierda, arriba ó abajo; y en estos casos, claro

es que no podría obtenerse movimiento giratorio , por ejemplo ; pues tomando el de cada persona de las que actúan, sin convenio previo, dirección distinta , ó se neutralizarían sus respectivas fuerzas , quedando el mueble inmóvil, ó se movería desordenadamente, si los esfuerzos no eran iguales y contrarios para equilibrarse. Por otra parte, la elevación lateral, ó la adherencia al suelo no es posible que la ocasione un motor suave, uniforme y de simple rotación. Además, queda sin explicar toda respuesta sensata en los casos que discutimos ; pues cada circunstante proporcionaría la suya por medio de su presión particular , y siendo diferentes , la mesa no respondería nada ó lo haría sumándolas todas, esto es, con un absurdo. Así, preguntada por el mes en que nació un individuo , ignorando este dato los circunstantes, el *oráculo* tendría que contestar con un laberinto de cifras compuesto de los diversos meses del año pensados por aquéllos.

En cuanto á la superchería, diré, que el engaño no cabe aquí ; pues la prestidigitación no puede intervenir , por ejemplo , en los movimientos y golpes que la mesa ejecuta en armonía con la volición mental que formulan los sujetos sin comunicarla de modo alguno al juglar.

Háse invocado también la existencia de un flúido magnético animal acumulado en todo individuo en estado latente, y cuyas actividades provocadas por ciertos procedimientos, darian lugar á irradiaciones que llegando á la mesa la hicieran moverse (1).

(1) Experimentos publicados por Baretay en la *Gaceta Médica* de Paris en 1881, expuestos ya en parte por Mesmer y otros

Mas en primer lugar notaré, que para ser eficaz el establecimiento de tales corrientes irradiadas hasta el punto de mover los muebles, se necesitarian las mismas circunstancias que ya dije faltaban á las presiones manuales; y en segundo, que aun suponiéndolas establecidas, no lograrían producir los efectos que se les atribuyen; porque siendo fuerzas físicas obedecerían á las leyes que rigen á dichas fuerzas; y estas leyes no explican los movimientos observados, ora se asigne al flúido la naturaleza del magnetismo terrestre, calor, luz, electricidad, etc., ora se le considere análogo á las fuerzas naturales meramente orgánicas.

Tampoco es admisible que la palabra ó signos que dan las mesas, sean como el eco de la palabra y pensamiento del que pregunta, que vuelven á éste por una reflexión ó retroceso que tenga lugar chocando en las moléculas del mueble; pues áun prescindiendo de que el alma no puede obrar á distancia, quedarían sin explicar las respuestas que dan los objetos inanimados cuando el espectador no puede pensarlas ni pronun-

magnetizadores, y confirmados en lo relativo á la vista por Dumontpallier y Maguin en el *Boletín de la Sociedad de Biología* en el mismo año de 1881, tienden á demostrar que una fuerza, llamada *nerviosa radiante*, se produce de continuo en los centros cerebrales, se reparte por todo el cuerpo, y al salir de él por ciertas regiones en forma de rayos digitales, oculares, nasales, bucales, etc., producen hiperestesia total ó parcial, sueño, catalepsia y otros fenómenos. Estos experimentos enseñan que dicha fuerza se propaga en línea recta, como la luz y el calor; que sus rayos siguen las leyes de la reflexión y refracción de estos agentes, y que son oscuros y atraviesan cuerpos de algún espesor, como puertas, paredes, etc.

ciarlas, ya porque las ignore antes de oirlas, ya porque se hallen desacordes con sus conocimientos ó noticias. Destruye además esta hipótesis toda contestación que manifiesta facultades superiores en alcance intelectual á los propios de los concurrentes, sobre todo, el hablar en idiomas desconocidos para ellos y más aún los anuncios de lo porvenir; pues ya se sabe que los efectos no pueden superar á su causa productora.

A propósito de esto, escribe Mr. A. Morin (1): «Cuando una mesa me dicta una contestación compuesta de muchos versos, que comienza escribiendo la última letra de la postrer palabra del último renglón, y continúa ascendiendo así hasta llegar á la primera letra de la estrofa, ¿es mi razón la que hace tal? Entonces, que lo pruebe un académico.

»Cuando propongo al sér racionador de la mesa la extracción de cinco raíces cúbicas de números de ocho cifras, y me presenta el resultado en tres minutos, mientras yo necesito dos horas y una tabla de logaritmos para comprobar la exactitud del cálculo, ¿es también mi razón la que hace esto? Pues lo dicho; que venga un académico y lo pruebe. Y digo esto á todo el mundo, y lo firmo por mi honor y por mi vida...»

Por último; se ha querido apelar á la intervención de las fuerzas todavía desconocidas de la naturaleza. Mas este recurso de la ignorancia no le sirve al considerar que jamás de las fuerzas naturales podrán

(1) *Rec. philosoph. et relig.*—1859.

surgir otros efectos que los naturales también, según aquel principio ha poco citado. Por lo demás, lo desconocido de tales fuerzas deja de serlo para este caso; pues se conoce el último límite de su poder, y que los prodigios aquí estudiados traspasan la potencia natural psicofisiológica y mucho más la física. El naturalista, por ejemplo, sabe algunas leyes de la atracción; conoce que nacen de dicha fuerza fenómenos que le admiran y que no comprende apénas: más tampoco ignora que tal causa no producirá nunca un pensamiento; porque este acto anímico no puede ser engendrado por ninguna causa material.

Mas dejando ya los fenómenos que presentan los objetos y medios inanimados, voy á detenerme un poco en los que ofrece el sér humano.

El *medium* es el anillo que une los fenómenos observados en las mesas, los efectos del sonambulismo provocado y los demás hechos del espiritismo. Por eso no tiene bien determinada significación la palabra que aplicase, ora á los instrumentos ó los espectadores, ora al sonámbulo y al magnetizador, ora al espiritista que pregunta ó al que responde. Y es que la identidad de manifestaciones se revela comparándolas entre si; pero además se han hecho experimentos comprobadores que puede examinar el lector en la obra de Mr. de Musseaux titulada *Mœurs et Pratiques du démon*.

Ahora bien: el *medium*, gran instrumento del poder que aquí estudio, se ha querido presentar como solución satisfactoria de las dificultades propuestas con motivo de las mesas.

Según ciertos naturalistas, el *medium*, que goza de

impresionabilidad exquisita, se impregna fácilmente del flúido que sale del operador en las sesiones de magnetismo, ó que parte de los concurrentes en las espiritistas, y quédale así comunicada la ciencia, dones y facultades que se admiran en sus áctos. Y al oponerles el reparo de que si es difícil comprender cómo este flúido problemático nace y sale del organismo humano llevando consigo tales facultades, más incomprendible todavía es cómo el *medium* recibe más luz, más ciencia y más energía que las de aquellos cuyos espíritus le vivifican y cuyas inteligencias le prestan conocimientos, añaden que, á beneficio de dicho flúido, el alma del sonámbulo se emancipa de los sentidos, y goza entonces de una lucidez más espiritual; porque desprendida de las trabas que fisiológicamente la enlazaban al cuerpo, se perfecciona, y ve, oye y siente mejor, convirtiéndose al par en una especie de placa fotográfica que refleja como un espejo todos los pensamientos y todas las almas con quienes comunica, y puede así leer en el fondo de las conciencias; de lo cual presenta ejemplos el sueño, el sonambulismo es pontáneo y aún el estado de embriaguez.

Ante cúmulo tal de errores me detendré unos momentos, siquiera sea para evidenciarlos. Pueden reducirse á dos principales.

En primer lugar, ¿quién probará nunca que el perfeccionamiento del alma, en cuanto se refiere al ejercicio de sus facultades sensitivas, consista en separarse del cuerpo? El alma humana, que vivifica el cuerpo y hace á los órganos instrumentos de sus potencias, no se perfecciona, y entiéndase bien que trato aquí solamente de las operaciones sensibles, sinó adhiriéndose á los

aparatos corpóreos por medio de vínculos más sólidos y más puros al mismo tiempo, y siempre que á la vez se aproximen dichos órganos más también á su completo estado fisiológico.

Y si nó, ¿verá mejor el alma, oirá, gustará, olerá, en una palabra, sentirá mejor, cuanto más apartada esté de sus aparatos óptico, auditivo, gustativo, olfatorio y de sus nervios de la sensibilidad? De ningún modo: el alma del hombre, que es forma substancial del cuerpo, está destinada á realizar las operaciones de sus sentidos por medio de los órganos correspondientes; así es que verá tanto mejor, cuanto más íntimamente se una con un ojo más perfecto, y cuanto más adecuada sea la luz que ilumine al objeto y á los medios ópticos: aflójense ó destrúyanse las relaciones anímicas con las fibras nerviosas oculares, y se verá mal, ó no se verá el objeto; disminúyase ó intercéptese por entero la luz, y también verá confusamente ó nada verá el sujeto.

No pueden citarse los fenómenos del sueño como análogos; pues todos los que observa el fisiólogo durante él son connaturales, y lo único que presentan de raro es el desorden y extravagancia en las ideas, mal regidas entonces por el entendimiento. Tampoco hay semejanza en la embriaguez; porque ésta sólo produce una sobreexcitación orgánica que despierta en el alma movimientos desordenados, pero connaturales también. Y respecto al sonambulismo espontáneo, que pudiera mirarse como una mezcla de sueño y sobreexcitación nerviosa, no necesito añadir que presentará únicamente los efectos sumados del primero y la última.

En segundo lugar, el alma del medium, no por hacerse un espejo de otras, cual se supone, dejará de te-

ner sus facultades naturales de alma humana, y de estar sometida, por ende, á dos condiciones propias de su naturaleza, á saber, la de adquirirlo todo por medio de los sentidos, y la de no relacionarse con el exterior sinó por signos sensibles.

No me detengo á probar la primera, que sólo es la traducción del tan conocido *nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*, de que hice mérito en otra parte: y en cuanto á la segunda no diré más sinó que es consecuencia lógica de aquélla; porque así como nada entra en el alma del hombre sin el conductor natural de sus sentidos, nada sale de la misma para ser comunicado á otro eficazmente sin intermedio de los signos. Y como el magnetizador ó concurrentes en los casos que se discuten, no formulan durante los mismos, signos que puedan trasmitir sus ideas al supuesto espejo anímico del medium, ni éste dispone de sentidos que proporcionen á dichas ideas no expresadas por los espectadores un camino por el que lleguen al tal espejo, resulta claro que la pretendida *reflexión ó eco* es imposible.

Lo que acabo de exponer tiene íntimo enlace con los casos, varias veces repetidos, de mediums que ven sin luz, á través de cuerpos verdaderamente opacos y por regiones de su cuerpo que no son las ópticas; en una palabra, con la trasposición de sentidos.

Ahora bien: el estudio que hice de los actos sensitivos del hombre, ya fisiológicos, ya patológicos, y principalmente lo dicho respecto al sentido de la vista, me dispensarían ahora de probar que no pueden atribuirse estos hechos á causas naturales; pues lo que cabe interpretar en ellos de natural lo hice notar estudiando

el sonambulismo provocado: mas conviene añadir aquí algunas reflexiones que amplíen este concepto y voy á tomarlas del citado libro del P. de Bonniot, que dice así (1): «Una particularidad muy curiosa es que la imaginación del *sujeto magnetizado* se pone en armonía con la imaginación del magnetizador ó del que consulta, y que no va casi más allá sin caer en puro desvario... M. J. Olivier, que ha practicado mucho tiempo el magnetismo, escribe á propósito de uno de sus sonámbulos (2): «Si, por casualidad, la palabra propia no se le ocurre, apenas mi espíritu la formulaba, cuando la pronunciaba diciendo: «me parece que acabáis de comunicarme esta palabra»... No creemos que tal armonía pueda ponerse en duda. Mas ¿qué agente la produce? Aquí nos vemos forzados á confesar nuestra ignorancia. La palabra, por medio de vibraciones materiales del aire, pone en armonía el cerebro del que habla y el de quien oye; de una y otra parte son signos sensibles que dos inteligencias interpretan cada cual de su lado; gracias á la palabra el que oye produce dentro de sí mismo actos vivientes harmónicos de ciertos actos iguales del que habla. ¿No habría entre el magnetizador y el magnetizado alguna comunicación análoga, sinó más delicada, más perfecta é inconsciente? En verdad, sería difícil probarla, pero acaso podría ser temerario afirmar que tal cosa es imposible, tanto como que no lo es. Las observaciones del Dr. Petetin aconsejan reserva en el asunto.

»El Dr. Petetin gozaba en Lyon, donde ejercía la

(1) Pág. 379.

(2) *Traité du Magnetisme*. Olivier. Toulouse, Jouglu.

medicina á comienzos de este siglo, de consideración merecida: jamás se ha puesto en duda su buena fe. Su obra, titulada *Electricidad animal*, contiene seis observaciones muy curiosas, de las cuales vamos á resumir la primera como tipo de las otras. Una señora joven fué acometida de accesos catalépticos que se anunciaron por convulsiones y otros síntomas de histeria. Los sentidos se hallaban por completo abolidos; nada veía, oía ni sentía... Llamado el Dr. Petetin para prestarle auxilio, no sabe cómo suspender la crisis. En tal apuro estaba, cuando un accidente le hace resbalar, y que su cabeza se aproxime al estómago de la enferma, echada en su cama; como hablaba en aquellos momentos, continuó la frase, y con gran sorpresa oye que la enferma le contesta. Se levanta, se acerca al oído de la señora, le habla en alta voz; la enferma no le oye; vuelve hacia el estómago; allí sí oye. Tal fué el origen casual de los descubrimientos que van á seguir. El doctor puso un dedo sobre el epigastrio de la joven, por encima de los vestidos que la cubrían; después habla en los dedos de su otra mano, colocados en forma de corneta, y la enferma entiende: levanta el dedo puesto sobre el epigastrio, y ella no entiende; lo aproxima, y la paciente vuelve á oír. Entonces comienza una conversación, durante la cual afirma la joven que ve claramente lo interior de su propio cuerpo. Durante los ataques siguientes, el doctor se hizo entender hablando muy cerca de los dedos y de los pies de la cataléptica; consiguió que oyese por medio de una cadena compuesta de siete personas, de las cuales la más próxima ponía su dedo sobre el estómago de la enferma; el doctor era el último de la

cadena, y hablaba en la mano que le quedaba libre: un bastón no interrumpía la comunicación; pero una barra de lacre, un tubo de cobre, guantes de seda blanca impedían que la enferma oyera, cuando dichos objetos se introducían en la cadena. Los experimentos se repitieron con instrumentos de música, una flauta y un clarinete. Durante los accesos y en las condiciones ordinarias, la enferma no percibía estos instrumentos; mas un cordón húmedo de sesenta piés, cuyo extremo se arrollaba en uno de sus dedos, mientras el otro lo tomaba el músico, le permitía recoger todos los detalles de la pieza ejecutada fuera de su alcoba. Pronto el doctor comprobó que el estómago de su cataléptica parecía reemplazar á todos sus sentidos. Pan de leche, buey, torta, carnero, cuidadosamente envueltos en un papel y colocados en secreto sobre el epigastrio de la enferma, despertaban al instante en su boca movimientos de masticación, al mismo tiempo que saboreaba ó repelia con disgusto y hacía esfuerzos como para echar fuera un alimento desagradable, según le agradaba ó nó el contenido del paquete. Por los dedos, parecía que la enferma no llegaba á percibir más que olores, y nó sabores. Poco después, la cataléptica designó algunos naipes que se colocaron sobre su estómago, y una carta encerrada en una caja que tenía el doctor en la mano, y que puso igualmente sobre este órgano maravilloso. En breve acabó por ver los objetos contenidos en los bolsillos de los concurrentes, y áun por leer en el pensamiento del que se ponía en comunicación con ella. Una circunstancia no menos digna de notar es, que la cataléptica predecía con precisión rigurosa el fin de su crisis y el

principio de la siguiente. Un día también dijo al doctor que él tenía una jaqueca fuerte, lo cual era cierto, y predijo con exactitud completa las fases todas del mal. Algunos momentos antes del fin de la crisis, volvía á caer la enferma en catalepsia completa, y después no conservaba el menor recuerdo de lo pasado en el acceso.

»Nos cuesta trabajo ver en este caso y en los demás que narra el doctor Petetin una intervención extraña de lo natural. Son enfermedades que se conducen siguiendo el curso acostumbrado, sin preparativo alguno supersticioso. Se ha querido reconocer en estos curiosos fenómenos una especie de trasposición de sentidos. Un ligero examen demuestra que se engañan. Aquí hay fenómenos de imaginación, y no de sentidos; pero fenómenos de imaginación en que la imagen coincide más ó menos con la realidad. La enferma no gusta, cree gustar; no ve, cree ver; cree gustar con la boca y ver con los ojos. Quizá se halló en relación íntima con el médico que intenta tratarla, y su cerebro se puso en armonía con el suyo. Siendo así, podríamos suponer que las vibraciones nerviosas pasaban del médico á la enferma por medio del contacto sobre una parte rica en expansiones nerviosas. ¡Y qué! ¿el aire mismo no tiene la propiedad de poner en comunicación los sistemas nerviosos de distintos sujetos cuando se trata de la palabra? Además, reflexionando en la unidad de composición de todos los nervios, sabiendo que Cl. Bernard ha llegado á sustituir nervios de movimiento con nervios de sensibilidad, está uno tentado á creer que ciertas enfermedades podrían muy bien transportar á muchos de estos cordones, destina-

dos únicamente á vibrar cada uno á su manera, las funciones de otros que los vuelva capaces de transmitir vibraciones más delicadas. Digámoslo una vez más: sería temerario pretender que las cosas sucedan así, pero no lo sería menos pretender que la naturaleza es incapaz de producir semejantes fenómenos. Si se quisiera encontrar una dificultad en la distancia del magnetizador y del magnetizado, recordaríamos todavía la palabra, y, sobre todo, rogaríamos que se reflexionaran bien las maravillas del instinto en el reino animal, de esta potencia toda natural, que reside en la carne viviente y que derrota con sus manifestaciones á la ciencia...

»Mas todos estos fenómenos pasan en una región mal iluminada, donde no se ve claramente la verdad, y en la que no se puede intentar reconocerla sinó por conjeturas. Hay otros que manifiestamente no se hallan bajo el poder de los agentes del mundo visible. Así, por ejemplo, el Dr. Ricard escribe: «Algunos magnetizadores de buena fe, poco dados al entusiasmo y buenos observadores, me han asegurado que habían visto sonámbulos que respondían en idiomas que les eran desconocidos en vigilia. Si les hablaban en griego ó latín, respondían como lo hubieran podido hacer Demóstenes ó Cicerón; alemán ó inglés, como Schiller ó Byron. Esto me parece el *non plus ultra* del sonambulismo.» M. Ricard se engaña; no es el sonambulismo el que llega á tanto. No hay estados naturales en que el hombre sepa lo que no aprendió; no hay tampoco ninguna potencia creada que pueda comunicarle instantáneamente la suya. Todo saber, por muy poco complicado que sea, entra sucesivamente en su espí-

ritu, es decir, á fuerza de tiempo; su inteligencia esencialmente *analítica*, porque es esencialmente débil, no llega á comprender más que dividiéndose: tres ideas presentes á la vez casi agotan su atención, cuatro la destruyen. Ahora bien; aprender una lengua en un instante, seria introducir en su espíritu en ese instante, y por un acto reflexivo, millares de ideas; y semejante operación es más imposible que mover el monte Blanco. Si los hechos de que habla M. Ricard son auténticos, la conversación era sostenida por alguien que sabía latín, griego, inglés y alemán, y este alguien no era ciertamente el sonámbulo que no sabía ninguna de estas lenguas. La hipótesis que insinuamos tímidamente más arriba no podría servir de subterfugio. La armonía de los cerebros no puede ser más que armonía de signos, y los signos no tienen valor ninguno sin la acción viviente de inteligencias que saben ya interpretarlos cada cual de su parte: no se sabe un idioma por oír los sonidos ó por leer las palabras escritas.

»... Los fenómenos de clarividencia están sometidos á las mismas reglas que los fenómenos de imaginación. Se hará bien no considerando como profecías, esto es, como una vista de lo porvenir, todo lo que un sonámbulo anuncia con antelación que ha de suceder. Las crisis nerviosas, por ejemplo, son predichas con frecuencia por las personas que se hallan sujetas á ellas; indican el minuto preciso anticipadamente que un reloj determinado. Mas lo que tiene visos de profecía, es de hecho la causa del suceso. En estas enfermedades raras, el sistema nervioso es tan sensible, que sólo el pensamiento de la llegada del instante predicho, basta

para determinar la crisis en el mismo instante. Se cita un enfermo que tenía metido en la cabeza que sus accesos debían estallar, creo que á la primera campañada del mediodía , y así pasaba: su doméstico , que tuvo la feliz idea de atrasar su péndulo , le hizo notar después, que la hora del acceso había pasado con mucho, y que por consiguiente, la profecía era un capricho de su imaginación ; esto bastó para curarlo. Es evidente que tal restricción no debe hallar cabida en los casos en que el sonámbulo anuncia con perfecta precisión la hora de los accesos de otros enfermos.

»Pero sería engañarse mucho, el atribuir, con el vulgo el dón de profecía á la mayor parte de los sonámbulos lúcidos... En resumen: bastantes sueños, algunos felizmente dirigidos, un número más pequeño en que la imaginación del sonámbulo parece amoldarse á la de las personas que se relacionan con él, y mucho más corto aún , en que quizá una potencia extraña á este mundo se manifiesta; tal es, creemos , el balance del magnetismo lúcido.»

Tiene razón el ilustrado autor de las precedentes líneas: hay casos en los que tiene que admitirse la intervención de un agente sobrehumano ; porque no es posible dentro del terreno meramente natural hallar explicaciones ningunas, y porque, sobre todo, los motivos en que se apoya la afirmación antinaturalista son absolutamente inquebrantables , como verá el lector que se fije un poco en las consideraciones que siguen.

El alma humana no puede ver los objetos físicos sinó con los ojos, por ejemplo, ni oír sinó con los oídos; porque no tiene otros aparatos destinados á estos fines:

separada de ambos sentidos, conservaría el uso de las otras potencias , mas la visual y la auditiva , nó ; así como separada del cuerpo humano perdería el de todas, menos el de la voluntad é inteligencia racionales y su principio de actividad. Y es que el alma especifica sus acciones por medio de la diversidad de órganos. Además, necesita luz ú ondas sonoras para realizar la visión ó audición ; pues la luz y el sonido son los objetos, las condiciones inmediatas y necesarias de aquellos dos actos. Me voy á explicar.

El alma es sensible de muchas maneras ; pero ve por un acto específicamente distinto del de oír , oler, gustar, etc. ; distinción que se produce por la diferencia del aparato material propio del sentido que vivifica. Ve, y su vista no difiere del oído sinó por la diferencia de los órganos; oye, huele, saborea , toca , y muda estas operaciones por la variedad de formas que la impone la variedad de los aparatos anatómicos peculiares de cada uno; necesitando también la condición inmediata y necesaria á cada cual, como es la luz, las vibraciones sonoras , las partículas olorosas , etc. Es así que el alma en ciertos casos no puede usar del aparato anatómico destinado al ejercicio , ya de la facultad visual, ya de la auditiva , y tampoco encuentra luz ni onda sonora ; porque unos y otros medios se suprimen ó estorban adecuadamente con obstáculos eficaces, quedando, por tanto, sin los elementos constitutivos de dichos sentidos , y sin las condiciones que son necesarias á la visión ó la audición; *luego* claro es que *no verá ni oirá naturalmente* en tales casos.

Pero es más. Aceptemos un instante, dos supuestos naturalistas imposibles ; uno , que el alma impulsada,

atraída, ó como se quiera, por el agente X , abandone el cerebro y marche al epigastrio , al occipucio, dedos, etc. ; y otro , que la luz atravesase los tejidos anatómicos de esas regiones en cantidad proporcionada: ¿verá el sujeto en este caso? De ninguna manera. Aparte de que las regiones corpóreas abandonadas por el alma darían señales de tal desamparo convirtiéndose en trozos de cadáver; aparte de este primer absurdo, repito , es evidente que, no hallándose ya el alma determinada al acto especial de ver por el aparato especial , ojo, no realizaría la visión ; y aunque hubiera luz, como el epigastrio, occipucio, etc., no son órganos dispuestos para el acto visual , es decir , no son ojos, tampoco vería el alma, en este concepto.

Dejando ya este punto , pasaré á examinar otras causas, á las que ciertos patólogos naturalistas han atribuido los hechos sobrehumanos del magnetismo y espiritismo.

Todos los fenómenos de esta clase, dicen, se acompañan de preparativos cabalísticos muy propios para impresionar vivamente la imaginación del *medium* y de los espectadores , que por lo común son personas débiles, nerviosas, impresionables y con gran fe en lo sobrenatural. La vista del operador y sus maniobras atrae poderosamente la atención de todos , los aparta del mundo exterior, y cada movimiento, cada palabra, se transforma para ellos en fantasma medio real y medio imaginario.

Ya dije al estudiar los fenómenos sonambúlicos, cuanto se podía considerar como natural respecto á las alucinaciones. Mas hay hechos que no es posible mirar de igual modo; pues sería necesario aceptar las

alucinaciones colectivas, fenómeno que niegan los mismos naturalistas. Mas prescindiendo de esta consideración, ¿cómo podrían explicar las alucinaciones las respuestas que dan á veces los *mediums* en idiomas desconocidos por completo para ellos, demostrando al par conocimientos é ilustración superiores á su ignorancia ordinaria, y áun al saber de los concurrentes ó del operador? ¿Cómo darían cuenta satisfactoria de los dibujos que practican aventajando á los pintores más hábiles, de la elevación aérea contra las leyes de la gravedad, y sobre todo, los casos de profecía *realizada*, como en el ejemplo siguiente, relatado por el señor de l'Harpe, miembro de la Academia francesa? (1):

«Comíamos en casa de un consocio que pertenecía á la Grandeza... Un solo convidado no tomaba parte con los demás en el regocijo general: era Cazotte..., imbuido en las utopias de la secta *iluminada*. Señores, dice, hablando súbitamente, alegraos: todos veréis esa gran revolución que ansiáis tanto. Ya sabéis que soy profeta... Contestáronle que para decir aquello nõ se necesitaba ser adivino.—En buen hora, respondió; pero tal vez se necesita ser algo más para lo que vais á oír... Vos, Sr. de Condorcet, espiraréis tendido en el suelo de un calabozo, muriendo del veneno que tan dichosos tiempos harán que llevéis siempre á vuestro alcance.

»Estas palabras sorprendieron al pronto; mas luego se recuerda que el bueno de Cazotte soñaba despier-to... y le dicen: Pero ¿quién os ha metido en la cabeza

(1) *Revista de París*, 1829.

ese calabozo y ese veneno? ¿Qué tiene de común eso con la filosofía y el reinado de la razón?

...Eso precisamente digo, contestó; vendrá tan desastroso fin en nombre de la filosofía, de la humanidad, de la libertad, y bajo el reinado de la razón... porque la razón tendrá entónces sus templos, y no habrá otros en toda Francia... —A fe mía, dijo Chanfort, que no seréis ninguno de los curas de tales tiempos.—Así lo espero, continuó Cazotte; más vos, Sr. de Chanfort, que seréis uno de ellos, y muy digno, os cortaréis las venas con veintidos navajazos que os harán morir algunos meses después.

...Vos, Sr. de Vicq-d'Azir, no os abriréis las venas, pero seréis atacado por la gota, y en un acceso de la enfermedad os las haréis abrir seis veces en un día, y moriréis durante la noche. Vos, Sr. de Nicolai, sucumbiréis en el patíbulo; Vos, Sr. de Bailly, también; Vos, Sr. de Malesherbes, lo mismo.—¡Oh!... dijo Roucher; parece que este caballero la toma con la Academia.— Vos moriréis también como ellos en el patíbulo; le respondió.—¡Pardiez! Apuesto que ha jurado exterminarlo todo.—No soy quien lo ha jurado.—¿Vendrán acaso á subyugarnos los turcos y los tártaros?—Nada de eso: seréis gobernados solamente por la filosofía y la razón. Los que así os tratarán, filósofos también, tendrán en su boca las mismas frases que recitabais hace mediá hora, repetirán vuestras máximas, citarán como vosotros los versos de Diderot y de la Pucelle.

»Los concurrentes se decían al oído que Cazotte estaba loco... —Y todo eso ¿cuándo sucederá? le preguntaron.—No pasarán seis años, respondió, sin que se haya cumplido... —¿Y á mi no me toca nada? preguntó

de l'Harpe.—A vos, dijole Cazotte, os salvará un milagro, una cosa extraordinaria: entonces seréis cristiano.....

»Interpelado por la Duquesa de..., contestó: Vuestro sexo no os defenderá esta vez;... seréis tratadas como los hombres...—¿Predicáis quizá el fin del mundo? — Lo ignoro: lo que sí puedo asegurar es que vos, señora Duquesa, iréis al patíbulo en la carreta del verdugo y con las manos atadas á la espalda.—¡Ah!... Confío que si tal sucede, tendré por lo menos una carroza cubierta de paño negro.—Nó, Señora; otras de rango más elevado... irán como vos... La Señora N..., con el fin de distraer y disimular, no insistió y sólo dijo en tono ligero:—Vais á oír que tampoco se me permite un confesor.—Nó, señora, no se os permitirá: ni á vos, ni á nadie. El último sentenciado á quien será concedida esta gracia... y Cazotte paróse un momento...—Y bien, le instaron; ¿quién será el feliz mortal que gozará esta prerogativa?—Es la única que le restará al Rey de Francia!

El dueño de la casa levantóse bruscamente... y le reconvino. Cazotte no contestó, y se disponía á salir, cuando la Señora N..., enemiga constante de lo serio, le preguntó deseando restablecer el buen humor...:— Señor profeta, á todos nos decís la buena ventura; pero nada contáis de la vuestra... Cazotte, después de algunos momentos de silencio, respondió con los ojos bajos:—Señora, ¿habéis leído el sitio de Jerusalén en la historia de Josefo?—¡Oh! ciertamente.—Pues bien: durante el sitio, un hombre dió vueltas á las murallas siete días seguidos gritando con voz siniestra y atronadora ¡Ay de Jerusalem! y el séptimo día gritó ¡Ay de

Jerusalem! ¡Ay de mi! Apenas acabó de pronunciar estas palabras, una piedra enorme arrojada por las máquinas del enemigo cayó sobre él y le mató.—Diciendo esto, Cazotte hizo un profundo saludo y se retiró del salón.» Estos anuncios se realizaron.

Ahora bien: ¿podrían explicarse todos estos hechos, y otros muchos que no cito aquí, por las alucinaciones? Entiendo que sería imposible; pues el carácter más contrario á todo hecho natural es el que sobrepuja los límites que son propios de su categoría, ya se refiera al orden fisiológico, ya al patológico.

Ciertos naturalistas, más precavidos y astutos, eligen un sistema de discusión peregrino y muy á propósito para seducir incautos. Consiste en adoptar para cada hecho que se propone una explicación distinta, con tal que sea del orden puramente natural. Con este fin, guardan en su cartera todas las hipótesis inventadas, y van aplicando, según las analogías aparentes del caso en litigio, ya los flúidos eléctrico, magnético y nervioso radiante, ya la hiperestesia, subjetividad, alucinaciones ó cualquier estado morboso, ya la superchería ó la prestidigitación. Mas sucede que ni aun así logran convencer á nadie; porque los fenómenos quedan lo mismo de inexplicables y misteriosos que ántes, revelando su naturaleza preternatural, al par que ponen de relieve y en evidencia el vano ardid naturalista.

Rechazadas las anteriores explicaciones, réstame copiar una del magnetizador Potet (1), que dice así: «Fuera dudas, fuera incertidumbres... Tales fenóme-

(1) Cita que extracto de la obra del P. Pailloux.

nos no están subordinados á nuestra voluntad; no se realiza lo que nosotros quisiéramos; somos completamente ajenos á lo que sucede..... Hay aquí algo que traspassa los límites de nuestra razón: lo sobrenatural se manifiesta en los mismos instantes en que yo quisiera negar su existencia..... Puedo asegurar que lo que ven los magnetizados no está en mi pensamiento... Me parece oír á los magnetistas que dicen: ¿acaso no está todo descubierto? ¿No tenemos el sonambulismo y el éxtasis? ¿Qué más puede haber?—Hay lo que no alcanzáis... Voy á descubrirlos el secreto: mediante cierta evocación mental, cierto llamamiento misterioso, el espíritu que evocáis, hallándose necesitado para comunicar con los mortales de valerse de los órganos de éstos, se apodera de su domicilio, y no tarda en hacer que se muevan los brazos y las manos trazando en el papel las respuestas á las preguntas que le habéis antes dirigido, con independencia del cerebro.....»

Preciso es confesar que, si se admite tal explicación y todas sus consecuencias, queda el entendimiento más satisfecho al darse cuenta de cierta clase de fenómenos que están más allá de los horizontes del orden humano. Autores graves, ilustrados y de carácter respetable, teólogos y filósofos eminentes, aceptan la intervención de los espíritus en esa clase de sucesos. En cuanto á mí, debo decir lealmente que admito la posibilidad de dicha intervención, que no encuentro dificultades para ella, y que su carácter sobrehumano lo demuestra la impotencia de la razón para explicar esos hechos de otro modo.

CAPÍTULO IV.

QUE TRATA DE LA CLASE DE PODER SOBREHUMANO Á QUE CORRESPONDÍAN LOS ÉXTASIS Y RAPTOS MÍSTICOS DE SANTA TERESA DE JESÚS, SEGÚN ELLA LOS DESCRIBE.

o repetiré otra vez los signos de las uniones místicas de Santa Teresa, que mis lectores conocen ya bien; lo que sí conviene advertir aquí es, que cuando Dios permite al ángel malo que procure engañar al hombre, no le consiente, sin embargo, que remede siquiera las notas principales y características de los favores divinos, de tal modo, que le induzcan al error invenciblemente. Déjalo entregado á su propio poder sobrehumano; y como á este poder no le es dado realizar el acto más insignificante del orden sobrenatural divino, resulta, que por más esfuerzos y conocimientos que ponga en juego, nunca logra otra cosa sinó dar muestras de su impotencia relativa, y señales de su caída naturaleza.

Así es, que para todo hecho sobrehumano que obra por medio del sonambulismo y espiritismo con el fin de remedar las uniones y mercedes extáticas, realiza operaciones que, en cuanto tienen de meramente corpóreas, son del todo iguales á los signos de los estados patológicos, y en lo que tienen de espirituales, ó son nulas, si se refieren al ejercicio activísimo y sobrenatural de las facultades cognoscitivas del alma mientras duran las escenas sobrehumanas, ó son viciosas consideradas en relación con el orden moral del sujeto. Porque en el cuerpo se notan accidentes catalépticos, letárgicos ó histéricos *con señales de malestar sensitivo*, que nunca experimenta la extática ó arrobada mística: el alma nada siente, conoce, quiere ni recuerda de los fenómenos que se operan sin su concurso consciente, *sin contar con ella*, durante la suspensión ó trastorno de actividades en que se halla colocada; y las pasiones, costumbres y deseos del sujeto revelan el daño moral que adquiere cada vez que se ha sometido *voluntariamente* á servir de instrumento al agente sobrehumano que obra, por ejemplo, en las prácticas magnetistas ó espiritistas.

Adviértase también, que, tanto en esta clase de magnetismo como en todas las sesiones de espiritismo, interviene un magnetizador, hipnotizador, medium inanimado, medium humano, alguien ó algo en fin, que usa ó exige maniobras especiales, después de las que, si se trata de *intermedio vivo*, se le ve obrar como dueño de la sensibilidad y movimientos del sonámbulo, y si se trata de *instrumento inerte*, admira la sumisión con que se presta esclavo á todas las exigencias, caprichos y mandatos de los circunstantes. Cosas que

jamás observó nadie durante las uniones místicas de Santa Teresa, y que son de bastante importancia, porque establecen ellas solas diferencias esenciales.

Sin embargo: no siempre usa el poder sobrehumano de que hablo, medios de engaño tan groseros y manifiestos: Dios consiente alguna vez, que provoque ciertos estados que simulan más los signos exteriores de los éxtasis divinos; pues el sujeto permanece como enajenado de sentidos externos, mientras su alma percibe imágenes sensibles que presenta en su imaginación el espíritu del mal, ya con visiones, ya con palabras, que le hace ver ú oír: siendo aquí el parecido mayor; porque además de darse cuenta el alma de los hechos, conserva luego memoria de ellos. Pues bien; á pesar de estas apariencias, el Omnipotente ha dejado á la razón del hombre medios seguros, piedras de toque muy eficaces, para que conozca y distinga las mercedes divinas que le otorga por su amor.

La Iglesia católica, depositaria de la verdad, ofrece reglas ciertas que voy á dar á conocer copiando una cita de los Bolandos (1).

«Estos carismas ó dones de la Santa Madre, de los cuales han tratado muchos autores, deben atribuirse á Dios, según las reglas que desenvuelve el Cardenal Bona en el capítulo X del libro *Discreción de Spiritus*, en donde este eminentísimo escritor puede decirse que no hace más que explicar las palabras de Santa Catalina de Sena, y aplicarlas á las revelaciones de Santa Teresa.

(1) Otra citada.

»El Cardenal Bona, para probar que dichas revelaciones de Santa Teresa eran verdaderas y su espíritu bueno, establece las señales ó reglas que siguen: Temía siempre á las sugerencias diabólicas, y por esta causa nunca pidió ni deseó visiones; antes bien suplicaba á Dios con muchas instancias que la llevase por la vía ordinaria, deseando solamente que se cumpliese en ella la voluntad divina. El demonio suele mandar que sus revelaciones á nadie se manifiesten, y Santa Teresa siempre oía del espíritu que se le aparecía que comunicase las suyas con varones doctos, para no engañarse callando. Por esto se sometió al examen de varones ilustres por su doctrina y santidad que florecieron en aquel tiempo en España, y fueron, Pedro de Alcántara, Francisco de Borja, Juan de Avila, Baltasar Alvarez, Domingo Báñez y otros. Obedecía con mucha diligencia á sus Directores, y después de las visiones eran más grandes sus progresos en la caridad y humildad. Había en su mente tranquilidad suma y alegría tanta, que superaba á todos los consuelos del mundo; muy ardiente celo de la salud de las almas, pensamientos purísimos, gran candor, deseo ferviente de perfeccionarse. Si alguna imperfección, si algún defecto se notaba en ella, era siempre reprendida por el que hablaba en su interior. Se le había dicho que si pedía á Dios cosas justas las conseguiría; pidió muchas, y siempre consiguió.—Cuanto la trataban, si en ellos no había algún obstáculo, se movían con su ejemplo á la piedad, modestia y amor de Dios.— Ordinariamente tenía las visiones después de larga y fervorosa oración, ó después de comulgar, y estas visiones la inflamaban en deseo ardiente de padecer

por Dios. — Castigaba su cuerpo con ayunos, disciplinas y cilicios; sentía gozo en las tribulaciones, murmuraciones y enfermedades. — Amaba la soledad, aborrecía la conversación con los hombres y estaba completamente separada de todo afecto terreno. — En la prosperidad y en la adversidad conservaba siempre el mismo modo y la misma tranquilidad de ánimo. — En sus revelaciones y circunstancias, jamás observaron los varones doctos cosa alguna ajena ó contraria á las reglas de la fe y perfección cristiana, ni había nada en ellas que pudiera reprenderse.»

Agréguese á esto, que si en los éxtasis simulados por el espíritu del mal, se siente alguna vez pequeño deleite en el apetito sensitivo, no tarda en mudarse tan fugaz y bajo placer en inquietud, turbación y mal-estar profundos: que en estas visiones y hablas nunca se aprenden conocimientos y noticias de misterios divinos; que jamás profetizan dichas revelaciones; siendo á lo más sus anuncios, previsiones hábilmente calculadas; y que los consejos, órdenes é insinuaciones que expresan tales palabras, van encaminadas siempre, más clara ó más ocultamente, al daño moral de las almas.

Caracteres opuestos y contrarios experimentaba Santa Teresa de Jesús en sus uniones extáticas; y tan exacto conocimiento tuvo de las diferencias que voy examinando, que léjos de caer en confusión é interpretar equivocadamente los signos de los estados sobrenaturales místicos y de los hechos sobrehumanos diabólicos, escribió acerca del asunto páginas admirables, de las que sólo copiaré algunos párrafos, para no alargar demasiado este capítulo.

Dice así la Santa (1): «*Cuando es demonio, no solo no deja buenos efetos, mas déjalos malos. Esto me ha acaecido no más de dos ó tres veces, y he sido luego avisada del Señor cómo era demonio. Dejando la gran sequedad que queda, es una inquietud en el alma, á manera de otras muchas veces, que ha primitido el Señor que tenga grandes tentaciones y trabajos de alma de diferentes maneras; y aunque me atormenta hartas veces, como adelante diré, es una inquietud que no se sabe entender de dónde viene, sino que parece resiste el alma, y se alborota y aflige sin saber de qué; porque lo que él dice no es malo, sino bueno. Pienso si siente un espíritu á otro. El gusto y deleite que él da, á mi parecer, es diferente en gran manera. Podria él engañar con estos gustos á quien no tuciere, ó hubiere tenido, otros de Dios..... Ninguna blandura queda en el alma, sino como espantada y con gran desgusto.*

Tengo por muy cierto que el demonio no engañará, ni lo primitirá Dios, á alma que de ninguna cosa se fia de sí y está fortalecida en la fé, que entienda ella de sí, que por un punto de ella morirá mil muertes: y con este amor á la fé, que infunde luego Dios, que es una fé viva, fuerte, siempre procura ir conforme á lo que tiene la Ilesia, preguntando á unos y á otros, como quien tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades, que no la moverian cuantas revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los cielos, un punto de lo que tiene la Ilesia..... digo, que si no viene en sí esta fortaleza grande, y que ayude á ella la devoción ó visión, que no la

(1) Vida cit. Cap. XXV y XXVIII, págs. 224 y 254.

tenga por segura. Porque, aunque no se sienta luego el daño, poco á poco podria hacerse grande, que á lo que yo veo, y sé de espiriencia, de tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme á la Sagrada Escritura, y como un tantico torciese de esto, mucha más firmeza sin comparación me parece tendria en que es demonio, que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga; porque entonces no es menester andar á buscar señales, ni que espiritu es, pues está tan clara esta señal para creer que es demonio, que si entonces todo el mundo me asegurase que es Dios, no lo creería.

El caso es que cuando es demonio, parece que se asconden todos los bienes y huyen del alma, según queda desabrida y alborotada y sin ningún efeto bueno; porque aunque parece pone deseos, no son fuertes; la humildad que deja es falsa, alborotada y sin suavidad. Paréceme que quien tiene espiriencia del buen espiritu, lo entenderá. Con todo, puede hacer muchos embustes el demonio, y así no hay cosa en esto tan cierta que no lo sea más temer, y ir siempre con aviso, y tener maestro que sea letrado, y no le callar nada, y con esto ningún daño puede venir, aunque á mi hartos me han venido por estos temores demasiados, que tienen algunas personas.

Es mucho de estimar esta visión, y sin peligro, á mi parecer; porque en los efetos se conoce que no tiene fuerza aquí el demonio. Paréceme que tres ú cuatro veces me ha querido representar de esta suerte á el mesmo Señor, en representación falsa: toma la forma de carne, mas no puede contrahacerla con la gloria que cuando es de Dios. Hace representaciones para deshacer la verdadera visión, que ha visto el alma, mas así la re-

siste de sí y se alborota, y se desabre y inquieta, que pierde la devoción y gusto que antes tenía, y queda sin ninguna oración..... A quien hubiere tenido verdadera visión de Dios, desde luego casi se siente; porque aunque comienza con regalo y gusta, el alma lo lanza de sí; y áun, á mi parecer, debe ser diferente el gusto, y no muestra apariencia de amor puro y casto, y muy en breve da á entender quien es.

RESUMEN.



A llegado la ocasión de resumir los elementos analíticamente examinados en el curso de mi trabajo.

Circunscrito al programa que anuncié al principio, escribí una Parte Preliminar, en la que se ha visto cómo la llamada *ciencia libre moderna* no puede alegar razones, ni presentar pruebas lógicas que demuestren la temeraria negación del naturalismo que rechaza el orden sobrenatural declarándolo imposible; y que el silencio á que la condena la doctrina católica, obligándola á contemplar la majestad de Dios, sobrenatural absoluto, y el cristianismo, sublime y secular manifestación del orden divino en la humanidad, equivale á la más solemne confesión de su derrota.

Sentado esto, dediqué los demás capítulos que constituyen la MEMORIA precedente, al estudio del tema

que dice: «Los éxtasis y arrobamientos de Santa Teresa de Jesús, según ella los describe, tampoco son efecto de enfermedad ó accidente natural alguno, sinó únicamente de la gracia de Dios.»

Y en verdad que si al entendimiento del hombre le fuera dado conocer la esencia íntima de las cosas, sabría cómo obran las causas primeras produciendo sus efectos, y nada más fácil entonces que expresar estos conceptos. Apenas habría controversias; pues aunque dada la constitución del compuesto humano, tuviera necesidad la inteligencia racional de trabajo y estudio para conseguir las nociones precisas, obtendríalas al fin, y sería imposible la discusión sostenida por errores científicos. Mas los límites trazados á la razón del hombre por la sabiduría de su Hacedor, no le permiten comprender el todo de nada, y se ve reducido á estudiar los efectos, las manifestaciones de dichas causas, para elevarse así al conocimiento imperfecto de las mismas. Puede, con este trabajo, distinguir unas de otras manifestaciones, lo cual le basta para diferenciar también las causas productoras de cada una; pues *ningún efecto es superior ni distinto en naturaleza, de la causa que lo engendra.*

Esto es justamente lo que pude hacer en las tres partes que forman dichos capítulos, para separar los actos naturales del hombre, de los que obra Dios en él por vías sobrenaturales.

Dicho estudio ha comprendido tres grupos de fenómenos: los fisiológicos, los patológicos y los sobrehumanos. Los dos primeros corresponden al orden natural, el último nó. El tipo de comparación lo dió el conjunto de los actos fisiológicos humanos: las opera-

ciones del hombre que goza de salud y se halla en estado de vigilia , son los moldes que me han servido, no sólo para distinguir cuanto se aparta de la fisiología completa en los otros dos grupos , sinó también lo que representa un simple trastorno de las leyes naturales, y lo que traspasa estas leyes y únicamente puede explicarse por la intervención de un poder sobrehumano.

¿Qué método me condujo á este fin? El que fijando primero los caracteres del éxtasis , raptó , visiones y locuciones divinas, examinó luego si los demás estados los presentaban iguales ó distintos. Y como del examen analítico llevado á cabo resultó que los estados fisiológicos , éxtasis y sueño , y los patológicos , histerismo, catalepsia, melancolía extática, alucinación, sonambulismo espontáneo y provocado, eran los que debían estudiarse desde tal punto de vista, todos ellos han formado los términos de comparación con aquellas mercedes divinas.

Ahora bien: puesto en práctica dicho método, puedo exponer su resultado en el corto número de párrafos que voy á redactar aquí.

Si se recuerda la definición de los éxtasis y raptos divinos, se advertirá que contenían dos cosas sin las que no podían considerarse como tales, y que al par daban cuenta de su origen y modo de ser: una, la pérdida de los sentidos , y otra , que esta enajenación sensitiva provenía de la unión mística de amor de las potencias superiores del espíritu.

Se recordará también , que la persona extática ó arrobada, insensible á todo agente exterior y elevada ó no en los aires, funcionaba vegetativamente, sólo en cuanto era preciso para no perder la vida humana.

Que sus sentidos internos , activos en los *intervalos* y suspendidos por completo en los *altos* , acompañaban alternativamente al ejercicio activísimo de las facultades intelectuales. Que el alma volaba para fijarse altamente en Dios con pura inteligencia , y se unía á El con amor del todo espiritual ; de manera que , si bien permanecía junta con el cuerpo, obraba como si estuviera separada , esto es , sin el consorcio de los sentidos ; por lo que tenía en estos instantes visiones intelectivas, con noticias y conocimientos admirables. Por último, que hacía movimientos naturales y sin violencia el sujeto , y permanecía quieto en actitud contemplativa.

Mas lo que principalmente debe notarse ahora es, que las almas extasiadas y arrobadas se dan cuenta clarísima de cuanto sucede , y que al salir de su feliz estado, tienen conciencia de lo acontecido en todas sus potencias , pudiendo referirlo hasta donde su razón alcanza. Además , vuelta ya la persona en sí , goza dulcísimo bienestar en las funciones sensibles, y alivio permanente ó transitorio de sus enfermedades , si las padecía antes de gustar las delicias de sus uniones místicas.

En cuanto á los efectos morales que logra el alma por tan excelsos favores, diré que, sumergida durante la unión extática en un océano de luz divina , de serenidad, de paz y reposo interior, que la dan satisfacción y dicha inmensa; percibiendo *visiones intelectuales* altísimas , y también otras *imaginarias* muy elevadas , lo cual la proporciona muchas y grandes inteligencias con las que aprende en pocos instantes lo que no habría podido entender en largos años de estudio; cuando

el entendimiento vuelve á su estado normal ordinario, no encuentra palabras idóneas para describir lo que comprendió por divina manera. Mas se imprimen tan alta y profundamente en lo íntimo del espíritu, que jamás se olvidan; y si la memoria no las conserva con la claridad y distinción que la inteligencia las concibiera durante los estados místicos, guárdalas con bastante fuerza para que el alma desprecie todo lo terreno y se levante á la consideración de tan extraordinarias enseñanzas.

De todo esto resulta el espíritu con profundo conocimiento y altísima estimación de la grandeza de Dios, juntamente con amor tan vivo hacia Él, que ansía deshacerse todo en su alabanza. Persuadida el alma de su bajeza, despréciase toda, y con la luz comunicada descubre en sí misma las más ligeras faltas y todo lunar de imperfección. Añádese á lo dicho un despego particularísimo de las cosas mundanas, llevado hasta el punto de que el cuerpo parece que se une al alma para repugnar cuanto no es Dios: por esto la es penosa la vida, como impedimento de otra mejor; así la molesta cuanto ve y oye, cánsala el comer y dormir, y la da tedio el conversar, como no sea por la gloria de Dios. En una palabra; vive cual esclava sujeta con los lazos del cuerpo, y mira la tierra como lugar de tristísimo destierro. En fin, siente gran fortaleza en las ocasiones peligrosas, ardiente celo de la honra del Señor, con vivas ansias de obrar y padecer por Él, sin temor ni reparo alguno, gozando, sufriendo y esperando en Él, por Él y para Él.

Todo lo cual no significa que las almas no sufran penas morales una vez que se acercaron y unieron á

Dios de la manera dicha; pues como esta unión no es permanente, sólo el verse privadas luego de poseer el bien gozado, despierta en ellas agudísimos deseos de continuar poseyéndolo siempre. Dios mismo estimula estas ansias de amor, á fin de purificar más y más estas almas con penas amorosas.

Recordado este cuadro, comparemos con él los hechos naturales y sobrehumanos descritos.

Los estados fisiológicos y morbosos citados, tienen por causa, ya la profunda atención que aplica el sujeto á una especie sensible ó inteligible, ya la necesidad orgánica de reparo que su economía experimenta, ó ya el influjo trastornador de una neurosis; mientras que los éxtasis y raptos sobrenaturales son ocasionados por la unión mística de amor. Esto es; causas normales ó anómalas, pero siempre naturales, en los unos, y divinas en los otros.

Por su parte, las manifestaciones de dichos estados del orden natural son: ora sensibilidad entorpecida, como se ve durante los éxtasis y sueños fisiológicos, en algunos ataques histéricos y en el sonambulismo espontáneo y provocado, en cuyo caso se observa igual fenómeno en las funciones intelectivas; ora exceso de actividad de tal ó cual sentido y de aquella ó esta potencia intelectual, mientras los otros sentidos y facultades superiores se suspenden, como en el mismo sueño y éxtasis fisiológico, en la melancolía y en el sonambulismo; ora en fin, ausencia completa de sensibilidad especial con suspensión absoluta de facultades intelectivas, como en la catalepsia, ciertos accesos histéricos y en la frenopatía extática. Todo lo que difiere de la enajenación total de sentidos acompañada de

ejercicio extraordinariamente activo de las potencias intelectuales, notas características de los éxtasis y raptos místicos.

La misma falta de analogía se advierte respecto á la facultad locomotiva; puesto que durante los estados naturales dichos hay movimientos desordenados de convulsión y rigidez alternativas, como en la histeria, ó inmovilidades tetánicas más ó menos acentuadas, como en la catalepsia y estupor melancólico, ó se llevan á cabo los precisos para ejecutar los actos que responden al delirio y alucinaciones del sujeto, como en el sueño sonambúlico y ciertos períodos ó formas histéricas: mientras que durante las uniones místicas sobrenaturales, ó tiene lugar el milagro de la elevación en los aires, ó las actitudes son únicamente las propias de la contemplación de amor divino, sin alternativas con otras muy diferentes.

A su vez, los efectos ó consecuencias de los hechos fisiológicos, son la vuelta del estado acostumbrado con el cansancio y debilidad nacidas del gasto extraordinario en los extáticos naturales; progresos ó agravamientos del mal, en los casos de enfermedad; y en los favores místicos, alivio y aún curación de los síntomas morbosos, juntos con el cansancio de fuerzas mezclado con bienestar y dulzura sensitiva y moral. En cuanto á los efectos intelectuales de los estados del orden natural, son: falta completa de conciencia de lo acontecido, con pereza y poca aptitud de las facultades cognoscentes, unas veces, ó esto unido á recuerdos indeterminados y confusos de lo que pasó, en menos casos: mientras que el extático y arrobado divinamente, no sólo tiene conciencia íntima de las mercedes recibidas,

acordándose de todos los detalles con exactitud, sinó que además, muestra conocimientos superiores en alto grado á los que antes poseía, y no los olvida nunca. Por último; los efectos morales de los estados fisiológicos y páticos son nulos, cuando no desventajosos, y los que se advierten después de un regalo divino, son admirables y extraordinarios.

A fin de concluir el resumen comparativo que voy haciendo, he de poner aquí frente á frente los sucesos del orden sobrehumano descritos bajo el nombre de magnetismo animal y espiritismo, y los éxtasis y raptos sobrenaturales divinos; porque también el espíritu del mal puede formar estados parecidos á éstos, por alto permiso del Hacedor Supremo. Pero se visten con tales caracteres las manifestaciones y los efectos que provoca dicho espíritu, que fácilmente se les distingue de las uniones celestiales.

En efecto: las manifestaciones peculiares del espiritismo y magnetismo animal, son: accidentes histeriformes que no se ven jamás en las personas extasiadas y arrobadas místicamente mientras duran los divinos favores; la necesidad de la intervención de un magnetizador ó de un *medium* que use maniobras, ritos ó evocaciones condenadas por la Iglesia católica; la dependencia inmoral en que se coloca el sonámbulo respecto á una persona que se hace dueña de sus movimientos y sentidos; la docilidad con que se presta el agente sobrehumano á los deseos, caprichos y exigencias de todo el que le manda, sea quien fuere; y las consecuencias nocivas corpóreas y morales que forman su obligada secuela: cosas todas opuestas por completo á lo que sucede en las mercedes divinas.

Cierto es que algunas veces provocan los malos espíritus éxtasis aparentes con enajenación sensitiva: mas en estos casos no se hallará en las almas de las personas así enajenadas, la suavidad íntima, la profunda paz, la serena quietud y dulce dicha, que producen frutos de vida eterna en el favorecido por Dios sobrenaturalmente. A lo más sentirá una dulzura superficial en el apetito sensible, que acabará pronto en turbación, dudas, inquietud, vanidad y otros malos efectos proporcionados á la causa. Las visiones, palabras y sentimientos interiores que perciba, ó serán claramente malas, ó inútiles y vanas cuando menos; y si alguna vez parecen buenas á primera vista, no tardarán mucho en manifestarse ordenadas á la ruina moral del sujeto elegido, y si nó, al daño de otros.

En estos mismos casos excepcionales se observa en los cuerpos de los individuos, algo del trastorno que señalé más arriba, ó por lo menos, cierta descomposición que contrasta con la expresión y actitud nobles, respetables y bienaventuradas de los extasiados místicos. Aparte de estos éxtasis, llamados por los teólogos *éxtasis diabólicos*, en los demás casos magnéticos ó espiritistas, el sonámbulo y el *medium* no conservan memoria de lo que ha pasado por ellos; cosa lógica tratándose de sucesos acaecidos fuera de su alma y sin cooperación suya, ó realizados en ellos sólo como instrumentos de otros agentes.

Ante diferencias tan evidentes y notables en las causas, manifestaciones y consecuencias, ¿quién será tan voluntariamente ciego que se obstine aún sosteniendo una identidad utópica, ridícula y absurda? ¿Quién? El naturalista. Mas ¿no ve que los efectos, los

fenómenos, revelan al entendimiento las causas, y que cuando aquéllos son distintos, prueban diferente naturaleza de origen? Si, lo ve; mas no quiere aceptarlo, ni menos confesarlo... Tengámosle compasión, y continuemos.

Al mismo tiempo que hacia el estudio comparativo que acabo de resumir, probé plenamente:

1.º Que Santa Teresa de Jesús gozó muchas veces éxtasis y raptos místicos ó sobrenaturales, regalándola Dios también con visiones, locuciones y revelaciones divinas.

2.º Que Santa Teresa de Jesús, histérica ya en su adolescencia, padeció en su juventud un ataque letárgico con muerte aparente del *gran histerismo* de Charcot, ó de la *histero-epilepsia* de otros autores, y que continuó sufriendo casi hasta sus últimos días el *histerismo común* iniciado en sus juveniles años.

3.º Que Santa Teresa de Jesús no tuvo catalepsia, ni frenopatía extática, ni sonambulismo espontáneo; así como tampoco sirvió de *medium* para sesiones de magnetismo animal ó hipnotismo meramente naturales.

4.º Que Santa Teresa de Jesús no sirvió de instrumento al poder sobrehumano en escenas de espiritismo.

5.º Que la ciencia teológica, la filosofía ni la medicina tienen nada que oponer á que se presenten alternativamente en un mismo sujeto uno ó varios estados naturales y uno ó varios estados sobrenaturales; debiendo notar, sin embargo, que cuando esto sucede, las enfermedades se modifican, aliviándose por el influjo bienhechor de los favores místicos.

6.º Que todo lo dicho se deduce muy bien de lo escrito por la Santa en sus obras, así como también manifiesta en ellas que no se confundió al interpretar los hechos ni una sola vez.

7.º Que la ilustrísima española á quien la Iglesia Católica erigió altares en todo el orbe, llamándola Santa Teresa de Jesús, mereció además por sus hechos, sabiduría y famosos escritos, los títulos de Reformadora del Orden Carmelitano, Doctora mística, filósofa Maestra y galana escritora del siglo XVI.

De esta manera he creído poner de manifiesto ante el tribunal de la ciencia el carácter divino de las mercedes que el Dios de amor dispensó á su enamorada sierva mientras vivió en la tierra.

Plega á Su Majestad esto que aquí va escrito haga á quien lo leyere algún provecho, que por el poco lugar ha sido con trabajo; más dichoso sería si hubiere acertado á decir algo, que sólo una vez se alabe por ello al Señor, que con esto me daría por pagado, aunque otra cosa no logre, y los jueces del certamen lo hagan quemar en las aras de la justicia. No querría fuese de alguien leído sin que antes lo viesen las personas que lo han de juzgar; pues si va mal, es bien pierda yo la buena opinión que tengo de él, apasionada como de quien lo ha engendrado; y si va bien, los jueces son buenos y letrados; y no sólo ellos, mas cuantos después lo leyeren, sé que verán de dónde viene todo bien, y alabarán al Señor que tan admirables mercedes hace á sus Santos. Su Majestad nos tenga siempre á todos de su mano, y con su espíritu y luz alumbre á este miserable, poco humilde y mucho

atrevido, que se ha osado determinar á escribir en cosas tan subidas.

Plega al Señor no haya en ello errado, teniendo intención y deseo de acertar, y áun puedo decir que de obedecer, y que por mí se alabe en algo al Señor, que es lo que ahora ofreciéndole este pobre escrito con ansia le suplico, ya que para concertarlo casi no he gastado más tiempo de lo que ha sido menester para escribirlo, poniendo lo que estudié con toda la llaneza y verdad que yo he podido. Plega al Señor, pues poderoso es, y si quiere puede, que acierte en todo yo á hacer su voluntad, y no permita se pierda este alma, que con tantos artificios y maneras y tantas veces ha sacado de la perdición para traerla á sí.



INDICE.

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO.....	IX
INTRODUCCIÓN.....	1
Parte preliminar.	
CAPÍTULO I.—En que se dice qué sea lo sobrenatural.	5
CAP. II.—En que se prueba la existencia del orden sobrenatural contra las negaciones naturalistas..	9
Primera parte.	
CAPÍTULO I.—Que trata del compuesto humano.....	25
<i>A.</i> —Sensación fisiológica.....	28
<i>B.</i> —Sentidos internos.....	33
<i>C.</i> —Potencias espirituales.....	37
CAP. II.—Sueño fisiológico.....	43
CAP. III.—En que se trata de la Oración común, conforme la describe Santa Teresa de Jesús.....	49
CAP. IV.—Que trata de las Oraciones de quietud y unión, según las describe Santa Teresa de Jesús.	63
CAP. V.—Que trata de los éxtasis de Santa Teresa de Jesús, según ella los describe	85
CAP. VI.—Que trata de los arrobamientos de Santa Teresa de Jesús, según ella los describe.....	107

CAP. VII.—Que trata de las locuciones y visiones místicas de Santa Teresa.....	119
--	-----

Segunda parte.

CAPÍTULO I.—De si merecen ó nó crédito los relatos que Santa Teresa de Jesús escribió acerca de los sucesos experimentados por ella misma.....	153
--	-----

CAP. II.—Que trata de la enfermedad que padeció Santa Teresa de Jesús, según sus mismos escritos.	159
---	-----

CAP. III.—De si las mercedes sobrenaturales que gozó Santa Teresa de Jesús, pueden ser fenómenos histéricos que la patología estudia con el nombre de éxtasis; y de si al interpretar aquellos favores divinos en sus escritos, se confundió y equivocó la Santa Doctora.....	185
---	-----

CAP. IV.—Que trata de si pueden confundirse los favores místicos que gozó Santa Teresa de Jesús, con la melancolía histérica y sus alucinaciones; y de si cayó en tal equivocación la Santa escribiendo acerca de ello.....	207
---	-----

CAP. V.—Que trata de si padeció Santa Teresa de Jesús frenopatía melancólica, y de si fué cataléptica.....	233
--	-----

CAP. VI.—En que se compara el sonambulismo con las uniones místicas de Santa Teresa de Jesús...	245
---	-----

CAP. VII.—Que trata de si las uniones místicas que gozó Santa Teresa de Jesús pudieron ser alguna neurosis todavía desconocida.....	263
---	-----

Tercera parte.

CAPÍTULO I.—Qué dice la doctrina católica respecto á la posible intervención de agentes sobrehumanos creados, en ciertos actos del hombre.....	273
--	-----

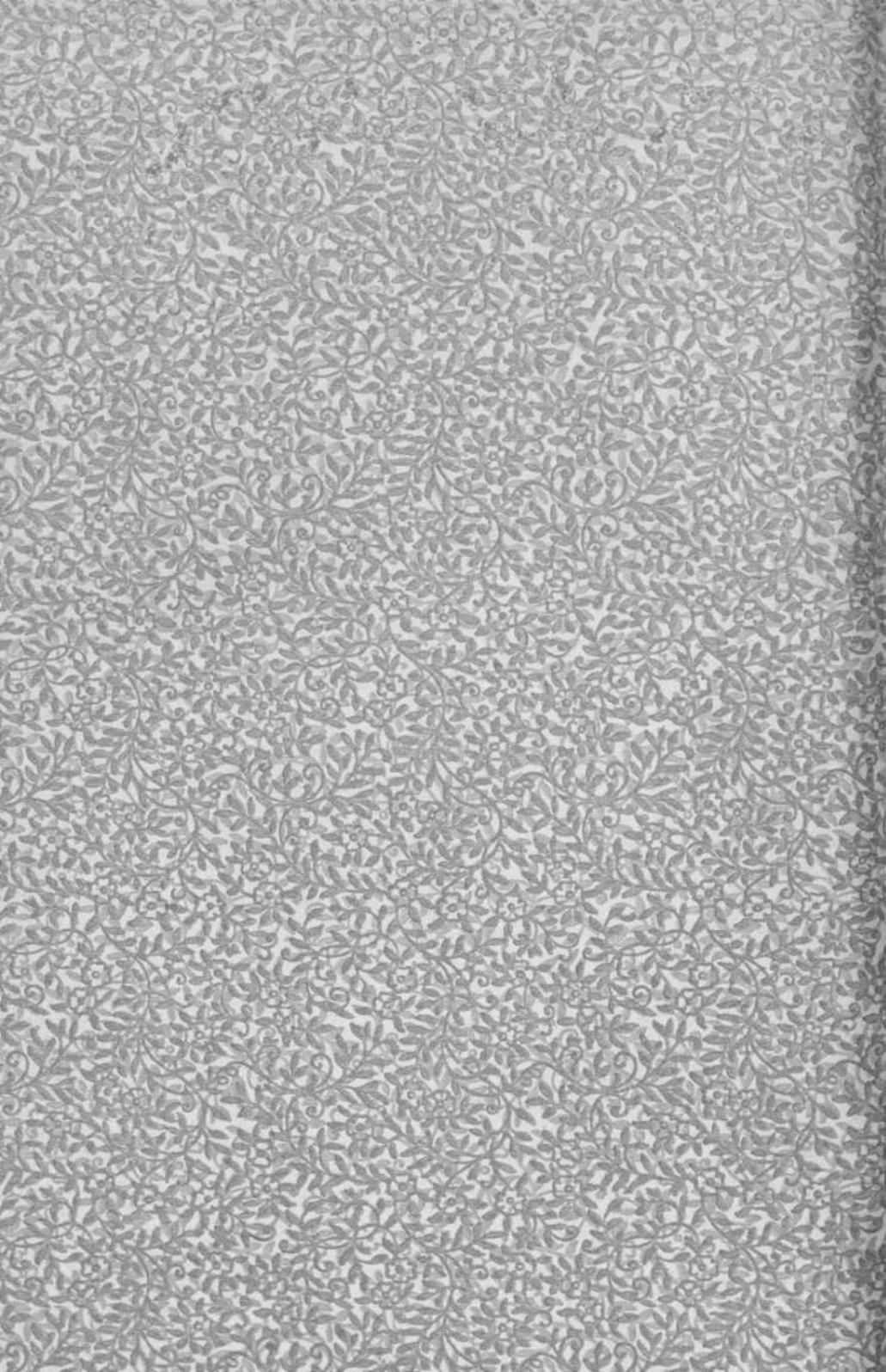
CAP. II.—Que pone algunas noticias y datos acerca del magnetismo y espiritismo.....	285
---	-----

	<u>Págs.</u>
CAP. III.—En que se critican las explicaciones que da el naturalismo de ciertos hechos del magnetismo animal y del espiritismo.....	299
CAP. IV.—Que trata de la clase de poder sobrehumano á que correspondían los éxtasis y raptos místicos de Santa Teresa de Jesús, según ella los describe.....	321
RESUMEN.....	329

ERRATAS MÁS NOTABLES.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
40	25	deposita	despierta
52	11	facaltad	facultad
71	7	con	son
218	1	reune	resume
219	1	sontido	sentido
238	7	augurar	asegurar
275	17	á los	ó los
300	14	proguntada	preguntada





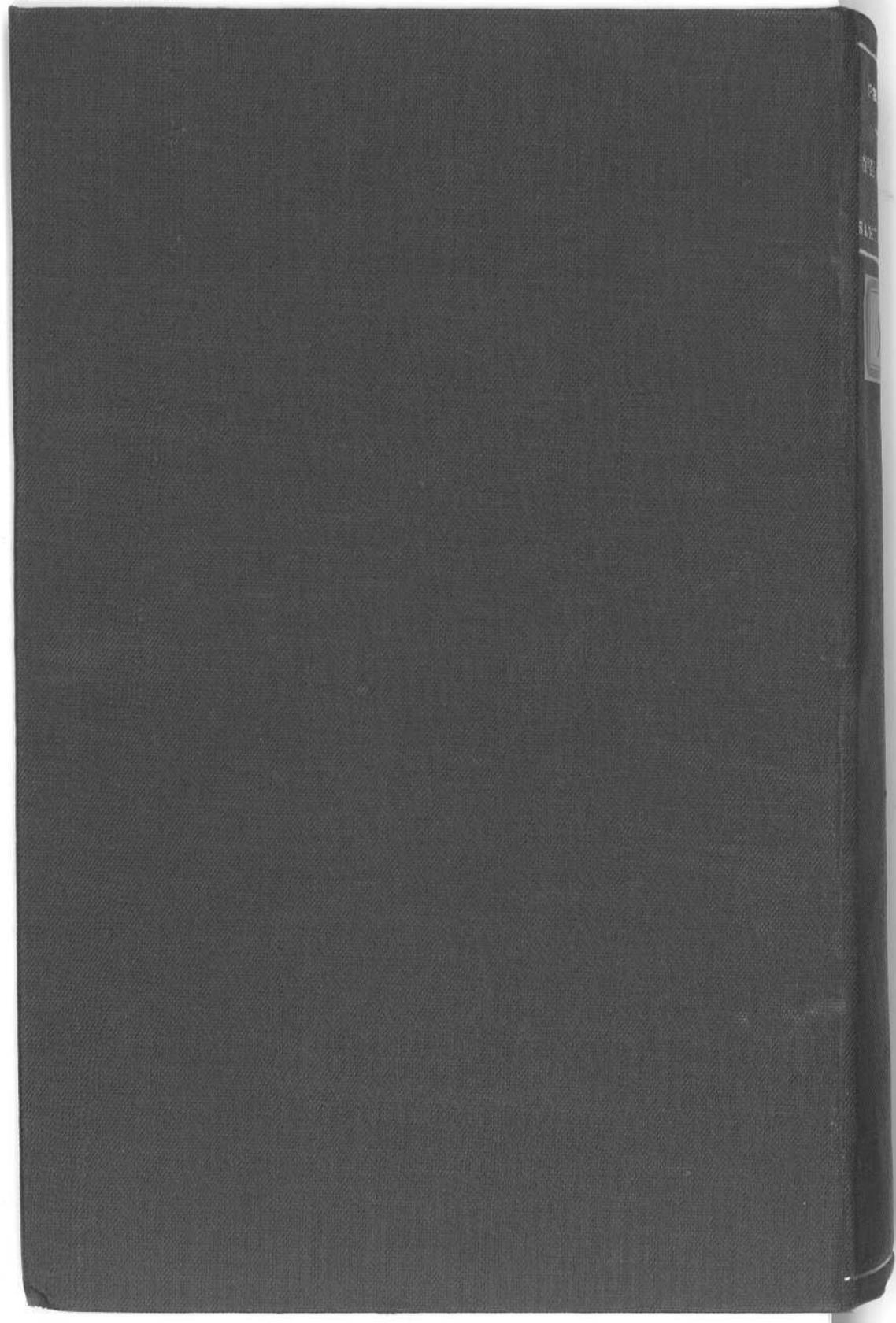
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

**Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa
de Jesús.**

Número.....	58	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante...1.....		Precio de adquisición. »
Tabla.....	2	Valoración actual.....	»



PERALME

SUPERNATURALISMO

DE

SANTA TERESA

58.